



Dicen que  
la luna  
se dejó  
atrapar

ALEXANDRA TRECE

DICEN QUE LA LUNA  
SE DEJÓ ATRAPAR

Alexandra Trece

Primera edición digital: 2018

© Alexandra Trece

Edición y maquetación: Alexandra Trece

Fotografía de portada: © Hanna Postova

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A las hadas...  
Por decorarme la infancia, hacerme soñar,  
y ayudarme a crear historias.*

En este bosquecillo resígnate a quedarte,  
y a gusto o a disgusto, disponte a ser mi amante.  
Soy espíritu regio de rara condición,  
y próspera mi corte en la ardiente estación.  
Y puesto que te quiero, serás mi compañero.

WILLIAM SHAKESPEARE, *El sueño de una noche de verano*.

## PRÓLOGO

### ENAMORADA DE UN ALMA

**L**a resplandeciente piel dejaba que la luz se reflejara en ella como en un espejo de bordes suaves. El calor, sin embargo, no existía entre sus finos poros.

Se escuchó un siseo suave que planeó sobre las calmadas aguas, llegando hasta cada una de las destinatarias. Dos cabezas de cabellos empapados reaccionaron a la señal que se les había mandado, y como sigilosas serpientes, se deslizaron con gracia ante la sutil llamada. La más joven de las tres muchachas que en el lago se ocultaban, inmóvil tras una rama gruesa que se internaba en el agua para taparla, decidió quedar como mera observadora en la escena. Tan sólo su mirada curiosa siguió la de sus hermanas. La más decidida se atrevió a posar sus manos en la tierra, disfrutando mientras jugueteaba con las piedras grises y blancas.

—¡Vamos, Ywen! Se han ido, te lo prometo —le chistó su querida amiga Vay. Tenía los cabellos de un mirífico color granate a juego con sus voluptuosos labios. Ywen observó el brillo divertido de sus ojos grises, pardos y rojizos; una señal de confianza. Pero, justo cuando Ywen se dejó ver, el sonido amortiguado de dos voces masculinas llegó hasta ellas. Paralizada por un repentino terror, Ywen se abrazó a Vay, quien no podía dejar de mirar a su alrededor. La más decidida, Delphica, las arrastró al que había sido el escondite de la más joven antes de que la desgracia se hubiera obrado; esta vez, más ocultas que antes.

—Humanos —siseó asombrada, pero con un deje de excitación en la voz. Vay e Ywen le lanzaron sendas miradas perplejas.

—Dijiste que... —balbuceó la de cabellos rojizos. Delphica la mandó

callar en el último momento, pues dos jóvenes se abrieron paso a través del camino que siempre observaban con cautela. Los cuerpos de ambos vestidos con ropas almidonadas tomaron forma delante de los fuertes robles.

—Bah... No valen la pena. Estos son los más manejables —protestó la autoritaria Delphica en un susurro cauto—. Záfira dice que la diversión es demasiado efímera. Se dejan enamorar demasiado rápido. Es como si estuvieran pidiendo de rodillas que nos los llevemos.

Ywen, incapaz de apartar la vista de las dos criaturas masculinas que corrían a lo largo de la orilla en una especie de juego infantil, se horrorizó ante las palabras de su amiga.

—¡Ayrton, vas a ponerte perdido para tu fiesta! —oyeron gritar al muchacho más alto. En la carrera persecutoria, los rizos como el trigo del joven se agitaban demasiado. Vay rió por ello. Pero Ywen no se fijaba en aquel hombre, sino en el que reía a dos metros por delante. Sus cabellos también eran claros, pero se parecían más al color de la corteza de un joven árbol. Iba peinado con refinamiento y sus pasos parecían seguros y decididos. Corría con los brazos extendidos como si reclamara las aguas del lago y todo lo que se erigía a su alrededor. Su amigo pronto lo alcanzó y rieron, ajenos a las miradas que los estudiaban tras las balanceantes hojas de un sauce llorón.

Ywen, tentada por la voz y el rostro del joven, se atrevió a descorrer la cortina natural que la protegía, a ella y a sus hermanas, de los humanos. Vay, al descubrirla, se lo impidió.

—Una aburrida fiesta, Gaylord. ¿Para qué llevar mi presencia inmaculada?

—Por si es el momento de conocer a tu dama —fantaseó su amigo, palmeándole un hombro con aprecio—. O ¿piensas presentarte ante una señorita cubierto de polvo?

—Y las perneras del pantalón empapadas —bromeó Ayrton, sonriendo a los rayos de sol que acariciaban su rostro. Gaylord consiguió atraparlo de las hombreras de la chaqueta y tiró de él, en dirección de regreso.

—No bromeaba, Ayrton —dijo con seriedad.

—Yo tampoco. ¿Crees de veras que existe alguien para mí? No, Ayrton, ¡yo quiero ser libre!

—Vamos, ¡ya estás fantaseando de nuevo! Aterriza, pajarillo —pidió Gaylord con insistencia, a la vez que incidía con un dedo sobre la frente de su amigo de mirada risueña—. Algún día tendrás que desposar a alguna señorita.

—Pero no quiero a una chica cualquiera —protestó Ayrton—. Y no pienso acceder a los deseos de padre y madre de casarme con la primera interesada.

¡Sabes que espero a mi alma gemela!

—Lo sé, amigo. Pero no creo que ande tan lejos. —Giró en derredor observando la reciente calma que se extendía por la superficie cristalina del lago.

—Ojalá estés en lo cierto. Quiero un alma libre que acompañe a la mía, tú bien lo sabes.

—¡Más bien anhelas un reto, amigo!

—¡Un reto! —reclamó al cielo—. ¡Pido un reto si así me tropiezo con el amor verdadero!

Las jóvenes, que se fundían con las aguas hasta la espera de que ningún humano rondara por los parajes, respiraron aliviadas segundos después.

—Han estado cerca —suspiró Vay.

—Sí... ¿Era realmente agraciado ese loco que le ha gritado al cielo? —preguntó Delphica, dejando que su escalofriante risa ocupara el silencio. A Ywen le aterró esa reacción, sobre todo, porque una ínfima parte dentro de ella se había sentido conmovida por las palabras de Ayrton—. Esperaré un año, no más, para cantarle...

—¡No! —Ywen se volvió hacia ella con los labios contraídos en un rictus de terror.

Las dos muchachas la observaron unos segundos, demasiado perplejas para reaccionar.

—¿Cómo dices? ¿Acaso quieres seducirlo tú? Todavía no has conseguido atraer a ningún necio con tu canto.

Aquello era verdad, pero Ywen tenía sus razones. Le aterraba tener que matar a un humano. Se avergonzaba de su naturaleza, de su macabro don. Todo en ella y en sus hermanas era maldad revestida de jovial belleza. Un regalo de su madre, la luna. Y eso, la llenaba de vergüenza. Al fin y al cabo, ¿debería alegrarse por robar vidas?

Por alguna extraña razón no perdió de vista los pasos de los dos muchachos que ya corrían por el sendero de vuelta a su hogar. Ywen memorizó los pasos y supo que debía atravesar el robledal y girar abruptamente antes de poder siquiera pensar.

Lo haría cuando la luna pudiera guiarla.

Sin duda, Vay lloraría.

Y Delphica se enfadaría más que nadie.

THE WATER GODDES

Vant Konur, Inlaterra  
1791

Si buscas el camino que conduce al país de las hadas, sabe que es bien fácil: espera a que, amarilla, sobre el cárdeno mar se alce la luna y un sendero de plata se haga rielar. En una noche así, si algún poder maligno no lo impide, si el conjuro conoces y la brisa es favorable, sube a un vilano, que sobre el reguero de la luz a ese país te llevará.

ERNEST THOMPSON SETON, «El camino al país de las hadas».

¿Cómo de mal puede llegar a sentirse uno en mitad de conversaciones comprometidas, carcajadas forzadas y miradas indolentes?

Ayrton, el único hijo de los Dankworth, celebraba su decimoctavo cumpleaños en la más artificial de las compañías. A pocos pasos de él escuchaba las verdaderas risas del salón, que pertenecían a la preciosa Ivy, de tez suave y cabellera ondulada y a su prometido. El mejor amigo de Ayrton la balanceaba con suavidad, sujetándola por la cintura. Ambos se sonreían con sinceridad, ateridos al contacto que compartían, ajenos al ruido infernal, a las malas miradas, a la alta envidia. Los dos jóvenes se movían entre la gente con los ojos perdidos en los del otro.

Ayrton se mordió el labio, disimulando una atención que no prestaba a la vana palabrería que dos ricos comerciantes le profesaban. Admiraba a sus amigos.

—¿Le ocurre a usted algo, señor Dankworth?

Ayrton pestañeó levemente. Sus compañeros de charla se habían cerciorado de su escaso interés por los abonos para la tierra.

—Discúlpenme, señores. Yo... No quería ser descortés. Créanme.

—¡Ayrton, oh, vas a quedar prendado de ella! ¡Ayrton, ven, vamos! ¡Es una maravilla de la naturaleza! ¡Qué ojos, qué cabellos tan envidiables! Verás su tez. Estoy envidiando de muy mal sana manera a esta muchacha, mi querido

amigo. ¡Seguro que te va a robar el corazón!

La buena de Ivy solía olvidar muy rápido el protocolo y la educación, pero aquello no hizo más que hacer reír a Ayrton, que, movido por el frenesí reciente de la muchacha que lo manejaba por entre las sonrisas forzadas y las miradas condescendientes, no podía dejar de pensar en la cara de los dos señores que lo habían mantenido aprisionado durante la última media hora. En su fuero interno, agradeció el poco decoro de la chiquilla.

Ivy lo soltó cuando llegó hasta el lugar donde su prometido la esperaba. Se reunió con él con una sonrisa embobada dulcificándole el rostro. Gaylord Montybell le besó la frente con delicadeza y las mejillas de ella se tintaron tenuemente del color de las fresas.

Ayrton esperó a que Ivy le explicara, pero no hizo falta que ninguna palabra se filtrara en su cabeza para informarle de la situación. El joven se petrificó cuando la vio, entrelazando los dedos de sus manos pálidas con nerviosismo.

No era muy alta, pero su figura esbelta parecía resurgir del mismísimo infierno, más ¿de dónde podía provenir si solo invitaba a la atracción? La curva de su cuello incitaba a llenar aquella piel de suaves besos.

Aquellos pensamientos azoraron a Ayrton, que negó con la cabeza, y totalmente ausente en unos labios que no eran conocidos, sus pasos comenzaron a adentrarlo en el corazón de la estancia. Los cabellos dorados de la joven caían por su espalda de forma que parecían haber sido distribuidos de aquella manera, y no porque el viento así lo había querido. Cuando los ojos azules de la chica se clavaron en los suyos, Ayrton supo que el aire había dejado de filtrarse en su cuerpo. Y fue cuando el rojo sangre se concentró en sus pómulos, enmarcando su vergüenza juvenil, delatándolo.

Pero, aun sintiéndose ridiculizado ante esa poca caballerosidad, no pudo dejar de mirarla. Ella tampoco apartó la vista. Lo examinó de arriba abajo. Despacio, deteniéndose el tiempo que veía oportuno en cada una de las partes del muchacho.

Ayrton se sintió desfallecer. Nunca antes había experimentado algo como aquello.

Las personas del salón elevaron el tono de sus conversaciones. Oficiales llenaban las copas de sus esposas sin turbaciones, y estas lanzaban picardías sin cortarse, cada vez más necesitadas del influjo del alcohol. Pero a Ayrton le daba igual el descontrol de su alrededor. Jamás en su vida había sentido tanta calma como la que experimentaba observándose a través de los ojos azules que no dejaban de llamarlo.

No sabía qué decirle. Ni cómo presentarse.

¿Quién era? ¿Cómo se llamaba?

Nunca la había visto por Vant Konur.

Tragó saliva.

Era preciosa, tan bonita que le quitaba el aliento. Tan perfecta que no podía ser real. Ivy tenía razón...

La chica pestañeó, y su expresión denotó terror, cosa que alarmó gravemente al joven que trataba de acercarse a hablar con ella. Los ojos azules de la chica se giraron hacia el reloj de pared labrado en oro. El pavor inundó sus movimientos gráciles. Se agarró la falda del vestido de seda azul mientras giraba sobre sus talones, preparándose para correr.

Ayrton la imitó.

A medida que dejaba atrás la casa, el sonido de la medianoche se adueñaba de sus pensamientos. El reloj marcaba los segundos que quedaban para el comienzo de un nuevo día. A lo lejos, el destello dorado lo mantenía aturdido. ¡No podía perderla! ¿Por qué corría? ¿Por qué huía?

El reloj pareció gritar con el último movimiento de la manecilla grande. O fue el grito que se distribuyó por el aire. Cuando Ayrton llegó al lugar por el que la joven había desaparecido, una honda casi imperceptible lo saludó desde la superficie del lago. Fue su señal de despedida.

Y en su mente, quedó grabado ese azul admirable...

Y las enaguas de un vestido oscurecidas por la humedad del agua.

Vant Konur, Inghaterra.  
1813

## UNO

**S**i cerraba los ojos, William notaba el dolor lacerarle el cuerpo. Primero, le inundaba el estómago, y lo volvía pesado e irritable. Seguidamente ascendía por su garganta. Subía y bajaba con total libertad por su esófago, e incluso le alcanzaba los pulmones.

Los recubría de frío.

Los helaba y empantanaba.

«Por favor», pedía a las gélidas aguas enturbiadas por el malsano manoteo de sus manos asustadas. «¡Por favor!».

Si cerraba los ojos, el dolor le arañaba los huesos. Y chirriaba con sus protestas desesperadas.

*Glofr, glofr, glofr... ¡Glofr!*

Manotazos a la superficie. Un llanto amargo que no era suyo.

Si cerraba los ojos, William se ahogaba. Se asfixiaba.

Moría.

Un llanto...

¡Que no era suyo!

Las cortinas fueron descorridas con una rapidez ya típica. William ahogó un último jadeo contra el almohadón de plumas de oca de su cama imperial y maciza para despedir, al fin, los restos de pesadilla que aún le daban los buenos días.

—Señor Montybell. ¡El té se enfría! ¿Quiere que esa agua sucia le caliente los huesos o que le amargue el paladar?

Señor.

Mon-ty-bell.

¡Señor!

Los fuertes brazos de Royal lo sacaron de la cama a empujones. William se despejó de los malos sueños y abrió mucho los ojos.

—¡Estoy despierto! ¡Lo estoy! —anunció.

—¡Así me gusta, Will! —Royal le guiñó un ojo, cómplice del uso de aquel apelativo.

La mujer llevaba el pelo minuciosamente enrollado en un recogido apretujado sobre su cabeza. Algunos mechones oscuros le caían en rizos dispares por el flequillo y tras las orejas. Sus ojos color miel brillaban con destellos al amanecer, y sus labios rosados siempre sonreían con dureza.

Con una alífera palmada en el trasero, William corrió al baño a asearse. Protestó nada más verse acorralado entre los botes perfumados de jabones y cremas..., y porque Royal se tomara tantas confianzas...

Lo bañó tan a prisa, que William no pudo evitar que los ojos se le llenaran de jabón y le escocieran a los mil demonios.

—¿Cómo se siente? —preguntó una triunfante Royal, que había hecho disminuir su récord de velocidad en una limpieza perfecta.

—Violado —refunfuñó el chico frotándose el cuerpo con la energía que la mujer le había transmitido con la prisa.

Si cerraba los ojos...

... se ahogaba.

Se asfixiaba.

Moría.

—¡Oh, vamos! ¡Quejica!

El ritmo de aquella doncella era imposible de seguir.

Tal y como había predicho, el té estaba frío. William se sentó a la mesa, al lado de su padre, que se sentaba en el extremo más cercano a la puerta que llevaba a la cocina. Consternado, observó la taza de porcelana con grabados florales con vehemencia. Lentamente, la aferró con ambas manos, pero el calor se había extinguido. El líquido parecía yacer petrificado por el frío entre las paredes blancas de porcelana.

El señor Montybell le dirigió una mirada dúctil a su hijo, por encima de sus gafas de media luna. William lo observó de reojo y, sosegado, sorbió un poco. Su lengua saboreó la amargura del líquido que se apegó a su paladar.

—Eso sirve para limpiar las porquerizas...

—¡Royal, por favor! —protestó el joven, escupiendo ante el sobresalto.

El señor Montybell sonrió a su cuaderno de confesiones. Sus ojos volvieron a alzarse, brumosos y chispeantes entre un mar azulado. Observó a su hijo atentamente, con una antigua risilla muerta en la comisura de los labios.

—Sé que limpia la mugre con eso, Royal —comentó divertido.

—¡Así está William de sano! ¡Mire que mofletes! —rió dándole cachetadas al chico, que trataba, en vano, escabullirse de aquel agarre —. ¡Mire, señor, sus dientes!

—Toqueteado, manoseado... ¡No soy un caballo, por favor! —protestó, al borde de un ataque de nervios.

El señor de la casa no pudo acabarse el té debido al flato que las risas le habían dejado. Su diafragma no le dio tregua.

—Te ves muy elegante para tu cita, William.

Aquellas palabras llenaron a Will de angustia. Eve Jane Dankworth estaría sentada, erguida muy recta, vestida de alguna cara tela en color claro, que haría brillar su piel de forma nada desapercibida. Sus pestañas alargadas estarían agitándose a cámara lenta en algún que otro pestañeo de sus ojos. Sus ojos... de un azul tan impropio en un ser terrenal... Su pelo caería en una ondulante cascada rubia por sus estilizados hombros... No, la trenza se lo recogería.

«¿Cómo va a llevar ese ángel los sedosos hilos dorados de su cabello, alborotados sobre su cuerpo de cristal? Will, sueñas demasiado.»

Y era cierto que soñaba, pero la belleza delicada y descuidada de su vecina de finca le transgredía y aceleraba el corazón. Lo volvía como el de un crío después de perseguir al más veloz de los jinetes de la caballería.

«¡William Montybell, céntrate y agrada al señor Dankworth! Es tu única posibilidad.», se dijo. «No la mires a ella a los ojos. No lo hagas y todo irá bien. No la mires y no...

... morirás.

... No te ahogará.»

«¡Te ahogará, Will!».

Royal le atusó el pelo frente al espejo, una vez de vuelta a su habitación. De brusca manera, le hizo girarse de cara a ella, y le ajustó la chaqueta azul marino del frac hasta que los seis botones en dos columnas lucieron debidamente. Después pasó a sus fardones y William enrojeció hasta sentirse desfallecer.

—¡Royal!

—¡Le he cambiado los pañales desde que nació, deje de quejarse! —Se

agachó para que la tela del pantalón azul claro tapara la parte justa de rodilla, por encima de las medias claras, y por último, dio un retoque final a los zapatos negros hasta que relucieron —. El corazón de Jane va a sufrir un gran sofoco al verlo, señor.

Will respiró hondo frente a su reflejo pálido.

¿Era un joven apuesto? ¿Cómo lo veía Eve Jane? No como él la veía a ella, evidentemente.

Bajando los interminables escalones hacia el recibidor de la casa, la señora Montybell gritó.

—¡Dios mío, señor Montybell, nuestro hijo! Desfallezco —Fingió un desmayo ensañado y su esposo la sujetó por la cadera entre risas.

El joven se detuvo al pie de las escaleras y, muy serio, escudriñó a ambos mientras compartían un beso auténtico. ¿Cuántos matrimonios existían como el de sus padres? ¿Cuántas parejas se habían casado realmente enamoradas como ellos dos, como Ivy y Gaylord? ¿Estaría bien lo que estaba a punto de hacer? ¿Y si...?

—Querido —Ivy se soltó de los brazos de Gaylord y se recompuso. Las telas claras y sedosas de su vestido volvieron a estirarse y a enmarcar su envidiado cuerpo —. William, estaba fingiendo un ataque. Me has deslumbrado, hijo. ¿Estás bien?

Gaylord dio un paso al frente, preocupado.

—¿William?

William bajó los tres escalones que faltaban con un nudo en la garganta.

—¿Y si no le gusto? —soltó, atragantándose con las palabras, que sin querer, se desordenaron en su boca antes de cobrar sentido en una frase.

El matrimonio rompió a reír de alivio.

—Cariño —Ivy lo abrazó con cuidado de no estropear el trabajo concienzudo de Royal —, Jane y tú sois amigos desde siempre. Claro que le gustas.

—Pero... —No contó su miedo. Su verdadero miedo. No quería atar a Jane a un futuro en el que no fuera feliz. Jane tenía que enamorarse de él si quería casarse con ella. Lo había decidido.

Asintiendo para sí, William cruzó el umbral guiado por los pasos de su padre. Juntos descendieron por la escalinata de piedra y subieron al carruaje ayudados por los cocheros.

Se había dejado cegar por la belleza de Jane, y no le había importado, en un primer momento, que ella no lo amara. Claro que albergaba cariño hacia él,

pero no era suficiente.

En menos de cuatro minutos divisaron la gran muralla de olmos y hayas que se unían al bosque por detrás de la casa de los Dankworth. La enorme finca era un paraíso verde rebotante de vida. Cuando Will bajó del carro de caballos, un petirrojo del tamaño de su mano pasó volando cerca de su cabeza. A poco estuvo de enredarse en su pelo. Su padre le recolocó el pañuelo azul, que ante el movimiento brusco se había salido del chaleco. Los recibió el hombre del servicio, el cual William recordaba de las veces que Jane y él habían jugado al escondite en la cocina, en la despensa, o en el despacho del señor Dankworth. Aquel hombre que ahora lo miraba con el rostro compungido, siempre había disfrutado del dolor que le infligía al tirarle de las orejas cuando correteaba por sitios que no estaban indicados para los niños.

—Sean bien recibidos a la vivienda de los Dankworth. Siéntanse como en casa.

Padre e hijo asintieron con un leve movimiento de cabeza, y el paso les fue cedido al interior de la gran casa. La riqueza era, quizá, menos ausente que en la familia Montybell, pero el gusto era tan o más exquisito. La selección de muebles y telas así lo demostraba. Los candelabros relucían como nuevos, pese a haber sido fabricados antes del nacimiento de los padres del señor de la casa. El terciopelo color bosque de la tapicería del salón lucía sin ninguna mota de polvo. Y las cortinas de damasco vestían los ventanales con elegancia. Pero, William tuvo que dejar de fijarse en la decoración de la estancia una vez allí. Algo mayor le nubló el sentido de la vista. Una figura acomodada en una de las sillas de terciopelo verde. Unas manos blancas y perfectas por encima del cristal de la mesa del té.

Eve Jane.

El cabello de Eve Jane suelto, en cascada por sus hombros y detrás de su espalda.

Cuando la joven escuchó los pasos que se acercaban hacia donde ella se encontraba, levantó la vista. Precipitada por la sorpresa, dejó caer la pluma con la que escribía, moteando de tinta el escrito en el que andaba sumida.

—¡Oh, Dios mío! —masculló para su horror. Trató de levantarse, y en su espantoso sobresalto la silla rechinó y golpeó la estantería de sus espaldas —. ¡William! —exclamó, azorada —. Señor Montybell. —Se inclinó con gracia para saludar a sus vecinos —. No esperaba visita. Yo... discúlpenme. No estoy vestida debidamente. Les ruego sus disculpas.

William solo pudo fijar la vista en el rojo casi bermellón que coloreaba el

rostro de la joven Dankworth en su huida del salón. Incómodo por haber causado tal bochorno en su amada, se regañó a sí mismo.

—No sé por qué se disculpa tanto, siempre está preciosa —convino Gaylord, con una sonrisa quejosa.

William endureció la mirada y su padre guardó silencio hasta que el señor Dankworth salió a recibirlos.

—¡William, cuánto tiempo sin verte, querido niño! ¡Has crecido todo un palmo desde la última vez que tuve el placer de estar en tu compañía! —Lo abrazó hasta aplastarle las costillas contra su pecho. William temió por el aspecto de su frac, que sin duda, se habría llenado de arrugas —. ¡Gaylord, amigo mío! Pase, pase. Tenemos muchas cosas de las que hablar. ¡Pongámonos al día!

Sin más, ambos señores abandonaron la estancia dejando a un sorprendido William junto a la mesa de cristal de la que Jane había huido hacía menos de cinco minutos. Decidió acercarse a mirar el trabajo de la chica, pues se encontraba solo. Suspiró, era una poesía.

¿Cómo era posible que siguiera enamorándose aún más de ella?

¿Cómo podía Jane enamorarlo más, si cabía?

—Es privado —lo sobresaltó una voz a sus espaldas. Una voz dulce y suave como los murmullos de las flores movidas por el viento de primavera. Una voz como la de Eve Jane.

Muy despacio, Will retiró la mano de la hoja escrita por el puño y letra de la persona a la que más veneraba en el mundo. Ahora, el avergonzado era él.

No pudo más que deleitarse con su belleza exultante. Tragó saliva cuando sus miradas se cruzaron. Se había cambiado de vestimenta, y el cabello, ahora recogido a prisa, le enmarcaba el rostro pálido lleno de vida.

—Lo siento, yo...

—No importa. —Jane cubrió la distancia que los separaba a ambos. Se detuvo a medio metro de distancia del joven, y lo escudriñó con discreción bajo sus bellas pestañas sin colorear —. Antes escribíamos juntos, ¿recuerdas?

Compartieron risas idénticas que los hicieron respirar de alivio.

¿Cuándo el ambiente se había hecho tan cargado entre ellos dos? No eran los mismos niños que jugaban a ser rey y reina de parajes de fantasía inventados. Ya no eran los mismos que preparaban teatros improvisados para sus familias, ni los que se morían por compartir carruaje y clases. William recordaba las noches que, en el mayor de los descuidos de Royal, había

cruzado las dos fincas para llevarle sorpresas a Jane. Solían ser libros de sus padres, que siempre estaban viajando. Jane le dejaba entrar en la casa y los dos fantaseaban sobre destinos geniales a los que viajar en un futuro, los dos juntos.

Pero esos niños habían crecido. Y el futuro no predecía viajes amistosos. El futuro necesitaba uniones.

¿Qué les había pasado? ¿Dónde estaba la confianza y la inocencia de ambos? Ahora, apenas compartían miradas forzadas, casi como extraños.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Jane. Recogió su escrito, que dobló con mimo y lo escondió con sutileza entre los pliegues que su vestido formaba sobre su pecho. William fingió no haber visto aquel movimiento —. Es decir, me alegra verte. Pero...

—Yo...

—¿Sí?

—Mi padre... Tu padre...

—¿Qué les pasa?

—Querida Jane...

—Oh, Will, no me hables así. Sabes que no me gusta. ¡Nos conocemos desde siempre!

Will suspiró, atacado. No podía articular palabra. ¿Qué podía decirle? ¿Vengo a por tu mano? Por favor... Iba a desmayarse.

—William, ¿qué te ocurre? Estás blanco. ¿Te sientes enfermo? —Las manos de Jane se posaron en sus hombros, y antes de que él fuera consciente, le palpaban la frente, buscado algún signo de enfermedad. Le iba a dar un ataque. Las manos de Jane... —. ¡William Janick! ¿Qué demonios te ocurre? Me estás preocupando.

—Le ruego, no vuelva a preguntármelo... Por favor —logró decir, entre sofoco y sofoco —. Mi respuesta será inconclusa, perdóneme.

Eve Jane apretó los labios y Will sintió sus entrañas retorcerse ferozmente. Estaba incluso más bella enfadada.

—Está bien, con que esas tenemos... —masculló bajando las manos a su falda beige —. Como usted quiera, William —decidió —. Pero... le advierto que... el señor Dankworth puede alterarse con una facilidad asombrosa. Espero que no se haya tomado usted tantas molestias en arreglarse de semejante manera y en venir hasta aquí para... comunicarle alguna tontería que saque su terrible genio a relucir. Padre no es muy voluble, que digamos. Debería saberlo.

Aquellas palabras no pudieron más que agrandar los nervios del pobre muchacho, que se deshacía en la espera.

—Eve Jane —se inclinó dando un paso hacia atrás —, no he tenido oportunidad de presentarle mis...

—Enderécese, no quiero galanterías. No es necesario, muestra usted mucho respeto con su trato. Le conozco demasiado bien como para saber lo que piensa de mí.

Dicho esto, Jane bordeó la mesa de cristal hasta llegar a las estanterías que rebosaban libros y enciclopedias. Cerró el frasco de tinta y lo guardó, junto a la pluma que había utilizado, en una caja de madera forrada de terciopelo negro por el interior. La dejó en la estantería con un cuidado reverencial. Mientras tanto, la puerta del despacho del señor Dankworth comenzó a abrirse, y la figura del señor Montybell comenzó a dibujarse a la luz. El pánico inmovilizó a William, que no vio venir a Jane hasta que notó sus dedos sobre el cuello.

—Sea lo que sea lo que tenga que hablar con él, tiene que estar presentable. No le gustan los pañuelos, ¿verdad? —Jane estiró la tela del frac sin minucias ni reparo, y terminó moldeando un rizo color trigo del cabello de William con un dedo.

Se miraron...Y se separaron como movidos por una chispa de incomodidad.

—¡William Janick, tenemos que hablar! —se escuchó el alarido del señor Dankworth.

El muchacho tragó saliva y marchó sin poder dirigir una mirada discreta a Jane. Su padre le palmeó el hombro, pero aquel gesto lo llenó de inseguridades. No le infundió ánimo ninguno.

—Cierre la puerta, muchacho.

Él así lo hizo.

—Siéntese.

Obedeció.

—Bien. —Se hizo el silencio.

El despacho de Ayrton estaba exactamente igual a lo que William recordaba de su más tierna infancia. Salvo, quizá, la lamparita del escritorio. Eso era nuevo.

—Señor Dankworth, yo... —comenzó, decidido a no prolongar la angustia que le aprisionaba el pecho.

—Sé a lo que has venido, chico —masculló el hombre, acomodando sus

gafas de lectura sobre el puente recto de su nariz —. Y, francamente, estaba esperándote. Pensaba que no vendrías nunca.

Will se retorció las rodillas con angustia. ¿Que lo sabía? ¿Había sido su padre? Lo mataría. Oh, sí, lo lamentaría. Hacerle esa jugada a su propio hijo. Ahora se reirían de él.

—Esp... ¿Esperándome, señor?

—¡Claro! ¿Acaso creías que la mano de mi mayor tesoro podría entregarla a cualquiera? ¡No! Jane necesita al mejor compañero que pueda existir.

El aire desapareció de los pulmones de William en el acto.

—No comprendo...

—Te casarás con mi hija, William Janick. Te encargarás de protegerla, por encima de todo, ¿me entiendes? Será tu responsabilidad venerarla y colmarla de felicidad. Chico... ¡Chico! ¿Es que no me estás escuchando?

—Yo pensaba... Jane...

—¿No la quieres?

—¡La amo! —se sintió estúpido nada más dejar salir aquellas palabras de su boca, pero le picaban en la garganta. Se liberó al dejarlas salir.

Ayrton sonrió con regocijo y entrelazó los dedos de las manos por encima de la mesa del escritorio.

—Lo sé. Y sé que la cuidarás mejor que nadie. Lo sé por cómo la miras. Por cómo la has mirado desde siempre, William. Tu cariño es tan verdadero que es envidiable. Mi niña necesita un amor de verdad, no falsas promesas de amor infeliz y un futuro de riquezas vacías. ¿Para qué necesita Jane tanto como se le promete si no va a tener un cariño duradero que la acompañe? Sé que en tus manos la luz de Jane nunca se apagará.

Las palabras conmovieron al chico. El señor Dankworth de verdad lo envidiaba, y eso era un alivio tan grande, que se desplomó en la silla, perdiendo toda la compostura que había guardado.

—Respira chico, respira.

—Señor, Jane es para mí... Para mí es demasiado... Quiero decir. Nada me llenaría más que poder compartir mi vida con ella.

Ayrton asintió.

—Estimado muchacho, todo gran amor exige un gran sacrificio. Lo bello siempre esconde algo malo. El sufrimiento está incluido.

Will ladeó la cabeza, sin comprender.

—¿Jane? ¿Qué puede esconder de malo la belleza de Jane?

La tensión en el rostro del señor Dankworth volvió más tirantes sus

facciones.

—Tienes que prometerme que aceptarás a Jane con todo lo que el casamiento conlleva. Prométemelo, Will. Si la amas, tienes que prometerlo.

No estaba seguro, pero dijo:

—Lo prometo.

Se dieron la mano, sellando el trato.

## DOS

**L**a puerta caoba se cerró detrás de William, que, aún asombrado por la noticia que el señor Dankworth le había confesado, chocó con el respaldo de una de las sillas tapizadas en terciopelo:

«La mano de Jane siempre te ha pertenecido.», le había dicho, sumido en la seriedad que lo caracterizaba.

«Siempre.»

No podía creerlo. No podía.

—¿Y bien? —Jane dejó de atusar sus faldas, y lo miró, interrogante —. No le veo muy feliz.

Todo lo contrario, estaba pletórico. Aunque sí algo decepcionado. Nunca había esperado que fuese tan fácil construir su futuro. Evitó el brillo azul de sus ojos, y el aleteo suave de sus pestañas. La esquivó mientras buscaba la salida del salón, mientras huía de ella para no darle una explicación.

—William —chistó ella molesta —. ¿No va a contarme nada?

—Perdóneme, Jane...

—No. —Lo agarró del brazo a tiempo. William no pudo más que apretar los dientes, sin llegar a volverse —. ¿Qué le has dicho? ¿De qué habéis hablado, Will?

—Jane, la veré... la veré en su fiesta.

Jane no cedió en su agarre, y le obligó a mirarla.

—Estoy harta de que padre me oculte las cosas. ¿Cuándo nos ha pasado esto? ¿Cuándo nos convertimos en extraños, William?

Él no tenía palabras para darle una explicación, pues se preguntaba lo mismo. El corazón le rebotó en el pecho con un ímpetu nuevo y envió una oleada de dolor salvaje por todo su cuerpo. No podía ver a Jane sufrir así.

¿Qué le ocultaba su padre para que estuviera tan inquieta?

—Quiere casarme, ¿verdad?

Los ojos de Will delataron algo que no debían.

—¡Lo sabía! —Lo soltó, llena de una súbita angustia—. ¡Y tú eres su cómplice! ¡Oh, William, ayúdeme! ¡No puede entregar mi mano sin estar yo de acuerdo! ¡Lo sabía! —Salió corriendo del salón y se llevó las manos a la cara para acallar el llanto. Él la persiguió hasta el recibidor. Las manos le temblaban demasiado como para abrazarla. Un mechón dorado se soltó de su recogido de princesa, cayó sobre una de sus manos. Will lo recogió, delicadamente, como si el brillo fuera a morir entre sus dedos. El miedo desapareció cuando el azul de los ojos de Jane le nubló los sentidos. Las lágrimas los habían anegado y se veían incluso más bellos, más reales; llenos de dudas y desesperanza. Y él era el culpable de aquel malestar.

—No llore, Eve Jane, no me haga esto.

—¿No va a contarme nada, pues? —preguntó, llena de esperanza.

William negó con pesadez.

—Tiene que... esperar. Créame.

—¿Esperar a qué? ¿A estar atada a un futuro que no deseo? ¿A verme dominada por un marido al que no conozco y no aprecio? Si de verdad sabe algo y no quiere decirme nada, ya puede estar marchándose.

William agachó la cabeza, resignado a tragarse el dolor de ambos. Jane, al verlo tan desanimado, se vio derrotada. Su futuro debería estar planeado de una manera verdaderamente horrible y eso la espantaba. Si su amigo desde que tenía uso de razón, se lo ocultaba, es que no debía de albergar nada bueno.

—Creía que querría lo mejor para mí —se atrevió a mascullar cuando el señor Montybell llevó a su hijo al camino de piedra de la entrada de la finca.

—Nunca dude de lo contrario —contestó William, el abatimiento dueño de su rostro.

—Me hace usted dudar demasiado.

Will se abandonó en el carruaje, su padre le observaba con seriedad, sin atreverse a decir nada. Finalmente, rompió el silencio envuelto en el traqueteo del camino:

—Pensaba que saldrías henchido de alegría y terriblemente aliviado. ¿Hijo?

—No me aceptará, padre. No lo hará.

—Lo aceptará, William. Claro que lo hará, no temas por eso.

—No, se escandalizará, jamás me aceptará.

—William Janick Montybell, serás su futuro, no hay nada más que hablar. Ahora, ve a visitar a los Hearnshawn. Tu traje para el cumpleaños de Eve Jane está listo desde anteayer.

—Sí, padre. Iré caminando.

—Está bien.

Una hora más tarde, William se encaminaba hacia la sastrería de la familia Hearnshawn con paso pesado, después de haber atendido a los deseos de Royal de seguir atendiendo la línea elegante en su ropa. Cuando dejó atrás la finca de los Dankworth, un pinchazo de angustia lo llenó de miedo. Y recordó el primer pretendiente de Eve Jane. Evocó el sentimiento de odio que experimentó aquel día, diez años atrás, cuando Gable Cukor, el hijo del carnicero, se dejó ver en su refugio entre los robles cercanos al lago de Vant Konur. Gable se arrodilló en la hierba crecida, y llenó de elogios a una Jane de nueve años. Dijo que era la niña más bonita de todo el condado de Kent, y que cuando creciera, sería la mujer más bella de toda Inglaterra. Jane se asustó y corrió llorando a casa. El más joven de los Cukor jamás volvió a dirigirle la palabra. Y hoy en día, agachaba la cabeza, avergonzado por lo que hizo siendo un niño.

Y William seguía llenándose de odio cuando lo veía.

Luego estaba Eric, el hijo del terrateniente de Canterbury. Aquello sí que fue un escándalo. William estaba seguro de que tanto Jane como su padre aceptarían al apuesto joven que se presentó en su finca poco después de cumplir Jane los quince años. Era elegante, educado y lleno de riquezas que ofrecer a una señorita de la clase de la hija de Dankwoth. El mejor partido que podía conseguirse. Sería un matrimonio envidiado por muchos y rentable para ambos. Pero, al parecer, el señor Dankworth se vio insultado. Eric fue echado de la finca a gritos, y todos en Vant Konur quedaron perplejos. ¿Cómo podían los Dankworth rechazar semejante oferta?

El apuesto joven corrió a su calesa, echando la mirada infinidad de veces hacia la ventana tras la que, sin duda, una amedrentada Jane se ocultaba. Las botas altas y ostentosas de Eric terminaron opacadas por la tierra que, en su huida, lo había salpicado.

William jamás lo entendió, y Jane nunca hablaba de ello. Sus proposiciones de matrimonio morían nada más presentarse.

La puerta de la sastrería se abría y cerraba de forma frenética aquella mañana, pues el cumpleaños de la hija del segundo Gentry de Vant Konur era un festejo de suma importancia en aquel lugar. Y diecinueve años no se

cumplían todos los días; mucho menos, una jovencita como Eve Jane, la que ya era de las chicas más bonitas de todo Kent. Y declarada la más bella del planeta por su vecino, el abatido joven Montybell, que se dejó caer en la tienda de los Hearnshawn con el sufrimiento encogiéndole los pómulos y oscureciendo sus ojos azules en bruma y ceniza.

Hadrien Caden Hearnshawn se precipitó a recibir a su mejor amigo, que rio nada más verlo envuelto en retales de colores diferentes, todos de lujosas telas y de colores radiantes. Las tiras deshilachadas y mal cortadas se enredaban en los rizos castaños del muchacho y por sus hombros anchos y su cuello, pero sus ojos castaños se mostraban ajenos a la presencia que mostraba a la gente que acudía al establecimiento.

—¿No son buenísimos días para usted, William Janick? ¿No brilla el sol con una fuerza deliciosa? ¿No cantan los pájaros sus más bellas melodías? — Hadrienladeó una pérfida sonrisa que divirtió aún más a su amigo —. Cuénteme, amigo. He pasado muy mala noche esperando sus noticias. —Se acercó para susurrarle al oído —: ¿Tendremos casamiento?

William no supo cómo responder. Hadrien, además de sus padres y Royal, era el único amigo al que le había confiado el secreto de su amor. Y, el detalle de la pedida de mano no podía escaparse a los sentidos de Hadrien, que conocía de la mejor forma que existía a su amigo.

—Todo ha sido muy extraño, Hadrien.

La sonrisa del joven pecoso se desvaneció de su rostro como si jamás hubiese estado allí. Sus amables ojos se irisaron y su voz se volvió más grave:

—¿Dankworth tampoco te acepta a ti? Eso sí que no puedo creerlo. ¿Qué le pasa por la cabeza a ese viejo cascarrabias?

—No, no te confundas, Hadrien. Ha dicho que sí. Pero... antes incluso de que yo hablara.

Y entonces, William le confió a su amigo todos los detalles de la conversación con el padre de Jane, después de buscar cobijo entre los montones de telas que ofertaban en la sastrería.

—¿En serio? ¿Te dijo que Jane se casaría contigo? ¿Siempre tuvo tu mano? —William asintió al susurro atónito de Hadrien —. Vaya... —meditó —. ¿Y por qué no, inmediatamente, te has arrodillado como un señor delante de su hija, y le has pedido que pase la eternidad a tu lado?

—Hadrien, no me vengas con teatros, ¿quieres dejar de robarle las novelas a tu hermana? Son demasiado...

—¿Femeninas?

—Algo así.

—Perdona por dejarme llevar por la pasión que me despierta la literatura...

—¡Hadrien!

—¡Bromeaba! Sí que estás susceptible, Will. Después de que las puertas del paraíso se hayan abierto exclusivamente para ti entre cánticos celestiales, vas tú y te dejas anegar el corazón con necesidades.

William sacudió la cabeza ante tales palabras. Harto de discutir con su amigo, decidió explicarse:

—No puedo pedirle la mano a Jane. No todavía.

—Ah, lo harás en la celebración de su cumpleaños. ¡Será tan encantador! Tengo tu traje por aquí, padre le ha dado los últimos retoques a los puños del frac. ¿Sabes que los botones son de oro? Claro que lo sabes, ya tienes unos cuantos...

—Hadrien, para. ¿Quieres escucharme? No voy a pedirle la mano a Jane hasta que ella esté preparada.

—¿Preparada? ¿Cómo tiene que prepararse una dama para recibir una petición de matrimonio?

—Enamorándose antes del pretendiente.

Hadrien guardó silencio al momento, y el rollo rojo satén que sujetaba entre sus brazos se precipitó al suelo, desenrollándose mientras se deslizaba por la superficie de madera estropeada. Paró a los pies de la señora Hearnshawn.

—¡Hadrien, pon atención! ¡Esto nos cuesta el dinero! —Gaila se agachó protestando en alto para que su hijo se avergonzara, y recogió la tela que parecía ser una pequeña alfombra extendida a sus pies —. ¡Deja eso y ve a atender! A ver si dejas de darme disgustos. ¡Ve a darle un descanso a tu pobre hermana!

—Sí, madre —accedió el chico, que cabizbajo se despidió de su amigo con un encogimiento de hombros y salió disparado hasta donde lo esperaba su hermana mayor, la señorita Anglia Hearnshawn.

Gaila examinó a William con ojos sabios.

—Usted está tan enamorado que no puede remediar que sus ojos lo vayan gritando por donde quiera que miren. —Los pómulos de William ardieron como brasas —. Es tan adorable, señor Montybell... Pero déjeme enseñarle una cosa. ¡Su traje está terminado!

La sastrería contaba con un lugar de trabajo que no estaba cara al público, y era, en parte, un gran alivio para el matrimonio que se ganaba la vida entre

hilos, agujas y telas, y sus dos hijos. Gaila Hearnshawn entró en tropel moviendo sus anchas caderas sin amilanarse, y en menos de un abrir y cerrar de ojos Will tuvo ante él el traje immaculado que llevaría a la fiesta privada de su adorada Eve Jane. Tragó saliva para indicar su impresión, y Gaila lo extendió con orgullo para mejor perspectiva a la luz de los candiles.

—Le gusta, ¿verdad? Sin duda alguna su madre destaca por su exquisito gusto, señor Montybell. Siempre se decanta por las mejores combinaciones. Tiene talento, ¡oh, sí! Mire que diseño tan espectacular. Será usted la envidia de todos los jóvenes de Vant Konur. Pobre Hadrien, me esmero en él, ¡ya lo creo! Pero su carácter termina ganando la partida a mis enseñanzas, querido William. ¿No podría mi hijo aprender de usted? Son tan buenos amigos... ¡Ya podría pegársele algo a mi Hadrien!

—Señora Hearnshawn, Hadrien es...

—¡Tumultuoso! ¡Un alborotador! Me va a llevar a una condena eterna, pues no lo veo de la mano de ninguna señorita. ¡Jamás!

—Gaila...

—Espero que usted tenga otra suerte y entregue ese amor que guarda, William. Sería horrible encerrarlo dentro, si con tanta pasión lo custodia. Un amor escondido es tan horrible como duradero, créame.

William volvió a enrojecer sin poder remediarlo.

—Venga, pruébeselo. ¡El traje! —exclamó la señora, entregando las prendas a William para que se las probara—. ¡A prisa!

Él obedeció lo más rápido que pudo. Dos postes de madera que colgaban en una esquina de la habitación le proporcionaron la intimidad necesaria gracias al paño robusto que pendía de ellos, como una cortina pesada. Cuando la descorrió, la señora Hearnshawn había desaparecido. Con un nudo terrible en la garganta recorrió la distancia que le separaba hasta la entrada principal de la tienda. Pero nada más abandonar la calidez de los candiles, la respiración de Will murió en sus pulmones. No había nacido para respirar.

No ante ella.

No delante de Eve Jane.

¿Sabía alguien cuándo había puesto un pie ella en la calidez de la sastrería? Quizá Hadrien, que rehuía la mirada castaña de su silueta alta y espigada.

William sabía bien la vergüenza que el muchacho sentía ante la presencia de Eve Jane, pese a haber sido como hermanos en otros tiempos.

¿Por qué habían cambiado tanto? El tiempo de verdad exigía grandes sacrificios. Crecer, hacerse mayor. Adquirir responsabilidades...

—¡Muchacho! ¿No le sienta como un guante, querido? ¡Señor Hearnshawn, mire como relucen los botones en su pecho? ¿No está admirable? Un gran trabajo. —La señora Hearnshawn besó a su marido en la mejilla para felicitarle por su trabajo con el traje de William. Pero, el joven había quedado expuesto ante las miradas escrutadoras que se paseaban entre los maniqués vestidos de la sastrería.

Miradas arrolladoras como la de Eve Jane.

El tiempo, sin duda alguna, se detuvo en algún momento. William así se lo aseguraba a sí mismo. No podía observar con tanta minuciosidad cada uno de los movimientos de Jane. Se dirigió a él con ese extraño brillo en su mirada. El mismo que el de la mañana, cuando había rehuido sus palabras con tanta cabezonería.

Tragó saliva cuando su olor le cautivó los sentidos y terminó por atontarlo. Seguro que su cara era espantosa. Congelada en algún embobado espasmo de chiquillo encantado.

—William, encantada de verlo de nuevo. Supongo que su terquedad sigue en pie, ¿no es cierto? —Jane se inclinó con sencilla brevedad y detuvo el corazón del joven en el acto. Después, alzó la barbilla ante él, para observar con más atención los ojos de William, que compartían el color de los suyos —. Está usted... —Se tomó su tiempo en admirarlo de arriba abajo, con cuidado de que nadie más se fijase en su gesto —... muy apuesto.

—Usted está bellísima, Jane. —William devolvió el saludo.

—Gracias —asintió ella. Sus pestañas se cerraron muy rápido, y su cuerpo se volvió para darle la espalda a su vecino —. Pero, no ha respondido a mi pregunta. ¿No me confiará nada?

—Nada.

—¿En absoluto?

William tomó aliento, y recobró su compostura ante la mirada agresiva de Hadrien. Estaba claro que su amigo le estaba advirtiéndole que se estaba dejando dominar por sus sentimientos de enamorado. «¡Compórtate!», parecía gritarle desde donde ayudaba a una señora entrada en años a probarse un chal rosado, enzarzado en perlas.

—Veo que la intriga descansa anclada a usted, señorita Dankworth. —Dejó escapar una sonrisa avispada que hizo sonrojar a Jane —. ¿No puede, acaso, esperar?

—Guarda un secreto.

—Sabe que sí.

—Pues me gustaría ser conocedora de ello, si me incumbe a mí.

—Resulta que no es la única imputada. —El gesto y el tono de William se agravó.

—Will... Por favor. —Se giró hacia él para rogarle con la mirada, pero el muchacho supo apartarse a tiempo de sucumbir —. Sé guardar secretos.

—¡Oh, querida chiquilla! ¡La preciosa Eve Jane en nuestro humilde negocio! Venga por aquí, tenemos su traje listo para ser lucido. —La fuerza arrulladora de Gaila Hearnshawn alejó a Jane de William, que respiró aliviado en cuanto la vio desaparecer por donde él acababa de salir. La luz débil de la sala oscureció los cabellos dorados de Jane.

—¿Pero no eres consciente de cómo te domina? Puedes hacerlo mejor, Will.

—¿Me hablas a mí de dominación cuando fuiste tú el que le causó un bochorno espantoso con tu petición de matrimonio?

Hadrien agachó la cabeza apretando la mandíbula. El color de su piel se volvió una imitación al salmón. Era cierto que Hadrien se había rendido, como mucho otros, a los encantos de Jane. Y había cometido la misma estupidez que la mayoría.

Fue una mañana de hacía dos inviernos en la que los dos amigos charlaban en la sastrería, atentos a las palabras que sus padres se conferían. Una tímida Jane de todavía dieciséis años se precipitó con los cabellos alborotados y cubierta de nieve. Arrojó su abrigo al suelo y, entre resoplidos, consiguió deshacerse de la nieve que la hostigaba. Cuando hubo finalizado, sucedió la catástrofe. Ni Hadrien supo justificarse. Él mismo aseguraba que nunca se había planteado anclar una rodilla en el suelo y haber soltado semejantes palabras. Unas palabras que hicieron que Jane enmudeciera, para, seguidamente, buscar ayuda en Will. Pero William estaba más paralizado que ella. Quizá porque Hadrien sabía lo que sentía él por Jane. Y quizá porque Hadrien jamás le había confesado que amase a Jane como para realizar tal locura.

El señor Hearnshawn fue el que actuó, arrastrando a su hijo fuera de la vista de cualquiera, tirándole de las orejas. Mientras murmuraba improperios hacia su linaje, Gaila se deshacía en perdones hacia la muchacha.

Hadrien aseguró que el aspecto de Jane aquel día lo llevó a un extraño limbo en el que no fue consciente de lo que hizo hasta que los azotes de su padre se lo demostraron.

Y William, en parte le creyó. Pero no le perdonó.

—Ya dije que no quise hacerlo.

—Claro, su belleza te obligó.

—¡Sí! Fue muy extraño.

—Mentiroso.

—¡William, tú mismo has confesado que te nubla los sentidos!

—Pero porque la quiero.

—¿De qué hablan con tanto ímpetu? Casi diría que pelean.

Ambos amigos se volvieron en dirección a la joven que les había interrumpido. Inmediatamente mostraron sus respetos a la compañera de Jane, una joven que se había abierto paso con disimulo hasta ellos.

Hadrien parpadeó atónito, después reaccionó:

—¿Rosie? ¿Lady Simpson?

La chica asintió con una sonrisa sincera cruzándole el rostro.

—Veo que aún me recuerda, Hadrien —dijo inclinándose para saludar a los dos jóvenes que la miraban boquiabiertos—. Qué apuesto te ves, William.

El joven Montybell se precipitó a imitarla, y Hadrien quedó algo más rezagado.

—Creo que acierto al indicar que ninguno de los dos la habíamos reconocido, Rosalind. ¿Cuánto tiempo lleva fuera? ¿Tres años?

—Tres años, William, exactamente. Pero de este año no pasan unas vacaciones junto a Jane. Este lugar se echa de menos, ¡y es de esperar! Dejé aquí todas mis amistades, sin excepción.

—La veremos en la fiesta, entonces —terció un intrigado Hadrien.

—No lo dude. —La sonrisa educada de Rosalind pronto los dejó, pues la muchacha era requerida para ayudar a su amiga con la prueba de sus nuevas ropas.

William se volvió hacia su amigo:

—Rosalind, vaya sorpresa —expresó su agrado.

—¿Vendrá también Katherine?

—Puedo imaginarlo, ¿habrá cambiado ella tanto como Rosie?

—No podemos más que esperar para verlo, William. Pero... ¿crees que habrán olvidado nuestra amistad? Eso sería demasiado decepcionante.

—Quizá nuestra amistad, pero no a nosotros, ya lo has visto.

Cosa del destino o de la casualidad, los ojos de William se toparon con la fatalidad en persona, pues los segundos del tiempo quisieron retrasar sus pasos para que Jane apareciera ante él en su nuevo vestido azul claro. Le tapaba el principio del cuello con una tira alta y brillante, y sus brazos

quedaban cubiertos hasta por encima de los codos, con mangas ligeramente abombadas.

Sonrió al espejo, ajena a todo lo que suponía su presencia en aquella misma sala. Y giró sobre sí misma para apreciar el vuelo ligero de sus pesadas y elaboradas enaguas.

## TRES

Jane trataba de espantar la inquietud que rozaba los bordes de su agitado corazón cuando, en el más estático de los silencios, su nodriza, su querida Abby, le dio la bienvenida con un cariñoso abrazo tras su espalda. Jane se enderezó para que Abby enzarzara sus dedos - ya expertos por los años- en su cabello enredado en trenzas que daban vueltas por su cabeza de chiquilla. Muy delicadamente, Abby deshizo el peinado que estiraba la piel de Jane sin ningún reparo. La chica respiró profundamente cuando sintió el peso dorado sobre sus hombros, como cada noche. Era todo un alivio.

La nodriza se hizo con el peine de crin del tocador de Jane y, separando el cabello en varios mechones larguísimos, fue peinando. Jane reconoció la canción que la mujer tarareaba. Se la cantaba de pequeña mientras la vestía.

Cerró los ojos para evitar las lágrimas y calmar el escozor que sentía en los párpados.

—¿Qué le pasa a mi querida niña?

—¡Oh, Abby! Nada...

La expresión lánguida y abatida de Eve Jane puso en alerta a la mujer, que demasiado bien podía alardear de conocerla, pues la crianza de la criatura desde su primer día de vida le había dotado de tal experiencia.

Abby dejó el peine en su sitio y respiró hondo mientras posaba las manos en los hombros de la joven que se negaba a ver como mujer. Era su niña.

—Niña, hay algo que te mantiene aturdida. ¿No quieres confiármelo? ¿Tan íntimo resulta? Cuéntame con tranquilidad, Jane, de mis labios sabes que nunca saldrá nada...

—Lo sé, Abby, sé que puedo confiarte hasta el mayor pecado de la tierra.

—Y aun así...

—Mañana es mi cumpleaños.

—¡Querida! ¿Eso es lo que mantiene tu cabecita en las nubes?

—Más bien en el corazón de una tormenta, Abby. No quiero crecer, no quiero. Es tan agotador. Es una tortura.

—Y más cuando se es una señorita tan bella como tú, mi Jane.

—¡No me hables de belleza!

—Niña, ¿sabes lo que dicen de ti? ¡Exclaman que las hadas te hicieron un magnánimo regalo al nacer! Mira tu rostro. Jane, eres la chiquilla más bella que mis ojos hayan visto.

—No quiero ofenderte al decirte que has visto poco, ¡más bellas mujeres debe de haber fuera de este pueblo!

—Claro que sí, Jane. Claro que sí. Pero ninguna como tú.

El suspiro de abatimiento de Jane hizo que la nodriza insistiera.

—¿Es algo que tenga que ver con tu palabra odiada? ¿Quizá el tema a tratar versa sobre el amor?

—Amor... ¿De qué sirve, exactamente? Encadena, es peligroso, Abby. Yo no le veo el sentido.

—¡Encadena! La perfecta definición, querida. Para odiarlo lo tienes profundamente adherido.

—Todo lo contrario...

—Chiquilla, es malo cerrarse tan fuerte como tú lo haces. Un día, sin quererlo, te enredarás. Y será desastroso si no lo dejas salir. No puedes encerrar tu amor para toda tu vida, mi niña.

—No quiero enredarme —se lamentó Jane—. No quiero encadenarme a nadie. ¿Tan difícil es de entender? No existe ningún hombre al cual pueda entregarme para el resto de mi vida.

—Si eso es lo que realmente te perturba, no tienes más que dejar de pensarlo. Es una soberana tontería.

—Tú, al igual que padre, piensas que he hecho mal en rechazar a tantos jóvenes y tan buenos futuros. ¡Lo sé!

—¡No! ¡Jane, silencia tu cólera y tus necedades! Jamás aceptaría tu infelicidad por más libras que dejen caer sobre tu lecho. Para nada, niña. Tú padre bien acepta lo mismo que acabo de decirte, y lo sabes. ¡Muy benévolo es escuchándote! Sabes bien que tienes un tesoro, pues él te escucha como si escuchara a un mismo ángel. Tus palabras se respetan más que las tuyas propias. ¡Con otro padre ya haría años que tus risas hubiesen abandonado esta inmensa casa!

—¡No digas eso, Abby! —Las lágrimas de Jane llenaron su rostro con avidez. Abby las limpió encogiendo los labios con sentimiento en sus facciones maduras.

—Es la verdad. Cada vez que recuerdo a ese joven... ¿Eric se llamaba? Tan apuesto, tan elegante... Su porte, su dote... Creí que ya te veía en su carruaje dirección a Canterbury.

—No, Abby, jamás. Cada vez tengo más arraigado el sentimiento de apego a este lugar. Hay algo que me ata a esta pequeña región, a sus paisajes, a sus árboles, a sus gentes...

—Ojalá pueda tenerte siempre a mi lado. ¡Sería una maravilla!

—Quédate conmigo, Abby, ¿de acuerdo?

—Me iré con usted a donde me diga.

—Nos quedaremos con padre, en esta casa.

Los ojos oscuros de Abby se enternecieron, y acarició las mejillas pálidas de Jane con dulzura. Después depositó un beso suave sobre su frente para mostrarle su afecto.

—Lo que mandes, mi niña. Y no pienses más en futuros, ya llegará.

—No quiero que llegue.

—¿Es que sabes algo?

—Creo que padre va a casarme. —Jane se encogió sobre el tocador, apoyándose sobre sus brazos. Abby escondió el horror de sus facciones.

—¿Estás segura? —preguntó, llevándose las manos al pecho.

—¿No viste ayer a William salir de su despacho? ¡Oh, Abby, no me digas que no lo viste! Era imposible no fijarse en él...

—¿El hijo de los Montybell?

—El mismo.

—¿Qué le sucede al joven? Es cierto que era imposible apartar la vista, se veía muy apuesto y agradable. Ese chiquillo siempre tan atento...

—Salió asustado de la charla con padre. ¡Vino a hablar con él! Sé que conversaron sobre un asunto serio, Abby. ¡Su rostro se asemejaba al mármol! ¿No viste su expresión? Le pregunté, y acerté. Pero no quiere confesarme nada, ¡y eso me perturba! Sabe que padre va a casarme, pero se niega a soltar ningún retazo de información.

—¡Madre del cielo! ¿Seguro que no es un invento de tu cabeza alocada? ¡Tienes razón, crecer te sienta mal!

—¡Abby, créeme!

—Lo que creo es que deberías dormir algo, mañana será un día intenso.

¿Quieres que vaya a llamar a la señorita Rosalind? Sin duda se ha adueñado de la biblioteca —rio Abby, rebuscando en la cómoda el camión de Jane, señal de que no había cabida para más lamentos.

—Por favor. Necesitaré su compañía, ¡pronto va a casarse!

—Seguirá en Canterbury, Jane. Podrás ir a verla.

—Pero tendrá marido, las cosas serán distintas.

Abby negó con la cabeza mientras ayudaba a Jane a quitarse el vestido y a cambiarlo por la pieza holgada de algodón. Después de acudir, tan veloz como pudo, a avisar a la muchacha amiga de Jane, inventó una rápida excusa para colarse en el despacho del señor de la casa. El señor Dankworth levantó la vista de su lectura y le sonrió mientras observaba cómo la nodriza de su hija fingía buscar un libro olvidado de Jane, que tenía que encontrar a toda costa, por órdenes de la niña.

—Aprovechando su tarea, Abby, ¿puedo confiarle una cosa?

Abby notó el corazón rebotarle con una prominente fuerza en el pecho. Asintió:

—Sabe usted que sí, señor Dankworth. ¿Qué sucede?

—Verá... ¿Qué le parece William Montybell para mi hija?

La mujer dejó escapar un canturreo con su risa liberadora.

—¡Que ya era hora! ¡Por los cielos, qué alegría! —exclamó, realizada al descubrir el secreto que aún le estaba vetado a Jane, y por el que tanto suspiraba.

Mientras tanto, en una habitación en la planta superior, la energía de la joven Rosalind evitaba que Jane se marchitara con sus pensamientos negativos:

—¡Es el vestido más bonito que jamás haya visto!

—¡No!

—¡En serio! Y con él puesto no podrás librarte de otra proposición de matrimonio —se burló Rosalind ante la congoja de su amiga—. No podrás esconderte siempre, Jane, y no me canso de repetírtelo.

—No me escondo.

—¡Sí que lo haces! Aún no me has explicado lo del hijo del terrateniente... Su familia está aún muy indignada por cómo se le trató aquí.

Las dos compartieron una carcajada gozosa y, cómplices, se abrazaron mientras se dejaban caer en la cama con dosel y cortinajes. Las risas fueron perdiendo fuerza hasta extinguirse.

—¿Y qué me dices de William? —Rosalind se recostó con un codo sobre

la mullida superficie. Su larga cabellera negra cayó por uno de sus hombros, y sus ojos oscuros relucieron con interés —. No lo recordaba tan guapo. ¡Estaba adorable con ese traje! ¿Verdad? Me dijo que lo llevaría mañana para la celebración.

—Hace unos años que no veías a William, es normal que notes su cambio.

—¿Y es que tus ojos no lo aprecian, acaso? Te hablo de un alto nivel de agrado, Jane. ¿No has percibido su mirada? Me cuesta creer que no te hayas dado cuenta de la forma en la que te mira, cómo sus labios se entreabren, distraídos.

La tez de Jane se volvió gris.

—¿William Montybell?

—¿De qué otro joven hablamos?

—¿Cómo me mira William?

—Como si sólo existieras tú sobre el suelo que pisa.

—Eso es... ¡Eso es mentira!

—Puede que lo haya interpretado mal, ¡tranquila! ¿Qué tiene de malo?

—¡Lo conozco desde antes de ponerme en pie! Es sólo cariño, Rosalind, no puede ser otra cosa.

—Seguro que es eso —asintió Rosalind, para nada convencida, pero decidida a dejar a su amiga con su nuevo debate interno. Conseguir la aceptación de un solo joven era una misión que ya daba por perdida.

—Me muero por ver de nuevo a Katherine...

Rosalind rio sobre la almohada.

—Con seguridad sé que me lanzará su parasol pero, ¡yo me muero por ver su vestido para mañana! A ella la tengo muy vista.

Justo después de que la respiración de Rosalind se acompasara, Jane intentó calmarse. ¿Sería cierto eso que su amiga le había dicho? ¿William realmente la miraba como si ella fuera la única a su alrededor?

Jane meditó durante minutos que se convirtieron en horas. Examinó sus recuerdos en busca de pruebas, y dio con la elegancia de William, su tartamudeo, sus gestos de incomodidad y las muecas de sus labios. Sin duda, rehusaba de su presencia, no la miraba con adoración. Las cosas estaban como siempre, quizá algo más distantes, eso sí. Pero, no cabía duda de que William trataba de despertar la pasión de alguna jovencita de Vant Konur, pues así lo indicaba con sus exquisitos trajes y sus peinados realizados con esmero.

¿Quién sería la dama?

Ese fue el último pensamiento consciente de Eve Jane antes de ser atrapada

por las brumas del sueño.

## CUATRO

**U**n secreto encerrado bulle por soltarse y propagarse. Cuanto más se fuerce a retenerlo en condena, mayor será el estruendo que causará una vez libre.

Quizá ese era el miedo del joven Montybell, que, incapaz de dar un paso al frente, se vio obligado a detenerse junto a la escalinata de entrada a la gran casa de los Dankworth. Su secreto le hacía lanzar erráticas miradas en todas direcciones, sin un rumbo fijo al que atarse. Estaba solo en un fluir de conversaciones animadas, gestos entusiasmados y rostros alegres.

¿Cuánto tiempo podría vivir así, sintiendo los latidos de su corazón justo bajo su cuello, en su temblorosa muñeca, y en la punta de sus descoloridos dedos? Porque se asemejaba a un fantasma maltratado por la incorporeidad.

Tragó saliva cuando los señores Hearnshawm atravesaron el umbral. Estos le dedicaron un asentimiento de cabeza, desde su izquierda, y él, fingiéndose agradecido, les correspondió amablemente. La cortesía siempre por encima de cualquier problema personal. El agrado del conocido antes que el propio.

Sin darse cuenta, las palpitaciones se volvieron más y más afanosas, y la tarea de respirar se dificultó para los pulmones de William.

Definitivamente no podía seguir así.

No podía posponer más el momento, tenía que entrar y enfrentarse a ella, a su belleza ecuánime, a su mirada solazada, a su sonrisa pudiente y a sus mejillas sonrosadas. Así pues, William respiró hondo para darle tregua a su respiración agitada, y con el pecho aún cargado de aire nuevo, se abrió paso entre los gritos de júbilo de los invitados a la fiesta de Jane.

Anglia Hearnshawm destacó primero entre las jóvenes que comenzaban a reunirse en corros de amistades. Saludó a William con un vivaz pestañeo y una sonrisa titánica antes de darle la espalda para atender a los cuentos que sus

amigas le profesaban entre bisbiseos. Los bajos de su vestido se arrugaron acentuando el color verde en la tela brillante y sedosa. Su cabello castaño oscuro contrastaba con su piel ligeramente más colorida que la de la mayoría de las muchachas, y resaltaba, el color de su vestimenta, la calidez de su iris castaños, tan iguales a los de su hermano menor.

William la vio hermosa, y sintió profunda admiración al contemplarla. Andaba siempre tan distraído en evocar a Eve Jane en sus pensamientos que casi no dejaba espacio para nada más. Se sorprendió así, viendo bonitas a otras muchachas.

Nada más separarlos a ambos diez escasos metros, William pudo advertir el poder del encanto de la hermana de su mejor amigo. Los muchachos, ataviados con sus uniformes de la caballería, o con sus mejores galas, no podían más que observar a la muchacha de ojos simpáticos y vestido sugestivo. Enseguida abandonaron sus conversaciones adultas para rodear a las señoritas, que reían, conocedoras de multitud de nuevos secretos.

El salón principal de los Dankworth formaría, en escasos minutos, parte de los bailes de expertos. Las demás salas de la parte baja se encontraban atestadas de personas que compartían tintineos con sus copas de vino. Ningún rincón pudo encontrar William para descansar y tomar aliento, pues ser arrollado por tantos cuerpos eufóricos era agotador, y no le ayudaba a mantenerse concentrado.

Eve Jane tampoco parecía dar señales por ningún lado. Quizá se encontrara en la misma situación que él, desesperada por encontrar un poco de tranquilidad entre tanto bochorno. Una oquedad llena de paz que parecía haber sido engullida por la masa feliz que invadía la casa.

—¡William!

Se volvió en todas direcciones. Sonrisas y más sonrisas.

—¡William!

Copas chocando, tintineos, carcajadas junto a su oído.

—¡William, aquí! ¡No finja no haberme visto! ¡Sé que lo ha hecho!

Dos brazos delgados pero fuertes se entrelazaron alrededor del cuello de Will, que no tuvo tiempo para reaccionar y su primera impresión fue cerrar los ojos ante el sobresalto. Cuando los abrió, un rostro conocido pero cambiado apareció ante él.

—¡Katherine!

Su antigua amiga se veía mucho más alta, y su pelo oscuro parecía resistirse a los tirabuzones y a las trenzas de su recogido.

—¡Qué alegría, William! Es maravilloso que el festejo del cumpleaños de Jane nos haya reunidos a todos de nuevo. ¡Es tan eminente!

—Coincido —rio él en respuesta.

—¿Por qué sois tan modestos y recatados, desde cuándo os tratáis con tanto formalismo? Que yo recuerde, la última vez que hablamos no nos teníamos tanto respeto. —Eve Jane se abrió paso entre su amiga Katherine y, agarrándola del codo, asentó con firmeza sus pasos al suelo, sin poder evitar que su cadera se acentuara, para fatalidad de William, que no pudo evitar que su mirada se desviara —. Dejad de agasajaros como recién conocidos y hablad como amigos. Me disgusta —puntualizó, estirando la cintura de su vestido para evitar que se arrugara.

—Querida, la tozudez sigue haciendo mella en tu carácter.

—¿Querida? —rezongó Jane, claramente a disgusto, como ya había dado a entender.

—¡Bromeaba, Jane! Es tu cumpleaños, deberías divertirte.

—Me divertiré cuando dejéis, todos, de haceros los maduros —protestó con aire señorial.

—Es que hemos madurado. —Una nueva voz se unió a la conversación —. De hecho, en muchos aspectos —rio Rosalind, que tiraba del brazo de un avergonzado Hadrien —. ¿No recordabais a este liante mucho más bajo y achaparrado? ¿Cuándo, Hadrien, has dado semejante cambio? ¡Si te vieran mis vecinas de Canterbury! Sin duda dejarían a tus buenos padres sin apoyo en la sastrería. ¡Y William! —Sin soltar el brazo de Hadrien, Rosalind llegó al lado de su amigo de cabellos rubios y ojos estremecidos. Le sonrió —. Jane, no me habías contado que nuestros amigos se habían convertido en verdaderos caballeros. ¿Siempre tienes que ahorrarte las mejores cosas en tus cartas?

—Eso es cierto —coincidió Katherine, frunciendo el ceño y acentuando sus labios rosados en una mueca demasiado provocadora —. ¡Haces oídos sordos a nuestra pedida de detalles! —Carraspeó, para dar pie a la cita de un fragmento de las cartas de Jane —: “¡Oh, mi querida Katherine! No sabes, ni por asomo, todo lo que te extraño...” Saludos elocuentes y cariñosos pero nada de peticiones de matrimonio ni apuestas galanes —se quejó Katherine.

—¿No ha sido mejor ver los cambios en persona que procesarlos en vuestra mente, con pinceladas de imaginación, que sin duda os habrían desentonado la realidad? —aventuró una resuelta Jane.

—Quiero verte bailar con un muchacho esta noche, Eve Jane, o te encerraremos durante toda la velada en tu habitación. ¡Necesitas divertirte! —

amenazó Rosalind, cambiando la expresión amistosa de su rostro por una tirantez desconocida —. Y negarte a entablar conversación con un joven no te ayudará a encontrar un marido honrado.

—¿Y cuándo dices que vais a encerrarme?

—¡Oh, no me hagas actuar! Me conoces lo bastante como para saberme capaz.

—¡No quiero marido!

—¡Jane, me da igual, sólo te pido que bailes!

Aguantando un estallido de cólera, Jane giró en redondo sobre su eje, incapaz de decidirse por ninguno de los tantos jóvenes que mantenían su curiosa mirada sobre ella. Aceptaría la petición de Rosalind con el único propósito de hacerla callar y que la dejara tranquila. No supo la razón, pero cuando se vio agarrada al chico elegido, sus pensamientos no pudieron aclararle las ideas. William se mantenía tensionado a su lado, petrificado. Tal vez por la forma en la que Jane mantenía sus manos apretadas sobre sus brazos rígidos, o tal vez por la multitud de alientos que se alzaban alrededor de ambos.

—Lo siento, William. Perdona la brusquedad. Ni siquiera... ni siquiera quería bailar... Rosalind...

William salió del trance y, siguiendo los pasos que le chillaba el mapa de su cerebro, consiguió rodear la cintura de Eve Jane con ambos brazos.

Muy cerca.

Demasiado cerca.

Cuando supo que se había excedido ya había acumulado más atención de la deseada. Se retiró sintiendo la odiosa calidez en sus mejillas y el agujijoneo de multitud de miradas interesadas.

—Lo siento. —Agachó la cabeza a modo de disculpa. Pero, para su sorpresa, Jane no estaba enfadada ni incómoda, reía. La luz de las doradas lámparas sobre sus cabezas, esparcían fulgores por su rostro fino y ligeramente rosado.

—Muy bien, William. Olvidando el protocolo y el recato. Vuelve a hacerlo —le apremió.

—Jane...

—¿Por qué no me tratas como señorita, ya no te divierte?

—No me ha dado pie a ninguna conversación. —Se encogió de hombros, liberándose del bochorno —. ¿Le gustaría iniciar una? —Sus labios ladearon una sonrisa. Asombrosamente, Jane parpadeó al notarse contemplándola.

Aquello llenó de un extraño regocijo a William.

—Me gustaría que bailásemos, si no le importa —carraspeó.

Esta vez sí, William llevó su mano izquierda junto a la de Jane, para poder disponer de la otra sobre su cadera de forma muy sutil y nada comprometida. Bailaron.

—¿Le gustaría algo más?

—Sí.

—¿Puedo complacerla?

—Oh, sí que puede. Cuénteme lo que le perturba.

William se detuvo, como un muñeco sin cuerda a mitad de su representación. Respiró profundo.

—Me perturba la vida, más que nada.

—¿Sólo la vida? ¿En general?

—El futuro.

Jane silenció sus labios y se dejó llevar por los pasos de su amigo, que de nuevo, había retomado la marcha. Meditó en silencio.

—De modo que lo que padre le contó tenía que ver también con usted, ¿no es así? ¡Claro! ¿Cómo si no iba a esperar que se presentara en casa? Qué tonta soy.

Unas notas más distantes que otras presagiaron un cambio de pareja. William saludó a Hadrien antes de recoger en su volteo a Rosalind.

—Estoy prometida, así que cuidado —le advirtió esta con una burla.

—¿Prometida?

Pero antes de que la chica pudiera informarle, los giros volvieron a repartirse por toda la sala y Jane regresó junto a William. Tan sólo unos largos segundos le habían bastado para tomar una decisión. Agarrando al joven por las hombreras de la chaqueta nueva de su frac, Eve Jane guió a William para sacarlo del tumulto. Se escabulleron de todo aquel jaleo. En la parte más tranquila de la vivienda, William comenzó a reconocer el lugar al que se acercaban, y notó los latidos furiosos de su corazón hacer eco en su caja torácica.

Jane manipuló una cerradura, y de un crujido suave, la puerta de una habitación pequeña pero acogedora se abrió para ellos.

—Adentro, vamos —apremió. Pero William permaneció anclado ante la entrada. Jane bufó, harta por la espera, y tuvo que tirar de él para meterlo dentro de la habitación de su nodriza —. Abby es como mi madre, ya sabes que no le importa que entre en su lugar de descanso.

—No es apropiado.

—¿A qué te refieres?

—Eres... eres una chica deseada... Soy un chico... ¡Soy un chico! Esto no es apropiado.

—No vamos a hacer nada inapropiado.

—Pues hemos empezado mal.

—Créeme, no considero que esté tan mal encerrarme en un cuarto con mi prometido. Mi padre te ha dado mi mano. Lo sé —le cortó antes de que pudiera abrir la boca—. No hace falta que lo confirmes con palabras. Puedo saberlo prestando atención al brillo de tus ojos, en la forma en la que tus labios tiemblan. Tus manos... —En el silencio, las motas de polvo tomaron formas extrañas en torno a las figuras de los dos jóvenes. Jane se había cruzado de brazos y era incapaz de retirar la mirada de los ojos de Will. Por su parte, el chico había perdido la capacidad del habla y de la movilidad—. Es decir... No es algo que se admire, por supuesto. Es más, podemos dar pie a un pequeño escándalo. ¿Tú qué dices? —La chispa de la molestia centelleando en sus ojos, tempestuosos.

—Yo... Quiero. Necesito. Salir...

—Will, ¿a qué estabas esperando para decírmelo? —gritó entonces Jane. La emoción anegó sus ojos azules, que parecieron quedar salpicados por gotas de rocío—. ¡Oh! ¡Ni se te ocurra decirme que ibas a pedirme la mano entre tanta gente! ¿Quieres matarme del bochorno? ¡Tú y mi padre, por supuesto! —La cólera se adueñó de ella, sin darle tiempo a pensar con claridad. Cuando William supo que las cosas no marchaban bien, se hizo tarde.

—¡Jane, deja tu vestido! ¿Qué estás haciendo? ¡Jane, para!

Pero Jane ya había roto la delantera, antes impecable de su traje azul cielo, dejando al descubierto parte de sus ropas interiores. Algunos mechones se soltaron de su peinado y le enmarcaron el rostro enfadado. Y cayó en la cuenta de que lo que acababa de hacer había sido demasiado. Demasiado para Will.

—Yo... ¡William, dime que mi padre no te ha dejado otra opción! ¡Dímelo o salgo ahí afuera! ¡William! —Las lágrimas corrían como ríos caudalosos por su piel de porcelana. La incompreensión se había adueñado de su angelical rostro, dotándolo de un color tan salvaje como rojizo.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —Con pasos cautos, William tanteó el terreno que lo acercaba a Jane. Ella, misteriosamente, le dejó. Era eso. Jane estaba aterrada—. Si me explicas tu pavor podré ayudarte.

Las manos temblorosas de Jane trataban, en vano, de unir los trozos

rasgados de la tela del vestido. Desesperada, se echó a llorar, al verse en una terrible encrucijada.

—Lo siento, Will. Perdóname. Me he comportado como una chiquilla. No te mereces que haya hecho esto. —Su voz se quebró.

William la abrazó, los brazos de Jane aún encogidos sobre su pecho.

—Pensé en darte todo el tiempo que necesitaras, Jane. No pensaba pedirte la mano ni hoy ni mañana, ni en el próximo mes. Nunca he querido presionarte, y mucho menos... atarte.

Aquella palabra activó el miedo irracional de la muchacha. Encadenar poseía un significado inexplicable para ella. Empujó con suavidad a William para mirarlo.

—No fue mi padre —comprendió, ya con calma medida.

—Yo me presenté —confesó el chico.

Jane asintió, a punto de separar los labios. Entonces, la puerta vibró bajo unos potentes golpes.

—¿Señorita? ¿Está ahí, señorita? Su padre quiere que se reúna con el señor Montybell y con él en el salón. Dice que es urgente.

El temor apareció prendado en los ojos de Jane, que observó la puerta sin saber qué hacer.

—Abby, necesitamos su ayuda. Tenemos un problema.

La puerta se abrió con una rapidez portentosa para dejar paso a una asustada nodriza, lo más lógico después de haber escuchado las palabras de William, puesto que Jane continuaba en estado de aturdimiento.

—¡Mi niña! ¿Pero qué es lo que le ha hecho? —exclamó la mujer al verlos abrazados, y la ropas de Jane rasgadas. William se vio obligado a apartarse de un manotazo.

—He sido yo, Abby. —Jane recuperó su entereza con un pestañeo —. Ayúdame y te lo confiaré todo. ¡Todo, Abby! ¡Ayúdanos! —rogó aferrándose a las manos temblorosas de su nodriza.

Era de saber que la mujer, por el mínimo lamento de su querida niña, ponía el mundo patas arriba.

—¡William, espere fuera! —ordenó sacando su temperamento —. ¿Cómo se les ocurre? ¿Cómo?

Cinco minutos más tarde, Jane se precipitó fuera de la habitación con el aliento en un puño, aprisionó la muñeca de William entre una de sus manos y echó a correr por el corredor hasta el salón donde el señor Hearnshaw los esperaba a ambos. William se tragó la amargura que lo invadía. No había

podido más que lamentarse mientras esperaba a que Abby hiciera magia, para recuperar el perfecto estado del traje de Jane.

Pero no fue así.

Jane no llevaba el mismo vestido; era diferente.

Igual que el color en la piel de Will.

—¡Padre! —exclamó una Eve Jane, perfecta actriz—. ¿Por qué tanta prisa?

—¡Niña mía! Acércate. El señor William, esperaba que se acercara a saludar, ¿se encuentra bien? ¡Muchacho! —exclamó, lanzando su mano firme a uno de los hombros del chico, que temblaba de la cabeza a los pies—. William —bajó la voz—, está demasiado pálido. ¿Te has mareado?

—Creo... creo...

—¡Jane! ¿Qué le has hecho, querida?

—Padre... —Jane se volvió hacia William y le cogió ambas manos entre las suyas, sin importarle que el gesto intimidara e incomodara más de la cuenta—. William quería ir a tomar el aire, se siente algo indispuesto. En seguida vamos, Will —le aseguró, con una mirada nerviosa—. Pero, estamos aquí por tu llamada. Vamos, explícame, padre.

Ayrton Dankworth entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos delgadas líneas bajo su frente mientras examinaba a su hija sin miramientos. Detectó algo diferente en ella; en sus ojos, y en su vestimenta.

—Tu vestido.

El color inundó la tez blanca de Jane y el aire abandonó a William.

—¿Te gusta? —improvisó ella—. Es... Es...

—¡Señorita! —exclamó una señora Hearnshawn bastante agitada, saliendo de la nada misma, y precipitándose a las faldas de Eve Jane—. ¿Por qué se ha cambiado ya? ¡Pensaba que le había encantado el nuevo diseño para su fiesta!

—¡Y me encanta! —soltó la muchacha, aún con las mejillas encendidas de bochorno y vergüenza—. Pero...

—Ha sido mi culpa. —Will agachó la cabeza hasta hundirla en su pecho, muy atento a las miradas que recibía del señor de la casa, la madre de su mejor amigo y su querida Jane. Esta le apretó una mano con fuerza hasta hacerle daño. Sus ojos se desorbitaron, y William pudo leer la desesperación en ellos.

—¿Qué quieres decir, muchacho? —Ayrton cruzó los brazos sobre su pecho. Su ceño oscurecido reseco la garganta del chico.

—Soy demasiado torpe. Me encontraba mostrando mis respetos cuando le he tirado mi copa encima. —Aguantó la respiración ante la patraña que sus

labios habían urdido —. Ya le he pedido disculpas.

—Abby me ha ayudado a cambiarme, lo siento, señora Hearnshawn, ¡mis amigas han gritado de envidia al ver el traje, se lo aseguro! Tengo una pena amarga por no poder exhibirlo por más tiempo, créame.

—¡La creo, niña! El señor Hearshawn tiene unas manos sagradas, querida. ¡Bien lo sé yo que he sido testigo de sus creaciones más gloriosas! Te acompaño en la desazón, ¡yo también estaría abatida!

Ambas mujeres compartieron unas sonrisas antes de tomar caminos diferentes. La madre de Hadrien se excusó para ir a controlar a los miembros de su familia, que andaban desperdigados por toda la planta baja de la casa, y Jane se volvió hacia su padre, impaciente por recibir la noticia que este tenía que darles a ella y a William.

—Una pena, sin duda. Pero no es culpa tuya, muchacho. ¡Los vestidos se manchan! Ya habrá más, no sufras por ello.

Ayrton acarició la barbilla de su hija antes de quedarse estático en el sitio para contemplar a ambos jóvenes con ojos ilusionados. Suspiró para sí a la vez que volvía de sus extraños pensamientos. William sabía en lo que había pensado, y Jane podía hacerse una idea muy lívida. Agachó la cabeza, abatida y apenada.

—Quería presentaros a alguien. —Ambos jóvenes se irguieron como varas, con los hombros rectos y la espalda en tensión —. Es un joven muy servicial, Jane. —La miró con ternura —. Y se ve agradable. —Tendió una mano a su lado, y terminó escabulléndose entre un grupo de gente que alzaba sus copas de vino entre vítores. Regresó en pocos segundos. Un chico alto le seguía.

Cuando pudieron atender mejor sus rasgos, William se sintió mareado y no supo explicar por qué encontraba tanto parecido entre los cabellos y los ojos del joven con los de la muchacha que llenaba sus pensamientos.

—Os presento a Ezra Evans —anunció Ayrton, sonriendo al joven de cabellos trigales y ancha sonrisa rosada. Ezra se precipitó a saludar educadamente a Jane, para seguir con William.

—Encantado —respondió.

Su frac no era nada ostentoso. Modesto, elegante y recatado, así se veía él. Los rizos salvajes de su cabello lucían aplastados hacia atrás, estirados en un pequeño tupé que enmarcaba sus pómulos destacados. Su piel era de un blanco perlado, casi bello. Y sus ojos... de un color tan inusual como real, porque ya existía una persona en el mundo con aquella mirada. Y era Eve Jane.

William respondió al saludo, inclinando la cabeza con suavidad. Absorto

permaneció mientras el señor Dankworth les explicaba cosas sobre el nuevo habitante de Vant konur. Había llegado para ayudar en la cosecha de finales de verano, aunque nunca había trabajado en el campo, estaba impaciente por dedicarse a algo productivo.

No tenía familia; ni se dieron detalles, ni se pidieron.

En definitiva, un muchacho de modales y educación impecables que quería ganarse la vida en un nuevo lugar, hacer nuevas amistades y ayudar cuanto pudiera a la gente que lo necesitara.

A William, la mitad de la conversación le resultó vacía e inconclusa. Estaba claro que Ezra no tenía rasgos de un trabajador de la tierra, por lo que resultaba muy extraño el hecho de haberse presentado en un lugar que vivía del comercio del trigo y la confección de vestimenta para un alto linaje. Sus manos de piel perfecta y sus uñas bien cuidadas le hicieron levantar un muro de desconfianza enorme entorno a él.

Escondía algo.

Podía leerlo en la forma en la que observaba a su alrededor, y en la manera en que sus hombros se agitaban cuando reía.

Estaba tenso.

Y se acercaba demasiado a Jane. Con el rabillo del ojo estudiaba la mayoría de sus movimientos, con la precaución digna de un gran ladrón. Pero la sutileza de Ezra no pudo escapar a los ojos de William, que lo mantenían estudiado con minuciosidad.

Jane comenzó a relajarse conforme más palabras compartían con el extraño. Aquello llenó de inseguridades al joven Montybell, que empezó a necesitar de manera urgente salir a tomar el aire. Lo ansiaba de veras. Sus pulmones comenzaron a colapsarse sin remedio en cuanto la risa de Eve Jane aumentaba.

Era un sonido delicioso. Pero lo producía Ezra, el joven guardador de secretos; no él, el prometido.

—¿William?

—El aire, Jane. Tenía que salir a tomar el aire, aquí hay mucha gente, mucho barullo. Está algo inquieto. Sácalo afuera —ordenó Ayrton a su hija.

Jane se agarró al codo de su vecino de finca y lo arrastró con cuidado de no chocar con sus invitados. Las grandes puertas de la casa permanecían abiertas hacia la oscuridad de la tarde y les dieron paso al terreno boscoso de la zona. La respiración de William se relajó sólo un instante, pues Jane no le proporcionó ningún descanso con el aluvión intenso de sus palabras:

—Se lo ha creído, ¡padre se lo ha creído! Genial. Pero esto... William, estoy muy enfadada. Yo... ¿te gusto? Oh, William. No sé qué pensar. ¿Qué voy a hacer? Te estoy ofendiendo, ¡nos conocemos desde siempre! Esto tenemos que hablarlo.

»Yo... ¿Nosotros?

—Jane, perdona. —Las rodillas de William temblaron y se doblaron sin él esperarlo. Frenó con las palmas de sus manos sobre la hierba, que empezaba a humedecerse conforme la oscuridad se adueñaba de los campos —. No me encuentro bien.

—¡William! No me asustes. —Se agachó junto a él y le apartó el pelo de la frente con una mano temblorosa, no del todo decidida a tocarlo. Cuando sus pieles entraron en contacto la diferencia de temperatura la alarmó —. Te arde la piel. —Le sostuvo el rostro entre las manos y comprobó, con pavor, como la mirada del muchacho se perdía en la suya —. ¡No te duermas! ¡Will, me estás asustando! ¡Padre, padre!

El sudor pronto cubrió la tez suave del joven, el color azul de su mirada se oscureció, y sus labios comenzaron a alinearse, rígidos y violáceos.

—¡Ayúdenme! ¡William, William! —Jane gritaba a pleno pulmón, pero nadie parecía oír sus súplicas. Desesperada, llevó a William hacia su regazo, arrodillada sobre la hierba. Las enaguas del nuevo vestido que Abby le había proporcionado estaban pegajosas y llenas de tierra. Pero ¿qué importaba destrozar otro vestido cuando el compañero de su infancia, su adorado William, perdía el sentido entre sus brazos? Y en aquel momento en el que la angustia hizo que derramara lágrimas de impotencia, Jane se dio cuenta de lo mucho que realmente le importaba la compañía de éste. Cómo lo necesitaba, viviendo al otro lado del camino. Cuánto había extrañado su compañía, sus confesiones y sus charlas.

Sus regalos.

Sus sonrisas tímidas.

William boqueó, incapaz de mantener una respiración controlada. Se volvió errática, frenética.

Comprendió, en una oscuridad infinita, que se ahogaba. Pero no era a causa del aire, era a causa de una presión extraña que se había colado en su cuerpo. Que lo dominaba por completo.

Era el agua.

El agua quería matarlo.

## CINCO

La joven que vi en el prado, hermosa como hija de hada, tenía el cabello largo, tenía los pies ligeros, y ojos vivos como el fuego.

JOHN KEATS, «*La belle dame sans merci*».

Jamás había escuchado una voz tan melodiosa como aquella. Era hermosa, dulce e hipnotizadora. Las notas se volvían atrayentes y exóticas en los tonos en los que se alzaban por el aire. William no podía dejar de sonreír, siguiendo el recorrido que le guiaban las voces. Salió del escondite entre los robles que pudo reconocer del lugar en el que jugaba con Jane, cuando eran tan jóvenes que las responsabilidades no existían para ellos. Tampoco las exigencias.

La luz iluminó la orilla del lago, invadido por súbitas ondas, a causa de un pequeño oleaje. Escudriñó entonces el agua en busca de la alteración, y el rostro, que para él era el más hermoso del mundo, partió la superficie y lo examinó con curiosidad. Eve Jane lo llamaba con su dulce voz, atrayéndolo a la orilla cristalina y helada del lago. Alzó una mano, pidiéndole su compañía, y frunció el ceño sin dejar de cantar. Cuando Will hundió los pies en la tierra húmeda, el crujido de las piedras bajo sus pies la relajó.

Su voz se volvió más intensa aún, como su mirada.

Sus manos se unieron y William, absorto, mandó la orden a su cerebro de precipitarse a las aguas junto a su amada, pues lo llamaba con insistencia, y le pedía la eternidad a su lado. ¿Cómo podía resistirse a algo así? ¡Toda una eternidad junto a Eve Jane!

La piel de la Jane de cabellos mojados relucía bajo la luz de una luna intensa, un foco de luz que parecía penetrar por sus poros, manteniéndola iluminada y bella.

Will creyó enloquecer, tardaba demasiado en llegar junto a ella.

Pero Eve Jane estalló en un amargo llanto cuando tiró de él hacia las profundidades. Algo en su grito indicó que se había roto por dentro. Lo hundió con fuerza, sus brazos sobre el pecho agitado de William.

Y él se dejó ahogar, deleitándose en el canto que la bella Jane le había regalado.

Antes de perder el sentido, abrió los ojos, y escuchó, por vez primera, el grito desgarrador de la joven.

Supo que se arrepentía.

Él también.

No quería morir.

Y Jane no quería matarlo.

Royal lo sacudió como un almohadón de plumas pesado. De una suave bofetada, consiguió devolver al muchacho a la vida.

William se volvió sobre el colchón y escupió lo que él creyó todo un torrente de agua. Invasado por la sorpresa, descubrió que las mantas de su cama lo envolvían, y que la mirada de Jane sobre la superficie de las aguas se había extinguido; era Royal quien lo contemplaba, asustada.

—¡William! Ha tenido usted una terrible pesadilla, por lo que veo.

—¡Jane! —gritó él, incorporándose—. ¡Jane! —El dolor de su pecho le hacía jadear con fuerza.

—¿Jane? ¿Esa muchacha que le tiene robado el corazón? ¡Mi William, le va a costar su amor la vida!

William asintió, totalmente convencido ante aquella expresión de la mujer. El sueño parecía una advertencia muy clara.

Agitado, tardó en abandonar la cama. Royal le explicó lo sucedido el día anterior, en la fiesta de la señorita Dankworth. Su desmayo había causado un gran alboroto, y había dormido casi doce horas. El señor Eldon Clint, el médico de Vant Konur, le había atendido durante toda la noche hasta bien entrada la madrugada. Había padecido una fuerte fiebre, cosa que pudo refutar al ver el barreño y el paño que se habían utilizado para paliar los efectos del calor en su cuerpo.

Le dio las gracias sinceras a Royal, que lo abrazó para calmarlo. Y lo dejó descansar hasta que sus padres acudieron a verlo.

Ivy Montybell corrió a abrazar a su hijo entre sollozos. Se sentó al filo de la cama y lo pegó a su pecho.

—Cariño, nos has alarmado mucho. ¡La fiebre no era normal! —Los ojos se le llenaron de emoción—. El señor Clint ha dicho que eran tus pulmones, Will. ¡Te costaba tanto respirar!

—Y más va a costarle si no dejas de reducir su aliento de esa manera tan ansiosa —recriminó Gaylord, haciéndose hueco al otro lado de la cama—. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal tu pecho? —Alargó la mano para tocar la piel de su hijo, justo por debajo de su cuello.

William trató de respirar hondo pero un ataque de tos impidió que cumpliera su propósito. Acto seguido, un terrible dolor de asfixia lo taladró por dentro. Se retorció a la vez que Ivy se ponía en pie, gritando a su marido:

—¡Gaylord, Gaylor llama al médico!

Gaylord recostó a su hijo de nuevo sobre el colchón, ayudándolo para que el dolor no le hiciera resentirse más; seguidamente salió de la habitación a toda prisa.

—¡William! ¡Oh, dios mío, se ahoga! —Se lamentó una Ivy cada vez más fuera de sí.

—Jane. —Fue lo único que logró susurrar William antes de volver a desmayarse.

Las fuerzas acudieron a él a media mañana. Aquel día se levantaba más caluroso de lo normal, y aquello llenó de esperanza a los Montybell, que no podían dejar descansar sus mentes, pues desconocían lo que obligaba a su hijo a guardar cama tan seguido, y eso era razón para andar descentrado.

Eldon Clint sacudió la cabeza por décima vez en aquella última hora, exhausto por el largo trabajo. Ya eran demasiadas las horas que pasaba encerrado entre las cuatro paredes de la habitación del joven hijo del terrateniente de Vant Konur, y el cansancio acusaba su ya envejecido cuerpo.

—¿Ya no te duele? —preguntó sorprendido, sin dejar de palpar el pecho del chico. Con cuidado, iba presionando con toques distintos para encontrar anomalías que no existían.

—No, ya se lo he dicho. Nada.

Eldon se restregó los ojos para abrirlos más, pues le escocían a causa del sueño. Pestañeó y miró a William con seriedad.

—¿Y puedes respirar con normalidad?

—Creo que sí.

El señor Clint se resignó a asentir.

—Muchacho, no sé lo que te ha pasado, esa es la verdad. Y si algo grave domina tu salud, parece que se ha aplacado hasta nueva orden.

William parpadeó atónito ante las palabras del doctor. ¿No sabía lo que le pasaba?

—¿Perdone?

—Esto se escapa de lo que sé. No es usual que alguien que asegura ahogarse no lo haga de verdad.

—¿Me está usted diciendo que pensaba verme muerto esta mañana?

—Dada su alta fiebre y sus dificultades respiratorias la noche anterior, sí —admitió sin pizca de temblor. William palideció, ahora podía entender la reacción de su madre —. Tengo que dejarle, no obstante, no dude en avisar si vuelve a sentirse incapacitado para respirar. Por ahora, enhorabuena, no hay indicios de peligro.

Dicho esto, el doctor recogió sus cosas para salir a toda prisa de la casa, pues sentía que el cansancio iba a ganarle la partida aquel día. Por el camino de la finca hasta la salida, sus pasos se toparon con los de la preciosa hija del segundo gentry de Vant Konur. Saludó a Eve Jane lo más discretamente que pudo y aligeró el paso. No quería recibir más preguntas, necesitaba un buen sueño.

Jane paró en seco cuando notó la evasión del doctor, pero se tragó la irritación y prosiguió el camino hasta la casa de los Montybell, donde la recibieron con cálidos abrazos.

—¿Sigue dormido? —preguntó a Ivy, tras evadir la pregunta de la mujer.

—Querida, te he preguntado que cuánto has descansado.

—No he podido pegar ojo —se sinceró—. Fue por mi culpa. Le presioné.

—¿Que lo presionaste? ¡Jane, no digas tonterías!

Pero Jane siguió en sus trece de culpabilidad hasta que Royal la acompañó a la habitación de William. Tímidamente, llamó a la puerta. Royal permaneció a su espalda; se decidió a no entrar para así no molestar.

William se esperaba cualquier otra visita menos aquella. Nada más sentir su presencia abriéndose paso en la estancia, volvió a sentir la incapacidad de llenar sus pulmones de aire. Sus dedos se aferraron muy fuerte al colchón para

poder concentrarse en algo que no fuera el rostro cansado y afligido de Jane.

—No me mires así, sé que estoy horrible —dijo él.

—¿Tú horrible? Entonces es que no me observas bien. —Un intento de sonrisa murió en los labios de ella. Avanzó medio vacilante hasta el lado de la cama más cercano a la ventana. Era, no muy grande, de madera gruesa y maciza para evitar la humedad; aun así era imposible hacerlo. Pequeñas gotitas de la condensación se resbalaban traviesas por el marco hasta el suelo.

—¿Tú tampoco has dormido bien?

Jane permaneció de pie con la mirada gacha.

—¿Cómo iba a dormir, Will? Perdiste el sentido cuando te abrazaba. —Su voz se extinguió con un fino rastro de angustia —. No he podido quitármelo de la cabeza. ¿Qué te ha ocurrido?

—No lo saben. Simplemente me ahogaba. —Como en su sueño. Se estremeció al recordarlo. De repente, la figura de Jane, tan cerca de él, le produjo un extraño pavor. Un respeto reverencial. Se apartó un poco y ella frunció los labios ante aquel acto.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Jane, con la voz extrañamente cerca del llanto —. Puedo entenderlo, me he portado contigo de manera muy despectiva. Y no lo mereces, no tú.

—No es eso —negó con la cabeza, alargando un brazo hacia ella para olvidar lo ocurrido. Jane examinó la mano pálida y sin fuerzas que le había sido tendida. La aceptó —. Es que... he tenido un sueño.

Jane lo soltó y retrocedió hasta la ventana.

—¿Un sueño horrible?

William se estremeció sin saber por qué.

—Era maravilloso hasta que...

—Hasta que te he ahogado.

Jane le dio la espalda, perdiendo la mirada en los prados verdes que se extendían al otro lado del camino hacia su finca y hacia el pueblo de Vant Konur. Los campos de trigo casi a punto de ser cosechados se veían magníficos bajo el sol lúcido de aquel medio día. El dorado parecía devorar los cereales, acariciados por un rugiente torrente de luz.

—¿Cómo...? No, no hemos podido soñar lo mismo. No. Eso es imposible.

—Te ahogaba. Lo hacía.

—Jane, ¿no te escuchas? ¡No me has ahogado!

—¡Pero quería hacerlo! ¡Lo hacía! ¿Cómo podría querer matarte, Will? ¿Y por qué allí? ¿Por qué en el lago? ¡Oh, quién me escuche!

William hizo un esfuerzo sobrehumano para ponerse en pie y llegar hasta ella. Se agarró de su brazo para seguir la conversación.

—Yo te estoy escuchando.

—¿Estamos locos, William? ¿De verdad hemos soñado lo mismo?

—Al parecer sí: locos y soñadores.

—¡No bromees! Esto no tiene gracia alguna. ¿Acaso reíste mientras notabas mis brazos empujándote hacia el fondo del lago? Porque yo no pude más que gritar. —Los ojos de Jane comenzaron a derramar pesadas lágrimas que cayeron con demora sobre su rostro ojeroso y empalidecido —. Cuando me he despertado, en el breve descanso en el que mis ojos han podido cerrarse y ganarme la partida del sueño, he llorado hasta querer morirme, Will. No lo entiendo, no entiendo nada.

La abrazó. William la envolvió por completo con sus brazos sin importarle la reacción de ella ni de cualquiera que entrara en aquel preciso instante. No le importaba más que infundirle tranquilidad. Sólo quería que se dejara de mancillar ese rostro con las lágrimas.

—Te escuchaba gritar, Jane. He sabido, antes de despertar, que no querías hacerme daño. Lo sé. —Entrelazó los dedos con los de ella, suaves y delgados. Se apretaron con fuerza el uno al otro.

—No quiero hacerte daño, en ningún sentido.

William sonrió, escondiendo el dolor de aquella frase. Se temía el rechazo que más le marcaría la existencia.

—Jane, sabes que no me casaré contigo a no ser que tú quieras. No pienso obligarte a nada —se sinceró, dispuesto a acabar con todo.

Ella le acarició la frente despacio.

—¿Recuerdas la última vez que compartimos un abrazo? Porque yo ni recuerdo la vez en la que nuestras pieles se tocaban sin estremecerse. —Su dedo corazón bajó por la nariz de William, describiendo la suave pendiente que de tanto atractivo lo dotaba. Los labios de él quedaron estúpidamente entreabiertos, hipnotizados por aquel contacto. Jane pareció experimentar lo mismo cuando los dedos de William exploraron la piel de su brazo libre, ascendiendo por encima de su muñeca con una libertad no permitida, prohibida, pero deseada.

—Padre ha estado hablando conmigo. —Sólo pudo suspirar, entrecerrando los ojos cuando, sin saber cómo, el índice de William llegó hasta su cuello —. Te idolatra. Eres realmente importante para él.

—Sinceramente, no estoy enamorado de tu padre.

Jane soltó una carcajada que los sorprendió a ambos. Se observaron sin prisa, estudiando el brillo en los ojos del otro, estudiando la posición estratégica de sus manos, tratando de dar con el poder eléctrico que los recorría, sin darse cuenta de que se profesaban verdaderas caricias, y no discretos toques.

Y ansiaban aquel contacto.

—Está esperando a que lo hagas —anunció Jane, tratando de aumentar el volumen de su voz, pues se notaba ridículo tan bajo—. Creo que, después de tantos años rechazando jóvenes y fortunas, ha comenzado a desesperarse.

—¿Y tú, qué estás esperando?

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

—Pues yo pienso esperarte.

—¿Y si nunca me encuentro preparada?

—Pues significa que yo tampoco.

—¡No digas necedades!

Guardaron silencio y dejaron de tocarse. El fin del contacto dolió como un chispazo.

—Me apetece pasear. —William desvió la conversación para que la tensión se disipara del ambiente. Aún con la presión en el pecho miró en derredor antes de decidir que necesitaba el apoyo de Jane para caminar con entereza. Aquello le hizo ruborizarse escandalosamente, pero las piernas no le eran enteramente suyas: temblaban.

Creíblemente el joven Montybell podría haber pasado como un enfermo de gravedad o un lisiado de guerra, aunque lo cierto es que sus pulmones estaban tan sanos o más que nunca. Pero, el dolor no se deshacía de ellos, y eso, era motivo obvio de preocupación.

Jane lo ayudó a bajar las escaleras. Se tomaron su tiempo y no intercambiaron palabra alguna, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Sus mentes hacían tanto ruido interiormente que les costaba reconocer las voces y los sonidos exteriores. Por ello, Royal resistió en ayudarles cuando los vio llegar al hall de la casa. Con una escueta sonrisa se volvió a las cocinas, donde tenía previsto pasar la mayor parte de la tarde.

Ivy tampoco tuvo el valor de acercarse a los jóvenes que salían de su propiedad agarrados del brazo. Se contentó con contemplarlos desde su butaca en el salón, a apenas un metro de su marido, que mantenía la concentración en una recurrente lectura como si jamás hubiera abierto el viejo tomo que sus manos sostenían.

—No les molestes, se están haciendo a la idea —dijo, cuando notó la inquietud de su esposa.

Para Ivy fue suficiente, Gaylord tenía razón.

La cuestión era, que ni William ni Eve Jane habían podido almorzar, simplemente se dispusieron a caminar. Ensimismados como andaban, dejaron atrás la finca de los Montybell después de largos minutos entre árboles y decoraciones de piedra. El camino de tierra se notaba húmedo, y William dedujo que el frío comenzaría a notarse cada vez más, hasta que las temperaturas se tornaran algo más acuciantes y frías. Aquello supuso un estremecimiento. Jane lo notó, y pareció salir de su ensimismamiento. Giró la cabeza en todas direcciones y miró a William, ruborizada.

—No sé adónde vamos —se encogió de hombros, pero no lo soltó.

—Ni yo. —Una sonrisa tímida se formó en los labios de él —. Pero tengo mucha hambre, creo que llevo casi un día sin probar bocado.

La tez de Jane palideció.

—¡Dios mío, tienes razón!

Decidieron seguir el camino al centro del pueblo y pasar por el negocio de la viuda Barlow y sus dos hijos. El trayecto no se hizo demasiado largo, pero sí algo incómodo. William podía sentir cómo el corazón de Jane trataba de mantener su movimiento bajo control. La presión de las manos de la chica cambiaba muy asiduamente, estaba nerviosa. Le temblaba el cuerpo como a él las piernas.

Pero no se atrevía a preguntarle. ¿Y si era por él? ¿Por el compromiso?

No podía afrontar la pérdida de Jane de su futuro esa misma mañana. No podía.

Guardó silencio como ella hasta que vislumbraron los bellos parterres decorados con flores alegres y vivaces, que precedían a los primeros negocios. Atravesaron la calle principal maravillados por olor del ambiente, el lustre de las calesas extranjeras, los trajes elegantes de los caballeros, y la seda y el fustán envolviendo a las señoritas de colores. La panadería Barlow era uno de los primeros establecimientos con los que se toparon.

—¡Buenas tardes! —Un chico pecoso de ojos verdes y cabellos alborotados de color azabache los saludó, subiéndose a un taburete para poder llegar a la vitrina donde su madre dispensaba los pasteles recién hechos.

—Muy buenas, Jasper Hilton —saludó William, reacio a inclinarse hacia adelante para ser más cortés. Jane se lo impidió con delicadeza.

El niño hizo una mueca al escuchar su nombre completo, no pareció

agradarle.

—Sólo Jasper, señor —pidió con seriedad.

—Sólo William —lo imitó él.

El niño sonrió y sus pecas parecieron extenderse por la piel de sus mejillas. Asintió.

—¿Y tu madre, Jasper?

—Madre ha ido a buscar a mi hermana Fawn. Está ayudando a cuidar a la pequeña Casey, el bebé de los Cukor. El doctor Clint dice que le ha costado mucho sobrevivir este mes, pero que, lo malo ha pasado ya. Creen que ya no está en peligro. Cuando cumpla un año ya se verá. Joyce y ella son íntimas amigas, ¿sabe?

Jane trató de disimular su pena por Casey, ya que la había visto gatear aquel verano en el parque, bajo el cuidado de alguno de sus hermanos y por la permanente vigilancia de Joyce, la hermana de quince años. Había sostenido a Casey en el regazo antes de que cayera enferma.

—¿Quieres que te hagamos compañía hasta que vengan?

—No se molesten, madre dice que padre, a mi edad, se encargaba de tres trabajos. ¡Tres trabajos! Una pena que ya no esté aquí para enseñarme su destreza.

—Una pena —coincidieron William y Jane.

—¿Qué les pongo?

—Algo caliente, dulce y delicioso —contestó William, notando su estómago reclamando alimento. Por el rabillo del ojo atisbó una lágrima cayendo por la mejilla izquierda de Jane, situada a su lado. Intuyó su pena, y quiso abrazarla allí mismo, delante del niño huérfano de padre de tan sólo diez años de edad. Con suerte, Jasper no diría nada de la muestra de afecto; era un niño.

Jasper enseguida les tendió pasteles de frutas caseros que aún conservaban el calor del horno de piedra. Tanto William como Jane se deleitaron con el sabor de la confitura de fresas y los trozos de arándanos.

Una vez fuera, decidieron conversar en el parque. Los asientos se encontraban la mayoría libres, por lo que no tuvieron problema a la hora de elegir. Junto a ellos, un roble centenario les dio compañía.

—Es muy triste. Ese muchacho tiene un ímpetu envidiable, levanta el negocio de su familia solo, mientras su hermana ayuda a un bebé que lucha por seguir viviendo. —Jane no trató de frenar su llanto. Pese a haber pasado la larga noche anterior derramando lágrimas por William y la noticia de su

compromiso, sentía que aún le quedaba angustia que liberar. Lloró por Casey, por Will, por cómo se sentía ella... Y lloró por su madre.

—Sé que la echas de menos —le susurró William. Sus manos volvieron a encontrarse, ajenos a las miradas que se posaron en aquel gesto.

—Padre aún la ama, lo sé. Le escribe un diario pese a saber que nunca volverá a verla. A veces lo escucho hablar solo, me provoca una terrible pena, William. Sufro por verlo tan abatido. Y también sufro por sentir rabia por la persona que me trajo al mundo. Le ha hecho daño a padre, y por tanto, me ha hecho daño a mí. —La cabeza de Jane terminó posándose sobre el hombro más cercano de confidente. Suspiró y cerró los ojos, sintiendo la pesadez tirar de sus párpados, de su corazón, y de su alma —. No quiero defraudar a padre, sería lo más doloroso que podría sucederme. ¿Entiendes, William? Tengo que confiar en él como él ha confiado en mí todos estos años. —Se recostó, imponente y, recién decidida. Buscó la mirada de William y apretó las manos junto a las suyas. Se mordió un labio —. Tienes que hacerme la proposición en público en cuanto puedas. —Soltó la doliente diatriba con matices afilados.

Los dedos del joven perdieron la vida, soltaron su enlace con la piel de Eve Jane, se pelearon con ella. El frío del ya próximo otoño llegó mortalmente antes, en aquel instante.

—No estamos preparados.

—¿Bromeas? ¿Y cómo hay que prepararse para eso? William, sólo tenemos que dar el paso. Aceptarlo.

—¡Eres tú la que te negabas en redondo a compartir futuro, Jane! ¿Cómo puedes venirme ahora con esto?

—Es que... ¿Es que acaso ya no quieres?

Los ojos de William se desorbitaron y sus labios temblaron de indignación, como sus puños apretados. Sufrió una cólera terrible y se sintió vil delante de Jane, pero no pudo evitarlo. Se vio insultado.

—Simplemente... estoy notablemente enojado.

—¿Enojado? ¡William, es lo que querías! ¡Fuiste a pedirle la mano a mi padre! ¿Ahora, cuando soy yo la que te pide que hagas público lo que ya te prometió, te sientes enojado?

—Yo no quiero un matrimonio conveniente, Jane. No soy de esos jóvenes. No quiero una vida llena de rutina sin gracia. No quiero levantarme por las mañanas en una habitación ajena a la tuya, y en el caso de que compartiéramos lecho... ¿Cómo crees que podría dejarme vencer por el sueño si la mujer a la que amo rehúye de mi contacto?

Jane se acarició un antebrazo con fuerza. La intensidad de aquellas palabras la habían dejado sin aliento, y como consecuencia, sentía los poros de su piel rebelándose contra ella. El rostro dolorido de William le atravesó el corazón como un puñal afilado. Apretó los labios, sintiéndolos temblar a su antojo, con vida propia, hasta que no pudo evitar girar la cara en otra dirección.

—William, ¿me amas? —Tan despacio habló que su garganta quedó dolorida.

Él no respondió, apretó los puños sobre sus rodillas y elevó la barbilla hacia el frente.

—Jane, me gustaría ser yo el que pregunte. —Continuó buscando aliento en el paisaje del horizonte, sobre casas de ladrillo tiznado y balaustradas decoradas con flores silvestres —. ¿Serías capaz de aguantar mi mirada, día tras día, y envejecer a mi lado, sin amarme?

—Yo... Yo te aprecio, Will... Nos criamos juntos... Es... Podemos hacer que funcione. Podemos... somos buenos amigos. Al menos, lo fuimos.

William se puso en pie dándole la espalda, no podía seguir conteniéndose.

—No alcanzas a entender la realidad del asunto. No se trata de jugar con nuestras vidas a una lotería que podría o no tocar. Aceptémoslo, Jane, si ninguno de los tantos que te ofrecieron un futuro lujoso consiguió ganarse tu afecto, ¿cómo podré lograrlo yo?

—Pero tú ya tienes mi afecto —susurró Jane, incapaz de creerse lo que estaba diciendo.

—¿Tendré algo más? ¡No quiero que te veas forzada a tomarme como esposo, Jane! ¿Aún no lo has entendido?

Alarmada por el tono alto de la voz del joven, Jane trató de mantenerse erguida y espabilada. Limpió sus párpados recién húmedos sin que William la viera.

—Lo he entendido, perfectamente. No levantes la voz..., William.

El joven Montybell asintió con seriedad.

—Mañana mismo retiraré mi proposición —anunció, rompiéndose por dentro. Sintió que se desangraba como si sus órganos vitales hubiesen cedido a la presión de la situación.

Jane parpadeó, boquiabierta, sin creérselo.

—¡No!

—¿Por qué?

—Tú... ¡Tú eres mi salvación!

En ese preciso instante William lo comprendió todo.

—Tu salvación —meditó en alto—. Al menos, me conoces, ¿verdad? Seguro que en eso buscas consuelo. Puedo casarme con él porque, al menos, he tenido la suerte de haberme criado a su sombra. Conozco sus miedos, sus gustos, su personalidad aturullada... ¡Al menos fue mi amigo! ¿Verdad, Jane? Es mejor que te casen con un conocido a que lo hagan con un extraño. Hay que invertir más tiempo y poner más dedicación, en ese caso. ¿Con un dócil William? ¡Todo solucionado!

Jane se llevó una mano a los labios, por un momento, histérica.

—No...

—Yo sólo quería tener una mínima oportunidad de ganarme, dignamente, envejecer a tu lado. Compartir tu tiempo.

Eve Jane quiso gritarle que se detuviera, que se volviera para que la mirara a los ojos y le desmintiera la barbaridad que acababa de arrojarle como trapos sucios. Pero la verdad era aquella: William había llegado a su misma conclusión. Y escuchar la historia contada por aquel chico que había llegado a ver como su salvación, le había embotado los sentidos. Se sintió como una auténtica bruja de los cuentos. Quiso tirarse al suelo y llorar como una niña caprichosa, arrancar flores, llevada por la frustración. Destrozar algo delicado entre sus manos de dama...

## SEIS

**L**as letras se agolpaban unas sobre otras, precipitadas, histéricas; formando palabras, frases, ruegos, deseos... Los trazos se volvieron más y más indecisos, erráticos, hasta llegar a perderse en el mar ilegible de tinta en el que se creaban.

Ayrton cesó, ordenando a su puño que dejara de empuñar la pluma que tanto temblaba bajo su pulso alterado.

Tembló cuando fue incapaz de leer lo que acababa de escribir. Lo hizo también cuando una lágrima, de improvisto, difuminó la última palabra de aquel caos. Borró un nombre que aún yacía grabado en su mente como cosido a sus tejidos: Ywen.

Ywen...

¿Cuánto tiempo podría seguir intentando mantener la entereza? ¿Le quedaba valor, acaso, para enfrentarse a otra pérdida?

Levantó la vista del cuaderno donde, día tras día, iba depositando la pérdida de su fe, recogiendo aquello que jamás se desvanecía de su mente y lo torturaba. Al escribirlo, parecía sentirse más vivo, pero a la vez, se mataba por dentro. Revivir el dolor era verdaderamente pesado, y los años pasaban sobre sus huesos como el tiempo lo hacía sobre su memoria.

Decaído, y convencido de que perdía el tiempo, cerró el libro encuadernado en piel. Le dedicó una mirada cansada, tan apenada que, de haberla visto su hija, la señorita Jane, habría atosigado a su padre hasta hacerle olvidar aquello que no le dejaba vivir. Al menos, por el momento.

Ayrton envolvió el tomo con sumo cuidado en cuero fino, y ató el bulto ayudándose de un cordel que pidió a Abby, quien sin rechistar se lo entregó. Cuando el cuaderno quedó bien oculto entre el cuero, Ayrton recuperó la

fuerza perdida para tomar una determinación. Recogió su pluma y humedeció la punta en el tintero de su escritorio, con parsimonia, queriendo alargar el momento hasta hacerlo infinito, pues se preparaba para una despedida. Y era tan trágico como espeluznante. No quería despedirse, pero tampoco podía prepararse para perder a otra persona de su vida. Pensó en su hija, en su bella mirada, y al extender el pergamino y suavizarlo para que los pliegues se disiparan de la superficie, la punzada de dolor fue inmensa. Aquellos ojos que Eve Jane había heredado eran los de ella, la muchacha del nombre borrado, la dama hecha de agua..., Ywen.

Ayrton escribió, deslizando la pluma tratando de mantenerse estable, sin llegar a lograrlo:

*Para Ywen, mi dama de agua:*

*Nunca pude reclamarte el hecho de haberte encontrado vagando entre multitud de personas, en una fiesta privada. Perdida en los compases que las manecillas del reloj de pie marcaban. Lo cierto, y que siempre supiste, es que me librate de un tortuoso confinamiento. Gentes desinteresadas, hipócritas, fieles a sus engaños y a sus personalidades egoístas. Personas que para ascender escalan hundiendo los talones en espaldas ajenas, que se agarran a hombros desconocidos, sólo para hundir a un titular de tierras más, quizá, rentables a las tuyas.*

*Te vi, y... no pude seguir respirando.*

*Sé que corriste para no ser castigada. Sé que huiste para no acabar como tus hermanas, como tu familia. Que lloraste porque supiste que, había experimentado el primer síntoma que os hace actuar. Mi subconsciente me obligó a perseguirte hasta que mis piernas ardieron de dolor, y mis pulmones... ¡Oh, esos malditos! ¿Los querías? Sé que quisiste asfixiarlos, hundirme en las aguas hasta que mi piel se asemejara a la tuya.*

*Un bonito tono pálido semejante al de la luna.*

*Es preciosa tu diosa, tu venerada...*

*Y sé, ¡Ywen, lo supe antes de que me lo confesaras! Supe que comprendiste que no querías hacerme daño.*

*Nunca podré olvidar la segunda vez que nuestras miradas se encontraron. ¿Dejar pasar la oportunidad de bailar contigo? No me lo hubiera perdonado.*

*Toqué tus manos, y volví a ahogarme.*

*Sabes que fue literal, que la conciencia me abandonó, dejando mi cuerpo sumido en la oscuridad, aterido en el frío suelo. Te vi en sueños, bajo tu verdadera luz, en tu escenario perfecto. La luz de tu luna bañándote en el perfecto silencio de las aguas sin alterar. Me llamaste y acudí a tu lado sin apenas percatarme de que me hundía y que mis pulmones se atestaban de un frío denso y pesado. Lo glacial dominaba mis tejidos,*

*mi calor interno se destruía...*

*Agua.*

*Me hundiste, y gritaste.*

*Lloraste.*

*Y no pudiste matarme, Ywen.*

*¿Te enamoraste?*

*¿Supiste entonces que no eras como ellas, que podías buscar un alma y romper el lazo que te unía al agua, a la luna?*

*Yo supe que te amaba cuando desperté de aquel sueño, no diré diabólico, diré placentero. ¿Loco? Probablemente, pero, Ywen, no me mataste. No morí esa noche porque no me dejaste. ¿No es ese un motivo de placer? Me acunaste, primero en tus brazos, luego sobre tu agitado pecho. Escuché tu canto alabarme, curarme, pedirme perdón...*

*Me dijeron que me habían dado por muerto, no desperté ni en mi hogar, de hecho. Unas sábanas que no eran las mías trataban de devolverme un calor que el agua que bañaba tus brazos me había quitado. Pero eso nadie lo supo nunca. Nadie supo que viajamos juntos aquella noche, en la que nuestros destinos y futuros quisieron mezclarse.*

*Pregunté por ti y ¡necio! fue lo que me chillaron. ¿Te preocupas de una joven desconocida antes que por tu salud crítica?, escuché entre tanto alboroto. Me dio igual que nunca averiguaran lo que alteró mi respiración aquella noche. Yo supe que fue porque estuve bajo el agua, entre tus brazos. Pero recordaba tu llanto y entonces, me desvanecía. Toda una mañana sufrí entre desmayos y odiosa agonía, pues mis pulmones aún se resentían. Parecían querer el agua de nuevo. Querían helarse.*

*Lo peor es que mi mente se volvió suicida. Una vez recuperada la lucidez, días más tarde, evadí las atenciones por unas horas. ¡Volvía a dejar de respirar al verte! Habías salido antes de tiempo, ante el peligro de los tuyos, pero lo hiciste para verme. ¿Estás bien?, susurraste, incapaz de alzar la voz por encima de los bisbiseos de los árboles.*

*Había ido al lago a buscarte, y estabas abrazada al Roble que fue testigo de cómo perdimos la esperanza de enderezar nuestros caminos de la manera en que nuestras familias veían correctas. Simplemente, no pudimos. Seguir a nuestros corazones suena muy indigno, fantasioso, no irreal pero sí incierto. Seguimos un camino conjunto, una brecha que se abrió sólo para nuestros pasos.*

*Te asustaste. Yo también lo hice.*

*Lloraste. Lloré.*

*Triunfamos.*

*Te amé.*

*Te perdí.*

*Ywen, me hundí.*

*Y ahora, me veo incapaz de seguir batallando en esta guerra. Los años pasan más violentos, la salud empeora. Al menos no estoy solo en esta nueva batalla, espero que William esté a la altura, quizá más de lo que yo estuve en su día. Si no, Ywen, no me merecerá la pena continuar en esta condena. Rompiste nuestra cadena, y me rompiste*

*por dentro. Mi alma pasó a ser la tuya, la de nuestros hijos, y se la quitaste al romper nuestra unión. Sé que sabías que correría de cabeza como un loco enamorado a las profundidades del lago si no tomabas las medidas necesarias. Sé que Jane no fue más que un recuerdo de lo que eras y de lo que fuimos juntos.*

*Jane fue un tierno adiós, la más bella de las despedidas.*

*Pero las aguas quieren llevársela porque saben quién es. La luna quiere iluminarla noche tras noche, ansía darle cobijo, y yo sólo quiero darle un alma .*

Las últimas líneas quedaron moteadas al antojo de la oscura tinta que resbalaba de la punta de la pluma del nostálgico escritor. Ayrton dispuso de un sobre claro, como el que usaba para realizar transacciones con los comerciantes y con sus arrendados, y la carta reposó dentro. La introdujo, después, entre uno de los pliegues del atadizo que contenía su libro de confidencias, y se dispuso a marchar precipitadamente, sin atender a los llamamientos de Abby ante su sospechosa marcha. Sólo pudo escuchar —o su mente sólo hizo caso— aquellas palabras que hicieron nombramiento a Eve Jane.

—Tengo la certeza de que el joven Montybell está con ella. Ha pasado un mal día preocupándose por su salud —dijo, fingiéndose desinteresado.

—Pero... ¡no pueden vagar por ahí solos! —Los ojos de Abby se abrieron notablemente ante lo que le produjo un fuerte desagrado.

—Pues búsquelos y tráigalos al calor del fuego, Abby.

—¿Me está diciendo que permite ese acercamiento? ¿Usted? Si ni siquiera están... oficialmente...

—Ayúdeles a acelerar el proceso, Abby. Así también ayuda a sus familias, y por supuesto, a mi tranquilidad y estabilidad mental. —Suspiró mientras la mujer le ayudaba a abotonar su pesado abrigo. Con fuerza, Ayrton apretaba el fardo envuelto junto al costado.

—Los bus... buscaré, señor.

—Bien, gracias.

—¿Adónde se dirige, señor Dankworth?

—A zanjar un asunto.

Abby lo miró con sus ojillos irisados y brillantes.

—¿Alguien no le ha pagado el alquiler este mes, señor? Pobres, se escuchan muchas cosas venidas de la capital. Se habla de la Revolución como del mayor bien de la sociedad. ¡Pues mire a los Hearnshaw! A ellos no les

conviene que las ropas se fabriquen sin tener en cuenta la tradición. Significa que, si el progreso es tal y como se anuncia, perderán el negocio.

—Abby, no recibo pago alguno por la sastrería. No me pertenece. Siempre ha sido de la familia Hearnshawn. Es de los negocios más antiguos de Vant Konur.

—Ah —asintió la nodriza—. Discúlpeme, señor. Siempre igual. No tengo remedio. Me inmiscuyo en asuntos ajenos que no deberían tener importancia para mí. —Con la cabeza gacha, desapareció de la estancia.

Ayrton agradeció el carácter de la mujer, pues le había regalado una sonrisa agradable aquella mañana triste y cargada de sentimientos.

El sol reluciente le entregó calor, y algo más reconfortado, marchó por un camino que creía haber enterrado hacía diecinueve años.

Las ondas se movían lentas por la superficie del lago como movidas por un aire tímido, sin apenas fuerza. Ayrton guió sus pasos arrastrando con sus pisadas las hojas tiernas, arrancadas por el viento, que habían abandonado su hogar en los árboles. La estación dorada se notaba cerca, y le traía recuerdos tanto tristes como alegres. Se arrodilló una vez próximo a la orilla, con el paquete envuelto bajo el brazo derecho, que contenía los secretos de los últimos años de su vida. Todo tipo de confesiones entre frases llenas de angustia, entre letras garabateadas con frustración.

Palabras que eludían a su mayor tesoro, y a su mayor pérdida.

Palabras que necesitaba entregar.

Deshizo el nudo que tan arduamente se había esmerado en atar, como si en realidad estuviera atrapando un monstruo horripilante en aquel agarre. Aquel monstruo hablaba de su pasado, y lo único que Ayrton deseaba era acallararlo, cerrar sus fauces para siempre. Si escuchaba un sólo gruñido más, perdería su temple.

Apartó la envoltura arrebujándola con inquietud, cerca de una roca húmeda cubierta de musgo. La tierra mojada se adhirió a ella. El cordel serpenteó hasta hundirse en al agua clara y fría. Una neblina sólida cargaba el ambiente de una extraña e inquieta paz, haciendo que los poros de la piel del señor Dankworth sintieran la inquietud, erizando el vello de su cuerpo.

De todas formas, sin hacer caso del augurio dramático del paisaje, Ayrton se armó de valor para admirar sus recuerdos y sus reflexiones antes de que se ahogaran en el lago. Elevó el libro y los árboles parecieron responder a su gesto con chasquidos procedentes de sus altas ramas. El agua le dijo que quería engullir su tesoro.

Se puso en pie, y su brazo se dispuso paralelo a la superficie en la que veía sus facciones reflejadas, su sufrimiento en las arrugas suaves de su frente, la pena en sus ojos grises, invadidos por la pesadez de la vista cansada.

Fue un sencillo gesto el que le dejó respirar de nuevo. El cuaderno calló tres metros por delante de él, lanzando destellos cuando los débiles rayos de sol se dejaron caer sobre los detalles dorados de la encuadernación granate. La onda de agua lo rodeó al completo, hundiéndolo varios segundos en los que, al abrirse y quedar extendidas sus páginas a la merced de la inercia, no pudo seguir flotando. Se hundió lentamente hasta que Ayrton dejó de verlo. Luego, el hombre, miró contraído la carta que esperaba en el suelo. Suspiró, y con dos dedos, la atrapó.

Sentía el malestar retorciéndole por dentro, el peso de su alma tirando de él hacia sus pies.

Lo único que pudo hacer fue dejarla caer.

Flotó sin ganas de precipitarse al denso frío. Describió suaves giros antes de posarse sobre el agua, casi con un estremecimiento.

Y dijo: Ywen.

## SIETE

**W**illiam no se cercioró de que sus ojos derramaban lágrimas hasta que lo sorprendieron, camino a su hogar.

—¡Señor Montybell, qué bien que lo encuentro! —Abby lo observó, repentinamente preocupada. Katherine y Rosalind iban con ella —. ¿Le ocurre a usted algo? Está llorando...

—Tierra... La tierra —trató de justificarse pasando los puños de su chaqueta por sus ojos repentinamente cerrados.

—¡Oh, William, hemos escuchado lo de su terrible noche! —expresó su aflicción, Katherine.

Rosalind se atrevió a abrazar al joven, pese a la exclamación ahogada de la nodriza, que lo desaprobaba.

—Jane pasó toda la madrugada en vela, llorando desconsolada, William. —Se apartó para mirarlo —. Su desconsuelo fue cargado entre el corazón frágil de Katherine, y el mío. Compartimos la pena, amigo mío. ¡Vaya susto amargo! ¡Qué mala noche!

Con sólo escuchar el nombre de Jane, William volvió a sentir las lágrimas bañar su vista y descender por sus mejillas. Se sintió hundido; su reputación de hombre, aplastada.

—Discúlpenme —se apartó de ellas de brusca manera.

—¡Señor! ¡Señor! ¿No estaba Jane con usted? Los han vistos pasear a los dos juntos... ¡William!

—Eve Jane se perdió hace más de tres años, Abby —se lamentó sin volverse —.Yo la perdí para siempre hace mucho tiempo. Créame, una eternidad hace que mi alma no tiene el placer de conectar con la suya —dijo caminando mientras les daba a las tres la espalda.

Abby enmudeció y soltó sus faldas, que mantenía en alto para evitar que se mancharan, estas cayeron pesadas. Echó a correr en dirección al parque central de Vant Konur donde una Eve Jane desconsolaba trataba de dar sentido a su vida y a lo que le acababa de proponer a la única persona que se atrevió a tratarla desde antes de la infancia. Rosalind y Katherine no se rezagaron ni un solo metro detrás de la nodriza, expectantes por ser conocedoras de las nuevas noticias.

Cuando William llegó a casa, Royal trató de sacarle una sonrisa que no vio la luz.

—Pensé que un paseo con su querida muchacha lo traería revivido, ¿vuelve a sentir molestias en el pecho?

Asintió. Las sentía, pero no eran por sus pulmones. ¿Sería su corazón destrozado? ¿La angustia que lo envenenaba, tal vez?

Royal lo acompañó hasta su habitación, llevándolo por el brazo, convencida de que aún no se había repuesto del mal trago de la noche anterior. Allí, Gaylord Montybell lo esperaba sentado en la butaca con uno de sus libros favoritos cerrado en el regazo. Sus gafas de lectura aún puestas. Le sonrió, radiante. Ante la ausencia de brillo en la mirada de su hijo, se alarmó.

—¿Sucede algo? —preguntó cauteloso.

William ignoró la pregunta.

—¿No ha sido un paseo agradable? —Probó de nuevo —.William. —El silencio no se llevaba bien con el señor de la casa.

—Tengo que ir a hablar con Ayrton Dankworth.

Gaylord suspiró de alivio.

—Estupendo, ¡ha dicho que sí! —De un salto, abandonó el asiento. Al ver que William no compartía su felicidad, se preocupó de verdad.

—Retiro mi petición, padre. Mañana, tan temprano como pueda, se lo haré saber a Ayrton sin tardanza.

De las manos de Gaylord resbaló el tomo grueso. Éste se estampó contra el suelo dejando un ruido sordo y grotesco en el ambiente. William lo asoció al derrumbamiento de sus esperanzas, de sus planes, de su futuro. De repente tenía ganas de sentir el pellizco frío en sus pulmones de nuevo.

Súbitamente, quiso que el agua lo ahogara.

## OCHO

Cuando Darien despertó, el sol apenas había comenzado a lanzar sus perezosos rayos sobre los campos que se extendían al otro lado de su ventana. No obstante, no había sido ningún sueño extraño el que lo había separado del descanso que tanto necesitaba, sino unas voces alteradas. Se revolvió entre las sábanas, inquieto. Agudizó el oído, y volvió a escuchar lo que le había despertado. Era ese maldito mendicante que se dedicaba a recoger la basura de Vant Konur. Vagaba sin rumbo fijo maldiciendo y amenazando a la gente sin motivo ni causa, y Darien no podía ni verlo. Le profesaba verdadera aversión aquel hombre andrajoso y que, sin duda, había perdido la cabeza con los años.

Justo antes de ponerse en pie y calzarse los zapatos, un movimiento a su lado le proporcionó una calma inesperada. Un brazo suave lo buscó entre las mantas y le acarició la espalda.

—Darien, ¿qué sucede? ¿Es ya la hora? El sol no ha salido aún.

Darien volvió a recostarse, esta vez pegando su pecho a la espalda de su mujer. Shreya agarró la mano que le acariciaba el principio de su cintura y sus labios dormidos dibujaron una sonrisa llena de paz. Respiró hondo cuando sintió los labios de Darien en su barbilla.

—No quería despertarte, perdona —se disculpó el chico, pasando a acariciar el abultado vientre de Shreya. Ella lo acompañó—. He escuchado alboroto, sólo iba a ver. Vuelve a dormirte, estaré de vuelta en seguida, ¿vale?

—Abrígate. —Apenas un susurró. Shreya estaba demasiado cansada como para vencer al sueño.

Darien se encargó de cubrirla con las mantas minuciosamente. En silencio buscó su jubón de lana y tras calzarse, salió al pasillo de la hacienda. Con pasos sigilosos pasó por delante de las habitaciones familiares y del servicio

hasta llegar al recibidor, donde encontró su abrigo tirado de cualquier forma sobre el baúl viejo que decoraba la simple estancia. Notando el vaho acumularse entre sus labios, se frotó las manos para darse calor y salió al exterior tratando de no hacer ruido.

Efectivamente, la claridad no se había hecho con las calles. El sol quería hacerse esperar aquella madrugada, pero Darien no quería esperar para saber qué ocurría en la calle. Caminó durante escasos dos minutos por el camino en pendiente que se alejaba de la granja de su familia en dirección al pueblo. A mitad de la pendiente, entre los árboles y el campo, vislumbró dos figuras tambaleantes en la distancia. Se gritaban y se empujaban de malas formas.

Darien corrió para darles alcance.

—¡Eh, caballeros! ¡Cálmense, cálmense! ¡Dejen de pelear!

Darien reconoció a Wraylon Garth, el ojo vigilante del lugar. Él se encargaba de mantener el pueblo controlado de incidentes, siempre alerta y recorriendo las calles a todas horas. Agarrado a los brazos de Wraylon, Harold Hoggat, el conocido como el basurero.

—¡Esta rata sucia! —escupió Wraylon, rojo de ira, sacudiendo por los hombros al mendigo que se asía a sus brazos temblorosos —. ¡Ha amenazado a mi hija! —Los ojos del patrullador se desorbitaron con rabia —. ¿Cómo se atreve este sucio ser mencionar siquiera a mi pequeña Norene? ¿Quién te has creído que eres? ¡No vales nada, pordiosero! ¡Púdrete!

Darien se interpuso en medio de los dos hombres, pero la fuerza de Wraylon venció su juventud y no pudo evitar que Harold acabase aterrizando sobre el camino de tierra. El desgraciado hombre cayó sobre un lecho de pequeñas rocas que se le clavaron en los riñones. Gimió adolorido y se encogió sobre sí mismo. Wraylon y Darien lo observaron recuperando la respiración, en esa posición llegaba a dar lástima...

—¡Sólo estaba previniendo un mal! —se justificó Harold, aún encogido por el dolor. Se abrazó las rodillas sin dejar de temblar —. ¡Sé que tu hija va a sufrir algo terrible! ¡Sólo quería ayudar!

—¿Quieres que acabe con tu desgraciada vida? ¿Eso es lo que quieres? —Wraylon escupió sobre él, contenido por el hijo mayor de los Kothe —. ¡Toca a mi hija y será lo último que hagas en esta vida!

—Está bien, está bien. Wraylon, calma, no merece la pena.

—Yo nunca haría daño a una criatura como Norene —gimoteó Harold, sacudiéndose la tierra de las ropas agujereadas y mal cuidadas —. Pero ellas sí. ¡Ellas sí!

Darien dejó escapar un grito cuando el hombre al que sujetaba trataba de soltarse de su agarre. Le costó hacerlo retroceder.

—¿Ellas? —preguntó, volviendo la cabeza para mirar a los ojos a Harold —. ¿Quiénes?

No le gustó nada leer la alarma en los ojos de aquel maltrecho y desafortunado hombre. Le agradó menos que la lástima fuera dirigida directamente a él.

—Las damas de agua, señor Kothe.

Las notas amargas llenaron de matices apenados aquella frase. Darien meneó la cabeza al sentir la mirada de Harold atravesarle la mente. El hombre lo miró de lleno, enternecido por unos instantes. Cuando Darien soltó a un Wraylon más calmado, se encontró con el mendigo justo frente a él.

El crepúsculo comenzó a tomar forma cuando le advirtió, de una forma demasiado alarmante y profunda:

—Quieren un niño. Un bebé varón.

Los labios de Darien se resecaron, y su respiración se volvió irregular. No le hizo falta que le especificara más, en su mente, en seguida visualizó el abultado vientre que apenas diez minutos atrás había acariciado.

—¿Tienen fundamento alguno sus palabras? —No supo cómo logró hablar, pues un repentino miedo lo había paralizado —. Me parece que sólo busca incordiar a la gente con su palabrería. —Tembló, y no por la humedad del ambiente.

Harold retrocedió un paso y la repentina claridad del horizonte que nacía a su espalda alumbró su encorvada figura. Se pasó una mano sucia por su pelo desgreñado, y la lengua por sus resecos labios, ennegrecidos por la suciedad.

—Lo siento. Ojalá no las escuchara. ¡Ojalá me hubieran matado ya! Pero me hacen sufrir con sus planes. ¡Me mantienen vivo para matarme lentamente con sus fechorías! Les encanta verme desgraciado. ¡Ellas me hicieron así! — se lamentó —. Yo nunca quise ser portavoz de las desgracias, se lo aseguro.

—¡Matémoslo, muchacho! ¡Acabemos con él y arrojémoslo a un lado del camino! Nadie lo echará en falta. Es una rata sucia. ¡Nadie lo quiere!

—¡Wraylon, no podemos matar a nadie!

—¡Ha amenazado a tu esposa! ¿Acaso tienes oídos de pega?

—¡No! —gritó Harold, llevándose las temblorosas manos a la pechera de su abrigo lleno de jirones —. Es su hijo al que quieren, ¡Shreya no les importa nada más que para profanar la vida que lleva!

La mandíbula de Darien se tensionó nada más escuchar la mención de su

esposa. Sin ser consciente, su puño se hundió sobre la barbilla del mendigo.

—Estás loco. ¡Loco! —le gritó—. ¡Deja de robar botellas del carro de los Dent! Terminarás de matar la poca vida que te queda.

Cuando los dos hombres se volvieron y le dieron la espalda, Harold se dejó vencer por el llanto.

—Ojalá me mate —gimoteó—. Ojalá pueda hacerlo pronto.

Darien dejó fluir su evidente enfado. Debido a la alteración de sus nervios, dejó que la puerta se cerrara levantando un estruendo alarmante. La primera persona en aparecer calmó todo su malestar en un suspiro.

—Shreya. —Corrió a abrazarla con urgencia. La muchacha, sorprendida, no pudo más que rendirse a aquella inesperada muestra de afecto. Darien era un hombre reservado, y pese a que sabía con certeza que la amaba profundamente, era muy reacio a mostrarle su afecto si se encontraban cerca de algún familiar. Pero la casa seguía en silencio y los dos jóvenes aprovecharon la ocasión —. ¡Oh, Shreya! ¿Estás bien?

Ella lo miró sin comprender. Asintió.

—Sí —susurró—. ¿Te encuentras bien tú? Darien, ¿has peleado? He escuchado voces... Tus mejillas están encendidas, pareces acalorado.

Sin darle tiempo a acabar, Darien la besó, lleno de angustia. La abrazó por la cintura, atrayéndola todo lo que el embarazo le permitía. Se besaron como se permitían en la intimidad de la noche, dejando que sus labios dominaran la situación y calmaran sus deseos. Sus frentes se juntaron, y respiraron, con sus bocas, el aliento del otro hasta normalizar sus respiraciones.

Darien guió una mano al vientre de Shreya. Ella le regaló una mirada enternecida.

—Está bien. Estamos perfectamente —le aseguró—. Todavía no tienes que preocuparte por nada, aún faltan dos meses.

—Perdóname, no quería alarmarte. —Darien suspiró besando la frente de su esposa, sin dejar de abrazarla.

—¿Está todo bien?

—Sí, sí. Supongo que es normal que me preocupe...

—¿Preocuparse? —preguntó una voz grave interrumpiéndoles. Inmediatamente, aún sin necesidad, se separaron. El señor Kothe les sonrió terminando de vestirse con su chaleco de borrego —. Mis hijos han nacido fuertes como robles. ¡Tú mismo, Darien! Nada más aprender a andar ya

estabas dispuesto a arar el campo. ¡Y Merrill! —Levantó el tono palmeando el hombro de su recién levantado hijo, que soñoliento, se abría paso hacia la cocina —. Merrill quiso utilizar la hoz como primer juguete.

El hijo pequeño de los Kothe se ruborizó.

—Madre dice que por su culpa, casi pierdo un brazo, padre. Muy segura no debe de ser la hoz para un niño.

—¡Tonterías! Para un niño del linaje Kothe, no. Te aseguro que levantaste la hoz con nueve meses.

—¡Y casi le cuesta el brazo, tozudo necio! —La señora Kothe le propinó una colleja a su marido, quien se encogió de hombros, repentinamente molesto.

—¡Calla, mujer, siempre tergiversando con tus teorías de chicharra!

—¿Cómo llamas a tu esposa?

Shreya se dejó abrazar de nuevo por los brazos de Darien, que la reclamaron por vez segunda. Los dos, abrazados, observaron cómo la granja despertaba el primer día de cosecha. Les esperaba un duro trabajo en los campos.

Después de que Darien se refrescara la cara en el barreño que su madre había preparado, decidió no comentar nada con Shreya de lo que había discutido. Sería una tontería alarmar a la joven sin motivo, pues todo el mundo sabía que Harold, el basurero, no andaba bien de salud mental. Siempre transitaba murmurando cosas sin sentido, perdido por las calles, arrastrando basura tras su espalda. No era de fiar. Era un pobre demente infeliz.

Pese a saberse fiel a su decisión, tuvo que admitir que la espina de la preocupación le acompañó durante toda la mañana, hoz en mano, bajo las órdenes histéricas de su padre. Pues, antes de empezar su jornada, quiso, de alguna forma, prevenir a su esposa sin alarmarla:

—Puedes descansar si quieres —le dijo cuando la vio preparando la cesta con la que cargaba para lavar la ropa de los vecinos, en el río. Shreya se volvió a él con la cesta de mimbre clavada en el costado de la cadera, y los labios fruncidos en una sonrisa divertida.

—No puedo descansar, Darien. Aún soy capaz de moverme. Además — meditó agachando la mirada —, ¿qué diría tu madre?

—Lo entendería, ella es madre.

—Pues por eso precisamente, ha pasado por lo mismo que yo dos veces, e

incluso siendo más joven. Si ella ha podido, yo también. ¿No crees que merezca el mismo trato que a ella se le dio? Me ha asegurado que trabajó hasta el último día de su embarazo.

—No me lo creo.

—¡Darrien! ¿Se puede saber qué es lo que te preocupa?

—Que quedes exhausta. —Le quitó la cesta de las manos y la dejó sobre la mesa maciza de la cocina, levantando un ruido furioso que encajó a la perfección con la angustia y el repentino enfado de sus ojos marrones. Le suplicó con la mirada, y Shreya no pudo evitar enternecerse. Se lanzó a su cuello envolviéndolo con los brazos.

—Reduciré la jornada, si es lo que te alivia, pero no puedo dejar de traer dinero, ¿entiendes? En poco tendremos otra boca a la que alimentar.

—Puedo trabajar más —le aseguró entrelazando los dedos de sus manos con los de ella.

—Darrien... Lo entiendo, entiendo que te preocupes. Y es muy tierno... Pero sabes que no...

—Un día. Sólo hoy. Por favor —clamó Darrien.

Shreya tragó saliva.

—Me encuentro perfectamente. Quizá más adelante.

—Voy a hablar con madre —terció el chico, a vista de que su mujer no atendía a su súplica —. Ella lo entenderá.

—¡No! Darrien, no. Puedo hacerlo. ¡Sólo es lavar ropa!

—¡Y pasar por las casas para recogerla! Cargarla en el cesto, caminar hasta el río, agacharte...

—No soy débil.

—Lo sé, pero eso no significa que no puedas tomarte un respiro. No es por ti, es por él.

—¿Él? —Shreya dejó escapar una sonrisa —. ¿Ya sabes que será un él?

Darrien se sonrojó momentáneamente.

—Yo... Él, ella. Da igual. El bebé. Nuestro bebé.

Shreya le acarició el rostro para calmarlo.

—Sinceramente, creo que hoy no es tu día. Trata de calmarte. Cuando vuelva puedo prepararte una infusión. Sí, pasaré a por algo de lavanda...

Darrien terminó asintiendo, aceptando que, efectivamente, no era su día. No iba pasarle nada a Shreya, ni a su hijo no nacido. Tan sólo era presa de una paranoia irreal que se habría pasado al caer la noche.

Shreya dejó a Darrien en los campos después de su charla sobre un

descanso que, aunque se negaba a reconocer, sí que necesitaba con urgencia. Lo alentó mientras lo vio recoger las herramientas de trabajo, y le dio un beso para animarlo a trabajar con más fervor y menos preocupaciones.

Antes de volver a la casa para terminar de prepararse, el señor Kothe la detuvo para presentarle al nuevo trabajador que los ayudaría en la cosecha del trigo ese año.

—Este muchacho es Ezra. Te hablé de él, ¿cierto?

—Claro —asintió, recibiendo al joven de rasgos galanes como más educadamente pudo. El chico se lo agradeció con un brillo intenso en sus irreales ojos azules. Shreya quedó prendada de la belleza que estos destilaban.

—¡Prepárate, hijo! —apremió Sawyer—. Darien está repartiendo la disposición, acércate a él para que te indique. Creo que aprenderás rápido, eres un chaval espabilado.

Ezra agradeció el cumplido y lo vio alejarse a pasos rápidos hacia el menor de sus hijos y el trabajador más antiguo de la granja, Tuan McCormack. Iba envuelto en tantas capas de ropa que casi parecía alguien fornido, pero la realidad era bien distinta. Sufría horrores cuando tenía que guiar a los bueyes en épocas de siembra por los campos. Recibió a su jefe entre toses pero con amabilidad marcada en sus facciones arrugadas. Su cabello se tornaba ya canoso, como el de Sawyer.

Shreya quiso despedirse del joven y recién incorporado trabajador, pero este la detuvo sujetándola por la muñeca. Inmediatamente, la mujer le lanzó una mirada desconcertada, pero permaneció en el sitio, sin entender nada.

Ezra procedió a disculparse por la brusquedad.

—Perdóneme, señorita. No era mi intención asustarla, créame.

—Pues puede que lo haya hecho sin querer —trató de bromear ella. Pero lo cierto era que la preocupación enmarcó las facciones atractivas de Ezra. Su cabello rubio pálido contrastaba de forma fascinante con el color y el brillo de sus ojos. Shreya no podía dejar de mirarlo.

—Seguramente, lo que le diga, va a hacerla odiarme.

—¿Cómo?

Ezra la soltó y ella se acarició la muñeca instintivamente.

—Escúcheme —pidió—. Es lavandera, ¿cierto? —La muchacha asintió, algo asustada—. Bien. Prométame algo.

—¿El qué?

—No se acerque al agua. Aléjese del río.

—¿Y por qué debería de hacerlo? ¿Por qué esa preocupación en sus ojos?

—Estoy tratando de prevenirla. —La misteriosa agitación en los exóticos ojos del nuevo trabajador inquietaron, más si cabía, a la joven lavandera.

—¿Prevenirme de qué, si puede saberse? ¿Se lo ha dicho mi marido? ¿Ha sido Darien? —La joven expresó su disgusto cruzándose de brazos con brusquedad. Rápidamente, lanzó una mirada ofuscada al joven de marrón y cabellos oscuros que trataba de guiar a su hermano pequeño con la hoz, simulando un corte en el aire.

—Apenas le conozco. —Ezra parpadeó denotando su perplejidad —. No me ha dicho nada —aclaró, dejando fuera de tan repentina conversación al primogénito de los Kothe.

—¿Pretende que me lo crea? ¡Repítale, de mi parte, que tengo fuerza suficiente para llevar una cesta de ropa al río y traerla de vuelta! —tronó notando los nervios bullir más allá de su piel.

Pero no era sólo una cesta, Shreya solía dar más de cuatro viajes diarios a lavar ropa. Claro que agotaba. Cansaba hasta el alma y le destrozaba el cuello, los hombros y la espalda llevar la cesta a un lado de su cuerpo. Por no decir de la piel desgastada de sus manos, sus nudillos maltratados y sus rodillas hartas de hincarse en la tierra. Suspiró, aguantando un súbito ataque de llanto. Tenía que demostrar que era tan, o igual de fuerte que la señora Kothe. ¿Qué dirían de ella si faltaba a su trabajo? La tacharían de holgazana, de aprovechada. Y Shreya poseía un orgullo demasiado fuerte como para no cumplir sus propósitos.

—Tengo que trabajar, discúlpeme.

Ezra dejó que la muchacha de cabellos castaños y ojos humedecidos marchara en dirección a la casa. La señora Kothe la instó, con señas, a que se diera prisa.

Ezra frunció el ceño. De repente, algo en su misión le pareció inadecuado. Cruel. No pudo apartar la mirada del vientre abultado de la muchacha a la que ya le costaba caminar manteniéndose erguida. Cerró los ojos llevándose el pulgar y el índice al puente de la nariz, meditando, mientras trataba de decidir si intervenir o dejar que se cumpliera un cometido inhumano.

—¡Hey, muchacho! ¡Aquí, sin trabajo no hay comida! ¡Aprémiate! —Le gritó el señor Sawyer. Obligándose a olvidar, Ezra corrió hacia donde le indicaban, disculpándose.

Como Ezra se había figurado, Darien sabía algo que él también. No le quitó ojo en toda la mañana, ni a la hora de la comida. Tampoco le fue nada complicado, pues Darien yacía tan ensimismado y sumido en la profundidad

de sus pensamientos que nada le salía en condiciones. Sus diez dedos de poco apoyo le sirvieron para llevar su plato de sopa a la mesa.

—¡Darren! —protestó su madre, visiblemente molesta por la pérdida de una necesaria ración de sopa.

—Perdone, madre —se disculpó él, dando cabezadas sin fijar la vista en su progenitora ni una sola vez.

—Está bien... No importa, no importa. Hay más comida, siéntate, llevo yo tu plato, niño torpón.

Darren asintió sin ganas. Junto a Ezra encontró una silla vacía de la que se apropió. Tragó saliva y clavó los antebrazos en el filo de la tabla de madera, con los ojos fijos en sus nudillos entrelazados. Ezra suspiró para sí mismo y se cercioró de que la angustia de Darren también la estaba soportando él.

—¿Tan cansado te ha dejado la mañana? —preguntó la mujer entre canturreos, dejando el plato de sopa frente a su hijo. Darren sintió el crujido de sus tripas ansiosas por probar bocado pero los nervios no le dejaron agarrar la cuchara.

—No, madre. La mañana... ha ido bien.

—¿Bien? —Se giró a su marido—. ¿Has visto los cortes en los brazos de tu hijo? Esos cachivaches necesitan más control, Sawyer. Está bien que trabaje como un condenado pero no quiero que se corte una mano.

—Madre, estoy bien.

—¡Es tu hijo el que tiene la cabeza hoy en una nube! No tiene la cabeza entre los hombros, mujer. ¡Eso puedo asegurártelo como padre suyo que soy! Y sé, con razón clara, que no anda detrás de ninguna dama, ¡pues con una comparte ya lecho y futuro! —Sawyer rio causando un estruendo horroroso, pues cuando le invadían las carcajadas sentía la odiosa necesidad de aporrear aquello que tuviera cerca. La mesa tembló bajo sus manotazos, al igual que Darren que se vio precipitándose hacia delante debido a la palmada que su padre le había lanzado en la espalda. Escupió sopa entre molestas toses.

—¡Sawyer, viejo hombre sin modales! —protestó la señora de la casa, con los brazos en jarras y conteniendo su fuerte temperamento.

—Yo... madre, ¿por qué Shreya no come con nosotros? —preguntó Darren, sintiendo que la duda crecía y crecía hasta embotarle el cerebro.

—Oh, cierto. La señora Cukor, ¡muy amable esa mujer, sí señor!, ha precisado ayuda esta mañana y Shreya se ha ofrecido a ayudarla con el cuidado de la pequeña Casey. Todos sabemos de la fragilidad de esa pobre niña. ¡Pobre criaturita! ¡Tan pequeña! ¡Ojalá no corráis Shreya y tú la misma

suerte que los Cukor con su pequeña!

—Madre —tomó Merrin la palabra precipitadamente —, no has, precisamente, alentado con tu comentario.

—¡Es la verdad! No todos los niños consiguen salir adelante. Siempre hay un riesgo.

—¡Mujer, déjalo ya! —protestó el señor Kothe —. ¡El linaje Kothe es de los más duros de toda Inglaterra! —proclamó con las comisuras de la boca derramando sopa.

—¿Cuándo volverá? —Darien regresó a la atención de su madre.

—Querido, está aprendiendo cuidados que le vendrán de maravilla en unos meses. No tengas prisa por ella. Volverás a verla por la noche.

Inesperadamente, Darien no lo tuvo tan claro. El joven, a su lado, tampoco.

El único consuelo en el que se dejaron caer era que, al menos, Shreya se mantenía en el interior de una casa y no cerca del río. Rogaron por eso.

## NUEVE

**A**fortunadamente Shreya vio su salvación en el hogar de los Cukor. Encantada se entregó a los cuidados de la pequeña Casey, y aprendió todo lo que la señora Cukor estuvo dispuesta a confiarle. Pensó que, no volvería a bajar al río aquel día, pero antes de caer la media tarde su cesta se llenó de prendas varias hasta la mitad de su límite.

—Espero que no te importe, Shreya —se disculpó la mujer. Bien sabía lo poco agradable que resultaba lavar la ropa, arrodillada de cualquier manera, soportando la incomodidad y el frío —. Llamaré a Joyce para que te ayude. ¡Joyce, hija! —gritó.

—No, no importa. Déjelo, es mi trabajo.

—Pero eso pesa, muchacha —insistió Ona Cukor, limpiando sus manos impregnadas en jugos de la carne cruda que había estado amasando, sobre sus faldas.

Shreya negó con una sonrisa. Era cierto que la cesta no pesaba tanto como otras veces. Pensó que aquel trabajo no le llevaría demasiado tiempo. Se aseguró el canasto, como siempre, sobre un lado de la cadera, y marchó hacia el río tratando de no pensar en lo fatigadas que sus piernas se sentían. Decidió cantar para distraerse, una vez en la orilla donde acostumbraba a lavar con la señora Kothe. Arrodillada, hundió la primera prenda en el agua clara. La temperatura le provocó un frugal estremecimiento. Frotó, sin perder tiempo, una esquina de la piedra de jabón contra el trozo de abrigo viejo que había sido reconvertido en una manta para bebés. No pudo evitar sonreír mientras frotaba con energía contra la roca en la que se apoyaba, ensimismada en una melodía que, tiempo tardó en asimilar que no era suya. Sus labios hacía ya tiempo que se habían cerrado.

Guardó silencio en un momento en el que, comprendió, que no estaba sola.

Un escalofrío le recorrió la columna cuando se cercioró de que eran varios los pares de ojos que la observaban, astutos y curiosos, al otro lado de la brecha que se abría en la tierra. Shreya notó cómo la vida en el interior de su vientre temblaba ante su frugal grito.

El atardecer comenzó a llevarse la luz que había sido usada durante el día, horas después. Tan rápidamente, que Darien sintió que una parte de la luz que el sol se llevaba a su escondite era un pedazo de su vida.

Se puso en pie, incapaz de seguir conteniéndose. Se abrigó con el chaleco cálido de su padre y desapareció por la puerta. No podía esperar más tiempo.

No.

Le costó que le abrieran la puerta después de la extenuante caminata hasta la granja de los Cukor. Tras aporrear de malas maneras el portón, éste se abrió. Joyce lo saludó, sorprendida. La luz de los candiles del interior del hogar le iluminó los hermosísimos ojos verdes a la pequeña.

—Perdóneme, Joyce —se justificó Darien, por sus formas—. Venir a estas horas...

—No importa —sonrió la chiquilla—. Dígale a Shreya, ya que está aquí, que no hace falta que traiga la ropa a casa mañana, lo más temprano que pueda iré yo a recogerla. Sepa usted que me he sentido muy mal al no haber podido bajar al río con ella a ayudarla.

Darien parpadeó, sin creerse aquellas palabras, dichas con melodía casi infantil.

—Yo venía a por ella. Shreya no... no ha aparecido por casa.

Joyce dejó escapar una exclamación ahogada, y sus ojos se desorbitaron observando las sombras que ya se cernían sobre los campos y los árboles.

—¿Cómo? Madre le mandó lavar algunas ropas de Casey antes de media tarde. Pensamos que se había sentido cansada y debido a eso, no había regresado con la ropa limpia.

Darien notó la respiración tan alterada e irregular que estaba seguro de que el ataque de nervios le explotaría en el interior del pecho. La noche acababa de caer ya sobre Vant Konur y Shreya no había dado señales desde la mañana.

—¡Darien! —le gritó Joyce. Su largo cabello rubio y erizado cayó sobre sus delgados hombros marcados por un recatado camisón de noche—. ¡Hay

que buscarla!

El joven giró sobre su eje sin siquiera tomar aliento, y emprendió una angustiada carrera hacia el río. Aún en la ausencia de claridad pudo distinguir un cesto volcado con violencia sobre la orilla fluctuante. Las ropas se hundían entre la tierra y el agua, totalmente desparramadas. Algunas tiras de mimbre se apreciaban astilladas.

—¡Shreya! —Dejó que le pánico le llenara la boca. Chilló observando en derredor. La quietud y la peligrosa calma le infundieron más temor que el que ya sentía su cuerpo —. ¡¡Shreya!! —Darien se sintió arder por dentro, rompiendo su garganta, entregando su lamento a la noche.

—Aquí no vas a encontrarla —le avisó una voz a su espalda. Ezra le tendió una mano para ayudarlo a salir del cauce en el que se había hundido sin percatarse, en mitad de un desesperado ataque de nervios.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Darien, apartándose las gotas frías de los párpados.

—Ayudar.

—¿Sabes dónde está mi esposa?

—Tenemos que ir al lago, la tienen ellas.

Ellas.

La imagen del desdichado Harold acudió a la mente de Darien en una espesa neblina de recuerdos, junto con las palabras que este le había dedicado a modo de advertencia, esa misma mañana:

—Quieren un varón —murmuró sin llegar a ser consciente de sus palabras.

Ezra asintió.

—Tu hijo será un varón, Darien, y las damas de agua buscan niños.

## DIEZ

**P**ese al gran disgusto que los señores Montybell se habían llevado ante la clara decisión de su primogénito de no aceptar el matrimonio con Eve Jane, decidieron dejar el tema pendiente de resolución para el día siguiente.

William no tardó en encontrar consuelo en el sueño, rendido y agotado como se encontraba; terriblemente apenado por los acontecimientos. Decidido a hundirse en su propia desdicha, despertó agitado, notando perlas de sudor resbalar por la piel de sus sienas. Royal se despertó del sobresalto, recostada en la butaca de la habitación de William.

—¿Royal? —inquirió el chico al verla allí.

—Su madre —se justificó ella—. Me pidió especial atención, ya sabe, por si vuelve a sentirse mal.

Will comprendió. Saltando de la cama, se llevó una mano a la frente acalorada. Se sentía repentinamente aturdido, hastiado... Una vez en pie decidió que, lo primero antes de comprobar su salud, era observar la ventana de Jane a lo lejos, a través del camino oscuro que separaba las fincas de sus familias.

La luz de la casa estaba encendida, no únicamente la de la estancia en la que Jane dormía, sino también la parte baja y los establos donde descansaban los caballos del carro del señor Dankworth.

William sintió un pánico repentino palpar bajo su pecho. Se giró hacia Royal, sobresaltándola de nuevo.

—¿Sucede algo en casa de los Dankworth?

—Deberían de estar durmiendo a estas horas, William, eso es lo que debe de suceder —protestó la soñolienta mujer—. Apártese de la ventana, no está usted para andar jugando tan tarde.

—¿Jugando? —se sorprendió, atendiendo de nuevo a la vista de la casa de Jane resaltando fuertemente en la oscuridad de Vant Konur.

Royal terminó cediendo y se asomó junto a él.

—Santo cielo, ¿qué habrá sucedido?

William la miró, desconsolado.

—Jane —dijo, corriendo escaleras abajo como si la vida le fuera en ello.

Fuera, Gaylord daba indicaciones al cochero; preparaban el carruaje.

—¡Padre! —lo llamó William—. ¿Sabe lo que sucede?

—Es Jane. —Gaylord observó a su hijo, plenamente abatido—. Se ha hecho saber que ha desaparecido.

La tierra bajo los pies de William se esfumó de pronto. Los cimientos del mundo se derrumbaron sobre su cabeza y los estallidos le impidieron que siguiera escuchando. Su subconsciente, al menos, sí retuvo la información que le fue dicha:

—Encontraron su cama vacía hace ya tres horas, hijo. Nadie la ha visto salir de la finca.

—¿Nadie se ha percatado? ¿Cómo es eso posible?

—Ayrton está tan... Jane es lo último que le queda.

—¿Han avisado a Wraylon? ¿Para qué está ese hombre? —Terminó por levantarle la voz a su padre. Gaylord no hizo ademán alguno de detenerlo.

—Wraylon no se encuentra precisamente capaz en este momento. —William le inquirió respuesta con un mirada furiosa—. Su hija también ha desaparecido, al igual que Jane. Y no han sido las únicas en esfumarse en el día de hoy.

William observó con renovados ojos su alrededor. El suyo no era el único coche de caballos preparado a la espera de una partida de búsqueda. Rodeando su posición, encontró dos más.

—Padre... —susurró desconcertado.

—Vamos a buscarlas, William. Levantaremos la tierra si hace falta, pero tenemos que encontrarlas.

Las piernas de William lo sacaron a la carrera de allí. Gaylord, al tratar de sujetarlo por la hombrera de la camisa blanca que usaba para dormir, la rasgó. Aun así, su hijo no se detuvo.

—¡A los coches, ya! ¡William! ¡Paradlo! ¡Paradlo! —Gaylord subió al carruaje y le chilló al cochero—. ¡A prisa! ¡William Montybell, estoy harto de tus necedades! —Dejó que su grito tronara en la inmensidad de la noche.

Ivy Montybell no pudo más que dejarse caer sobre el marco robusto de la

puerta de su hogar, que había quedado completamente abierta al paisaje desolador. Royal trató de hacerla entrar en la casa, pero ella negó llamando a su hijo a gritos.

William sintió la tierra temblar bajo sus pies cuando los tres carruajes estuvieron a pocos metros de alcanzarlo. Corrió con todas sus fuerzas, pero el aliento de los caballos cortaba la humedad de la madrugada para rozarle los cabellos de la nuca.

—¡William, sube al carruaje! ¡Deja de intentar hacerte el héroe! —Gaylord saltó cuando se hubo detenido la carrera —. No eres más que un crío.

William apretó los puños a la vez que detenía su huida.

—¡No quiero ser un héroe! —bramó.

—¡Claro que sí! ¡Un héroe! Pero William, eres un crío.

William encaró el rostro angustiado y exaltado de su padre con los nervios a flor de piel. El pecho le latía con demasiada fuerza y le escocían los ojos.

—¡Yo solo quiero...!

—¡Encontrarla! ¡Y casarte con ella! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Y no puedo creerme nada de tu estúpida historia! Porque sabes que no eres un héroe, William. No puedes hacer siempre lo correcto aunque tus principios así te lo indiquen. — Gaylord consiguió, prudencialmente, aproximarse a su alterado hijo. William lo miró con dureza —. Sube al carruaje, vamos a buscarla.

—¡No! ¡No!

—¡William!

—¡Soy un crío, lo has dicho! ¡Soy un crío! ¿Y, dígame, padre, qué hacen los críos? ¡Locuras! —gritó al aire, extendiendo los brazos. Gaylord retrocedió negando para sí —. Mi locura es Eve Jane —terminó de decir para sí. Limpiándose los párpados con el dorso de su manga de algodón, salió corriendo.

Gaylord fue detrás de él hasta que sus rodillas no pudieron soportarlo más. Temió por la cordura de su hijo, pues su mirada desquiciada realmente le había preocupado.

—¡Señor Dankworth!

Estallidos surgieron de entre las paredes empapeladas de verde oscuro y dorado. El sonido de porcelana hecha añicos esparciéndose por el suelo guió a William hasta el salón de la casa de los Dankworth. Allí, Ayrton descargaba su frustración contra la vajilla que habían usado demasiadas generaciones en aquel lugar.

—¡Señor, señor!

William se lanzó sobre el señor Dankworth, que parecía ajeno a todo el alboroto que estaba organizando. Le sostuvo la mirada una vez consiguió agarrar sus muñecas temblorosas.

—William... —susurró este—. Se la han llevado —dijo sin aliento.

—¿Se la han llevado?

—¡Se la han llevado! —bramó cerrando los ojos, roto de dolor—. Siempre se las llevan —gimoteó.

William, confuso, trató de serenarlo. Lo guió hasta la butaca más cercana y lo hizo sentarse. El señor Dankworth no dejó de negar y maldecir en voz baja.

—Señor, ¿está seguro de que nadie la ha visto?

Ayrton abrió de forma desmesurada los ojos y centró su mirada en la agitada de William, asustándolo profusamente.

—La quieren porque la luna la reclama, ¡la luna la reclama! ¡Mi Jane!

—Señor... —tembló William, comido por la desesperación—. Déjeme ayudarlo, déjeme...

—¡Tengo que encontrarla! —De un empujón se puso en pie, arrastrando al muchacho consigo. William consiguió apartarse antes de que Ayrton desapareciera.

Profirió un alarido de frustración y se llevó las manos a la cabeza. Trató de respirar controlando su agitación pero era tan imposible como tratar de mantener su mente ajena al dolor. Jane había desaparecido. ¡Jane!

—¡William! ¡Oh, por favor!

Inmediatamente, se fijó en una aterida Katherine que, entre balanceos de cansancio trataba de llegar hasta él. La seda de su camisión estaba tan arrugada que William pudo imaginar cómo la había retorcido, nerviosa, ante la noticia de la desaparición de su amiga. El rostro de Katherine, ceniciento y lleno de tristeza, lo conmovió. Se abrazaron.

—Han salido lo más rápido que han podido a buscarla. ¡Oh, William, el señor Dankworth ha perdido la cabeza! Está rompiendo todo aquello que en sus manos cae. ¡Está profundamente afligido!

William sintió los hombros de la muchacha agitarse sobre su pecho, y un bulto clavarse en su vientre, justo sobre su ombligo.

—Jane estaba muy rara —prosiguió Katherine, tratando de enseñarle lo que llevaba en sus manos. Retorcía un puñado de cartas con nada de cuidado. William las recogió agradecido y las puso sobre la mesa de té donde escribía Jane. Katherine se llevó las manos a la boca, ahogando un sollozo.

—Las escribí yo —dijo tras observarlas.

—Lo sé, Jane nos lo contó cuando le preguntamos. ¡Abby nos dijo que debíamos dormir, que las señoritas necesitan descansar para estar preciosas! Pero no le hicimos caso. Jane no dejaba de llorar en silencio. ¡No quiso decirnos nada! En su lugar, no dejaba de releer estas cartas. Rosalind y yo tratamos de hacerla hablar, ¡era nuestro deber consolarla! Supimos que algo había pasado entre vosotros dos tras encontrarnos en el camino. ¡Su expresión dolía, William!

El muchacho se dejó caer sobre la silla que su amada solía ocupar. Apoyó un codo en el vidrio minuciosamente abrigado y dejó descansar su frente sobre la palma de su mano. Con la otra acercó las cartas a él. Tenían fecha y todas iban firmadas por el mismo nombre, su nombre.

*«... padre dice que en la capital todo parece más elegante que aquí, que viajar le ha conferido el poder de leer el aburrimiento en los rostros de la gente. ¿Crees que miente, Jane? Yo creo que puede estar en lo cierto. ¿Imaginas que viajemos juntos algún día? Tendrás que decirme que sí, por supuesto, y elegir un destino. ¿Me lo dirás? Podemos planear un viaje, ¿te parece? Podemos preguntarle a padre cómo reconocer a las personas abatidas por el aburrimiento, bien sabemos nosotros divertirnos en Vant Konur. ¿No crees, Jane? Con nuestras risas quizá les ayudemos.*

*Me encantan nuestras risas, Eve Jane...»*

William sonrió ante el recuerdo que aquel fragmento le llevó a la mente. La posdata era tan tierna que le dio vergüenza haberla escrito, le aseguraba a Jane que sería la mayor envidia de todo Londres. Que cuando la vieran, los señores le ofrecerían ramos de rosas rojas perfumadas. La fecha databa de 1807. Después sintió una lágrima descender por su mejilla.

—¿Las releía, dices? —preguntó con un nudo en la garganta, impidiéndole tragar.

—Sí. —Katherine se acercó a coger una, guardada en un sobre de tonos amarillo pastel —. Dijo que había sido una necia. Estaba abatida, muy apenada. Yo no sabía qué hacer. Rosalind dijo que hablaría contigo al día siguiente y ella se puso hecha un diablo. Jamás la había visto tan afligida. ¿Qué le dijiste?

—Yo...

—Por favor—Katherine se arrodilló junto a él para poder encontrarse con su mirada —, Jane es una chica con deseos confusos. Nunca tiene la mente en

paz. Siempre hay algo que le perturba. El asunto de su madre es lo que más se ha colado en ella, y más ahora, cuando siente la presión del matrimonio es cuando se le presenta. No sé cómo tratarla... ¡Y creo que ha sido culpa nuestra! ¡Rosalind y yo nos marchamos y...!

—¡Ha sido culpa mía! —William se puso en pie temblando, incapaz de dedicar otra mirada a las cartas que se amontonaban a escasos centímetros de él.

En el exterior de la finca, Abby lloraba desconsoladamente tratando que el señor Dankworth cesara en su ataque de nervios. Las maderas de los establos crujían como si las estuviera consumiendo un furioso fuego. William trató de acercarse al carro de los Dankworth cuando una furiosa Rosalind se abalanzó sobre él.

—¡Lo único que necesitaba para perder la cabeza era tu sensiblería! —le gritó, tratando de golpearlo.

William se defendió, pero no pudo quitársela de encima. Terminó cayendo dentro del carruaje, con Rosalind encima.

—¡Te quiere, maldito William! La dejaste hecha un harapo.

—¡Ella no dijo eso! —Rosalind cesó en su ataque y dejó que William se reincorporara —. ¿Dijo eso? ¿Me quiere? —Los ojos del joven se llenaron de esperanza.

—¡Estuvo leyendo tus cartas! ¡No paró de llorar!

—¡Me dijo...!

—Ayúdala —susurró su antigua amistad, con la voz compungida —. Ayúdala, William, por favor. —Habló en un tono tan bajo que William sintió cuan rota estaba por dentro.

Justo cuando Rosalind bajó del carruaje, alguien se precipitó a tirar de la pierna de William. Cayó sobre unos fuertes brazos que rápidamente pudo reconocer. Su padre lo empujó al interior de su propio carruaje y cerró la puerta tras subir él.

—Ayrton no necesita el dolor superficial de un joven amante.

—¿Dolor superficial? ¿Has querido decir que no lo siento?

—No puedes sentirlo. No al menos como crees que lo sientes —contestó su padre sin mirarlo.

William fue a protestar cuando Gaylord lo amenazó:

—Una tontería más y te llevo de vuelta a casa.

Las calles de Vant Konur seguían durmiendo, salvo por contados grupos de personas que corrían de un lado a otro por las calles y la avenida principal.

William vislumbró los destellos que el farol del vigilante lanzaba. Los miembros de los tres carros que se dirigían por el camino, escucharon el nombre de la pequeña desaparecida a voz de grito. Wraylon Garth le gritaba a la oscuridad el nombre de su pequeña hija, desesperado por encontrarla.

Los carros se detuvieron y los hombres bajaron. William permaneció a la espera, con el oído agudo sobre lo que se comentaba.

—Wraylon, hemos rodeado el borde, toda la linde; marchamos hacia el este, por la granja Kothe, y por el oeste, los señores Cukor poseen muchos empleados para ayudarnos.

—Solo tiene seis años —gimoteó el hombre, sintiendo que el farol pesaba mucho para su brazo delgado—. Norene es muy pequeña...

Gaylord gritó instrucciones a todos los que a su alrededor se paraban a escuchar.

—¡Ese desgraciado la amenazó! —El dedo acusador de Wraylon apuntó a un tembloroso hombre que era arrastrado por un joven moreno—. ¡Dijo que se llevarían a Norene, y a la esposa de Darien Kothe! ¡Él sabe dónde encontrarlas! ¡Tuve que haberlo matado cuando pude! —gritó apretando la mandíbula mientras Gaylord lo detenía.

William no pudo seguir a la espera y descendió de un sólo salto del carruaje. Corrió sin disimulo alguno hasta el hombre que se había dejado caer al suelo. Sus ropas no eran más que harapos llenos de suciedad y tierra de los caminos. Era Harold, el basurero.

—Ellas quisieron hacérmelo saber, yo nunca quiero escucharlas. ¡Sólo quise prevenir! ¡Pero nadie me escucha nunca, nunca!

William se arrodilló junto a él.

—¿Quién se las ha llevado?

—Ellas —contestó el hombre con un fino hilo de voz.

—¡No para de decir que las damas de agua se las han llevado! —El joven que lo había soltado hacía apenas un minuto se precipitó a explicar la situación—. Mi mujer lleva desaparecida desde antes de media tarde y este saco de basura me advirtió de madrugada que ellas se llevarían a mi hijo. ¡Ni siquiera ha nacido! ¡Shreya ha desaparecido en el río, puede enfermar!

—Eso si no se ha ahogado —se escuchó entre la creciente multitud que poco a poco salía de sus casa por el alboroto.

William pudo reconocer al muchacho que había hablado. Era el hijo del señor Kothe, el granjero más reconocido de todo el pueblo. Darien se volvió hacia el hombre entrado en años que había insinuado que su mujer había

perecido en las aguas, y le propinó un puñetazo que lo arrojó al suelo. Hoyt Vaughan se encogió sobre sí mismo cuando un muchacho de cabellos rubios agarró a su agresor por los hombros y lo separó de la gente.

—No está muerta, Darien. No la quieren a ella —le dijo sin mirar al portador de noticias de Vant Konur que trataba de volver sobre sus piernas mientras intentaba cortar el río de sangre que descendía por su nariz magullada.

William reconoció a Ezra, quien también pareció reconocerlo a él. Cuando trataban de esfumarse William se reincorporó gracias a los tirones de su padre para ponerlo en pie.

—¿Y Jane? ¿También se la han llevado? —le preguntó a Harold antes de enfrentarse a Gaylord.

Harold negó.

—No, pero quieren hacerlo. Y muchacho, si no la ayuda nadie lo harán pronto. La luna ha empezado a influirla.

Wraylon le propinó una patada a Harold y entonces, todo se volvió bullicio, gritos de furia y maldiciones.

—Ese Harold perdió la cabeza cuando yo apenas era un crío —dijo Gaylord, por encima del tumulto. William se retorció entre sus brazos y consiguió evadir el agarre. Escapó de él, y de la gente que comenzaba a usar las manos para apaciguar la reyerta. La búsqueda no iba así a ningún lado.

Darien y Ezra se escabullían hacia el final de la plaza, detrás de la cual el bosque se cernía oscuro e impotente. William se adentró tras sus pasos, sintiendo el alma en su propio aliento, pues corría como nunca para alcanzarlos. Escuchó sus pisadas hacerse cada vez más pesadas y densas hasta que dedujo que habían llegado al lago. Asombrado por la rapidez que habían tomado, echó la vista atrás para cerciorarse de que, efectivamente, el pueblo quedaba ya atrás. El fango se había adherido incluso a los bajos de su pantalón.

—¡Shreya! —escuchó la llamada desesperada de Darien y sintió una punzada de miedo por la joven embarazada.

—¡Norene! —Escuchó la voz de Ezra, el otro joven, y apretó los puños.

—¡Jane! —gritó él mismo, sintiendo cómo el nombre de la joven fluía por el ambiente como, si de repente, estuviera cerca. Volvió a gritarlo y tanto Darien como Ezra se giraron, sorprendidos de verlo allí.

Darien giró el rostro hacia las aguas como si no hubiera visto el perfil de William dejando atrás la frondosidad de los árboles. Sus pies se hundieron en

la orilla del lago. Su cabeza se dejó caer muy lentamente.

—No la encontraremos...

Ezra dio un paso adelante, bruscamente.

—¡Vay! —gritó. Ambos compañeros de búsqueda lo observaron atónitos. Ninguno reconocía el nombre de Vay —. ¡Este no era el trato! Delphica, suéltalas. ¡Diles que las suelten!

Darien se sintió desfallecer, todo aquello lo superaba. Estaba completamente agotado. Se culpaba de todo a sí mismo. ¡Podía haberlo evitado! ¡Harold le había advertido!

—¿A quién le gritas? —William logró llegar hasta el misterioso joven que tanto le había hecho sospechar días atrás. Cuando sus miradas azules se encontraron bajo el foco faustoso de la luna, quedó petrificado. Reconoció los pómulos alzados bajo aquel color tan inusual.

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es.

Ezra balanceó los brazos con cansancio.

—No, no lo es. ¿Buscas a Jane? No vas a encontrarla.

—¿Cómo?

—Aunque consigas dar con ella esta noche, después se volverá más y más difícil. Terminará esfumándose, como lo hacen todas. O matándote, William. Es mejor que vuelvas a casa, todo esto te supera.

Los puños de William se cerraron con tanta fuerza que sus propias uñas le hicieron heridas en la piel. Cuando Ezra se volvió, dándole la espalda, no pudo contenerse. El fango quiso tirarlo al suelo húmedo, pero sus pies descalzos se asentaron sobre las piedras afiladas que se cubrían por los primeros tramos de agua blanca y azulada. Reprimió un grito cuando sintió el agujoneo de cientos de agujas perforarle la piel, pero, aun así, agarró el cuello de Ezra con un brazo y presionó.

—Maldito crío. —Los dientes de Ezra dejaron escapar la maldición a retazos sibilantes.

William apretó los dientes con rabia. Ambos cayeron en el lago, bañados completamente. Pero el agua no detuvo a William, que continuó apretando el cuello de aquel indeseable hasta que un conocido dolor regresó a su pecho.

Darien no les dio tiempo de hundirse demasiado, pues los agarró a cada uno de un hombro diferente. La manga rota del joven Montybell terminó cediendo a la fuerza y se arrugó sobre su muñeca derecha, dejando la piel de gallina de su brazo al descubierto.

—He escuchado algo —les dijo, rojo por el esfuerzo y el enfado—. Creo que ha sido un grito.

Los tres guardaron silencio, sosteniéndose las miradas con los ojos amenazadoramente irisados. La luz de la luna parecía cegarlos y las gotas de agua resbalaban de sus cabellos por todo su cuerpo. No tuvieron que esperar mucho, un grito conmovedor rasgó la quietud de la noche, resaltando por encima del murmullo agitado de las aguas. William lo sintió conocido pero, lamentablemente, no terminó de ponerle cuerpo a aquella voz distorsionada. El segundo grito, quizá le abrió algo más los ojos.

Los tres jóvenes se miraron, desconcertados, y fue Darien quien tomó la iniciativa de perseguir aquel rumor de voz que se había distorsionado en un grito amargo. Gritó el nombre de su esposa temiendo que fuera ella quien lloraba, pero reconocería la voz de Shreya con facilidad, y aquella voz no le pertenecía.

La tercera vez fue la más dolorosa. William se percató de que había adelantado a Darien y a Ezra, y que corría conteniendo la poca respiración que le quedaba. Si estaba en lo cierto, si tenía razón... había reconocido aquel lamento, corrompido por el dolor. Un grito agónico que se volvía incluso bello si eran los labios de ella quienes lo dejaban escapar.

Nadie supo aclarar si fueron escasos metros o un kilómetro lo que corrieron, pero los tres coincidieron en lo turbador del relato.

Darien reconoció la forma menuda de Shreya, encogida bajo el cobijo de un mediano hayedo. Las ramas se curvaban hacia abajo como queriendo protegerla. El joven derrapó, cayendo a los pies de su esposa, que lloraba amargamente. La abrazó sin esperar a que hablara.

Ezra se detuvo sin aliento, maldiciendo por dentro lo que sus ojos vieron en mitad del valle, donde la luz de luna refulgía ensalzando la visión de dos cuerpos bañados por el agua blanca.

William se arrojó junto a ellas, llamando a Jane sin sentirlo. La llamaba pero ella no le respondía. No tenía ojos para Will, sólo para la niña que yacía petrificada en sus delgados brazos que no podían dejar de agitarse. Jane se llevó a la niña al pecho, el cuello pálido de Norene no pudo soportar el peso de su cabeza, que pendió inerte hacia un lado de su cuerpo. La chica volvió a gritar, llena de pánico y angustia. Llamó a la niña por su nombre, su barbilla titilaba como el cuerpo de una vela a punto de quedar extinta. William y Ezra detuvieron sus pasos ante la escena. No por miedo, no por dolor, si no por respeto y confusión.

—¿Por qué? —Fue lo primero que escucharon decir a Jane, quien poco a poco fue separando a la pequeña de su cuerpo. Dejó que las aguas balancearan a Norene, que seguía bañada por el flujo de luz que el astro lanzaba sobre su cuerpo sin vida.

Ezra se agachó cerca de la niña y consiguió que Jane la soltara. La sostuvo sin miedo entre sus brazos y se puso en pie manteniendo los ojos cerrados. Era demasiado doloroso mantener la compostura con un cuerpo tan pequeño y sin calor cerca de tu propio cuerpo.

Jane se llevó las manos a la cara, herida. Las lágrimas se confundían en su rostro con las gotas de agua que el lago le había salpicado. Arrodillada como estaba, se encogió hacia adelante sin dejar de sollozar. Unos brazos quisieron darle calor, pero ella estaba helada. Un cuerpo se amoldó a la curva de su espalda, pero no pudo detener el frío que se colaba en el suyo. El aliento cálido de William le acarició la oreja, y entonces, sintió su presencia con firmeza a su lado. Se miraron a los ojos y todo aquel dolor terminó de romper al muchacho, que tragó saliva para enfrentarse a aquello, que, como Ezra le había advertido hacía escasos minutos, le quedaba demasiado grande.

Era un crío.

Pero un crío que decidió hacerse el héroe. Rodeó a Eve Jane con ambos brazos empapados y dejó que sus manos se extendieran por la espalda de la chica. El algodón de su camión blanco se pegaba a la piel de Jane definiendo su figura delgada y esbelta. Las manos de William presionaron su cuerpo sintiendo la angustia que le había llevado hasta allí. La atrajo sin esperar que ella le correspondiera; la abrazó sintiendo sus fuerzas flaquear, su alma decaer. Cuando la temblorosa Jane cedió al agarre, dejándose caer sobre su pecho, William sintió que las lágrimas volvían a hacerle arder los ojos de nuevo. No le importó, tenía a Jane de nuevo a su lado. La mantenía tan cerca que nunca más volvería a dejar que un metro de distancia los separara. Era demasiado doloroso de soportar.

La luna los envolvió queriendo aislarlos de la oscuridad. Resaltó sus cuerpos abrazados, temblorosos por el miedo, la temperatura y las circunstancias.

—Will... iam. —Fue una exhalación agónica y llena de fatalismo. Los dedos de Eve Jane se crisparon sobre la tela del pecho de la camisa de Will—. Estaban... Estaban por todas... ¡Todas partes! —gritó sobre su pecho, ahogando un sollozo mayor al que dejó escapar. William sintió un estremecimiento, que fue puro placer y confusión. Era irreal pensar que los

labios de Jane se separaban de su piel por una fina tela húmeda. ¡Irreal! Pero a la vez... se maldecía por tales pensamientos. No había espacio para la satisfacción cuando la vida de una niña había perecido, y aún menos, viendo a la muchacha entre sus brazos, llorando desconsolada —. Salieron del agua, la querían... —Se agitó temblando de miedo —. ¡Shreya! —gritó de repente, soltando a su compañero y llenando su campo de visión con todas las direcciones posibles a las que pudo girarse.

Shreya dejó escapar un jadeo lleno de angustia, frustración y dolor. Darien la sostenía por la cintura con un brazo y ella se apoyaba con otro en los hombros anchos de él. Cerró los ojos a la vez que sus rodillas temblaban desesperadas, listas para romperse y dejarla caer sobre la tierra.

—No puede ser —murmuró Darien casi para sí —. ¡No puede ser! — repitió, esta vez para todos aquellos dispuestos a oírle —. Aún faltan meses...

Shreya agonizó como respuesta y Darien sintió los dedos de su esposa clavarse en su piel.

Jane trató de ponerse en pie para ir hasta el joven matrimonio, pero las piernas le fallaron tanto que desistió, y se rindió a los brazos que querían ayudarla.

—Explícame... algo, Jane. Algo. Di sólo...

—Ellas —repitió una Jane atemorizada, incapaz de frenar el llanto o fijar la vista por más de un segundo en los bellos ojos iluminados de William Janick Montybell. El mismo William que, con sus manos le acariciaba la piel fría de los antebrazos, pues las circunstancias habían hecho que los brazos de ella hubieran quedado expuestos a la temperatura de la noche. Si se prestaba atención, podían encontrarse restos de algodón blanco flotando de aquí allá, flotando mansamente por las aguas como si, en realidad, no hubiera sucedido nada catastrófico en aquel mágico lugar —. Está muerta, William. ¡Muerta! No era más que una dulce niña... ¡Una niña que ahora está muerta!

Cuando Jane se percató de que aquello que rodaba por la mejilla suave y firme de William, era una lágrima resuelta que descendía en un lento paseo por la piel pálida, no sintió más pavor del que ya albergaba, sino una dolencia que le llegaba desde su mismo corazón. Respondió a aquel firme agarre, quedando ajena, de forma instantánea, a toda la violenta situación que la había acogido. Sus manos buscaron el contacto con el cuerpo de William sin dejarse dirigir. William notó que el aire se hizo denso dentro de su pecho cuando sintió descargas eléctricas recorriéndole los hombros, el cuello y el principio de la espalda. El calor emanó lentamente de su piel, la cual era acariciada por las

manos de Jane. No pudo, sino, responder él también a la dulce emotividad de aquel instante. Envolvió a la chica por la cadera, aproximándola a su rostro, queriendo consumir hasta la última gota de oxígeno que la atmósfera les regalaba.

Ambos exhalaban a la vez; sus labios a escasos centímetros, prudencialmente condenados.

—Jane... —Jane no fue capaz de retirar la vista de los sensatos labios de su querido William. El propio muchacho, al percatarse de tal acto, la atrajo inconscientemente más para sí. Los labios de Jane perdieron la voluntad al mermo de la distancia que segundos antes había existido con los de William.

Él quedó atrapado en el color rosado de aquella piel de aspecto suave, de una forma casi macabra. Sus sentidos se nublaron a causa del encanto.

Podían dejarse caer en la impudicia, pecar como desconsiderados jóvenes, faltar al decoro... Pero, ambos fueron concedores esa propia noche, que no fue una mera chispa de salacidad la que provocó que sus mentes se esfumaran de aquel terreno para viajar a un lugar más alejado de las nubes. Exploraron sus interiores sin permiso de sus conciencias, y descubrieron, que hay sentimientos que pueden nacer de meros instantes especiales, de simples toques que hablen en lugar de unas voces. Eve Jane comprendió que William Janick no era un joven cualquiera, dotado de un alma común. William refutó su idea de que Eve Jane no era una chica mundana.

La fuerza de William, sin duda, dejaría marcas en la piel blanca de la chica, pero a ella no le importó sentir el fuerte contacto de aquellas manos sobre la parte baja de su espalda. Sintió una protección que le indujo una extraña calma, una seguridad anhelada que le llenó el corazón de conmoción. Y cuando, al punto de abandonarse a la complaciente banalidad, el rostro del joven Montybell decayó, notó las agujas del llanto clavársele por todas partes.

William dejó crecer la distancia entre sus rostros, de nuevo apagados. Con todo el dolor de su alma abandonó la calidez de los ojos de Jane para fijar la emborronada vista en la barbilla temblorosa de la chica. Aunque supo que el gesto le había dolido a la muchacha, no pudo redimirse. Tampoco excusarse.

Jane retiró suavemente las manos de su cuello; William las cogió y las pegó a su pecho, en el hueco que quedó entre sus cuerpos ateridos por el frío de la avanzada madrugada.

¿Qué decir después de denegar algo tan maravilloso a la persona más especial de su vida?

Ni él mismo podía entender su decisión.

—Jamás me perdonarás, ¿verdad William? Jamás lo harás.

Los gritos se sucedieron. Las agitadas voces rompieron el parloteo del agua contra la orilla. Demasiados cuerpos se arrodillaron alrededor del padre que lloraba por el fatídico destino de su hija arrebatada. Los aldeanos, mudos de espanto, trataron de poner orden en aquel caos que ellos mismos habían creado.

La joven lavandera se dejó conducir por el sendero de vuelta a la plaza de Vant Konur, pero el dolor le impedía dar un sólo paso. Entre Darien y Ezra consiguieron cargarla para amenizar el paso y restarle agonía. La alentaron para que respirara con calma, pero Shreya había visto y vivido demasiado como para poder tranquilizarse. Llamó a Darien hasta cien veces de camino a la casa del señor Clint. Por suerte, el Gentry primero del lugar les ayudo a llevar a la mujer con mayor rapidez, gracias a su carro.

Cuando Eldon Clint la recibió, Shreya le imploró ayuda. No podía dar a luz todavía. Las ondinas, dijo, habían hablado.

## ONCE

**E**l ronroneo de una sonrisa impía se extendió por cada rincón y recoveco del bosque hasta poseer a aquellos que pretendían huir del amanecer, que quería despertar a las rezagadas sombras.

William Montybell retrocedió lentamente hasta notar una rugosidad en las palmas de sus manos raspándole la piel. Agotado, dejó descansar la espalda sobre el cuerpo del árbol que había encontrado en el camino. Aún andaba presa de la imagen que se sucedía a unos metros de él. Ayrton Danworth chapoteaba unos metros más allá. La tela de sus pantalones se hundía por el peso del agua, pero él continuó avanzando hasta que Jane encontró sus brazos. Estrechó a su hija soltando un suspiro angustiado, pasando las temblorosas manos envejecidas por el cabello dorado de Eve Jane como si temiera que este se difuminase como el humo. Ayrton la cargó en sus brazos y ella, sin dejar de temblar, quedó igualada a una muñeca rota, un juguete usado y sin alma...

Sin alma...

William exhaló el vaho del amanecer, abatido. Ni la fuerza del sol que se extendía y le daba vida al paisaje consiguió rozarle, tan siquiera, un pedacito del alma. Había supurado su dolor hasta adormecerle los sentidos. Y para mayor derroche de malestar, que se clavaba en él como afiladas dagas, no podía sacar de su cabeza aquel mágico instante que había compartido con Jane hacía unos minutos: el agua acariciando tan suave y perlada piel, la luz de luna resaltando el brillo de los más bellos ojos... El cuerpo del joven sufrió un grave estremecimiento al evocar los labios cándidos de Eve Jane recorriendo la agónica distancia hasta los suyos.

Con pesadez se llevó unos dedos a su boca, guardándose un redimido

jadeo.

¿Qué había ocurrido allí?

No pudo seguir preguntándose, pues unas manos lo separaron de la tranquilidad del olmo que le había proporcionado apoyo. Un hombre visiblemente más joven que los señores Gentrys, pero mayor en apariencia y aspecto que el hijo del granjero Sawyer, arrastró a William hasta el camino terroso que se desviaba hacia las fincas Dankworth y Montybell, al otro lado del centro de Vant Konur.

—El Señor Dankworth dice que es urgente.

—No me diga —rumió William, que terminó por ver cómo la manga intacta, pero mojada de su camisa, se hacía jirones.

El hombre era Vincent Carrol, cuyo trabajo era entregar, casa por casa, el correo y la correspondencia. William no preguntó, se dejó guiar en un agarre que poco a poco fue cediendo. Cuando Vincent se percató de con cuánta fuerza asía al chico, se disculpó:

—Perdóneme, Señor... Las circunstancias... Ya sabe. Usted estaba allí, lo ha visto. Me han invadido los nervios...

—Lo entiendo...

El carro de Vincent no era más que una triste carreta tirada por un caballo de pelo casi anaranjado a la luz del sol que se ponía. En la balsa de madera tratada, un niño de enormes ojos verdes los observaba, comido por la intriga. Sus modales tímidos le impidieron intercambiar palabra con su nuevo compañero de transporte.

—Ty, hazle sitio a William, tenemos que ir a ver a Ayrton.

Los ojos del pequeño se desorbitaron de emoción.

—¡Caramelos, papi! —aplaudió el niño, atreviéndose a reír escondido tras una manta rasposa que a William no le infundió agrado ninguno. La barbilla de Ty presentaba tres surcos bermellón hendidos en su piel tersa.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber.

—El gato del señor Shelley —contestó el padre—. Ty no puede controlarse cuando ve una bola peluda, ¿verdad? —Le sonrió al pequeño—. La cuestión es que ese gato es un resentido. No tiene amor ni para su propio dueño. Si yo fuera Winfred —tomó aire a la vez que cogía las riendas del caballo—, ya haría tiempo que lo habría mandado a la calle.

Ty ocultó su menudo rostro por completo bajo la manta, enfadado con el comentario de su padre. Sus inocentes pecas y sus rizos traviosos desaparecieron de la vista.

No tardaron en llegar a la primera finca del camino, donde una muralla sólida, verde y llena de vida, los condujo hacia la entrada de la casa de los Dankworth. William dio las gracias y ayudó a Ty a bajar al suelo. Cuando el niño vio, a lo lejos, la fuente de petirrojos del jardín este, enloqueció y comenzó a correr entre grititos apasionados. Su padre maldijo en voz baja y se dispuso a alcanzarlo.

Abby había preparado té varias veces cuando William llegó. Sin decir nada, abrazó a la mujer, quien sintió su corazón derretirse por aquel acto de afecto repentino. Enternecida, acarició el rostro afligido de aquel chiquillo al que tantas meriendas había servido, y con el que tantas tardes había pasado por cuidar de Eve Jane. Suspiró, sin encontrar palabras.

Sin duda, era la mejor elección para su niña.

—Ayrton está arriba, no quiere despegarse de ella. Pero... pero quiere hablar contigo. Está tan serio, William... Trátelo con cuidado —suplicó la nodriza con ojos extenuados —, está muy alterado. Aun así... —meditó—. Tenga, tenga. Esto le hará entrar en calor —dijo tendiéndole una humeante taza de té claro—. Es para los nervios. ¡Bébalo! Le hará bien. Hágame caso. ¡Oh, y tiene que cambiarse! ¡Está todo empapado! ¡Hecho una minucia! —Se asomó al marco sin puerta de la cocina—. Rosalind, querida, tráigale algo de ropa del señor Danworth a William. ¡He dejado ropa limpia sobre la cómoda del señor! —Alzó la voz.

William sintió vergüenza súbita al pensar que tendría que despojarse de sus ropas delante de una mujer que no era Royal. Abby, que parecía tener tanta prisa como la nodriza de William, insistió al joven a, efectivamente, despojarse de los harapos que le cubrían la parte superior del tronco. Las mejillas de William se iluminaron con más intensidad que los candiles cuando Rosalind entró veloz como un rayo de tormenta para dejar las prendas elegidas sobre la superficie limpia de la mesa. Ella también se sonrojó levemente, pero enseguida sonrió, mostrando sus dientes.

—¿De qué se ríe, muchacha? Anda, pásame la camisa. Muy bien.

William se vistió bien ayudado, pues Rosalind se vio obligada a la tarea, ya que Abby se ocupaba, a la vez, de que el té no hirviera. En seguida estuvo seco y dispuesto para encontrarse con Ayrton.

Llegar hasta el despacho lo hizo sumido en una especie de limbo. En su mente sólo podía visualizar los labios de Jane acercándose a los suyos. Una y otra vez. Rozándose. Una y otra vez. Sin llegar a unirse.

Una y otra vez.

Ayrton Dankworht yacía en la silla de su escritorio, y al verlo, se puso en pie de inmediato.

—Muchacho, estaba esperándote.

William asintió, echando un rápido vistazo al desorden de la habitación. Había libros abiertos amontonados unos sobre otros, restos de pergaminos manchados de tinta y plumas partidas por la alfombra. Contó hasta tres frascos negros hechos añicos, que derramaban todo su contenido por donde estuvieran.

—Salgamos, este desorden me provoca jaquecas. Aunque, ciertamente, ya padezco una. ¡Son terribles, William! ¡Como ellas!

William quedó petrificado ante la última frase. El té para los nervios peligró en sus manos.

—¿Ellas, señor Dankworth?

Pero Ayrton fingió haberlo oído, porque estaba bastante preocupado en encontrar la postura perfecta en su butaca de terciopelo oscuro.

—Te ha traído Vincent, ¿verdad? Muy servicial ese hombre. ¡Muy atento! Una lástima lo de su mujer, ¡con un niño tan joven! Ty sólo tiene cuatro años... Me siento tan identificado con él...

—Señor. —La voz de William se endureció—. ¿A quiénes se refería al hablar? ¿Quiénes son ellas?

La tez de Ayrton palideció tanto que William sintió la necesidad de terminarse el té para calmar su estado. El líquido acabó por completo en su estómago.

—Siéntate, muchacho. Te contaré algo que, por supuesto, no confío en que vayas a creer.

William obedeció, intrigado.

—Pero... ¿Jane está bien?

—Sí —asintió el hombre—. Ha conseguido dormirse. Ha vivido algo tan horrible...

—Norene...—William retorció sus manos con impaciencia.

—No se trata de Norene, hijo. Esa pobre niña se ha visto dentro de una historia que no era la suya. Las damas de agua, no buscan culpables porque no los hay, se limitan a jugar con víctimas. Sus objetivos son apuestos hombres, como tú. —William no pudo ocultar su apabullamiento, pues se sintió muy halagado—. Norene, simplemente, se cruzó en el camino de las criaturas equivocadas. Las ondinas no soportan a las chiquillas.

Ondinas.

La palabra flotó en el aire alrededor de William, embotándole los oídos y

surgiendo, una y otra vez, como si la hubieran amplificado para él. Recordó haber leído algo parecido en un libro para niños, o incluso en varios. Dejó escapar una carcajada cínica.

—Ondinas —repitió—. ¿Damas de agua?

Para su asombro, Ayrton asintió:

—Sí.

—Por supuesto que no me lo creo.

—Pero vas a hacerlo.

—¿Y qué motivos tengo? —replicó al borde de la indignación.

—Tienes a Jane.

William perdió su capacidad receptiva y las ganas de reír. El color de su rostro se desvaneció con tanta rapidez que el señor Dankworth a punto estuvo de correr a por más té de Abby.

—Señor, después de lo ocurrido, lo que menos me apetece es escuchar semejantes cuentos para dormir.

—Oh, no, William. No son cuentos para dormir. De hecho, yo me pasé varios años sin poder hacerlo completamente. Ver a una ondina no es muy difícil si encajas en sus perfiles, pero enamorarte de una es tan sencillo como dejarse llevar por la muerte.

William se pasó por la frente el sobrante de una de las mangas de la camisa prestada.

—¿Usted está diciendo...?

—¿Qué piensas del asesinato de mi esposa? —Tras una pausa leve, continuó—: Ywen se marchó voluntariamente, y yo lo supe la mañana en que lo hizo, muchacho. Me rompió el alma en mil pedazos, pero mantuvo intacto mi corazón.

—Déjeme adivinar, era una ondina, ¿no?

—Y la más bella.

William sintió pena por el pobre Ayrton que tanto había debido de sufrir. Los años pasan factura...

—Pero, la cuestión es... —intentó proseguir el hombre.

—... centrarnos en las ondinas del lago, las actuales. Esas son las que interesan. —William se decidió por seguir el cauce gracioso de aquella historia.

—Sí —asintió Ayrton—. Se llevaron a Terrence hace veintiún años, mataron a Ywen, y ahora buscan a mi pequeña Jane.

—¿Te... Terrance? —Los ojos de William parpadearon para terminar

abriéndose todo lo que pudieron.

—Mi hijo. Mi primer hijo. —Ayrton dejó caer la cabeza sobre el sofá de aspecto duro, cerrando los ojos y dejándose llevar por el daño que los recuerdos le reportaban. Le describió el aspecto del niño a William tal y como los retazos de su memoria lo conservaban: ojos azules ligeramente alargados, especiales. Cabello dorado y sonrisa rosada. Había sido una criatura tan bella, que hasta él mismo lo había sabido.

—Ciertamente, sus cabellos no eran normales, William. Ni sus ojos. A veces, cuando miro a Eve Jane, tengo la impresión de que podría ver a mi pequeño Terrance. Trágicamente, nunca pude verlo crecer. No hubo cumplido el año cuando encontramos su cuna vacía. No dejaron ni sus mantas. Sólo pude quedarme con el recuerdo vago de su sonrisa.

William no se dio cuenta pero apretaba con fuerza los costados de su cuerpo, el cual sentía frágil y quebradizo, como la paja. Nunca hubiera imaginado que Jane tuviera un hermano mayor, el cual, había sido secuestrado.

—Yo la obligué a dejar su naturaleza, chico. Ella aceptó por el mero hecho de complacerme, y yo, tan maravillado quedé ante tal acto, que quise colmarla con todo aquello que deseaba. Pero Ywen era tan sencilla y humilde, que sólo me quiso a mí, por encima de cualquier banalidad. ¿Oro? Siempre reía. ¿Plata? ¿Para qué se quiere la plata, para amar más, Ayrton?, me decía. Yo la amaba por encima de todas las cosas, William. La amaba tanto que sé que su ausencia acabará conmigo dentro de poco.

—Señor. —William se incorporó, preocupado, en el sofá —. Lo siento de veras por... por Terrance. Pero... créame, usted...

—Estoy muy cuerdo, eso puedo asegurártelo. Y cuerdo tú me prometiste que aceptarías el amor de Jane ante cualquier fatalidad. ¿Te retiras, acaso, de esta campaña?

—Señor... —repitió William, asiendo repentinamente la taza vacía de té. Necesitaba más, ¡sus nervios no hacían más que acrecentarse! —. No logro entenderlo.

—¿Te retiras, William? ¿Dejarás a Eve Jane sola?

El estruendo de la porcelana al hacerse añicos contra el suelo no inmutó las facciones del hombre en absoluto. Con las manos asiendo sus rodillas se recostó hacia adelante, para observar abiertamente la reacción del chico, que furioso, trataba de decidir si salir corriendo o continuar con la charla sin sentido.

—Pregúntame desde cuando sé que la amas, William. Pregúntamelo —dijo

calmado, con una sonrisa amable en sus cansados y arrugados labios. William negó, reteniendo su frustración —. Teníais cinco años cuando lo supe. Desde que Gaylord y yo compartíamos pensamientos siempre fantaseamos con la idea de unir a nuestros hijos en matrimonio. Sería maravilloso si se diera la ocasión. Y se dio: poco después de que el primogénito de Montybell naciera, mi preciosa Jane llegó como si, William, la hubieras incitado a hacerlo. Gaylord y yo bromeamos sobre casaros en cuanto pudiéramos.

—No me importa.

—Sí, sí que te importa. Estás dudando en si hablar con este viejo al que consideras loco merece o no la pena. Conozco esa mirada, yo también tuve diecinueve años una vez. Yo también caí en las redes del amor, pero... William, sólo se cae una vez, al menos con verdadera fuerza. Y tú estás planteándote perder esa primera vez.

—¡Basta! —El joven Montybell dirigió sus pisadas enérgicas hasta el recibidor de la casa. Ayrton lo siguió —. ¡Me niego a unirme a esta burla, señor Dankworth! ¿Me toma por estúpido? ¡Tanto usted como mi padre buscan un matrimonio de beneficios! ¡Eso es lo que buscan todas las uniones de hoy, señor! ¿Amor? ¿Existe realmente un amor merecido?

—Jane te entregó una flor —prosiguió Ayrton, presa de su historia —. Recuerdo su preciosa e inocente sonrisa cuando te la tendió. Estabais jugando a alcanzaros a través de los árboles del jardín de atrás. Todos los que allí nos reunimos esa tarde no podíamos parar de deleitarnos con vuestras risas llenas de vitalidad. Eráis dos diablillos encantadores. Y entonces, William, levantaste la mano lleno de un notable pavor que te inundó de repente. Parecía que aquella florecilla azul fuese del más fino cristal del planeta, la cogiste con tanta prudencia y gravedad que no pude más que quedarme boquiabierto. Después, tus ojos brillaron como lo hacen ahora, William, y desde entonces están así. Encontraste la plenitud en aquel sencillo gesto.

—¿Cómo puede decir que desde ese instante, supo que la amaba? ¿Escucha lo absurdo que suena?

—¿Me lo niegas?

—¡Tenía cinco años! ¿Cree que puedo recordar ese día? ¿Cree que puedo mantener la lucidez de ese día?

—Lo creo. ¡Lo creo!

El portazo tras el que William se escondió sobrecogió al señor Dankworth; aquello no se lo esperaba. No atribuía el adjetivo de cobarde al muchacho, ni nunca lo habría hecho, pero la huida precipitada lo alarmó. Le echó la culpa a

la cólera que había poseído a William, quizá su repentina necesidad de hacerle saber demasiadas cosas lo había asustado. Esperaba, que no para siempre.

La iracunda marcha hacia su hogar terminó por dejar las nuevas ropas de William de un color terroso. Al andar, sus pies levantaban una terrible polvareda, pero no le importó; no tendría que devolvérsela al señor Dankworth, pues ni se molestaría en volver a hablar con él. Había perdido, definitivamente, la cabeza. Ni se molestaba en pensar en Jane. Había decidido, resueltamente, fingir que no existía, pues era imposible borrarla de su mente. Si trataba de no pensar en ella, estaría bien... Lo estaría.

Royal lo abrazó con una fuerza desmedida antes de que la señora de la casa le asestara una sonora bofetada que los dejó a los tres petrificados en la escalinata de piedra.

—Buen día, madre —se limitó a decir. En realidad, Ivy no le había infringido verdadero dolor, pero la impresión bastó para molestarlo. Los ojos de su madre estaban anegados y brillaban, llenos de desconsuelo.

—¿Te parece bueno, William? Me alegro que sepas ver un día bueno entre un manto de desdichas. —Elevó el tono, irritada. La mano que había alzado comenzó a temblar, una vez a un lado de su delgado cuerpo. Llevaba aún puesto el camisón de seda pálida y su oscuro cabello lucía en un recogido informal y deshecho —. Tu padre... no ha... no ha regresado —gimió, presa de la angustia.

—Las hemos encontrado, madre.

—¿Están bien?

La cabeza de William cayó sobre su pecho. La señora Montybell dejó escapar un lamento doliente que conmovió hasta a la incommovible Royal. Will se arrojó a sus brazos pidiéndole perdón por haberse dejado llevar por la irracionalidad. Se disculpó por desobedecer a su padre y por escabullirse de madrugada.

Y lloró.

Entre madre e hijo se proporcionaron consuelo suficiente para volver a recuperar la entereza, y William se abrió, necesitando que sus palabras encontraran oídos sabios que supieran manejarlas. No mencionó, por supuesto, a las susodichas ondinas ni, tampoco, la historia del señor Dankworth. ¿Quién creería eso? Pero no paró de repetir: «No podré dejar de pensar en ella. No podré hacerlo.»

El señor Montybell llegó casi dos horas más tarde, cuando Royal había

sacado dulces de confitura y frutas recién cortadas y Ivy se había adecentado con uno de sus exclusivos vestidos.

—Un licor, Royal —pidió, dejándose caer en su butaca favorita. Estiró las piernas para sentir de nuevo la sangre circular por ellas. La fiel mujer no tardó en entregarle una copa de vidrio labrado y sólido. El líquido ambarino pronto desapareció tras los labios del fatigado Gaylord. Cuando este se fijó en las figuras de su mujer y su hijo, muy juntas, en el sofá de al lado, irisó los ojos. Expresó su sorpresa —. ¿Cuándo has decidido regresar a casa, William? — preguntó, observando como un conjunto de gotas caía por el borde de la copa hasta la base —. ¿Ha sido después de ver el cadáver de esa pobre niña? ¿O cuando has tenido la certeza de que Eve Jane está bien viva?

—¡Gaylord! —Su mujer expresó su desconcierto —. No hables así... ¿Se sabe ya lo que le ha pasado a la pequeña?

—Se ha ahogado —se limitó a decir Gaylord, y dejó escapar un profundo suspiro —. Y Shreya no está en condiciones de relatar nada de lo ocurrido. Estaba muy alterada. La he dejado con su marido y un trabajador en casa del doctor Clint. Está de parto.

—¡Tan pronto! —exclamó Ivy sin aguantar sentada más tiempo —. Pobre muchacha, ¿qué cosa tan horrible les habrá pasado? Porque William ya me ha contado que estaban reunidas en el mismo lugar. ¿No es así?

Gaylord asintió.

—La única que nos queda por interrogar es Jane. —Sus ojos castaños apuntaron a los azules de su hijo, que soportaron tal advertencia con valentía.

—Jane no ha ahogado a Norene.

—¿Lo sabes porque te lo ha dicho?

—¡Jane no la ha ahogado!

—Calma, calma... —pidió Ivy. Intentó que William volviera a sentarse pero estaba demasiado agitado para ello.

—Estaba intentado irritarte, necio. Lo único entendible que ha dicho la mujer de Darien ha sido que Jane la ha salvado, y que sólo ellas se han llevado a Norene. ¿Puedes creerlo, querida? ¡Ellas! Lo ha dicho como si le atribuyera el pronombre a mismos espíritus del lago. Tan absurdo que no puedo ni pensar ahora mismo. ¡Royal, más licor! Disculpadme, necesito descansar.

—Gaylor, tenemos que ir a visitar a... a Ayrton.

—Lo sé, querida. Dadme un par de horas de sueño, no puedo presentarme ante mi amigo con la capacidad de procesar destrozada.

Ivy envolvió a Gaylord en un abrazo envidiable que a William lo alejó, espantado por la reacción que este pudiera tener. Por el contrario, el corazón enfriado de Gaylord se dejó envolver por la siempre cálida Ivy. Correspondió al afectivo gesto con mucho agrado.

Mientras William era acompañado a su habitación por Royal, esta no dejó de observarlo en el más pulcro silencio.

—Me tiene muy preocupada, William. Estoy harta de que se haga el fuerte y se esconda cosas. ¿Quiere contarme ya qué demonios le mantiene tan alejado de la tierra?

Violentemente, el joven se volvió hacia la ama de la casa, la mujer que había ayudado a su crianza y a levantar la famosa hospitalidad que en la finca de los Montybell se brindaba. Royal dejó escapar un grito por el sobresalto, no se esperaba reacción ninguna a sus palabras, y menos, con tanta rapidez.

—¡Royal, los libros!

—¡Válgame Dios, William! ¡Sólo sustos!

—¡Los libros! ¡Los libros! —repitió un activado William—. ¡Tengo que encontrarlo!

—¿Qué tiene que encontrar? ¡Pare, chiquillo, y hábleme claro! —suspiró la mujer, que pretendía correr a la misma vez que el joven por la larga escalera que se partía en dos caminos. William se perdió a la izquierda, derecho a la biblioteca de la casa. Royal agarró sus faldas y lo siguió.

—¡Royal, está en un libro! ¡En un libro!

—¿Qué está? ¿A qué se refiere?

La mente del muchacho se había iluminado, sin saber por qué, pero pretendía salvar aquel retazo de historia que había iluminado su lucidez por unos instantes. La biblioteca quedó asediada. Sus paredes forradas de ebanistería lujosa y cara se removieron ante sus violentas manos, que no cesaban de atrapar obras literarias para después, rebuscar de manera absurda entre sus páginas.

Perpleja, Royal lo observó desde la puerta de dos hojas, sin llegar a entrar en la sala. Se apoyó en el marco para recuperar el aliento. Estaba muy fatigada, y no era tan mayor.

—Va a destrozar las novelas de su madre, niño. Se va a horrorizar.

—¿Qué es este jaleo? ¡William! —Ivy se llevó las manos a la cara ante tal desorden. La conmoción se reflejó en su perplejo rostro—. ¿Qué haces? ¡Bruto! ¿Por qué tiras mis libros? ¡Para! Oh, las antologías de tu padre...

—Madre... ¡Tiene que estar por aquí!

Ivy rogó ayuda a Royal pero la mujer se limitó a encogerse de hombros:

—¡Ha perdido el juicio, señora! ¡Lo ha perdido!

—No. —Más calmado, William se giró para explicarle el asunto a las dos mujeres que lo observaban entre enfadadas y asustadas —. El señor Ayrton tenía razón —dijo respirando con más calma—. Jane me regaló una flor, lo hizo. No se ha inventado la historia, Eve Jane me dio una pequeña flor azul... No consigo acordarme con exactitud de todo, pero ahora puedo recordar algo. Era... No recuerdo el nombre... Alguien me ayudó a guardarla...

—*No me olvides*—rio Ivy. La expresión boquiabierta de su hijo la hizo reír más —. Jane te entregó una *No me olvides* del jardín. Son preciosas, y azules.

«Como sus ojos», pensó un entusiasmado William. Enseguida, agitó la cabeza para denegar tales pensamientos a su mente. Aunque, no pudo evitar pensar en los ojos de Jane de nuevo.

—¿Entonces, sabe la historia, madre?

—¡Claro! Fui yo la que te ayudó a guardar tu florecilla querida. Recuerdo que llegaste a casa sin dejar de mirarla. Tu padre y yo creímos que Jane y tú debisteis de inventar un cuento maravilloso con las flores de protagonistas, puesto que los dos quedasteis prendados de vuestros respectivos regalos — comentó Ivy, acercándose, dubitativa, a la parte de la librería que bordeaba un escritorio de madera clara y pulida que, normalmente, se utilizaba para los estudios, y sobre todo, donde le encantaba redactar cartas —. ¡Mira, creo que la escondimos en este! —Miró a su hijo, radiante—. ¿No lo recuerdas? Escogiste el del lomo azul. «¡Cómo las flores y como Jane, mami!», dijiste con tu vocecilla de infante. Supongo que te referías al color de sus ojos. ¡Cuánto me divertí ese día! Una pena que lo hayas olvidado.

William no pudo esperar a tener el libro que se le tendía en sus manos. Lo abrió lentamente, y descubrió, encantado, cómo las páginas se separaban por algo, justo por el centro del tomo. El olor a humedad escapó de las páginas amarillentas para mostrar el cuerpo consumido y raquítico, pero bello, de una pequeña flor que en su tiempo de mayor esplendor había sido de un azul hermoso. Lo seguía siendo, pero lucía más apagada. La cogió sintiendo el temblor en sus manos. Rio. Limpió sus párpados de repente húmedos, y volvió a dejarse invadir por la maravillosa risa que su madre le había contagiado.

—¡Nuestro Will riendo! ¿Cómo podremos recordar esto, señora? —Royal los acompañó en la agradable conversación de carcajadas.

—¿Y dice, madre, que Jane tenía una?

—Después de que Jane te diera una flor, tú te sentiste en deuda con ella y

buscaste otra para regalarle. Un juego de niños que ambos tomasteis muy en serio. Royal, ¿no recuerda el tratamiento reverencial que William le dio a su flor?

—Ahora que lo menciona, señora... ¡Sí! Recuerdo verlo llorar porque tenía algo que iba a morir... La florecilla esa, claro.

—Por eso te sugerí guardarla en un libro para tenerla siempre —aclaró Ivy—. Al principio seguiste negándote a aplastarla contra las hojas. Pero luego accediste, supongo que era mucha responsabilidad cuidarla y ver que se marchitaba sin que pudieras hacer nada. ¿Sabes lo que dijiste? ¡Que te casarías con ella si te devolvía la flor! Pasase lo que pasase. Recuerdo lo mucho que tu padre se divirtió con aquello.

William dejó de reír, pero una sonrisa permaneció adornando sus labios, de nuevo coloreados y llenos de vida, al igual que las facciones de su rostro.

—¡Padre! —gritó, lleno de vitalidad—. ¡Padre, despierte!

—¿Qué rayos sucede ahí arriba?

—¡Tenemos que ir a ver a Ayrton Dankworth!

## DOCE

**G**aylord se negó en rotundo a molestar a su amigo “tan prontamente”. Pero los habitantes de la casa bien sabían que era porque buscaba las máximas horas posibles para descansar. Aun así, el tormento que su hijo le causó no hizo más que alterarlo y, finalmente, mandó preparar el carro para ir a visitar a los Dankworth y preocuparse por la salud de la hija de su respetado amigo.

—Lo que hay que hacer por la amistad —protestó una vez en su asiento.

—Así se habla, amor mío —asintió Ivy, besándole la mejilla. Sus gestos afectivos siempre conseguían ablandarlo.

Cuando el carro se detuvo, al hijo de los Montybell le faltó tiempo para bajarse de él. Su padre le pidió compostura y, respirando profundamente, obedeció. Lo último que necesitaba era que Gaylord se enojara más de lo que ya estaba.

En el interior de la gran casa el calor estaba patente en los rostros animados que los Montybell encontraron. Los Hearnshawn no habían tardado nada en acudir a visitar a Ayrton y a su hija después de que se supiese la noticia de que había sido encontrada tras su repentina aparición.

—Una pena lo de la niña, una verdadera pena. El pobre Wraylon y su mujer han quedado destrozados, sin duda —se escuchó el comentario de Gaila.

—No vale de nada pensar en la pena, les mandamos nuestras condolencias a su familia pero, lo que ahora ha de preocuparnos es que la salud de Jane esté bien —dijo un animado Birger Hearnshawn—. Y esperar porque la criatura de los Kothe venga sana.

Jane estaba sentada junto a la pequeña mesa que tanto su padre como ella usaban para redactar cartas o contestarlas. Se situaba a la izquierda del saloncito, alejada de la mesa del té y los sofás rectos. Reluciendo, una ventana

de tamaño medio daba luz a sus ojos y al reflejo dorado de su cabello.

—Bienvenidos, amigos. —Ayrton le dedicó un beso a la mano de Ivy; Gaylord y él compartieron un austero y rápido abrazo.

—Me alegro de que Jane haya regresado a salvo —dijo Gaylord, fielmente convencido del significado de “a salvo”. Ayrton apretó los labios en una mueca trastornada, no muy convencido de eso. Le dolió oírlo, aunque ocultó su malestar con una falsa sonrisa.

Sentado junto a Katherine, William encontró a su amigo Hadrien, y sin sentirse presa del pánico por tener que disculparse ante Ayrton por cómo se había marchado de la casa, se precipitó a saludar a sus jóvenes conocidos. Rosalind, que charlaba con Anglia junto a las librerías, le saludó con un leve asentimiento de la cabeza. Anglia la imitó con una sonrisa más iluminada que la de su compañera de tertulia.

—¡William, los sustos no dejan de sucederse en estos días! Veo que te encuentras recuperado de tu aflicción —observó Hadrien, cediéndole un lado del asiento—. Quise ir a visitarte, pero madre no me dejó. Sépase que la tienda se desborda cuando se atisba el otoño.

—Tranquilo, Hadrien. He visto la cola desde la panadería de los Barlow años anteriores. No tiene importancia, de veras. Estoy genial, de nuevo.

—Nos alegramos tanto... —Las manos de Katherine aprisionaron suavemente el brazo derecho de Hadrien, quien inmediatamente, interrogado por su amigo con sólo una mirada, sintió el rubor crecer en sus mejillas pecosas.

William guardó silencio, callándose un comentario para él. Su atención pronto fue requerida por la espalda de Eve Jane, que no se había molestado en recibirlo. Pensar que lo evadía, quizá fue lo que le provocó que se pusiese en pie de golpe. Quizá, también, lo que le incito a acercarse con valentía, y no como si su interior se estuviese despedazando a cada paso que daba. Un traje de suaves telas color cielo vestía el esbelto cuerpo de Jane con una gracia casi divina. El porte de aquella muchacha podía hacer enloquecer a cualquiera que fijara la vista por más de dos segundos en ella. El cuello quedaba libre al aire suave del día, y William pensó qué sentiría aquella pálida piel al ser acariciada por el viento revoltoso que venía de las montañas del norte.

Se dispuso a hablar cuando, sus labios decidieron cerrar su boca y sellar su habla, pues su atención bebió de un recuerdo nublado, pero un recuerdo importante que lo había llevado precisamente de vuelta hasta ella.

Eve Jane pasó una delicada mano con mucho cuidado por los pliegues de lo

que parecía un cuaderno mal cosido de composiciones fallidas. Recorrió varias líneas de poemas que le provocaron alguna que otra sonrisa sincera, y, dejando que sus labios se desorbitaran a la misma vez que sus ojos, su mano sacó a relucir una pequeña flor de un color azul apagado.

Rio con gracia, conmovida, sin importarle que seis completos adultos la vieran regocijándose en un recuerdo de la infancia; pero, tampoco, sin ser consciente de la presencia de William tras su espalda.

—Al final creo que se ha puesto un día precioso —comentó este, fingiendo que acaba de llegar junto a ella. Jane se apresuró a guardar la flor seca donde estaba y cerró el cuaderno, para después, atar el lazo con el que lo mantenía sellado.

—William —lo saludó. El rubor de repente en su rostro. El joven se mordió un labio, emocionado. Un dulce rubor era, claramente, una muy buena señal.

—¿Le apetece dar un paseo? Puedo entender que lo rechace, sé que no habrá descansado. Es muy temprano.

Jane le tendió la mano y él la ayudó a ponerse en pie. Efectivamente, los signos de cansancio hacían mella en su juvenil rostro: dos bolsas grisáceas le oscurecían los ojos y volvían sus gestos fatigados.

—Estoy cansada, pero quiero dar ese paseo —asintió, convencida.

Ayrton suspiró de alivio al verlos abandonar la estancia en silencio, sin mirarse. Había leído en sus sonrisas sutiles, casi inapreciables, la complicidad que guardaban. Había esperanza.

—Hadrien, abra esa ventana —indicó al joven que asentía a las entusiasmadas palabras de su compañera —, quiero escuchar lo que nuestras dos despistadas almas van a susurrarse al viento.

—¿Qué quiere decir? —preguntó perplejo, mientras obedecía.

—Puede que mi hijo por fin haya entrado en razón —comprendió Gaylord, animado de repente —. ¡Oh, por favor, que sea lo que pienso! —exclamó atrayendo a su mujer hacia él.

—Creo que me voy a echar a llorar, querido —comentó esta.

—¡Lloremos todos! —exclamó una emocionadísima Katherine, corriendo a posicionarse detrás de Hadrien para mirar por encima de su hombro. Rosalind y Anglia se unieron al curioso grupo y mantuvieron sus respiraciones como único signo de vivencia en aquella sala, para así, poder escuchar hasta la última palabra que Jane y William tenían que decirse.

En el exterior, William era presa de un pánico paralizador. El recuerdo de

una *No me olvides* de pleno cuerpo y color, balanceándose a la suave brisa de primavera, para ser después arrancada de la tierra por unas manitas delicadas, le devolvía un valor que creía perdido.

No podía ser un cobarde. No cuando su felicidad dependía de lo que estaba a punto de hacer. Le daba exactamente igual lo que le deparara el futuro, pero sabía que Jane debía estar en él a toda costa. Y al fin y al cabo, con cinco años dijo que se casaría con ella si... no lo olvidaba.

Una *No me olvides* petrificada entre los pliegues de un cuaderno secreto así se lo había confirmado. Y él tenía que ser fiel a la promesa que con cinco años se hizo.

—Will, yo... Quiero, necesito contarte todo lo que pasó... —La voz de Jane se quebró como un tallo joven.

—¿Quieres contármelo?

Asintió apretando las manos sobre su vientre. William se sorprendió calmado cuando alargó las suyas para tranquilizarla. Les dio cobijo bajo su calidez y Jane lo miró a los ojos, presa de una ansiada paz.

—Perdóname. Sé que estuvo horrible pedirte aquello. Entiendo tu enojo, que me odies... —Recordó la escena que provocaron en el parque el día anterior.

—¿Odiarte? No me hagas responderte a eso, quedaría demasiado... novelesco.

Jane rio, y William sonrió. Un rayo de sol tímido se enredó en un tirabuzón pajizo que quería explorar el flequillo de William. Jane lo enredó en su dedo y lo estiró hacia atrás, acorde con el peinado del chico.

—Ese mechón siempre tan rebelde.

¿Por qué el tiempo se había puesto de acuerdo para mandar el olor de las flores que quedaban sobre la hierba de los alrededores? ¿Por qué el verano había decidido comenzar a extinguirse en aquel preciso momento en el que William no podía dejar de prestar atención a la maravillosa curva del cuello de Eve Jane, a sus ojos insólitos y joviales, a sus mejillas radiantes...?

Sintió la llamada de un desesperado beso salir a flote. Intuyó que Jane lo pensó también. Pero no era ni el momento ni el lugar. Tampoco la situación.

Quizá ambos maldijeran a las circunstancias.

Quizá no.

Quizá sellaron un pacto permanente en ese preciso momento, y que duraría para siempre.

Quizá no.

Quizá...

—Eve Jane —llamó William, presa de la emotividad que los rodeaba.

—William —susurró ella, encantada con la calidez del tiempo y la presencia que la iluminaba sin siquiera ser consciente.

—Quiero pedirle una cosa. —Volvió a los formalismos.

El corazón de ambos se disparó como si danzase su propio baile secreto.

—Adelante.

—Quiero que, si pudiese ser, se emocione de gran manera, aun... sin llegar a la comicidad.

—En... Entiendo —aceptó Jane, tratando de averiguar aquello que su compañero tenía que decir.

—Y, por supuesto, no acepte, pues no lo cree —pidió muy serio—. Pero asienta. Asienta enfáticamente.

Dicho esto, los labios de William pronunciaron las palabras que desde que su juicio se hubo perdido entre los pasos elegantes de su vecina de cabellos como el oro, había deseado pronunciar. Arrodillado como se encontraba, no parpadeó hasta que las manos que se sujetaban a las suyas reaccionaron y lo aprisionaron con una intensidad gravísima.

Desde el interior de la casa, el grupo de personas que se apretujaba para no perderse detalle de lo que los dos jóvenes se profesaban, estallaron de júbilo al contemplar a Eve Jane asentir frenéticamente, movida por la sorpresa y la más pura conmoción.

Muchos fueron los pares de ojos que se alegraron ante el arrebató de felicidad que poseyó a la joven Dankworth, pues se arrojó al abrazo de William y ambos quedaron tendidos en la hierba tostada de la finca con la sombra de los robles sobre ellos. Pero, sin duda alguna, William jamás olvidaría ni ese gesto ni esa mirada que Jane le regaló. Asintió, tal y como le había pedido que hiciera. No aceptó, por su puesto, pues aún no se sentía preparada para hacerlo, pero algo en su mirada alegre le dio esperanzas de llegar a un futuro en el que la joven llegase a amarlo.

Eso fue suficiente para su alegría.

Fue suficiente para todos.

Jane dejó caer la cabeza en el agitado pecho de William.

—Gracias —le confesó de corazón—. No me cerraré en banda, William.

Lo prometo.

Él pasó los brazos por su espalda para abrazarla con intensidad.

—¿Cuánto tiempo me das?

—¿Cómo? ¿Tiempo?

—Para ganarme tu corazón.

Jane sonrió, enternecida. Se reincorporó sólo un poco con las manos a ambos lados de la cabeza de él. No se lo confesó, pero ya se lo había ganado. Y hacía tantísimo tiempo... Pero no de la manera a la que él se refería.

—No me hables de tiempo ahora. Tan sólo... ayudémonos.

—Ayudarnos —meditó William saboreando el significado de lo que aquella palabra involucraba. Le pareció un trato justo, para empezar.

Los gritos de alegría terminaron por viajar hasta ellos dos, y sorprendidos se incorporaron a una velocidad endiablada. Sus mejillas sonrojadas se alzaron al contemplar que ante ellos, sus amigos y familiares, aplaudían ante la noticia.

—Sabías que nos observaban.

—Claro que sí —rio William, preparándose para recibir el afectuoso abrazo de su padre.

—Veo que has decidido comportarte como un hombre, hijo. Enhorabuena.

—¡Gaylord, no puedo parar de llorar! —gimió una emocionada Ivy, presa del llanto.

Ayrton fue el último en requerir a William. Con calma se aproximó a él y apretó su mano en un saludo formal.

—Bien, William, ¿no tenemos usted y yo una charla pendiente?

## TRECE

—Ondinas. —Fue la palabra que se repetía en la mente de William una y otra vez. A la luz de sus cavilaciones asomaban estilizadas muchachas de piel mortecina con leves toques azulados, cabellos ondulantes de colores hermosos y miradas profundas y embaucadoras. No supo explicar por qué los rostros difuminados de las jóvenes de su imaginación copiaban los labios de Jane.

—Son escurridizas, chico. Y endiabladas. Su maldad no tiene límites.

William suspiró.

—Entonces, ¿cómo Ywen pudo enamorarse de usted? —preguntó, incrédulo —. Si son tan incapaces de sentir compasión, ¿por qué la sintió por usted?

Ayrton se tomó plena libertad para estirar sus agarrotados brazos por encima de su cabeza. La silla de madera donde estaba sentado protestó.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe?

—Ywen me contó muchas cosas, pero tampoco pudo revelarme todas las que sabía. Piénsalo, estaría traicionando los sagrados secretos de sus semejantes.

—Pero, ¿no los traicionó al unirse a usted? —William no entendía nada, y de verdad que estaba esforzándose por lograr encajar la trama en su cabeza.

—Chico, escucha —pidió el señor Dankworth —. Ywen me contó que las Ondinas, como espíritus libres de las aguas, no poseen alma. Son tan etéreos esos seres como el aire. Cuando quieren y pueden, claro, pues es el agua su elemento, no debemos confundirnos. —Se permitió una pausa que lo dejó ausente al menos un minuto entero —. Lo que quiero decir es que... para poder dejar su vida como seres de agua necesitan algo a lo que atenerse, ¿entiendes? Tienen que conseguir lo más parecido a un sostén, a la vida. Un

alma.

—¿Amor?

—¡Exacto, chico! —aplaudió Ayrton—. Y vida —completó—. La vida de Ywen se vio completa cuando trajo al mundo al pequeño Terrance. Nunca podré olvidar su alegría —se lamentó. Su voz decayó gravemente hasta desaparecer con un quejido suave—. Supieron atacarla. Aún me sigo preguntando cómo diablos lograron llegar hasta aquí, pero son tan despiadadas que no me extraña que usaran cualquier tipo de encanto para que los mismo trabajadores de la finca les entregaran al niño. Después de eso, Ywen no fue la misma. Cuando te rompen el alma artificial en pequeños fragmentos es imposible volver a pegarlos de nuevo, chico. Y eso es lo que Ywen sintió.

—Fue a buscarlo a él. Marchó a por Terrance... Y fueron ellas la que la mataron. No la asaltaron como dicen en Vant Konur. Ellas la mataron—comprendió William ante el asentimiento cansado de Ayrton.

—Cuando me dijo que esperaba un bebé, prometo que lloré durante toda una noche entera. No la solté, a sabiendas de que ella me escuchaba todo el rato. Le supliqué hasta que el sol salió, y ella, impasible, continuó con su vida. Yo supe que Jane sería su vía de escape, la oportunidad perfecta para ir a buscar a Terrance. Y había un riesgo de que no volviera, eso también lo sabía. Y ella también, pues se encargó de dejarme compañía. ¡Oh, William! No se atrevió a marcharse hasta dejarme su bello recuerdo.

—Eve Jane...

—Mi bella Jane.

—Ella es...

—Como su madre.

La quietud los invadió a ambos.

—Pero usted es muy humano, ¿no es así?

Aquello provocó una gran risotada a Ayrton.

—Claro que sí. Muy humano, de hecho.

—Entonces, Jane debería ser mitad humana. Entiéndame bien, señor... No es que quiera quitarle protagonismo a su sangre de... de criatura acuática.

—No está bien burlarse de esos seres, William —La voz del señor Dankworth se endureció—, ya ves que no se andan con minucias. Has visto a Norene tendida en las aguas.

William tragó saliva, asintiendo.

—Perdón. Ser de agua —casi preguntó. Ayrton asintió, complacido.

—Supongo que tienes razón.

En el salón continuaba la celebración. No es que Will no se sintiera complacido por ello, pero no es que le alegraran las circunstancias; se trataba de puro formalismo, una manera de ayudar a la desesperada Jane de acabar con las fachosas propuestas de matrimonio, y de contentar a sus propios padres. Ahora le tocaba jugar con la locura y entregarse a ella al completo.

Suspiró con el rostro oculto tras sus manos, sin fuerzas para soportar la mirada de Ayrton más tiempo.

—Lo siento, William. Ten por seguro que involucrarte en esto me destroza. Pero, de una forma, también me alivia. Piensa que compartir mi carga es... tan liberador... Es como poder respirar de nuevo, regresar a mis dieciocho años.

—Ayrton, señor... No entiendo por qué... ¿Por qué yo?

—¿Por qué tú? Muchacho... ¡Porque tú eres el único que ama a Jane!

—Muchos antes que yo cayeron a sus pies.

—¡Tonterías! ¡Todo incierto!

—¿Qué me dice del hijo del general de la caballería? ¡Vino desde Canterbury! ¡Todo ese dote para su hija! ¡Le ofreció el mismísimo cielo a Jane! —William no se dio cuenta de lo mucho que sus hombros y párpados temblaban. El miedo que ese día experimentó regresó a él para invadirlo. Estaba en pie, apoyado en el borde del escritorio de madera —. ¡Tantos cientos de libras que...!

—Que temiste porque la diste por perdida —completó Ayrton en un tomo solemne y expresión comprensiva.

William agachó la cabeza, presa del rubor. Se sintió empequeñecer. ¿Por qué el amor lo hacía disminuir y avergonzarse de sí mismo?

—William, Eric amaba a Jane como todos los demás lo han hecho. Había caído presa del encanto de una joven y hermosa Ondina de cabellos como el sol. Sé lo que sintió cuando la mirada calma de Jane lo atrapó, puesto que yo mismo lo sentí cuando quedé prendado de Ywen. Pero, no era un amor real; al menos, no verdadero. Eric cayó a los pies de un encanto mágico, de un manto de lindura meramente exterior. Aunque tú —lo señaló— has podido traspasar ese manto de divinidad que rodea a Jane. Tú, William Janick, te has aferrado a ella sin dejar que el sol te cegara más de lo necesario. Has soportado la intensa luz para seguir buscando más allá. Y, lo más importante de todo, persigues su corazón.

—Yo... —negó.

—¡William! ¡Tú eres un verdadero hombre, no me vengas con negativas! Nunca podría haberle dado la mano de mi hija a ese engreído. No digo que

fuese desagradable, eso lo deniego, por su puesto. Pero... Jane hubiera estado perdida.

—Aunque yo la ame, aunque ame a Jane...

—La luna se alzar  cada vez más poderosa —Ayrton se dirigió a él y con las manos sobre sus hombros inquietos lo obligó a sentarse de nuevo —. La llamar , justo como hoy. Ser  su perdición, William, su naturaleza se despertar , ¡poco a poco! Pero lo hará. Y llegar  un momento en el que no tenga más remedio que dejarse influir por el astro. Y... será imposible que nos la devuelva.

—¡Siento sus propios desvaríos en mi cabeza! —exclamó un asustado William.

—¡No son desvaríos!

—¿Jane una Ondina?

—William, olvida la historia si quieres. ¡Hazlo! Pero no dejes que se la lleven, ¡por favor!

—¿Por qué yo?

—¡Tienes que darle un alma!

—¿Un alma?

Los ojos de William se sentían al borde del llanto. Escoc an. La garganta le tembló, y supo, como el señor Ayrton le miró, que se arrojar  por un abismo si la vida de Jane de ello dependiera. Sintió miedo, y cuando salió de su reunión, corrió para que ninguno de los presentes lo viera derrumbarse.

Jane lo siguió hasta la fuente de los petirrojos, sabía que su canto melodioso creaba el ambiente perfecto para soportar la incapacidad de hablar. El agua ca a suave por la escultura floral de piedra donde se posaban los pájaros con delicados y gráciles saltos. Jane se atrevió a posar sus manos sobre las de William, que temblaban agarrándose a la piedra, frías y nerviosas. El joven se apartó.

Y la miró.

Jane retrocedió suavemente. Una sensación demasiado abrumadora le envolvió el corazón y sintió ganas de gritar hasta hacerse daño y romperse por dentro.

El canto de los petirrojos se volvió agresivo de repente, y estos revolotearon alrededor de la cabeza de William como enloquecidos.

—Dije que me casar  contigo si no me olvidabas. —La voz fragmentada de Will hizo un esfuerzo sobrehumano de hacerse escuchar por encima del agraviado canto —. No s  por qué razón guardaste esa flor, Jane. Tampoco

entiendo por qué la sacaste justo en ese momento —dijo, sus ojos anegados mientras contemplaba la turbación del agua del bebedero—. Pero... Pero estoy tan confuso que lo único que quiero ahora mismo es dejarme llevar por... por la frustración. ¡Y me detesto, Jane! ¡Me odio porque quiero odiarte! ¡Quiero odiarte! —gritó, descargando la rabia en golpes sobre la superficie de agua. Los pájaros que piaban posados en el borde echaron a volar, espantados. El agua cayó sobre el rostro del joven y le empapó los brazos y el torso casi al completo—. Pero no puedo —concluyó en un susurró conmovedor que provocó todo un diluvio en los ojos de la muchacha, que lo observaba conmovida.

—Me sentiría mucho mejor si me odiaras —le aseguró ella. Se impuso entre la piedra y él. William sintió la presión de la cadera de Jane sobre la suya, pero no se apartó; ella tuvo que empujarlo con su propio cuerpo para apartarlo del maltrato del agua y de la autocompasión. La espalda de Jane quedó prisionera de la roca, y William estaba tan cerca de su cuerpo que sentía su respiración golpeando la piel de sus mejillas y su nariz. Siguió la trayectoria de varias lágrimas que rodaron por la piel de Jane, embaucándolo con su danza.

—No soporto sentirme tan atrapado, depender tanto de algo. Es horroroso hasta el punto de no querer... vivir —jadeó tratando de no atragantarse con su propia agonía.

—No digas eso, no lo digas... —El labio de Jane sufrió al ser mordido por toda una hilera de pequeños dientes, relucientes como nácar.

—Pero es cierto, Jane. Y... tengo miedo de terminar perdiendo la cabeza por algo que, más adelante, me decepcione. Me aterra cometer una locura... por ti.

Jane comenzó a sentir la desesperación atenazándole el pecho. ¿Cómo podía calmarlo, hacer que la escuchara? Pero, lo cierto era que lloraba porque, algo muy dentro de ella, disfrutaba con aquella tortura que se llevaba a cabo frente a sus ojos como el cielo. Su interior se retorció de júbilo y bebía de la angustia de William, de su sufrimiento.

Apretó los dientes y cerró fuertemente los párpados.

Sus manos... buscaban el contacto con el agua. Tan suave, tan manejable, tan dulce...

Sintió un grito ascender por su garganta cerrada ante una visión horrible en su mente. De nuevo, algo dentro de ella le pedía a gritos hacerlo realidad. El agua y Will...

—¡No! —gritó llena de pánico—. ¡No!

El joven pareció regresar de su mundo de derrumbamientos.

—¿No? ¿Crees que quiero que este sentimiento me domine? ¿Crees que me gusta vivir a tu merced? —Elevó el tono de voz hasta que la mirada de Jane se desorbitó.

—¡Tengo miedo Will! —se lanzó sobre él, dejándose caer sobre su pecho sin siquiera pensarlo—. ¡No sé qué le pasa a mi estúpida cabeza! ¡No sé qué le pasa!

Atónito, William la balanceó con suavidad entre sus brazos.

—Tienes razón, ¡tienes tanta razón! Y odio ver cómo te derrumbas por mi culpa. Créeme que no merezco tus sentimientos por nada del mundo. Y quiero... ¡Necesito que te alejes de mí! Pero, a la vez... no quiero. Y esto es tan confuso, William. No sé ni lo que quiero... Es como si... mi interior estuviera dividido.

—Dividido —repitió él, navegando en la conversación que había tenido con el padre de Jane, minutos antes.

—No puedo perderte, William —gimió enterrando el rostro en su pecho—. Pero ellas me dijeron que... ¡Dijeron que lo haría! ¡Y William, yo no quiero hacerlo! —Hizo una pausa—. Tuve una visión. ¡Fue horrible! ¡Y se llevaron a Norene! ¡Yo quise impedirlo! Pero querían al bebé de Shreya, William, lo querían. —Lloró con furia. Apretó los puños aferrándose a la tela del frac empapado—. Y rieron cuando consiguieron llevarse a la niña. La ahogaron, la ahogaron... Y yo sólo pude gritar porque... porque te vi. —Consiguió separarse de él lo justo para palpar sus pómulos fríos a causa de las lágrimas congeladas por el aire.

—¿Qué viste?

—A ti, muriendo entre mis brazos —confesó, dominada por el horror. Un fuerte escalofrío recorrió sus espinas dorsales.

—Pero yo llegué más tarde...

—Fue como en el sueño. Cuando era consciente de lo que hacía y me invadía el pánico, no podía dejar de hacer presión. ¡Y tú no oponías resistencia! Te dejabas matar. Me dejabas hacerlo ¡Y yo no podía...!

Las manos de William se amoldaron a la cintura de una joven con cabellos cegadores, ojos embaucadores y labios tallados por el mismo diablo. Pensó en el pecado. Y deseó tentar a Dios. Aumentó la presión, atrayendo a la chica por la parte baja de su espalda. Ella se estremeció, sin apartar la vista de cada una de las facciones del rostro que robaba el espacio frente al suyo.

No escucharon la advertencia de los piases que los prevenían. «¡Hay que ser más fuerte que la tentación!», parecían increpar con estrépito.

¿Qué es robar?, se preguntaron a la vez.

Robar es despistar a los sentidos, engañar a la vista.

Robar es sentir un aliento agitado y hacer tuyos unos labios turbados.

Robar es apropiarse de una piel que no nos pertenece, acariciar suaves curvas en un trayecto sin fin ni trayectoria. Vagar por calor prohibido ante la atenta mirada de inquietos ojillos y mágicos piases.

Robar, William lo supo, es lo que Eve Jane y él acababan de hacer.

Conjuntamente, los labios de ambos raptaron caricias inolvidables. El gusto de William jamás olvidaría el delicado sabor de aquella piel que se había atrevido a probar. No fue hasta mucho después cuando se sintió turbado y terriblemente avergonzado, pero, en su defensa, podía decir que Jane no opuso resistencia ninguna. De hecho, ella también había sido una ladrona de primera categoría.

Sus bocas se declararon cientos de secretos sin ser sus dueños plenamente conscientes.

Se miraron a los ojos, recuperando la respiración, arrepentidos y avergonzados a partes iguales, y sintiendo la sangre acumularse en sus perturbados rostros. Luego, controlando el sofoco de sus corazones, sintieron la impetuosa necesidad de continuar revelándose íntimos secretos...

## CATORCE

**N**o pudieron volver a mirarse hasta tiempo después. William la soltó despacio, estirando el tiempo que sus manos podían seguir paseándose por la curva de su espalda. Ella lo dejó marchar. Sin palabras. Sin miradas. Sin nada a lo que atenerse.

Sólo una caída.

Sin nada a lo que agarrarse.

Pero, ¿qué conseguiría reteniéndolo junto a ella unos segundos más?

No. Tenían que pensar por separado. Aunque no quisieran.

Jane se sintió superada. ¿No se merecía al menos una mirada? ¿Una palabra? ¿Un tierno roce?

No.

Quiso llorar de impotencia. En su lugar se dejó caer hasta la hierba salpicada de agua. Cuando observó sus faldas de muselina celeste una risa cálida la sobrecogió. Era suya. Reía y no podía parar. Se encogió sobre sus rodillas. Las lágrimas y las carcajadas se mezclaban sumiéndola en un inmenso bucle de confusión.

Era una dama desastrosa. ¿Cuándo lograría mantener sus ropas alejadas del barro? ¿Cuándo aceptaría que William Janick era más de lo que le demostraba?

¿Cuándo?

Así la recibieron los invitados al regresar al salón de la casa. La brisa cándida de finales de verano se colaba por los ventanales del jardín. El olor de la hierba viajaba impregnado en su cabello, en su piel y en su vestido arruinado. Las pesadas cortinas de damasco, más brillantes de lo que Jane jamás las había visto, se balanceaban muy suavemente al antojo de la brisa. Los cristales lanzaban destellos encantados. La lámpara de aceite que pendía

del techo no hacía falta para iluminar la estancia.

Abby lanzó una exclamación de desconcierto al verla tan sonriente, despeinada, y manchada.

Todos los rostros se giraron hacia ella menos el que realmente quería que lo hiciera.

El joven Montybell entró en ese preciso momento por la entrada principal del salón, muy erguido, sin la chaqueta de su frac. Su cabello lucía revuelto pero encantador, al igual que el destello rebelde que en sus ojos azules había despertado. Sus labios ligeramente sonrojados, sus mejillas a rebosar de vida, colmadas de chispas de vitalidad. Su seguridad había cambiado. William Janick había madurado. Al girar el cuello levemente mientras trataba de mostrarse presentable ante los presentes, distinguió su silueta al contraluz. Quiso reír, más una mísera sonrisa adornó la comisura grana de sus labios.

Jane no se dio por vencida y, entre torpes andares corrió hasta él.

Pero antes de que una soberana estupidez se adueñara de ella, una interrupción la separó de su prometido. Los presentes, boquiabiertos por la lamentable presencia de los dos jóvenes, quedaron aún más afectados por la noticia que el hijo del destilador traía.

—Sammie —saludó Gaylord al chico de diecisiete años que retorció su gorra vieja para entretenerse y no dejarse dominar por los nervios.

—La esposa de Darien Kothe ha dado a luz un varón —comunicó. Ivy exclamó de alegría y Gaylord asintió encantado. Abby aplaudió, junto a Gaila Hearnshawn y las muchachas. Ayrton, Hadrien, William y Jane fueron los que supieron leer correctamente la expresión de Sammie Dent —. El señor Clint le da unas horas de vida.

Los rostros se volvieron tan cenicientos como el propio cielo, que ante las noticias trágicas se había vestido con la gala apropiada.

—¿Al bebé? —preguntó Jane, su voz apenas apreciable.

—Y a Shreya.

Ayrton agradeció la noticia y acompañó al muchacho a la salida. Le encargó licores a su padre de todos modos.

—Tengo que... —jadeó Jane, sintiéndose nuevamente perdida en una realidad confusa. Era como vivir por momentos, sin ser plenamente consciente la mayoría del tiempo. No entendía lo que le pasaba —. Shreya. Yo... la alcancé a tiempo. Yo... la salvé. Ellas dijeron que no lo querían... No querían el bebé.

Ayrton agarró a su hija por los brazos al regresar.

—Calma, Jane. ¿Qué ocurre?

Su hija se deshizo en llanto. Ayrton apreció el detalle de aquella suciedad nueva que recorría el vestido de Jane hasta por encima de la cadera, la tierra en sus manos y briznas de hierba a desorden. No hizo ninguna observación.

William tomó una decisión. Pese a las claras instrucciones que el señor Dankworh le había dado para preservar la seguridad de su hija, él tomó aparte las suyas. Agarró a Jane de una muñeca y la separó de su padre con una brusquedad que a todos sorprendió. El llanto de esta cesó al instante, pues le hirió profundamente aquel rudo gesto. A William no le importó, no se mostró arrepentido.

—Padre —dijo con voz determinada —, tengo que llevarme el carro.

El cochero hizo lo que le pidió: los llevó a casa del señor Clint.

Durante todo el trayecto Jane se limitó a dejarse llevar por sus recuerdos, pues William así lo quiso. Le narró con detalle hasta el último suceso en el lago la noche anterior.

Todo empezó cuando en mitad de la noche, un canto infantil la llamó.

—El sueño no quería darme consuelo —confesó sin aliento, recordado la disputa con William en el parque después de haber despertado de la terrible pesadilla en la que lo ahogaba —. Y entonces escuché esa vocecilla. Nadie se despertó, no hice ruido. Y seguí el canto. El lago lucía precioso, William, como si se hubiera vestido con su mejor atuendo sólo para mí. Y la luna, ¡oh, la luna! Ojalá la hubieras visto. Era preciosa, y me alumbraba en todo momento. Parecía que estaba hecha de luz, William. Me sentí preciosa... y poderosa. Diferente.

El joven Montybell, disfrazado con su nueva máscara inexpresiva para proteger su corazón, asintió en la más incómoda gravedad. A Jane le dolió no encontrar emoción alguna en sus facciones más que hosquedad y apatía.

—Era Norene la que cantaba —comprendió Will. Ella asintió.

—La luna también quería convertirla en luz. Me quedé perpleja al verla, tan pequeña y delicada. Tan bonita y... —Entonces la voz se rompió y cerró los ojos para darse un respiro —. Vi a Shreya en el agua, desconsolada. Intentó llegar hasta Norene y yo no entendí lo que quería hacer. ¡Norene disfrutaba cantándole a la luna! Pero Shreya tenía un buen motivo para querer llevarse a la niña con ella.

—Las Ondinas.

Jane soltó una risa histérica llena de pavor.

—Hicieron que Norene caminara por el borde del lago. Salieron de la

superficie y cantaron. Le dijeron que podía cantar con ellas, que le enseñarían, y entonces... —Los ojos de Jane se anegaron—. Norene se hundió. El agua se la tragó y ellas rieron. Pero era una risa preciosa... Tan preciosa que Shreya dejó de poner resistencia y...

El carro se detuvo y William agradeció la sacudida. Casi se había dejado atrapar por el canto majestuoso que había imperado en sus sueños hacía tan sólo unos días. El canto que Jane le había dedicado antes de ahogarlo, o intentarlo. Reprimiendo un estremecimiento feroz bajó del carro sin siquiera dedicarle un gesto afectivo, ni una mirada de consuelo.

Jane, inspirando para entrar en calma, lo siguió.

Entendió el papel que William se había preparado, y se sintió reconfortada, en cierto modo. William no quería dejarse llevar por ese sentimiento que le oprimía y no le dejaba vivir, quería ser independiente del dichoso amor que le profesaba. Por eso, trataba de mantenerse distanciado de ella. Y eso era admirable.

Darien yacía sentado con la mirada perdida en un punto entre las mantas de sus brazos. Los jóvenes que se habían abierto paso en la estancia, recibidos por el ama de Eldon Clint, suspiraron, sobrecogidos.

—Está enfermo —notificó el joven padre—. Dicen que no quiere vivir, pero eso es imposible. Acaba de llegar, no puede irse tan pronto.

William sintió la necesidad de gritar, de romper algo. El cristal de una ventana mismo serviría. Su padre la pagaría, le daría el dinero al señor Clint por todo lo que estaba a punto de romper en aquella casa revestida de paneles de nogal. Estaba harto de llorar, de lamentarse, de dejarse caer a un abismo continuo de oscuridad sin ver la luz. ¡No quería vivir así!

—No, no creo que quiera irse —dijo, muy convencido.

Darien levantó la vista hacia ellos. Un estremecimiento le hizo erguirse y ponerse en pie. El niño que descansaba entre sus brazos no hizo el menor ruido, parecía que el silencio acunaba mejor que su padre.

—Eve Jane —pronunció casi reverencialmente—. Shreya me ha contado lo que hiciste por ella, por nuestro... niño.

—¿Cómo está?

—Mal —anunció la rasposa voz del médico, haciéndose partícipe de la visita—. Shreya no se encuentra con fuerzas ni con salud para soportar otra jornada. Me temo que su corazón no aguantará mucho más.

El mundo entero cayó sobre la espalda del agricultor. El bulto sin apenas peso de sus brazos pareció engrosarse al instante, haciéndole que los brazos le

pesaran hasta no poder llevarlo más. Jane se percató de aquel fallo y alcanzó, con sumo cuidado, las mantas. Darien dejó que la muchacha se hiciera con el niño y desapareció de la estancia.

Las ventanas estaban tapadas con toscos cortinajes envejecidos. Para ser la casa de un entregado a la salud pública no guardaba nada esperanzador entre sus paredes de madera carcomida. Ni los ornamentos brillaban, ni las velas refulgían con esplendor. La casa entera parecía estar consumida por un perpetuo manto de muerte.

Jane se sorbió la nariz al contemplar el rostro diminuto del niño. William, a su lado, le ayudó a cubrirlo bien con las mantas. Temblaba, y ni siquiera tenía fuerzas para llorar.

—Por eso no lo quisieron —comprendió Jane—. Por eso me dejaron salvarla, porque sabían que su hijo nacería enfermo. ¿Quién quiere un bebé enfermo?

La criatura abrió la boca y sus párpados llenos de pliegues rojizos se apretaron. Jane intuyó el inicio de un llanto imposible de escuchar, pero que existía.

—Está muy cansado... —Se sorprendió diciendo Will. De repente, un sentimiento poderoso le había invadido por completo. Observó su brazo alrededor de la cintura de Jane, y el otro, rodeando al niño. Era una sensación...

—Tengo que hacer algo.

—¿Y qué vas a hacer?

Jane no contestó. Lo ignoró sumida en un pensamiento profundo, y buscó un sitio cómodo en el que sentarse. Cantó animada por el silencio y el lejano crepitar de un fuego que no podía verse. Sus dedos acariciaron las manitas del bebé mientras tanto.

—Tiene que saber que lo quieren aquí —dijo más para sí que para él—. Luchar solo es una auténtica agonía, pequeño. Lo sé. El dolor, compartido, se vuelve más ameno.

Incapaz de seguir haciendo frente a aquella imagen, William abandonó la casa. Había hecho bien al suponer que la muchacha se consolaría al ver al niño y poder hablar con Shreya antes de que la catástrofe tomara su clímax.

Pero no cayó en lo profundo que lo heriría a él.

Por fin estaban prometidos, se casarían. Debería ser un motivo de alegría y de consuelo.

Los rostros de los pueblerinos no superaban el suyo. Se dedicaban a sus

tareas en un lento peregrinaje. Esquivando las preguntas, William observaba el tránsito de los empedres gruesos pero limados de la calle principal de Vant Konur. Se desvió para no regresar a la plaza. El brillo de la piel de sus zapatos le ponía el vello de punta. La perfección, de repente, no encajaba con él. Paró en seco y se observó, precipitado. Recordaba haber dejado la chaqueta del traje sobre una de las sillas de la cocina sin que Abby le interrumpiera; Claudeen, una muchacha que ayudaba en las tareas del hogar y en la elaboración de las comidas, se llevó un dedo cómplice a los labios. William sonrió al recordarlo.

Había pretendido mostrarse presentable, pero el agua de la fuente había calado la tela de la prenda y, como consecuencia, su camisa estaba espantosamente arrugada. Se sentó en mitad de la acera, con la madera oscura del establecimiento más elegante de todo el pueblo, y él, tan impresentable.

—Doy por supuesto que hoy no es su día, joven Montybell, ¿me equivoco?  
—El viudo joyero se apoyó junto a él, con la espalda en la parte sin escaparate.

—No se equivoca, señor Shelley —afirmó William, manteniendo a raya su sentimiento de abatimiento.

—Lo vi anoche, más bien hace largas horas —rectificó el anciano. Arrugó la raquílica nariz llena de manchas y los bordes dorados de sus gafas de media luna centellaron —. Ayudó a encontrarlas, ¿me equivoco? —William volvió a asentir. El anciano se refería, claramente, a Shreya, Jane, y la fallecida Norene —. Bien, bien. Un buen muchacho, usted. Imagino que ha resultado todo un alivio volver a los brazos de la preciosa Jane. Entiendo de dolores amorosos, señor, mi propio corazón lleva lamentándose desde hace ya diez largos años. El momento de la separación es tan... desgarrador.

—Lo siento mucho.

—Mi mujer era el alma del negocio, William, pero me enseñó tan bien que hoy en día no puede tener queja la gente de mí, ¡les consigo sus joyas! Las uniones se ofician con mis anillos cuidados. ¿Quiere verlos? No me deniegue un deleite para sus ojos. Además —bajó la voz agachándose para que lo escuchara mejor —, tengo entendido que pronto se decidirá a dar el paso. — Le guiñó un ojo —. Ya sabe...

—En realidad, acabamos de prometernos.

—¡No me diga! —exclamó Windfrend, jovial y con alegrías renovadas —. ¡Pues entre, entre usted! Tengo vuestras perfectas alianzas —murmuró para sí.

William se resignó a seguir al hombre hasta dentro del establecimiento

donde los diamantes de las gargantillas expuestas lanzaban destellos que los más codiciosos soñaban con robar para decorar sus sueños. William trató de atrapar uno que le iluminó el pecho. Al girar para, como un estúpido, hacerse con la lucecita repentina, una silueta llamó su atención hasta el punto de tener que disculparse de Windfrend, que emocionado, había comenzado a disponer preciosas alianzas de oro sobre una mesita con un cuidado digno de un consagrado joyero.

—¡Oh, señor! No me deje con la miel en los labios, ¡se lo ruego!

—¡Discúlpeme, prometo volver con Jane!

William bajó el escalón a tanta prisa que no se percató del alcance de un carro tirado por dos enormes alazanes azabache. El cochero le gritó, malhumorado, y William, tratando de volver a respirar con normalidad, siguió corriendo hacia su objetivo.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Usted, le hablo a usted!

El hombre vestido de harapos no se inmutó; nunca se referían a él, nadie quería ser objeto de sus miradas taciturnas ni de sus brotes de locura. Siguió su camino sumido en la calma, admirando la arquitectura de los edificios bajos y las casitas adosadas de madera y ladrillo oscuro. De vez en cuando se paraba a olisquear los narcisos blancos y rojos que decoraban las escalinatas de piedra clara. William lo alcanzó cuando se distrajo en arrancar una blanca florecilla con minúsculos tintes amarillos.

Harold se la había llevado a la nariz cuando el joven lo asaltó, asustándolo.

William atisbó el nacimiento de un moratón sobre el ojo izquierdo del hombre, pues el tono morado no es común en la piel de una persona. El blanco de su ojo no era tan blanco, y le costaba mantener el párpado abierto.

—¡Muchacho! ¿No sabe que molestar al deber no está bien?

—¿El deber? —William pestañeó, incrédulo.

—Sí, el deber. Me deshago de la porquería de este pueblucho, jovencito. —Harold señaló su mugriento saco lleno de manchas que lo oscurecían. William desconocía tanto el material del que estaba hecho como lo que dentro se escondía. Reprimió las ganas de doblarse por la mitad y vomitar a los pies del indigente. Porque, por mucho que Harold dijera, eso era lo que era: un pobre sin hogar.

William apenas podía creerse que el ayuntamiento ayudara a incentivar la locura del hombre con unas míseras libras al año por lo que él consideraba “su trabajo”. Pero, en realidad, no hacía más que un diez por ciento de lo que el pueblo necesitaba. Aunque lo mantenían feliz dejándolo a su libre albedrío.

—Le abofetearon fuerte —apreció.

—Muy fuerte, ¡de hecho! Ese Darien ha heredado la fuerza de su orgulloso padre. Lástima que no su descendiente, pobre criatura. Ya lo advertí.

—Usted ya lo sabía...

—¡Claro que lo sabía! Pero nadie quiere escucharme, ¿sabe? ¡Prefieren cambiarme el color de la cara! Si así se sienten seguros... Ya ves que yo sigo teniendo razón. —Con su saco de nuevo tras su encorvada espalda, Harold Hoggat se dispuso a seguir su peregrinaje por las bellas calles de Vant Konur para limpiarla —como él decía— de penas.

—¡Espere!

—¿A qué, señor?

El narciso blanco y amarillo acababa de ser aplastado por los descalzos pies del andrajoso personaje. De repente parecía haber perdido el interés en él.

—Me interesa saber...

—A nadie le interesa saber del viejo, alocado y pordiosero Harold Hoggat —aclaró el hombre sin aminorar la marcha ni mirarlo.

—No creo que esté loco —confesó William de corazón en un tono que hizo que Harold dudara y se detuviera. Lo miró a los ojos para beber de la verdad de sus palabras. Asintió, una vez convencido de que el joven no había mentido.

—¿Y entonces, qué cree?

—Que es un incomprendido.

Los ojos de Harold se llenaron de chispas de emoción que supo preservar muy bien. Se llevó las manos a su agujereada chaqueta y trató, como buenamente pudo, cubrirse los hombros con totalidad. No pudo, a la prenda le faltaba demasiada tela.

—Sabias, quizá, sean sus palabras —dijo. Lo miró de arriba abajo hasta quedar absorto en sus zapatos pulcramente brillantados —. No va muy acorde, usted. —Frunció el ceño en una graciosa mueca —. ¿Es moda nueva ir desaliñado por ahí, pero llevar immaculado el calzado? No lo culpo...

—Montybell. William Montybell, señor.

—¡Me gusta, chico! ¡Señor, señor, señor! ¡Incomparable trato el suyo! ¡Sí, sí, sí! Nada de “basura inmundada”, “escombrerero loco”, “mundicia con patas”, ¡y un largo etc de agravios contra mi persona! —Lo taladró con la mirada antes de preguntar —: ¿Qué es lo que quiere?

—¿Las conoce?

—¿A quiénes? —Harold se giró violentamente en todas direcciones, y William tuvo que agacharse agradeciendo sus reflejos, para que el saco mugriento no le golpeará de pleno en la cara.

—A... ellas.

—¿Ellas? —repitió Harold sin entender lo que querían decirle.

—Las... —William se llevó dos dedos al puente de la nariz e hizo presión —. Las Ondinas, señor Hoggat.

Harold retrocedió lentamente, y tras varios segundos en silencio, le dio la espalda al muchacho y emprendió su caminata.

—Las conozco. No a todas, pero sí que las conozco.

William trotó a su lado.

—¿Ellas le hablan?

—No me hablan, chico, ¡me obligan a escucharlas! ¡Es horrible!

—Pa... Pare. ¡Pare!

Pero Harold se movía casi con impaciencia desmedida. Sus largas piernas retorcidas como alambres se alargaban al máximo para recorrer la distancia que William recorría en dos rápidas zancadas. Así, la ventaja pronto se hizo patente —. ¡Señor Hoggat!

—Escuche, muchacho, no tengo nada más que decir. Las endiabladas muchachitas del lago están bastante tranquilas hoy. Esperan dos muertes inminentes, se carcajean por la pérdida de la pequeña Norene... Y vitorean que su ahijado esté llevando a cabo su plan.

—¿Ahijado? —Las manos de Will se agarraron a las solapas de la roída chaqueta del hombre, arrugado prematuramente por la agresión que la intemperie le había causado —. ¿Me está diciendo que las Ondinas, esos seres que se han atrevido a ahogar a una niña de tan sólo seis años de edad, tienen un ahijado?

—No le he dicho nada, al menos no se lo especificaba directamente a usted. Pero sí que lo tienen. De hecho, lo criaron. La criatura está dominada por todas ellas, al fin y al cabo, actuaron como madres.

—Esto cada vez tiene menos sentido.

—¡Eso es lo que digo yo! ¿No es curioso?

Las miradas incrédulas se posaban en el joven Montybell, los transeúntes lo observaban boquiabiertos, sin dar crédito a lo que sus ojos veían. ¿Cómo alguien con tanta clase como el hijo de Gaylord, el primer Gentry de Vant Konur, se rebajaba a dirigir sus palabras al basurero no oficial?

—De todas formas... ¿De qué plan se trata?

—Oh, eso no han querido que lo escuche.

—¡Hoggat!

—¡Hey, muchachito! Yo no me inmiscuyo en sus conversaciones... Si no quieren que lo sepa, por algo es. Pues visto está que casi todo me lo confiesan.

—Y ¿no sabrá, por cierto, si el ahijado está...?

—Vive aquí, en Vant Konur.

—¿Aquí?

—No, no. Aquí estamos usted, mi saco y yo. ¿Cómo va a vivir ese muchachito rubio aquí? ¡No es más que un pedazo de acera! —exclamó entre carcajadas.

William retrocedió un poco. Sí que era verdad que la locura cada vez estaba más apegada a aquel viejo hombre.

—Espere... ¿Rubio?

—¡Oh, sí! He escuchado, entre usted y yo, que hay tantas damas afligidas por su seria belleza que hay muchas familias por aquí intentando cazarlo para casarlo con alguna de ellas.

—¿Pero usted lo ha visto?

—¡Muchas veces! Por lo general, él me defiende frente a las Damas de agua. —Un estremecimiento de terror le recorrió la espalda y se enderezó rápidamente —. Ahora, tengo que marcharme. ¿Se imagina usted que se enfaden porque me vaya de la lengua? ¡Por favor, váyase! ¡Déjeme!

El joven Montybell siguió en sus trece de ahondar en el asunto que tanta intriga le causaba y tan necesario le era descubrir, que ante sus ojos desorbitados una figura de cabellos cortos y brillantes como el sol, pasó. Tal era la verdad que el viejo hombre le había relatado a William, que se afirmó cuando varios grupos de damas se notaron azoradas ante la visión del joven. La mayoría de las muchachas, era cierto que ya sabían de él, y enfrentaban sus encantos las unas con las otras para ganarse su afecto.

Ezra Evans, caminaba ajeno a todo el disimulado alboroto que su presencia causaba por las calles más transitadas. En el fondo, sentía las miradas de las jóvenes demasiado sagaces clavarse sobre él, y mentía si decía que no le gustaba sentirse deseado y admirado. La vanidad lo envolvía tanto como su vigorosa belleza.

Sonrió cuando Hoggat consiguió alejar de sus pasos al entrometido hijo de los Montybell. Erguido en perfecta postura con las manos tras su espalda, saludó cortésmente a la ama del señor Clint, quien le dio paso a la vieja casa. No se demoró. Al llegar al lúgubre salón supo lo que encontraría sin verlo. Se

acercó a paso normal sin despertar ruido en las maderas que sus pies pisaban. La joven Dankworth levantó su mirada nublada e intimidante hacia él.

—Lo hace bien —dijo Ezra, inclinando la cabeza a modo de saludo. La joven parpadeó, atónita. Dos lágrimas brillantes se precipitaron por sus mejillas ya pálidas de tristeza —. Lo de darle ánimos para que se quede con nosotros. Es algo muy bello vivir. —Se sentó junto a ella, tan cerca que podía notar su débil respiración y los leves gemidos del bebé.

—De todos modos, no creo que me entienda —se resignó Eve Jane, cargada de frustración. Limpió sus lágrimas con la mano derecha, aferrando muy bien al niño junto a ella con la otra. Después, lo abrazó —. Shreya está muy débil y no puede alimentarlo. Una joven nodriza lo ha intentado pero el pequeño se niega a comer.

—¿Tiene nombre?

Jane se mordió el labio, pensativa. No se lo había planteado.

—Supongo... que lo llamarán como su padre. No lo sé —confesó.

—¿Me deja que la ayude? Creo que si unimos nuestras voces quizá nos haga caso, ya sabe, por molestos.

Los labios de la muchacha dibujaron una tierna sonrisa que sobrecogió el corazón de Ezra. Se tomó la libertad de observar el rostro perfecto de Eve Jane a la luz de los candiles que lanzaban tétricas sombras por las paredes de madera. Esta le pasó al niño, que lanzó su primera protesta. Ambos jóvenes sonrieron, observándose, sorprendidos.

—Creo que tienes razón —asintió una complacida Jane —. Quizá el trabajo sea más efectivo entre los dos. —Besó la frente del niño y sin esperar comentario alguno del muchacho que lo había acogido entre sus brazos, alzó la voz; al principio débil y susurrante, para continuar creciendo conforme el bebé sentía la calidez de sus palabras.

Ninguno de los que escucharon el cántico de la hermosa Jane supo en qué idioma estaba cantado, ni por qué las palabras, al penetrar en sus cuerpos, parecían devolverles una alegría que les había sido robada. Ni la propia muchacha fue consciente de aquello que sus labios dejaban escapar.

Pero Ezra sí, que reconoció la melodía y el poder que transportaba. Boquiabierto trató de no dejarse influir por ella. Una pequeña parte de él se doblegó al deseo de contradecir aquello que le había sido encomendado. No podía, simplemente no podía hacerlo.

El debate interno del muchacho se mantuvo ferviente mientras duró el esperanzado llamamiento a la vida. Cuando Jane guardó silencio, el pequeño

Kothe se atrevió, por fin, a regalarles un amago de sonrisa a pesar de su delicada salud.

## QUINCE

¿Qué te pasa, amor mío? ¿Por qué palidecen tanto tus mejillas? ¿Cómo sus rosas se decoloran tan pronto?

WILLIAM SHAKESPEARE, *Sueño de una noche de verano*.

**E**sa misma noche, Jane se negó abandonar la casa del doctor. Este no opuso resistencia, pero el señor Dankworth se presentó bastante contrariado. William, que sabía la razón que Ayrton tenía de mantener a su hija en casa, se presentó a la tarea de no quitarle ojo de encima.

—William, la luna está llena esta noche, no dejes que vuelva a llamarla. — Fue la petición del señor.

—Tranquilo, señor Dankworth, no cerraré los ojos.

Ayrton se marchó poco después, bastante nervioso.

—Gracias por ofrecerte a pasar la noche aquí, William. Siento que, de alguna manera, mi presencia ayuda al pequeño Harry. —Jane, que ya había descubierto el nombre del niño, se recostó sobre el hombro de William sin que este pudiera remediarlo. Pese a que ansiaba el contacto con ella, sentía que debía rechazarlo si quería mantenerse fuerte. Pero no pudo. Se recostó sobre el quicio de la ventana por la que Jane observaba las crecientes sombras de la noche que se cernía sobre Vant Konur, y la invitó a tumbarse sobre él. Jane asió la mano derecha de William entre las suyas, y, aprovechando la influencia que ya dominaba al chico, la besó tiernamente. William sintió una explosión de calor recorrerle el cuerpo empezando por el pedazo de piel que

los labios de Eve Jane habían acariciado. No quiso dejar que la calidez terminara por recorrerle por completo, pero no pudo impedir que acunara sus mejillas. Recordó entonces lo hermoso que había resultado probar los labios de la chica, y suspiró, llevándola todo lo que pudo junto a él, rodeándola con los brazos por debajo de su pecho. Jane también se sintió azorada, pero sonrió para sí al volver a sentir el contacto de William reclamándola. Había tenido todo un día para pensar mientras atendía a los cuidados del bebé y ayudaba a atender a Shreya, y había llegado a la conclusión de que el beso de William había cumplido sus expectativas muy por encima de lo que imaginaba para un primer beso. Cómodamente, se dejó abrazar.

—¿Por qué siento que me llama? —pensó Jane, en voz alta.

—¿La luna?

Ella le miró, sorprendida.

—Justamente. —Volvió a descansar la cabeza sobre el pecho de su velador.

—No la mires, Jane. No... no está bien.

—Lo sé. Pero...

—¿Sabes por qué te llama?

Jane negó suavemente. William se dejó guiar por la tentación de acariciar los mechones de cabello que la luz de luna bañaba a través del cristal de la ventana. Maldita luna...

—Tiene que haber algo que te haga obviarla. Algo que te mantenga fuerte, que te llame más que ella.

Los ojos de William se perdieron en los de Jane en el reflejo del cristal. Los candiles reflejaban su luz, y el azul de sus ojos se buscaba para fundirse en un solo color.

—Tengo miedo, William. Pasé mucho miedo. No quiero que se vuelva a repetir. —Los brazos del joven la rodearon con más fuerza—. Tampoco quiero que te alejes de mí.

—No... Eso no.

—Trato de fingir que ha sido una pesadilla, pero el bebé de Shreya me devuelve a la realidad. Mañana officiarán el funeral de Norene, y yo... me siento tan responsable. No pude alcanzarla, William. Me agarraron con sus manos de uñas afiladas, me amenazaron... Y eran tan bellas, Will, ¡tan bellas!

El corazón de William quiso abrirse. Sus labios acercarse a los de Jane, sus manos acariciarla hasta el amanecer, y no dejar de acunarla jamás. Su garganta quería gritar secretos que empezaba a creer. Jane era hija de una ninfa de agua. Jane poseía una belleza inusual, maldita. Porque su piel no podía

irradiar tanto brillo, ni sus labios permanecer siempre coloreados con tanta vivacidad, por no hablar de sus mejillas y la curva suave de su nariz. Eve Jane era una Ondina, y como tal, la luna la reclamaba junto a los suyos. Las Damas de agua pronto se alzarían para llevarla a su hogar.

William se vio obligado a soltarla, de pronto alarmado. Jane lo siguió.

—¿Qué ocurre?

—Jane, necesito que me escuches. Y no me trates por loco. —Ella asintió, asustada—. ¿Alguna vez has escuchado algo sobre unas criaturas que cantan a las aguas? Las llaman Ondinas.

Algo en el interior de Jane pareció revivir, asintió sin tener idea de porqué.

Dejó atrás el límite de los terrenos marcados por la señal de las aguas Amaestradas. Se dejó bañar por los rayos de luna que lo recibieron casi con calidez. Después se puso en pie, dejándose llevar por una voz agitada que se alzaba por encima de una conversación bastante agitada. Ezra supo quién imploraba perdón antes incluso de reconocer la figura encogida sobre la orilla rocosa. Pudo apreciar el perfil delicado de Delphica temblando de rabia, agachada junto al desgraciado Harold.

—¡Eres un maldito bocazas! ¡Un día de estos serás muy castigado! —amenazó con su preciosa voz compungida.

—¡Matadme! —imploró el hombre.

—¡Eso sería un regalo, viejo desgraciado! ¿Crees que te haríamos ese gran favor después de cómo te reíste de nosotras? ¿Crees que nuestra querida Vay se ha recompuesto del amargo trago que le hiciste pasar?

Los ojos nostálgicos de Harold se alzaron hasta la silueta, quizá, más delgada de todas las allí congregadas. Los cabellos de Vay caían rectos y aplastados sobre su piel desnuda y brillante bajo la luz del astro. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Harold para retirarse de inmediato. Ezra fue el único que pudo reconocer el abatimiento y la tristeza de la mujer, cosa que le sorprendió.

—Amarga mi condena por amar —reclamó Harold, atreviéndose a encararse a la bella Dama de agua que ante él se imponía, fiera y gloriosa.

—¡Ella nunca pudo haberte amado! —Delphica le propinó una bofetada que arrojó a Harold al abrazo de las aguas—. ¡Nunca! ¡Díselo, hermana, díselo! ¡Sólo fue un juego, estúpido! ¡Tenías que caer en las redes de la

muerte! ¿Es que acaso no lo entiendes? ¡Un segundo te habría faltado para perecer!

—¡Pero no lo hice! ¡No lo hice porque no pudo matarme! ¡Díselo, Vay! ¿O vas a dejar que pague por nuestros pecados en solitario hasta que se extinga en mí la vida?

Delphica siseo, furiosa, y miró a Vay, apretando los dientes.

—Ni se te ocurra soltar palabra alguna, necia. Ni lo mires. —Se volvió hacia el mendigo que trataba de ponerse de rodillas, pero el oleaje lanzado por las hermanas de Vay y Delphica se lo impedían —. ¿Cuánto sabe el chico, Harold?

—Nada.

—¡Mientes!

—¿Y qué si miento?

—Que serás responsable de su muerte. ¿No querías morir? Pues dejaremos que sean ellos, tu propia especie, la que se encargue de dar fin a tu condena.

Harold sufrió un estremecimiento.

Para evitar que el enfrentamiento fuera a más, Ezra se dejó ver, visiblemente cabreado.

—No es necesario el mismo alboroto cada dos noches —replicó. Todos los rostros bañados por la delicadeza y la superioridad se giraron hacia él. Más de una veintena de pares de ojos se llenaron de una inmediata calidez familiar. Más de una quincena de labios adoptaron una forma más relajada.

—Querido —exclamó Delphica, sin avergonzarse —. Es este bullicioso.

—¿Qué ha hecho ahora, Harold? —protestó Ezra, más bien lleno de pesar por el pobre hombre que le inspiraba compasión. Dirigió una mirada discreta a la Ondina con aspecto siempre triste, y esta le correspondió. Una vez, Vay le contó una historia de amor que le hizo ver con otros ojos la realidad de los hombres, y más claramente, la del mendigo que vivía en Vant Konur, a poco del refugio sagrado de su familia. Comprendió, al cabo del tiempo, que aquella historia que una noche de insomnio le fue susurrada con tintes nostálgicos, había sido real.

—Ha traído a ese chiquillo enamorado. ¡El pequeño Montybell! Su desbocado corazón casi nos deja sordas, Ezra. ¡Se desvive por la hija de la traidora! ¡Esos vivaces latidos resonando por todas partes! Quiere volvernos locas, esa es su intención.

—¡Me siguió! ¡Lo eché de mi lado, pero ese niño me siguió! —trató de justificarse Harold. Dos Damas de agua de cabellos claros se acercaron por

detrás para empujarlo de nuevo a la orilla terrosa.

—Megaira ha intentado atraerlo, ¡y has impedido que lo hiciera! —gritó Delphica, llevada por la furia —. A punto ha estado de descubrirnos...

Ezra, para evitar que se lanzara sobre el viejo Harold, corrió a sujetarla. El agua tiró de los bajos de su pantalón cuando alcanzó las muñecas de la criatura de belleza salvaje, desde atrás. Ella, sorprendida, tiró para librarse del agarre, pero Ezra dejó fluir las palabras que tanto calmaba a las criaturas de la luna.

—Estoy aquí, no merece la pena. Estoy aquí.

Los brazos temblorosos de Delphica se dejaron caer. Lentamente, Ezra los dejó a ambos lados del cuerpo de la mujer. Observó la piel gris perlado de la Ondina, acariciada por una luna inmensa. Delphica lo abrazó, dejando escapar una risa penetrante y embaucadora. Vay, Megaira y el resto de las hermanas flexionaron las piernas en señal de precaución. La pobre Delphica no controlaba bien los impulsos de atacar desde hacía un tiempo.

—Delphica —pidió una muchacha de piel tan clara que Ezra se sorprendió al verla irradiar un brillo casi cegador —. Ten cuidado con el chico...

—¡No voy a hacerle nada! —Se volvió, de nuevo furiosa, hacia el grupo de sus subyugadas —. ¡Es mi pequeño!

Vay le dio la espalda al grupo y poco a poco, fue hundiéndose en las aguas. Ezra notó el deje de nostalgia que siempre la envolvía más marcado y visible que nunca.

—Ezra —lo llamó otra joven, de preciosos ojos turquesa y labios blancos como la nieve. Se abrazaba las largas piernas por las rodillas, a la vez que se mantenía oculta a la luz de la luna, sobre una roca lisa. Era Sneachta, una Ondina que había sido herida y acogida hacía ya tres años. No pertenecía a la comunidad de Záfira -como así llamaban a la primera Ondina- pero pronto se le ofreció un hogar. Venía del norte, era lo único que sabían —. Es tarde para venir por aquí.

—Los kothe están demasiado preocupados por la vida de la muchacha y su frágil hijo como para acordarse de uno de sus trabajadores —explicó Ezra. Las Damas asintieron.

—¿Pasarás aquí la noche? —Delphica le acarició la mejilla con suavidad. Era consciente que la piel de sus manos podía hacer enloquecer al más fuerte de los hombres. Ezra no se inmutó al tacto, ya estaba acostumbrado.

—He venido a... aclarar un asunto.

—¿Qué asunto? —Megaira se acercó a él, posicionándose tras su hermana.

Ezra tragó saliva, muy serio. Sabía que hacer enfadar a las Ondinas era muy peligroso.

—La chica... sabe... sabe cantar —dijo con determinación. Todas los divinos rostros se centraron en él, clavando sus de repente inquietos ojos en su figura temblorosa —. Canta como vosotras. Sé que es especial pero...

Delphica dejó escapar una leve risilla incómoda, que fue el detonante de muchas más. Las risas se alzaron como susurros poderosos que hicieron temblar las hojas de los árboles más cercanos. Viajaron espantando animalillos y acallando el batir de las alas de insectos nocturnos. Vay, desde la lejanía, se mordió el labio y miró a su amado astro, dejando descansar la espalda en la pared de roca que volcaba toda una cascada de agua limpia y transparente, tan pura como su piel.

Ezra la contempló. Vay no reía, se limitaba a asentir en silencio a la luna.

—Ezra, niño querido, ¿cantar como nosotras? ¡Nunca podrá cantar como nosotras!

—¡Su sangre se creó de la traición! —se oyó de entre las muchachas.

—¡Eso!

—¡Maldita nació!

—¡Está bien! —Delphica acalló a la multitud.

—¿Maldita? ¿Algún día me explicaréis? —Quiso saber Ezra.

—Tú haz lo que se te ha encomendado. Tráela cuanto antes, Ezra. ¡Tráenosla!

—Pero...

—Cariño, sé que vas a hacer lo correcto. Todas nosotras te necesitamos para esto. ¿O quieres que nos arriesguemos a salir ahí y que nuestra vida se termine? Ya sabes que las reglas que se nos imponen desde ahí abajo no son precisamente ligeras. —La mano, de repente temblorosa de la Ondina apuntó al centro de las aguas, donde un remolino casi inapreciable daba vueltas sin cesar.

—No, es sólo que...

—¿Sabes lo que mata a los hombres? La curiosidad —asintió Delphica, llevándose una mano a la barbilla —. Todos los que han perecido entre nosotras deben de darle las gracias a su maldita e inútil curiosidad.

Benévolas risas se escucharon de nuevo entre ligeros chapoteos. Las Damas más jóvenes comenzaron a perseguirse entre sí mientras dejaban que un suave y diáfano canto se adueñara de sus voces.

Ezra se maldijo. Ninguna quiso seguir escuchándolo. Entre su divertida

danza elevaron los brazos a la luna llena que parecía estar tan cerca de ellas.

Eve Jane también quiso elevar sus brazos al bello punto de luz que se cernía sobre Vant Konur. Se encogió sobre sí misma cuando los brazos de William tiraron de ella hacia atrás para que regresara.

—¡Déjame! —le gritó, presa de un agudo dolor que nacía de su pecho. Notaba el corazón desbocado, latiéndole sin freno —. ¡Me quiere! ¡Suéltame, William!

Pero él no podía soltarla. Lo había prometido, tanto al señor Dankworth como a él mismo al prometerse con ella. Jane se dobló hacia adelante cayendo de rodillas sobre el empedrado desierto de la calle, arrastrando a William con ella. Él la abrazó con fuerza mientras ella se retorció y derramaba amargas lágrimas.

—Me llama, William. Déjame ir —suplicó, rota por la desesperación —. Me quiere.

William sintió que las fuerzas le abandonaban y que perecían sus ganas de luchar.

—Yo te quiero más, Jane. No puedes irte y dejarme aquí. No puedes ser tan egoísta.

No fue consciente de que la miraba a los ojos compartiendo sus lágrimas. Eve Jane pareció salir de su trance e, inquieta y confusa, se lanzó a sus brazos.

—¡Dios mío! —exclamó entre quejidos —. ¡Otra vez!

El doctor Clint salió precipitado de la casa y se acercó a ellos con el rostro lleno de confusión. Muchas fueron las ventanas que se abrieron y las puertas que se entornaron, los rostros que se asomaron con cautela al refugio de la oscuridad para escuchar secretos que no pertenecían más que a los jóvenes prometidos que se abrazaban.

Eldon los arropó con una fina manta que olía a viejo.

—¿Qué demonios? Señorita Jane, la he escuchado gritar con tanta fuerza que ya pensaba que el mundo se acababa. ¡Maldita sea! Está helada. ¡Entren, entren!

—Una pesadilla. —Los dientes de Jane castañearon —. Horrible —jadeó.

Éste, resignado, esperó el siguiente grito de su amada joven de agua.

La luna los mantendría a ambos desvelados lo que quedaba de noche.

Maldita luna...

## DIECISÉIS

**S**in pedir explicación alguna, los brazos ateridos de Jane apartaron con suavidad los del joven que la rodeaban. William, mendigando en la vigilia, no opuso resistencia. Cuando sus ojos estuvieron bien abiertos, tal fue su sorpresa que le faltó tiempo para reincorporarse. Entre Jane y él se ayudaron a desperezarse.

El suelo había sido su refugio en la noche.

—¿Estás bien? —le preguntó afligido, sermoneándose internamente por haber permitido quedarse dormido. Jane asintió, pestañeando gravemente. Tras observarlo unos largos segundos, se echó a reír en un tono bajo, incapaz de guardar más las carcajadas. A William le pareció, al fin y al cabo, el mejor de los despertares.

Eve Jane desapareció en seguida, guiada por un débil llanto, mientras él, decidido, doblaba pacientemente las mantas en forma de nido que habían amortiguado algo sus cuerpos contra el duro suelo. El olor rancio se había perdido de la tela áspera; en su lugar, William se sorprendió aspirando el dulce aroma que emanaba de la piel de Jane. Azorado, inmediatamente alejó las mantas a un lado, sobre el banco de madera a su espalda.

Como la vida no parecía arreciar por ningún rincón de la casa, se resignó a esperar sentado. Se preguntó qué aspecto luciría después de una larga noche en vela tratando de evitar que una irracional Jane huyera hacia el bosque. Sin duda, dos medias lunas de un violáceo oscuro acunarían sus ojos. Su cabello desgredado le daría un aspecto de lo más impresentable, por no hablar de su ropa.

—¡William, el pequeño Harry ha aceptado la comida! —exclamó una emocionada Jane, abrazándolo de forma repentina —. ¿No es maravilloso? — Sus mejillas modelaron dos tiernos hoyuelos dulcemente coloreados por la

jovial vida que llenaba a la muchacha. William tuvo que morderse la lengua para no sonreírle, perdidamente embobado.

—Lo es —asintió midiendo su alegría, para disgusto de ella.

—Escucha. —Se acercó a él, meditando en silencio y con la cabeza gacha. Se llevó las manos al regazo —. No recuerdo con exactitud lo que ha sucedido esta noche, pero... quiero averiguarlo.

William, aún desmerezándose, dejó que su cabeza reposara contra la pared de madera. Cerró los ojos, imaginando la mejor forma de abordar aquella conversación.

—William, no me ignores. No pienso rogarte.

—Nada me ofendería más que lo hicieras —se apresuró a responder él, algo herido —. Estaba pensado... Y creo que lo mejor es que me acompañes.

—¿Adónde?

—A hablar con Harold.

—¿Con Hoggat? ¡William, si el pobre está loco!

—Pues ese pobre predijo la muerte de Norene y la desaparición de Shreya. ¿No lo has escuchado?

—No... No lo sabía. ¿Y cómo puede ser posible? No es más que un mendigo.

—Es un hombre con una historia importante tras su espalda, Jane. Su pasado lo ha condenado a la triste vida que lleva, estoy seguro.

Intrigada por aquellas palabras, Jane asintió. En seguida William se decidió a partir. Pero, para disgusto de los dos, Darien les sirvió té que el ama había preparado. Ellos, manteniendo sus modales ante todo, accedieron a acompañarlo.

—Estoy tan feliz de que la salud de Shreya no esté sino mejorando —dijo tras observar a los dos jóvenes sentados a ambos lados de él. Les sonrió agradecido —. Jane, gracias por cuidar de mi familia. —Se volvió seguidamente a William —. Y a usted, gracias por velar por Jane. —Las mejillas de William se llenaron de vergüenza, y Jane volvió el rostro igual de azorada —. ¡Ah! Y enhorabuena, ¡por el compromiso!

Dos tímidos «gracias» resonaron al instante. William y Jane evitaron mirarse.

Afortunadamente, Darien les dejó marchar, puesto que los señores Khote llegaron junto con el menor de sus hijos y un viejo campesino, que sin duda era su trabajador Tuan McCormack. Todos interesados en la salud de Shreya y su hijo.

El día se despertó en tonos grises y apagados, y la luz del sol parecía yacer refugiada bajo una permanente sombra. Las temperaturas habían descendido notablemente para desagrado de muchas personas.

William no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía. Su mano derecha aferraba la muñeca de Jane con presión, y ella se mantenía en silencio, corriendo ligeramente para seguir sus pasos. Pasaron frente al comercio a rebosar de los Cukor. Desde su posición de tendero, Ebenezer les saludó con educación. Ellos correspondieron al saludo del mayor de los hijos de Ernest Cukor. A cinco metros de la tiendecita, Joyce Cukor recorría la calle en su dirección con una cesta de alimento cárnico envuelto debidamente bajo un brazo y un bebé risueño en el otro. La pequeña de los Cukor saludaba alegremente a todo aquel que bajo su campo de visión cayera.

Jane rogó a William con la mirada, pero este no se ablandó lo más mínimo. Tuvo que contentarse con saludar a las niñas con la mano libre. Un vivaz «Eeein» se escuchó de los labios de Casey antes de que giraran al final de la calle para perderse en otra.

—¿Lo has oído? Se acuerda de mí. Ha intentado decir mi nombre.

William no contestó; en vez de eso, aceleró el paso. Y pronto Jane averiguó el por qué. Al menos una treintena compuesta por hombres, mujeres y niños, comenzaba agolparse a las puertas de una casita alejada. Al final de la calle se encontraba la vivienda de los Garth. Corrieron sin necesidad de intercambiar miradas, y en su huida toparon con la desagradable estampa de la mujer del vigilante. Margot Garth se notaba deshecha y prematuramente envejecida. A sus veintiséis años parecía casi una anciana. Jane no pudo controlar su espanto cuando la mujer, ajena al cúmulo de gente que se agolpaba a las puertas de su hogar, se lanzó sobre ella. Los reflejos de William impidieron que Margot cayera sobre la muchacha, y dos hombres lograron recogerla cuando caía.

—¡Tú! —gritó—. ¡Tú estuviste allí! ¡Dejaste que se ahogara, maldita! ¡Y tienes la cara de presentarte en mi casa!

William tiró de Jane sin fijar la mirada en nadie. Entre sus brazos la pegaba a él tratando de hacerla invisible a la multitud de ojos curiosos que se había levantado a su alrededor. Una decena de dedos le apuntaron, y fueron muchas las exclamaciones de horror que se escucharon. Los gritos de la mujer rota por el dolor no se perdieron hasta que las fuerzas la agotaron, sin embargo, William no pudo alejarse del llanto que surgía frente a él. Jane se deshacía en lágrimas, convulsionándose entre sus brazos.

—No sabía que estaban... ¡Jane, no sabía dónde estábamos!

—Dejé que se ahogara —continuó ella, tan ajena a él como la noche anterior.

—Mentira. —Las manos de William acariciaron el rostro surcado por la pena —. Sabes que no.

—Muchachita, usted no tuvo culpa alguna. —Una voz los sobresaltó. Jane enmudeció al descubrir al hombre que tan reacia se había dispuesto a conocer. A su lado, William lo saludó, repentinamente tranquilo.

—¡Harold! —exclamó dirigiéndose al él —. ¿Qué le ha pasado? —preguntó refiriéndose a las ropas más rasgadas de lo normal del hombre. Además de eso, se veían bastante húmedas.

—Primero, salgamos de aquí, mis admirables amigos, hay demasiada gente enfurecida y no conviene que nos vean. Al menos, a ustedes no les conviene que los vean a mi lado —reflexionó Hoggat, agitando una mano esquelética sobre su cabeza —. ¡Vengan, vengan!

—William... ¿Seguro que sabes lo que haces?

—Déjame a mí, Jane.

Ella asintió, aferrándose al brazo tenso de él.

En silencio siguieron al pintoresco hombre por un camino terroso que se perdía por una colina de un verde oscuro que a Jane no le dio buena espina. La pendiente se suavizaba a medida que se distinguía a lo lejos las vallas de la granja Cukor. William palideció cuando creyó saber hacia dónde se dirigía Harold.

—¡Harold, la granja está demasiado lejos!

—No vamos a la granja, vamos a ocultarnos en el bosque. Tengo otras conocidas más amigables que las que habitan en las aguas. ¡Corran, corran! Seguro que quieren verlas. De todas formas, ¿creería que los Cukor me dejarían colarme en su propiedad? —rió con estruendo —. ¡Imagino lo que dolerían sus patadas!

—No quiero estar a solas con ese tipo en mitad del bosque, William. Estoy asustada.

—Aprieta tan fuerte mi mano como miedo tengas —pidió William, al tiempo que dejaba que sus dedos se escurrieran por la palma pegajosa de Jane para poder entrelazar los dedos con los suyos —. Todo lo fuerte que necesites.

Jane asintió a las primeras sombras que los engulleron. Con el pecho agitado y la respiración reducida, dio el primer apretón a la mano de su prometido, que le correspondió.

Quería besarla. Eso era lo que le pedía aquel contacto, aquella respiración

agitada tras su oído. William necesitaba girarse, rodearla con sus brazos, y bajo las ramas retorcidas y sinuosas de un hayedo, besarla. Y no dejar de hacerlo nunca. Ya que lo había experimentado no podía más que soñarlo estando despierto.

Tenía la oportunidad tan cerca... y a la vez tan lejos.

—¡Margret, deja de chillarme, pequeña boba! ¡Te oigo, te oigo!

Sorprendidos, se detuvieron a observar a un agitado Harold que no cesaba en su protesta contra algo que ellos no podían ver.

—Harold —lo llamó William. El hombre lo miró, como si no entendiese la reacción de este.

—¿Sí? ¿Por qué está tan pálido de repente? —se sorprendió—. ¡Oh! —Frunció el ceño—. ¡Has sido tú, bobalicona! Siempre los asustas a todos. —Regresó a sus quejas, esta vez, palmeando una superficie cubierta por hojas. Había necesitado acuclillarse sobre la tierra parda y húmeda—. Magret os da la bienvenida. ¡No seáis tan fieles a vuestra alta educación! Tomad asiento en los viejos tocones. Los mejores asientos, no hay duda.

Congelados por el comportamiento del hombre, William y Jane dieron un paso adelante para entrar en los dominios de una tal Magret con muy mal carácter. Cada uno tomó para sí un tronco que había sido cortado. Encontraron un total de siete a la vista. Jane se sentó llena de pesar, acariciando la corteza seca de lo que habría sido un precioso árbol.

—Margret dice que no estés triste por ellos. Sus espíritus se perdieron en el bosque hace ya... ¿Cuánto, querida? Ah, sí, sí... ¡Casi dos siglos! —Volvió la cabeza hacia la copa de un haya cercana, William lo imitó, perplejo—. Margret, querida, eso es mucho tiempo. Tendrías que repartir mapas a las despistadas ninfas. ¡Es una pena que mueran tan preciosos árboles! Ciertamente, ¿no, querida? Se van a pasear y no regresan...

Jane sufrió un terrible sobresalto al cerciorarse de que Harold se dirigía a ella. Una sonrisa sincera le atravesaba el rostro aterido de arrugas, y una barba gris le daba un aspecto terriblemente desaliñado.

—¡Oh... sí, por supuesto!

—Margret dice que te doy miedo. ¿Le doy miedo, señorita Jane? —Harold acercó tan bruscamente su rostro al de la muchacha, que esta se vio cayendo de su asiento natural. William impidió que resbalase enteramente.

—¿Quién diablos es Margret? —preguntó molesto.

—Margret dice que no se toleran los malos modales en su bosque.

—¡Te dije que estaba loco, William!

—Margret dice que no se debe alterar el sueño de los árboles, ¡señores, bajen el tono o querrán jugar! Son muy molestos algunas veces. Pretenden hacer cosquillas con sus ramas pero no hacen más que cortes y ¡cortes!

Al borde de la desesperación, William trató de encontrar algún sentido a todo aquello. Antes de que volviera a tener ocasión de preguntar, Harold respondió a la pregunta que había formulado con anterioridad:

—Margret es un espíritu muy especial.

Jane resopló, recogiendo sus faldas, de nuevo llenas de barro. ¡No paraba de ensuciar trajes nuevos!

—Margret dice que se ponga en pie.

—¿Cómo?

—Muchacha, ¡levántese!

Presa de un súbito enfado, Jane hizo lo que le pedían. En seguida, sus faldas fueron agitadas por manos invisibles y una cegadora ráfaga de aire cálido les cerró los ojos a los tres. William, palmeando la furia del aire llamando a Jane a gritos, se encontró frente a una preciosa mujer vestida, de la cabeza a los pies, de seda y flores rosas. Perplejo la observó con demora, siendo consciente de que su boca se abría rozando la estupidez, y de que sus manos temblaban.

—Tiene usted una pinta muy apetecible, señorita Dankworth. ¿O debería decir, Montybell? ¡Margret, hazlo tú misma, tozuda! Dice que tienen que regalarle un beso. ¡Oh, Margret, eres una pesada!

En ese momento, un impulso irrefrenable llevó a William a los brazos de Jane. Sus labios volvieron a encontrarse entre suspiros de anhelo. La odiosa espera para volver a abrazarse había parecido durar siglos, y no horas. Llevados por la repentina calidez que los envolvía, se olvidaron de su alrededor, del viejo hombre que hablaba solo y aplaudía con efusividad, y hasta del extraño bisbiseo que viajaba entre las ramas largas de los árboles como susurros que el aire quería hacerles llegar...

Tan rápido como sus labios se habían reclamado, se separaron. Atónitos, se miraron.

—Margret dice que sólo un beso —aclaró Harold, palmeándose las rodillas de sus piernas dobladas.

—¿Cómo ha hecho eso? —William señaló a Jane —. ¿Cómo explica esto? —Una tira de florecillas de aspecto delicado formaba una espesa corona de una belleza sobrecogedora, alrededor de la cabeza de Eve Jane. Los pétalos caían libres por su melena suelta, enredándose en sus bucles brillantes, tan

suaves como la piel rosa de las flores. Los rizos salvajes y dorados caían con una gracia hipnótica, largos hasta la cadera de la joven.

Por primera vez, William descubrió el ligero toque rosado de la piel de su amada, al contraste con su nueva vestimenta natural.

—Margret y sus ninfas aman las Camelias. ¿Ve esas blancas llenas de rebeldes y elegantes pétalos? Son Gladiolas... ¡Hermosísimas! Debo decir que haces hermosísimos regalos, Margret.

En ese preciso instante, William avistó el brillo de la alegría iluminando los ojos del viejo, que se agarraba las alargadas piernas casi con impaciencia y no dejaba de balancear su raquíptico cuerpo de delante hacia atrás. De sus labios resecos se escapó una verdadera carcajada cuando todo un revoloteo de flores blancas y rosadas —en su mayoría diminutas— giró en torno a él, acariciando sus marcados y huesudos hombros. Pronto, la inusual acumulación floral escapó hacia los árboles cercanos, que se dejaron poseer por la ráfaga de dulce e intenso aroma. Ciertas ramas crujieron con insistencia, lo que desató un alarmante frenesí en el señor Hoggat que a William le hizo desconfiar. Tratando de no seguir absorto con el estado de Jane, le tomó la mano con brusquedad, como para darle a entender que partirían antes de que el viejo loco los asustase más. Jane recibió su tacto y leyó en los ojos de su compañero lo que significaba que sus manos se aferrarán. Pero algo le impidió moverse. No sabía decir qué, exactamente. Resultaba indescriptible.

—¡Oh, no las despiertes, revoltosa criatura! —graznó Harold, sintiéndose por vez primera, incómodo. En un parpadeo lo encontraron en pie persiguiendo el ya irritante remolino blanco y rosado. Agitó sus manos con insistencia a la vez que correteaba y trotaba sin descanso, esquivando troncos, piedras y socavones poco profundos. Sus huesudos y alargados dedos lograron hacerse con unas pocas florecillas —. ¡Dichosa ninfa! —protestó al parar a recuperar el aliento. Esas dos palabras pusieron en sobre aviso a los dos jóvenes absortos en la pelea ficticia que Harold mantenía con el aire —. Mis invitados no vienen a jugar. Además, creo que ya conoces a la señorita, Margret. No seas maleducada.

La densidad del aire pareció cambiar al instante. Harold asintió con aprobación mientras que de una forma lenta y fascinante, la fina silueta de lo que se intuía como una mujer, se delineaba frente a los ojos de todos. William sintió ardor en la garganta y picor en los ojos que no se calmó al parpadear. Por otro lado, la maravilla mantuvo el corazón de Jane lo suficientemente agitado como para no pausar sus azorados sentidos por la impresión. Todo lo

contrario sintió William cuando escuchó, de alguna u otra forma, hablar al aire:

—Perdonen mi indecente comportamiento. —Los cabellos largos, casi infinitos y fluctuantes de la criatura, eran una masa homogeneizada que se componía, en su mayoría, de camelias empequeñecidas, hojas de bordes dentados y otro tipo de flores. A Jane le pareció que jamás se habían imaginado rasgos como los de aquel ser de difusos iris castaños —. Bienvenida a mi bosque y al de mis hermanas, venerable hija de la luna.

Harold imitó a la etérea mujer de flores y rasgos difuminados en una breve reverencia dirigida a la fascinada chica.

—¿Hija de la luna? —preguntó esta última, sintiendo una extraña opresión crecer en su pecho. Sintió un puño aferrando su cada vez más acelerado corazón —. Yo tengo una madre. —Vaciló —. La tuve, al menos. —Su voz se encogió de pena y sus labios se arquearon en una mueca de tristeza.

—La tuviste —coincidió la criatura con voz suave y comprensiva. Los silbidos del viento la acompañaron —, de ella heredaste lo que eres, Eve Jane.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es? ¿Qué es?

—¿Es que no es obvio? ¡Es una ninfa! —exclamó Hoggat, volviéndose a reincorporar de un salto.

—Si así queréis verme... Soy el espíritu de mi árbol —anunció alzando la voz por encima de las copas de los árboles. Los allí presentes se estremecieron por la fuerza repentina de aquellas palabras —, y como el resto de mis hermanas, protejo la vida de los bosques —explicó con calma y susurros sibilantes, esta vez, de tonos más acogedores. Una extraña paz dominó el claro.

William ahogó un bufido de irritación. Perplejo, se aproximó a la forma tambaleante de la dama, que cada vez se veía con más claridad.

—Ondinas, ninfas... ¿Qué será después? ¡Me niego en redondo a esto! —protestó.

—Estimado chiquillo, ¿para qué ha venido? —La ninfa se dirigió a él, que se vio abrumado por sus profundos ojos surcados por vetas parecidas a las que abundaban en la corteza de los árboles que los rodeaban.

—Yo... Yo... ¡Yo! —tartamudeó, presa de un intenso nerviosismo. Sintió la flacidez de sus piernas como un aviso de que estaba a punto del desplome.

—Me lo figuraba —comentó con desdén la voz del viento.

—Mi amigo sufre un amor no correspondido —se apresuró a comentar

Harold —, ¿no es así como me lo explicaste?

Las mejillas del joven Montybell ardieron de vergüenza, al igual que las de Jane.

—¡Esos son los amores más intensos y verdaderos! —clamó el viento. Toda una docena de ramas y hojas fueron golpeadas por la trayectoria de las flores voladoras —. ¿O no lo sientes así, querido niño? ¿No notas los lazos del amor retorcerse bajo tu pecho? No finjas, tus ojos te delatan. ¡Tu pulso también lo hace!

—No es al amor aquí lo que importa —respondió William, enrojecido hasta las orejas.

—¡Equivocado, como yo pensaba! —Dos brazos largos y delgados se extendieron a ambos lados de la ninfa. Los pétalos finos le adornaban la piel, cubriéndola parcialmente y vistiéndola de forma bella y extraña —. ¡Precisamente el amor es el culpable de todo! ¿No es por él que te has visto arrastrado por un viejo de ilusiones perdidas a ver cosas en las que jamás creíste? ¿No te empuja acaso el corazón a salvarla? —Un dedo difuso señaló a Jane, que emitió un gruñido bajo, sutil.

—¿Salvarme? —jadeó, sintiéndose asustada —. ¿De qué?

—De ti misma, hija de la luna. —William asintió inconscientemente, reconociendo una verdad de tamaño colosal.

Harold, que hasta ese momento había permanecido atento a un grupo de petirrojos cantarines, levantó la mirada, terriblemente apenado.

—Le diré —comenzó meneando la cabeza con abatimiento —, señor Montybell, que me cae bastante bien. Su compañía ha sido realmente agradable aunque ello haya supuesto un castigo por parte de mis temibles agresoras. —Con un rápido movimiento de la mano indicó a los jóvenes que permanecieran en silencio y no le interrumpieran —. Seré yo el que le diga que tiene usted dos opciones, cada cual más odiosa. ¡Terriblemente odiosas! —suspiró con el pecho encogido y las manos sobre él —. Y mucho me temo que ambas segarán de su ser hasta el último aliento de amor que esconda.

Atentamente, Jane observó cómo su prometido tragaba saliva, sabiéndose ya en terreno inestable y desconocido. La sangre bombeaba con furia en los oídos del futuro señor Montybell.

—Puede seguir a su lado, viendo como la distancia que los separa aumenta de forma desmedida —continuó el hombre, inclinando la cabeza hacia la muchacha que no apartaba la vista de su compañero, atenta a las subidas y bajadas de su pecho, cada vez más frenéticas y preocupantes —. Llegará un

día en el que no encuentre el camino hacia ella, y entonces, mi joven amigo, se romperá. Si continua aferrándose a un ser sin alma que es incapaz de dejarse amar, querido William, puede acabar incluso peor que roto.

»Pero, sin duda, puede ahorrarse un exagerado dolor. Nadie le juzgará si mira por usted y no por ella.

El rostro de Jane había palidecido de tal manera que incluso los pajarillos se alarmaron al verla. Temblando, se dejó caer a los pies de un delgado olmo, asentándose sin cuidado alguno entre las salientes raíces. Comenzó a llorar sin poder ocultar su miedo. Harold, sintiendo el peso de la culpa en sus delicados huesos, quiso consolarla pero no encontró las palabras para hacerlo.

—Joven Jane, sepa que Harold no es más sabio que el espíritu de un bosque. Habla su corazón dolido, su triste pasado. —Una mano suave como el terciopelo acarició la barbilla de la muchacha, alzándola —. Tu historia y la de tu joven admirador puede acabar de otra forma. —Los labios ya rosados de Margret adoptaron una dulce y exótica sonrisa.

—Pero yo... no sé... qué me está pasando.

Inconscientemente, William guió sus pasos cerca de ella. Se aposentó a su lado y le tomó las manos.

—Sabes que hablé con tu padre —le dijo, observándola con intensidad, recordando la conversación que mantuvieron la noche anterior, en la que le había confesado parte de los secretos que el señor Dankworth guardaba sobre su hija. Las lágrimas continuaban amontonándose en la base del cuello de Jane, acariciando su tersa piel sin descanso ni consideración —. No he terminado de contártelo todo —confesó.

—Seguro que los secretos que guardan mis años no los conocéis. —William miró a Margret, hastiado. Harold, por su parte, dejó escapar una risilla divertida: estaba claro que el joven creía estar viviendo un sueño, pues la presencia de la ninfa lo mantenía inquieto y tembloroso, más incluso que a Jane —. ¿Habéis escuchado la historia del primer árbol de Vant Konur?

—¿El roble del lago? —se interesó Will.

—¡Mi padre adora ese árbol! Cuando era pequeña pasábamos las tardes a su sombra, escuchando el rumor del río y el cantar de los pájaros. —Los recuerdos llenaron el azul inmenso de la mirada de Jane de pinceladas de destellos. Volvió a dejarse a la merced de las lágrimas.

—¡Y con razón lo adora! Tu madre estaba enamorada de él, pero no tanto como de tu padre —rió. Jane se puso en pie de un salto y corrió hacia la figura de Margret, que ahora se ocultaba entre las cortezas de los árboles que

rodeaban el pequeño claro —. Ese roble fue testigo de su épico romance — contó con dulzura. Sus cabellos pulularon alrededor de su delicado rostro y sus ojos, por unos instantes efímeros, fueron dos finas rendijas.

—¿Cómo lo sabe? —quiso saber Jane, precipitándose más a ella. Las flores perdieron la forma humana y le golpearon con suavidad el rostro, el cuello y el pecho al pasar sobre ella. Jane gritó, aturdida, y la risa contagiosa de la ninfa fue imitada por los pajarillos que perseguían a William allá donde fuera.

—Porque ese roble es mi árbol, dulce niña.

## DIECISIETE

**A**gazapado entre las sombras más cercanas al claro, un joven oculto a las miradas atentas de la ninfa de cabellos florales, esperaba su oportunidad. Cuando todos desaparecieron, él los siguió a una distancia prudente, midiendo sus pasos, su pulso y su respiración para que Margret no atendiera a su presencia. Con sumo cuidado trató de no despertar a ningún espíritu del bosque, y siguió los relatos de la fascinante criatura con atención, sin perder detalle alguno.

Una preciosa historia de amor fue relatada siendo él un oyente vedado. Le pareció bella la forma en la que una joven dama de agua y un humano desprovisto de prejuicios y miedos habían dado la espalda a sus mundos para amarse abiertamente. Tembló cuando la ninfa, esquivando gruesas ramas en su camino, explicó la intensa furia que experimentaron las ninfas de agua —que así llamaba a las Ondinas— al ver como su hermana las dejaba atrás para unirse a la tierra, en los brazos de un simple humano.

—¡Gritaron de cólera! —narró elevando el tono y despertando a todos los animales que descansaban próximos a ella. William y Jane se vieron sacudidos por un repentino escalofrío —. ¡Clamaron a la luna para que las ayudara en su venganza! Estaban cegadas por el dolor, confundidas por aquel acto, para ellas inexplicable. ¡Su hermana había dado la espalda a su naturaleza para vivir en tierra con uno de los seres que ellas ahogaban en las aguas! ¿Cómo la tímida Ywen había osado hacer aquello? —Ezra pudo apreciar las lágrimas surcando las mejillas de la chica a la que tan arduamente vigilaba. Él también se removió inquieto al escuchar el nombre del relato, pues le era terriblemente familiar.

»Al cabo de un tiempo, la feliz pareja regresó al lago, y fui testigo de cómo la preciosa Ywen, llena de vitalidad y alegría, llamó a sus hermanas. Una

sonrisa de felicidad decoraba su bello rostro. ¡Era preciosa! Pero, sin duda, ni ella ni su amado esperaban tal reacción como la que su visita produjo a las criaturas del lago.

La mente de Ezra se dejó atrapar por la magia de las palabras. De repente, su alrededor mutó con la intensidad de un furioso remolino. Lo árboles a su alrededor protestaron al cambiar las dimensiones de sus cuerpos, las ramas chasquearon aceleradas, las hojas cayeron y regresaron a la vida reluciendo con más intensidad.

Ezra apretó los puños a la vez que se concentraba en la visión de una joven agachada en la orilla del lago. Dejaba que sus pies de porcelana poco a poco se hundieran en la pureza azul y cristalina. Sin duda, estaba fría, pero ella dejó escapar un grito casi inapreciable de placer. Una sonrisa se extendió por sus sonrosados labios. Las mejillas de la chica relucieron, llenas de vida, al igual que sus ojos azules de una intensidad imposible de describir. A su espalda, un tanto inseguro, un joven muchacho la observaba. El nerviosismo se dejaba ver en los temblores de sus manos, que intentaban calmarse sin éxito. Le acarició el cabello dorado con delicadeza, y la chica dejó que unos cálidos rayos de sol se derramaran por la piel de su cuello.

Estaba muy feliz.

—Ywen... No creo que... No es buena idea.

Ywen apretó los labios en una fina línea rosada, la luz de sus mejillas no tardó en apagarse.

—Déjame sólo que les explique, lo entenderán.

—Ya las viste cuando te fuiste... —Los ojos de Ayrton Dankworth brillaron con intensidad. Ywen sacó los pies del agua y lo abrazó, sobrecogida —. No quiero que te pase nada.

—¡Oh, Ayrton! Son mi familia, no me harán nada. —Lo abrazó con fuerza y el joven se refugió en el calor de su cuello de piel blanca —. Ni al bebé tan poco —aseguró con un hilo de voz.

Inmediatamente, como reacción a la última frase de la chica, multitud de rostros bañados y rebosantes de agua, acudieron a la superficie del lago. Ayrton fue el primero en advertir la presencia de las damas de agua, y sobrecogido, asió aún más a su amada contra su cuerpo. Ywen sintió quemazón en la boca del estómago y también lo supo. Pidió a Ayrton que la soltara, pero él no se vio con fuerzas para hacerlo.

—Por favor.

¿Quién no podía rendirse a la voz de una ninfa? ¿Quién podía poseer

voluntad tan fuerte como para no doblegarse por entero a los deseos de una dama de agua?

Ayrton la besó, sin importarle que la veintena de pares de ojos que los miraban con odio contenido les estuvieran amenazando. Besó a Ywen acunándola entre sus brazos, sintiendo la desesperación apoderarse de él, de sus actos, de su cuerpo por entero.

Ywen le acarició las muñecas con los pulgares, y le sonrió como sólo ella podía hacer.

Ayrton aferró entre los dedos de su mano derecha su enlace a la vida, su amarre. Cuando las ondinas se percataron de la cadena que unía a ambos jóvenes, las aguas parecieron enfadarse.

Y Ezra sólo tuvo ojos para lo que sucedió a continuación.

Vio la esbelta y autoritaria figura de Delphica alzarse la primera de todas. Sus facciones contraídas en un rictus de amargura, frustración y pena. Sus cabellos oscuros adheridos a su piel con destellos azulados. Sus rodillas se dejaron ver por encima de las aguas, y gritó, dejando escapar un colérico torrente de lágrimas. Apuntó con un dedo tembloroso hacia la joven que había pasado de la alegría al profundo llanto, y se refugiaba entre los brazos de su compañero de vida.

Ezra sintió el corazón resquebrajarse al escuchar las palabras de aquella que había sido su principal figura en su desarrollo. Delphica, que siempre le había brindado excelente atención y protección, que lo había cuidado como una madre, le había cantado en las noches de miedos y acunado en sus enfermedades.

Delphica.

La misma que le había engañado.

Con la garganta seca y la mente saturada de información, Ezra corrió para alejarse lo máximo posible de aquel infierno. Quiso perder de vista las voces coléricas que se alzaban a coro tras la de Delphica, acusando a una joven que había seguido sus instintos. La desdichada e ingenua Ywen.

La muchacha atrapada entre dos mundos que iba a entregar a la vida un nuevo ser, igualmente atrapado. Una criatura maldita y sin alma.

Un niño perdido.

Quiso borrar de su mente la terrible amenazada que se negaba a creer.

Ellas no podían haber hecho algo así.

Las damas de agua... ¿eran su familia?

Dejó que sus piernas pensarán el camino que él quería olvidar. Sintió la

quemazón en sus músculos al contraerse, pero nada podía compararse al dolor que lo devoraba por dentro y quería ahogarlo.

No se dio cuenta de que lloraba por primera vez.

—¡Vay! —gritó sintiendo el resentimiento de sus pulmones. Ningún dolor se comparaba... —¡¡Vay!! —Alzó la voz.

La ondina acudió a su llamada con el rostro contraído por la preocupación. Al verlo en aquel estado, notó que se le desorbitaban los ojos. Ezra temblaba, medio arrodillado en las aguas. Supo que no quiso acercarse a ella, ni a ninguna de sus hermanas. Rastros de hojas se habían adherido a sus ropas de campesino, y a su cabello dorado. Sus ojos derramaban dolor en forma de lágrimas.

—Ezra... —lo llamó sin saber actuar.

—¿Es ese mi verdadero nombre? —Jadeó con rabia, dejándose caer de rodillas. Olillas revoltosas rompieron la calma del agua, y las ondulaciones llegaron hasta la ondina, que suspiraba sobrecogida. —. ¡Vay, no te quedes callada! ¡No te silencies! —La furia se hizo patente en la estruendosa voz del joven —. ¡No lo hagas! Habéis tenido más de veinte años para guardar silencio.

Vay negó con energía, a la vez que se agarraba la cintura con desesperación. Avanzó sintiendo que sus sentimientos se desbordaban por cada uno de los poros de su piel, y la nostalgia, fiel compañera, tiró de su corazón desbordando sus recuerdos.

—No —contestó con firmeza, a pocos metros ya del chico que había visto crecer —. Ezra no es tu verdadero nombre —confirmó.

—¿Quién decidió cambiármelo?

—Delphica.

—¿Por qué?

—Porque pensó que así sería más fácil mantenerte con vida. El nombre con el que te bautizaron nos recordaba demasiado a tu madre.

Ezra dejó que una súbita risa forzada se mezclara con el llanto, con la cólera y el dolor. Vay acudió a abrazarlo para darle consuelo.

—Mi madre... —Los labios de Ezra trataron de saborear la última palabra pronunciada, mas no pudieron soportar la indiferencia que albergaba —. ¿Tengo una hermana, Vay? ¿Es ella mi hermana? ¿He mirado a los ojos de mi padre sin saberlo?

De la garganta de la mágica criatura emergió una suave súplica de perdón. Los brazos de Ezra la envolvieron y ambos yacieron abrazados durante

minutos eternos. Sin dirigirse palabra alguna, nada más que consuelo.

Finalmente, la ondina serenó su rostro y soltó al joven, admirándolo con renovados ojos.

—Jamás estuve de acuerdo con el trato que le fue impartido a Ywen. —Su melodiosa voz se fracturó y se asemejó al golpeteo de las inquietas aguas que caían de la cascada a las rocas —. Ella era... la más noble de todas. Siempre supe que se resistía a su propia naturaleza. —Volvió a ponerse en pie y, lentamente, comenzó a vagar por las aguas camino a la profundidad salvadora —. El día en que se marchó por el robledal supe que la cambiaría para siempre, y así fue. —Asintió para sí —. Conoció a ese humano y encontró su unión, su enlace a una nueva vida.

Ezra dejó que la plenitud de las aguas lo envolviera mientras la voz de la ondina penetraba en sus pensamientos. Sintió la tirantez de sus piernas liberarse, la rigidez de su espalda y brazos desaparecer. Atrevidos pajarillos se arriesgaron a danzar sobre su vientre y lo distrajeron brevemente de la realidad. Tan sólo unos instantes.

—¿Por qué me criasteis? ¿Por qué?

—Todo acto tiene su consecuencia. En Delphica y las demás fue la presión de la culpa y el arrepentimiento. No pudieron más que aceptarte. ¿Cómo matar a una pequeña criatura que no podía defenderse? ¿El hijo de una hermana, nuestra familia? Un pequeño ser indefenso y... sin alma.

—Eso es lo que les dijiste —comprendió Ezra ante el tono lastimero de la mujer.

El llanto profundo de Vay inundó cada último rincón del lago y sus alrededores. Uno de sus gritos de dolor viajó por el aire y se propagó hasta los oídos de cada uno de los habitantes de Vant Konur. Los niños pequeños se abrazaron a sus madres, presas de una inexplicable angustia. Los labios de las mujeres temblaron sin explicación, y sus ojos se anegaron, turbios y tormentosos. Los hombres quedaron petrificados, sintiendo un vacío aterrador bajo su pecho. Todo el pueblo sintió la pena de la ninfa de agua que lloraba por su querida amiga, por su propia y desdichada vida.

William y Jane levantaron la vista por encima del hombro de Margret. Harold, en pie, miraba al frente, justo por donde se abría el sendero que llevaba directamente al nacimiento del lago, y más allá, a toda su inmensidad.

—Vay —gimió. Se llevó una temblorosa mano al pecho y una insólita lágrima plateada a la luz, barrió su mejilla hundida. Margret -o el cúmulo de flores llamado así- lo envolvió con su manto floral. Era la única que parecía comprender su dolor.

Jane miró a William a los ojos necesitando sentirlo. Pero no distante. Lo necesitaba junto a ella. Los ojos brillosos de él la miraron llenos de dudas, pero la veían más allá del cúmulo de información que les había sido precipitado. Para la joven fue suficiente. Se arrojó a sus brazos.

—Tengo un hermano, William. ¿Por qué padre nunca me lo contó?

Los dedos de William ascendieron por la espalda curvada de Jane sin temor. Treparon por la piel suave del cuello y se perdieron en un mar de ondulaciones radiantes y doradas.

—Para protegerte —alcanzó a decir él. Su respiración había aprendido a mantenerse relajada cuando Eve Jane lo tocaba.

—Harold, ¿por qué no les cuentas a nuestros amigos el porqué de tu lamento? —La voz de Margret hizo eco entre los árboles. El viento tronó con gracia agitando docenas de hojas cercanas. El hombre se dejó caer de nuevo en el suelo, cerca de William y Jane. Ambos jóvenes lo interrogaron con sendas miradas húmedas.

—Me enamoré de una mujer prohibida —confesó, sintiendo mil astillas clavarse en sus ijadas. Su cara expresó resentimiento, y las lágrimas acudieron a sus ojos como ríos caudalosos. El abrazo de la ninfa volvió a infundirle ánimos para que continuara con su relato.

—Era una ondina —comprendió la hija de la luna. Alargó una mano hacia el hombre, quien le correspondió a la muestra de afecto.

—Aún lo es —sonrió sin llegar a hacerlo. Jane sintió el estremecimiento recorrer su columna vertebral y llegar hasta el último de los huesos de sus pies. William escuchó absorto —: Hace ya mucho que ocurrió... Pero el dolor se hace más insoportable cada día que pasa. Cada año, cada luna llena...

»Si el canto de una Ondina no te mata, la maldición no ha hecho más que acrecentarse. ¡Créame, William, cuando digo que prefiero yacer antes que seguir con vida!

—Por eso usaba usted tantas advertencias —razonó William, frunciendo el ceño. La mirada de Jane se precipitó hacia él —. Quería que fuera precavido.

—¡Quería que se alejara de ella! —Señaló a Jane, que tembló en el sitio.

—Pero Jane no es una de ellas... No todavía.

—Pero... ¿es que no ha podido entenderlo todavía? ¿No la vio acaso bajo

el fulgor de la luna? ¡Ese maldito astro la llevará con el resto de las damas de agua!

—¡No! —exclamó William, ya de pie. Había avanzado un paso en señal de enfrentamiento. Jane quedó semioculta ante su cuerpo erguido.

—¿No? Intentará impedirlo, William. Y si no muere, le deseo suerte.

—¡Puedo salvarla! —aulló.

La risa cínica y cansada del hombre desconcertó al joven. Giró el rostro en dirección a la chica que había perdido la mirada en el resplandor lejano de las aguas. Lloraba en un silencio sobrecogedor. Su perfecta compostura lo llenó de pavor. Realmente parecía estar preparada para echar a correr hacia un futuro que le había sido predicho desde antes de nacer.

—¡Jane! —gritó de súbito —. ¡Eve Jane!

Ella obedeció a aquella súplica. Ambos rostros lastimeros se observaron unas décimas de segundo, pues William se arrodilló a sus pies, precipitándose a sus rodillas.

—Dile que puedo salvarte. ¡Dímelo a mí! —rugió conteniendo el miedo.

Jane se mordió el labio para calmar su angustia, pero no pudo responder. No lo sabía. No lo sabía. Dejó que William descargara su frustración ahogando sus gritos en la tela suave y sedosa de sus faldas. Le acarició el cabello y tragó saliva, conmovida.

Su ceguera había sido inmensa. Había tratado a su corazón con doliente maldad. Le había hecho creer que era insensible a los actos delicados. Pero, la verdad era, que ante los actos de amor se deshacía. Y ante la debilidad de William, se desbocaba.

—Abrázame —dijo con firmeza.

El joven la irguió de la cintura casi en el acto, y le dio refugio entre sus brazos.

—Jane —susurró para que sólo ella pudiera escucharlo —, si Ayrton encontró la manera de estar con... tu madre, yo puedo encontrar la forma de vivir a tu lado.

—Pero mi madre... murió, William. No me dejarán tranquila hasta que haya pagado su deuda. La mataron.

Los brazos de William apretaron con más fuerza. Besó la piel cercana al oído de Jane y ella suspiró.

—Sé que hay una manera de hacerlo.

—¡Claro que la hay! —los sobresaltó la ninfa —. Pero vuestros corazones aún no están listos.

»Lo que salvó a Harold de la muerte no fue el puro capricho, fue el amor correspondido de una ninfa de agua. Ella no pudo matarlo. Y por ello, ambos yacen condenados hasta que la eternidad muera con ellos.

## DIECIOCHO

**S**entados permanecieron un par de horas más. ¿Dos, tres, cuatro quizá? Ninguno pudo aclararlo al llegar a la finca Dankworth.

Mientras estaban de camino, la mente de William se recreaba una y otra vez bajo la sombra del gran roble del bosque. El mismo que presencié una mágica batalla por amor, y el mismo que había servido de refugio a él y a la mujer que amaba. La miró sin ocultar la intensidad de su mirada. Ella le sonrió con tristeza, destilando calma en su respiración acompasada. Iban de la mano, incapaces de soltarse y dar andadas a ciegas por un mundo que no quería corresponderles.

—Eres tan bella...

Jane agachó la vista, intimidada por la pasión que pintaba los ojos azules de William, el mismo que había prometido salvarla...

—La belleza no es mía...

—No vaya a responderme que se la cedió la luna, señorita Dankworth.

Ante la galantería renovada del muchacho, Jane se detuvo. Rio como una chiquilla, olvidando la pena que atería todo su cuerpo. Le soltó la mano, que se llevó al vientre a la vez que un fino rubor crecía en la palidez de su piel.

William dio un paso hacia adelante, con una mano tras la espalda, y la otra extendida hacia adelante. Hizo una reverencia cargada de cinismo.

—Si la he ofendido, le ruego me disculpe. Sepa usted que ante tal hermosura mis modales se vuelven... ¿Cómo decirlo? ¿Cerriles?

—William...

—No, no. Déjeme enmendar mi error.

—No ha cometido ningún error, caballero.

—¿Entonces, por qué su rostro no reluce como antaño?

—Porque no quiero... —Jane retrocedió ante la proximidad repentina con su compañero. Su mirada graciosa y sincera hizo que un dolor lejano creciera en su corazón. «No quiero hacerte daño. No quiero arrebatarte tu último aliento.»

—¿Qué no quiere?

—Deje el juego, señor Montybell, estamos prometidos —intentó bromear. La gravedad de su voz arrastró todo rastro de risa.

—¡Lo había olvidado! —parodió el joven, en un alarde de locura —. Pueden vernos de la mano, querida —comunicó con voz profunda y sentida. El tono azul cambió en sus ojos para tornarse más oscuro, como a punto de descender a las mismísimas tinieblas del miedo. Aquello era lo último que Jane quería, por lo que se precipitó a alcanzar la mano que le había sido tendida de vuelta.

Lo escudriñó enternecida. Él no la detuvo.

Los ojos de Jane descendieron por la curva de la nariz de Will para bajar después por su barbilla de bordes suaves. No había ningún ángulo anómalo que estorbara en el rostro del muchacho, y era tan agradable el tono rosáceo de su piel que invitaba a ser acariciada. Con el dorso de una mano temblorosa, Jane se dispuso a acariciar una de las cándidas mejillas. William tuvo que cerrar los ojos, movido por el fervor que aquel tacto le provocaba. Allí por donde la piel de Jane entraba en contacto con la suya, sentía carbón puro sobre sus poros.

Quemazón en la garganta.

Necesidad en sus manos.

Urgencia en sus labios.

Atrapó la mano de Jane cuando bajaba por su cuello, y su mirada acalorada le advirtió.

—Pueden vernos de la mano, pero esto...

Jane comprendió, aún así, insistió en tocarlo. Necesitaba sentirlo bajo sus manos, cerciorarse de que era tan real como el llamamiento de la luna sobre ella.

—William —susurró llena de congoja —. Quiero volver a nuestras tardes juntos, a nuestros momentos de risas. Quiero... descubrir nuevos.

William tragó saliva con sonoridad. La mano de Jane estaba sobre su pecho. Alterado, elevó la cabeza por encima de la figura de la chica para otear el camino. Habían seguido un precioso sendero que Margret les había indicado para llegar a la finca Dankworth sin ser interrumpidos. Jane no tardó

en reconocer que esa vía había servido a su padre en su meta para conseguir a su querida y adorada ondina. Le pareció precioso.

Estaban solos, ocultos por un mar de vegetación. Rodeados de oxígeno que, pasados unos minutos, les sería escaso.

Los dedos de Jane desabrocharon el botón primero de la camisa del joven. Después, sin dejar de observar el movimiento de la tela al abrirse, desabotonó el siguiente. William tragó saliva de nuevo, sobrecogido. No podía actuar. ¿Cómo oponerse? Pero, ¿cómo dejarla hacer?

Los nudillos de Eve Jane invadieron su torso desnudo. Sintió que no podría seguir de pie, hasta que la vio llorar de nuevo.

—Eres real —dijo, con una tierna sonrisa de alivio en sus labios rosados—. Te siento, William.

Le acarició la mano temblorosa, la apegó a su pecho palpitante, agradecido.

—Jane... —La distancia que alejaba sus rostros azorados fue recortándose—. ¿Qué pasa si beso a una medio ondina?

—Ya lo has hecho antes —contestó la aludida, con un finísimo hilo de voz. Su garganta quería silenciarse para siempre.

—Entonces no hay peligro.

—William, no quiero que te pase nada malo...

—Pero, ¿no entiendes que ya estoy condenado? Hagas lo que hagas...

—Te he condenado. —Una conmovedora lágrima corrió por la mejilla de Jane.

—No... Me has enamorado.

Un repentino chasquido los sacó de su turbación. Se separaron, precipitados, sin poder evitar sentir una chispa de rabia por no haber acabado con la separación que podía haber unido sus labios de nuevo.

Regresaron a la finca, donde una renovada Jane entró sin vacilaciones.

—¡Mi niña! —exclamó el buen señor de la casa. Achuchó a su hija en un abrazo desesperado—. ¡Qué bien que estés de vuelta! No te imaginas la mala noche que he pasado. ¿Todo bien? —se dirigió a William, guiñándole un ojo. Este desvió la mirada a las columnas de piedra que precedían la entrada al jardín.

—Padre, ¿cuál es el nombre de mi hermano?

Todo el color posible desapareció del rostro de Ayrton como si un potente soplo de aire invernal se lo hubiese llevado. Abby, que con suerte limpiaba cerca de donde ellos estaban, logró evitar que su señor se golpeará contra el

marco de una puerta.

—¡Señor, señor! ¡Siéntese! ¿Niña, crees que esas son maneras de interrogar a un padre? ¡Siéntese señor, por favor!

Ayrton negó.

Rosalind dejó la carta que estaba escribiendo, y acudió a abrazar a su amiga, por la que tanto se había preocupado la noche anterior.

—¡Oh, Jane! ¿Qué tal el pequeño? ¿Y su madre?

El ama se agarró rápida al brazo de la muchacha y se dispuso a arrastrarla a la cocina. El reproche de Rosalind hizo temblar las maderas del salón.

—¿Tuve o no tuve un hermano, padre? —insistió Jane, ajena a los resoplidos de su amiga, que ya se alejaban.

Ayrton asintió. Su mirada turbia se había alejado una veintena de años en el tiempo. Jane se arrodilló junto a su padre para abrazarlo, odiaba verlo sumido en el horrible trance que el dolor le provocaba.

—Mi primer hijo fue un varón —dijo. Jane lo abrazó con una fuerza desmedida—. Le llamamos Terrance. A tu madre le encantó. —Rompió a llorar como un crío. Desolado, buscó el calor del único miembro de su familia que le quedaba. Se llevó a su hija al regazo y la abrazó con un amor incondicional. Se aferró a ella lleno de temor, pidiendo que no se la llevaran también.

William supo respetar aquel delicado momento. Para dejarles intimidad, se alejó con disimulo. En su camino, una montaña de hojas amarillentas, recién escritas, llamaron su atención. No pudo evitar sentarse en la silla preferida de Jane, el lugar en el que la vio el día que acudió a su hogar para pedirle la mano a su padre. Con sumo cuidado recogió el comienzo del manuscrito. Las letras se leyeron solas con una voz agitada en su cabeza:

*Pese a que a padre le irrite que trate de enmendarme a base de escritura, me temo que tengo que obviar la cara desaprobatoria que pondría al verme, puesto que me es necesario buscar una vía de escape a la realidad que me ahoga.*

*Menos mal que padre está en Canterbury, fumando relajado en su butaca favorita, criticando, junto a la buena familia de mi prometido.*

*¡Oh, te echo de menos, Harem! Me encantaría regalarte alguna tarde entre los preciosos bosques de Vant Konur. Pero... permíteme que me quede un poco más junto a Jane... Sé que me necesita. A mí, a Abby, y a la revoltosa Katherine. ¡Creo que ha encontrado el amor! O bueno, quizá haya sido un atisbo, pero se ha aferrado tanto a él que me figuro, le va a ser imposible soltarse. Hadrien y ella hacen tan buena pareja... Ya sabía yo que una mirada fogsosa tiene un significado guardado. Lo he podido*

*comprobar con mis propios ojos... Aunque, esa no es la historia que necesito plasmar aquí.*

*La desaparición de Jane causó estragos en mi mente. Lloré desconsolada, rompí platos caros de la cocina, y desperdicié dos jarras de té enteras. ¡Amenacé a William! ¡Oh, cielos! Recuerdo su cara de pavor cuando me precipité sobre él, movida por el miedo de perder a mi amiga.*

*Está realmente enamorado...*

*Y yo, fielmente perturbada...*

*No puedo aclararme. Mi cabeza es un amasijo de palabras sin sentido, dichas por una mente invadida por el terror y por el espanto. Me refiero a Eve Jane. La noche en la que William la encontró (después de amenaza) fue tendida en su lecho y tragándonos el malestar, Katherine y yo ayudamos a asearla. Abby peinó sus cabellos, cubiertos de un brillo nuevo. Me creo desvariada porque... ¿pudo la luz de la luna quedar atrapada en sus ojos? Realmente es algo que me acongoja...*

*Pero no es todo lo que llena de pavor mi corazón. Jane sufrió de veras, y aunque sé que Kath y Abby lo vieron, callaron su secreto.*

*¿Puede alguien sentir el deseo de acabar con una vida?*

*Entre delirios, las palabras que los labios de Jane soltaban me invadieron de malsana manera. La sacudí varias veces para sacarla del sueño que parecía importunarla, pero mi voz no parecía ser lo suficientemente potente.*

*«¡No me dejéis!», chillaba encolerizada. Lo repitió más de una veintena de veces. No tenía fiebre. ¡El frío se agolpaba en los poros de su piel! Estaba helada.*

*Después pasó a llamarlo a él, con la voz tan angustiada y dolida que las lágrimas acudieron solas a mis ojos conmovidos. Prometo que compartí la angustia con ella, ¡protestaba de impotencia!*

*«¡No me dejes hacerlo, William!»*

*Esa frase se escribió con fuego en mi mente. ¡Y no puedo borrarla!*

*Cada vez que pienso en William se me llena el corazón de dolor.*

*Algo está pasando, y no es nada bueno. Entiendo que la angustia de Jane está justificada, mas me temo que no llego a entenderla del todo. Lo que con certeza puedo confirmar y dejar por escrito es que... Jane ve a William perder la vida en sus pesadillas.*

*Y cada vez le parecen más reales.*

Petrificado, William dejó la hoja de vuelta sobre el resto. No quiso seguir leyendo, pues una intensa inquietud se coló en el interior de sus pensamientos. Las manos le temblaban, ajenas a la rigidez del resto de su cuerpo. Notó el pulso disparado, y la mirada extrañada y húmeda de Jane clavarse en la suya.

Tembló.

No supo explicar si fue un miedo irracional o un sentimiento protector. Quiso abrazarla y alejarse de ella. Todo al mismo tiempo.

No pudo más que acercarse, pues el señor Dankworth se había puesto en pie y les pidió paso a su despacho.

William obedeció. Cabizbajo, evitando una nueva mirada turbadora de Jane, siguió los pasos del afectado hombre que trataba de secar sus ojos sin éxito.

La joven marchó ensimismada hasta el ventanuco sin cortina de la estancia. Despacio y sintiendo la suavidad del cristal limpio bajo las yemas de sus dedos, dedicó unos minutos a reflexionar en silencio mientras su padre reorganizaba las ideas de su mente. Finalmente, el señor Dankworth decidió romper el expectante silencio, y mirando a William, anunció:

—Ywen no me dejó ningún manual para criarte —habló para su hija —, pero lo que sí me dejó fue la estela de una advertencia. —Giró el cuerpo hacia la derecha para orientarse hacia ella, que seguía con la mirada perdida en el espesor cercano del bosque de la finca.

—Que soy algo antinatural. Algo en lo que no creo, pero que sí siento. — Padre y prometido se sobrecogieron ante el bullicio súbito de las lágrimas y del brillo lunar que relucía en la desconocida mirada de Jane —. Es horrible saberte diferente. Siento que una minúscula parte de mí lucha por ganar terreno a mi cuerpo. ¿Sabe lo mal que suena eso dentro de mi cabeza, padre? ¡Llevo meses preguntándome si estaría perdiendo la cabeza! —Mostrando exasperación, Jane se paseó por el despacho llevándose las manos al pecho y a la cabeza. Meciéndose por los espasmos, evitó mirar a Will.

—No estás perdiendo la cabeza, mi niña...

—¿Por qué se fue? —gritó, cerrando los ojos con fuerza hasta ver luces parpadeantes tras sus párpados —. ¿Por qué actuó como lo hizo?

—Sé que estás nerviosa, preocupada... Cálmate, Jane, querida...

—¡Yo no quise hacerles caso, padre! ¿Pero qué pasará cuando no tenga más remedio? ¡Siento como mi cuerpo cede a la voluntad de algo desconocido! ¡Y no se puede arrancar de dentro! ¡No puedo pararlo!

Encogida sobre sus rodillas a la vez que se asía el vientre con urgencia, yació Jane en mitad de la sala. William quiso acercarse a ella, pero estaba seguro de que, como se encontraba, no podría soportar una mirada de desconcierto y de dolor de ella. En su lugar apretó los puños hasta clavarse las uñas. Se concentró en el leve dolor que el gesto le infundió, y respiró con fuerza, a la espera de una reacción por parte del señor Dankworth.

—Lo siento, mi niña... ¡Siempre tuve la esperanza de que nunca sucediera!

—Tengo mucho miedo, padre —gimió, reclamando los brazos del hombre

que le había dado la vida. Se abrazaron para compartir el malestar —. No quiero alejarme...

—No lo harás. —La voz firme de Will provocó que ambos se reincorporaran.

—Cierto —asintió Ayrton—. ¡Cierto! —Corrió a su mesa maciza y rebuscó arduamente entre los cajones llenos de desordenados apuntes y archivos de recaudación de impuestos. Jane, cabizbaja, recompuso su expresión levemente y volcando el peso de su cuerpo hasta la pared más cercana, se abandonó a los pensamientos de nuevo. Aquello llenó a William de impaciencia e impotencia a la vez. Odiaba cuando Jane experimentaba momentos de soledad necesaria. Se aislaba de él, de su presencia, minutos después de haberse tomado la dichosa libertad de acariciar una parte de su cuerpo que él no estaba muy propenso a enseñar.

Irritado como estaba, no le importó que los tabloncillos del suelo expresaran su nerviosismo ante la esperada respuesta del señor Dankworth, que seguía en la tarea de trastear en los cajones llenos de papeles y tarros de tinta vacíos.

Eve Jane continuaba sumida en un estado indiferente. William sabía que su conciencia andaba muy alejada del mundo que la rodeaba, podía sentirlo en la latente inquietud que lo mantenía hiperactivo.

Jane se estaba alejando.

No estaba preparado.

No después de haber sentido las manos suaves y cálidas de ella avanzar libres por su sensible piel.

No después de haber sentido el contacto de sus dulces labios.

Ayrton Dankworth sacó con un cuidado reverencial su más preciado tesoro después de su hija. Sus labios, de comisuras ligeramente arrugadas, se apretaron al tiempo que los del muchacho se separaban. El plateado de sus cabellos emitió suaves destellos al elevar el rostro, encontrando de camino el resplandor de un candil que se resistía a apagarse.

Lo que yacía reposando en las palmas envejecidas del padre de Jane no era más que...

—¿Una cadena de plata? —expresó William su desconcierto.

Ayrton se llevó sus gafas de media luna hasta su lugar correcto sobre el puente de su nariz recta. Su hija la tomó con calma y sintió su escurridizo tacto entre sus dedos. Cerró los ojos presa de una antigua e inexplicable paz. No pudo describir el sentimiento que le apresó el corazón y ascendió por su garganta, pero se parecía mucho a lo que experimentaba instantes antes de

despertar de sus terribles pesadillas.

—La hizo madre —supo—. Gracias a esto pudo quedarse contigo, a tu lado — reflexionó tanteando los redondeados eslabones relucientes.

Ayrton suspiró, notando la humedad de los ojos de Jane contagiándose a los suyos.

—Resulta que... yo no sé hacerlo. —Dejó la cadena sobre la mesa con reproche y William salió de su trance.

—Señor, ¿fue el amor lo que llevó a Ywen a crear esa unión con... con usted? ¿La necesidad de abandonar a los suyos? —Pese a que Ayrton ya se lo había explicado, necesitaba volver a escucharlo.

—Ywen jamás hubiera abandonado a sus hermanas a menos que se tratase de una razón de peso.

—Se enamoró, ¡claro que tuvo que hacerlo!

Ayrton se sobrecogió ante la entereza de su hija. Erguida con dureza, admiraba el fulgor que emitía la exótica plata, nacida del mayor deseo de una joven ondina.

William soltó todo el aire que sus pulmones retenían. Su mirada se desvió hacia la figura de su amada que, incapaz de procesar la información con suficiente rapidez, retenía el nudo de frustración dentro de su garganta.

—Jane necesita un potente lazo que la ate a ésta vida —explico el hombre con un lastimero hilo de voz.

—Pero yo... yo no soy como ella.

—¿Quieres seguir aquí, Jane?

—¡Yo no soy como mi madre!

—¡Jane!

—¡Yo no estoy enamorada! —gritó clavando sus pupilas ardientes en las sobrecogidas de Will. Ni las lágrimas furiosas pudieron conmoverle más que esa intensa mirada cargada de acometividad —. ¡Yo estoy perdida, padre! ¡Perdida!

—¡Lo tienes a él! —Señaló al herido muchacho que trataba de mantener la compostura cual caballero abatido en la batalla. Se refugió en el recuerdo del abrazo de Jane, en el tacto cálido de su piel, en el sabor de sus labios...

—¡William no puede ayudarme! ¡Si el amor es la solución en el juego de mi vida, él no puede hacer nada!

La mirada de la joven actuó con más eficacia que una afilada daga separando los filamentos del corazón. William sintió la presión del agua empujando sus pulmones y tuvo que asirse a la mesa para no tambalearse y

caer. Ayrton reconoció el gesto, debido a un malestar que una vez sufrió él. Acudió junto al chico para ayudarlo a sentarse y respirar.

—Jane, deja de gritar —pidió William con sobrecogida paciencia, sin molestarse en ocultar su dolor por tal despecho.

—¡No!

—Por favor..., deja de... —«intentar matarme.»

—¡Para! ¡Deja de intentarlo! El amor no surge con desearlo. Créeme, Will... lo he intentado.

—Quieres que me vaya —se precipitó el joven.

—Quiero que... te alejes —contestó ella, con la voz compungida. No quería que William sufriera tanto pero, ¡era peor acabar matándolo con sus propias manos! Temblando, trató de mantenerse firme en su decisión: tenía que alejar a Will de ella para poder mantenerlo a salvo.

—No puedo, Jane. No puedes pedirme eso —rogó el joven en un lastimero susurro que terminó por despedazar el corazón de ella.

—Por favor, necesito pensar. Comprender.

—Jane...

—¡Márchate! —lloró —. ¡Fuera! —gritó, llevándose las manos a la cabeza con renovada desesperación.

—No dejaré que la maldita luna te cambie, Jane. Ahora que puedo tenerte a mi lado, pienso luchar contra todas las mujeres de agua, por muy bellas que sean. ¿Lo entiendes?

Jane volvió el taciturno rostro hacia la ventana para no tener que soportar el porte decidido de Will. Se rompió por completo cuando el joven Montybell abandonó la estancia, sumido en la más absoluta decadencia. Entonces, corrió a los brazos de su padre.

—Padre... creo que puedo amarle —se sinceró entre hipidos —. Le quiero. ¡Le quiero! —gimió a la chaqueta de tela áspera y oscura con olor a pergamino mohoso.

—Entonces, querida mía, ¿dónde está el problema? Él anhela corresponderte desde su más tierna infancia, pequeña. Es maravilloso que hasta ti pueda llegar el amor de ese muchacho. No hay alma más pura y leal a la que puedas unirte.

—Lo sé, padre. —Dejó que las lágrimas surgieran desde lo más profundo de su ser, derramando la desesperación que vivía dentro de ella —. Pero... eso también lo saben ellas.

## DIECINUEVE

No existía profundidad más bella y atrayente que la que Jane contemplaba, totalmente absorta, bajo el intenso resplandor de la luna llena. El susurro de las hojas de los árboles, agitándose las unas contra las otras; el bello canto de los insectos acompañado del suave aleteo de una madrugadora ave. Sonrió lentamente, sintiendo cómo las comisuras de su suave boca se permitían estirarse delicadamente. Su piel emitía un brillo nacarado, casi mágico. Perfecto.

La sensación de la piel de gallina inundaba hasta el último poro de su piel; sin embargo, esta se veía lisa y tan suave que el agua, en delicadas gotas, resbalaba de ella.

Agua.

La mirada de Jane descendió lentamente.

Más agua.

Agua.

Will.

¡Will!

!!!WILL!!!

El desgarrador grito que dejó escapar de sus pulmones alertó a todos los habitantes de la casa. Abby corrió para tranquilizarla. La rodeó fuertemente con los brazos mientras ella pataleaba al borde de la histeria. El llanto había cambiado, sonaba furioso, y no apenado.

Muy furioso.

Mucho dolor.

Tanto dolor que Abby se dejó a merced de él, llorando abrazada a Jane. Estaba rota por no poder calmarla y librarla de las pesadillas que no la dejaban descansar por las noches. Pero su niña se resistía a ser consolada. No podía soportarlo. Esta vez no podía soportarlo.

Gritó hasta sentir el dolor abrasarle la garganta y quemarle los ojos. Abrió sus pulmones hasta liberar toda la rabia que retenía en ellos.

No quería llorar. No quería rogar. Quería salvarlo. Quería abrazarlo. No quería ahogarlo. Necesitaba besarlo, refugiarse en su regazo, entrelazar los dedos con los suyos.

No podía dejar que el agua ganara, que la luna ganara, que ellas vencieran. Si no encontraba la forma de atarse a William, ambos estarían perdidos.

# EL VIAJERO ISLANDÉS

Hofn, Islandia.  
1613

«Las noches en las que la luna encandila el cielo nocturno y vuelve plata las sombras, se dice que dos corazones se han visto forzados a separarse, pero que por ende, se sabe que nunca jamás dejarán de amarse. Dicen, pues, que un nuevo ser es creado por el astro para errar como símbolo duradero del amor frustrado del que ha nacido. Los hay algunos que les ponen nombre: Ondinas, remarcaron los más cuerdos. Espíritus de agua, aullaron los más sensatos. Bellísimas damas hechas de agua, murmuraron los condenados.

»

—Te quiero, pero no puedo amarte —fue lo que sus labios temblorosos dejaron escapar. Se guardó un potente y doloroso suspiro en los pulmones, o en algún recodo de su garganta reseca. No quería hacerle daño, no podría partir con ello en mente; con un llanto colmado de tristeza resonando en los recovecos de su memoria y torturando su alma.

Catin agachó la cabeza a sus manos, entrelazadas con fuerza con las de ella. Los dedos de ambos entrelazados como nudos, no querían soltarse.

Tras unos segundos aguardando con los ojos cerrados, Valeska rompió a llorar para echarse, seguidamente, sobre sus brazos y su pecho. Catin la abrazó, sorprendido. Dejó reposar la barbilla sobre la cabeza de Valeska y la sostuvo hasta que los sollozos se tornaron débiles.

No aflojó la presión de sus brazos incluso después de escucharla hablar.

—Llévame contigo, Catin —rogó con voz segura, cayendo en una repentina calma. Se enderezó alejándose levemente del tacto reconfortante del joven. Catin dejó que sus manos resbalaran poco a poco del cuerpo de la muchacha y se enfrentó a su mirada. Encontró alivio en sus ojos castaños.

No estaba enfadada.

Tampoco estaba rota.

Sentía alivio porque no la amaba.

—No puedo hacerlo, es muy arriesgado. ¡Ni si quiera sé lo que puedo encontrarme! No tengo un rumbo fijado —se justificó Catin, negando ásperamente con la cabeza.

—¿Cómo decides arriesgarte tanto, entonces?

—No puedo atarme aquí, Valeska. Esto no es lo que quiero.

La chica asintió con pena, y se enjugó las lágrimas que quedaban sobre sus mejillas congeladas. Dedicó un último vistazo a la bolsa de piel vencida en la que Catin había guardado unas pocas pertenencias.

Por casualidad, pensó, que había logrado enterarse de sus planes antes de que desapareciera para siempre. Iba a cometer una locura, y le asustaba haberse vuelto conocedora de la tragedia.

—¿Qué pasa si el barco no llega a puerto?

—Llegará —aseguró Catin luciendo una tímida y alentadora sonrisa. Deslizó un pulgar bajo la barbilla de la adorable muchacha y alzó su barbilla para contemplar plenamente sus ojos. Quería llevarse un bonito recuerdo de su hogar y de su juventud, pues bien sabía que el viaje al que estaba dispuesto a rendirse no tendría retorno.

Catin suspiró tras obligarse a dejar de rememorar los recuerdos del pasado. Porque su vida con Valeska era historia. Su pasado en Hofn tendría que borrarse de su mente. Cuando le preguntaran por su procedencia, él negaría provenir de tierras islandesas.

¿Austurland?

Negaría tozudamente.

Había despertado tan desorientado que los tripulantes del Verloren se entretuvieron tirándole pesados fardos de lo que fuera que transportaran. En cualquier caso, pesaba horriblemente; Catin pudo constatarlo con el repentino entumecimiento de su brazo izquierdo.

Se vio violentamente obligado a abrir los ojos y ponerse alerta. Había conseguido un pase en el navío más grande que descansaba amarrado en el puerto de Hofn, hacía ya... ¿cuánto tiempo?

Se miró los pies, no tenía zapatos. Alguien se los había quitado.

La alarma comenzó a ascender por su espina dorsal como un rayo al no dar con el viejo saco de piel que le había robado a su padre para emprender su viaje de locura.

—¿Cuánto tiempo llevamos navegando? —se atrevió a preguntar a uno de los tripulantes, que apilaba sacos enormes junto a otro compañero. Sin duda se estaban preparando para desembarcar. El mal hablado idioma hizo mella en su

acento, provocando insufribles muecas de burla por parte de los espectadores.

El grotesco hombre al que Catin se dirigía dejó escapar una sonora carcajada, profunda y rasposa. A Catin le enfundó más repulsión de la que ya le llenaba. Sin embargo, por toda contradicción, obtuvo respuesta:

—Más de siete días, muchacho. ¡Y ahora largo antes de que se queden con tu ropa! ¡Te tirarán por la borda a tierra, como llegaste al mundo!

Catin, que por fin logró dar con su saco, salió al troté empujado por los dos hombres. El más envejecido y plagado de pieles sobre sus hombros, poseía, claramente, muchos más músculos y vello facial que su esmirriado y débil compañero.

—¿Siete días?

—Estamos en la cerrada tarde del octavo día, chiquillo. ¡Echa cuentas!

Catin fue escupido del bergatín entre empujones y rudos insultos. Asolado como se encontraba, tembloroso y sin calzado, obedeció las órdenes que le fueron gritadas.

Cuando por fin encontró tierra firme, tuvo que alejarse considerablemente de la trayectoria de los comerciantes, pues estorbaba en el camino.

—¡Muchacho, eh, muchacho! —lo llamó alguien conocido. La tez de Catin se coloreó algo más al ver sus botas de piel colgando de la mano del tipo que lo había despertado —. ¿No pensarás ir por ahí con los pies descalzos? —Se los arrojó al pecho, y Catin tuvo que cazarlos al vuelo, para después soltar una exclamación de dolor.

—¡Auch! —exclamó involuntariamente. Enseguida rectificó su postrada figura y se irguió cuanto su dañada dignidad le permitió. Cabeceó en agradecimiento antes de marchar hacia no sabía dónde.

—¡Espera, espera! —El harapiento y sudoroso hombre lo examinó de arriba abajo mascando algo que parecía una gran astilla de madera. Catin no pudo evitar estremecerse bajo los escrutadores y atentos ojos oscuros del imponente hombre.

—A... a... a... —se esforzó en contestar, pero en realidad, ni siquiera lo sabía. ¿Dónde estaba, exactamente?

—¿Eres tartamudo, muchacho? ¿Lento, quizá?

Eso último fue imposible de traducir para el asolado chico, que se encogió de hombros con una angustiada expresión en el rostro.

—Tú no eres británico —comprendió el hombre, rascándose la barba.

—Británico —repitió Catin, sintiendo un súbito calor adormecerle la lengua. Esa palabra le era muy familiar —. ¡Británico! —repitió

entusiasmado. Sí, definitivamente la había aprendido con anterioridad.

El mercader ladeó la cabeza, perplejo.

—¿Entiendes lo que te digo, chico? —Catin meneó la cabeza hacia ambos lados, en señal de un entendimiento a medias —. ¡Ah, tú eres el islandés!

Aquello no le gustó al joven. Calzado de nuevo y con su bolsa bien pegada al tembloroso costado, dio una vuelta sobre sus talones y se perdió entre el gentío. Potentes hombros se lanzaron contra sus ijadas, lacerantes manotazos encontraron su debilitado cuerpo en sus trayectorias. Su garganta pronto se cansó de lanzar quejidos.

—¡Escucha! Ve al sur, aquí no podrás soportarlo. Atiende a un viejo por una vez en tu vida: busca refugio en el sur, te irá bien. ¡Y piensa en Oskar de vez en cuando! —El viejo le propinó un repentino manotazo que vació los pulmones de Catin al completo. El joven se detuvo a inhalar aire un momento, y terminó derrumbándose en la esquina de un taller naval.

¿El sur?

¿Y por qué no quedarse donde estaba?

Escudriñó lentamente el paisaje, poniendo plena atención en todos y cada uno de los carteles que a su vista se cruzaban. Le costó ordenar las palabras con coherencia en su cabeza, pero así pasó hasta que la luz y las gentes quedaron extintas del paisaje.

Catin se encogió sobre sus rodillas dobladas y refugió la cabeza entre ellas. Estaba perdido.

Sólo y perdido.

Cada vez que recordaba su primera noche en Inglaterra, la piel de Catin se erizaba al recordar las acusadas temperaturas. La suerte que corrió al proceder de un país incluso más frío...

Sin duda los astros estaban de su parte al mandarle ayuda llevada por dos jóvenes caballos.

—¿Hacia dónde te diriges?

Catin giró la cabeza en dirección a la voz femenina que, con dulzura y sin prejuicio alguno, se había atrevido a hablarle. A él, a un pobre muchacho yaciente en una sucia esquina.

—Al sur —contestó con precaución, deteniéndose el tiempo que consideró apropiado para examinar los dos rostros que lo escrutaban en silencio.

—Nosotros también vamos al sur. —La joven mujer se acercó al borde de madera del carro para agarrarse del tablón y le sonrió con amplitud —. Me llamo Jossey —se presentó —, y este es mi marido, Closh.

Closh, un muchacho algo mayor que su esposa, asintió sin devolver el saludo con palabras. Su cabello era moreno y los rizos rebeldes como el carbón se arremolinaban en su frente otorgándole gracia. Su piel estaba bronceada por el trabajo al aire libre, sin duda; y sus ojos, algo más claros, le infundieron confianza a Catin de una forma muy rápida, casi alarmante. Igual que la mirada calma de Jossey, cuyo verde le hizo respirar en paz después de más de una semana sin rumbo.

—¿Esperas a alguien?

Catin arrugó el entrecejo en un intento por asimilar la información. Tras unos segundos más, negó fervientemente, aún recostado sobre sus rodillas.

—Muy bien —Jossey miró a su marido y le rogó con la mirada. Closh, sin mucho más que hacer, se rindió ante la súplica silenciosa de su querida mujer y asintió levemente.

—Vamos, muchacho, arriba. El sur es nuestro destino, hay muchos campos que atender y tenemos que ganarnos la vida.

Catin los miró asombrado. ¿Aquellas dos personas acababan de cederle un sitio en su maravilloso medio de transporte? Se quedó un momento absorto en el relinchar suave de los caballos de colores terrosos. Sonrió.

—¿No es molestia? —preguntó. La pareja se carcajeó.

—¿De dónde eres? —preguntó Closh enjugándose las lágrimas de los ojos provocadas por la risa.

—Del norte.

—¿De Inglaterra? —El tono de extrañeza de su voz fue palpable.

—Del norte del mundo —se limitó a contestar el muchacho.

Encogiéndose de hombros, Closh le tendió una mano para subir al carro, y Jossey se apegó más a su marido para dejarle espacio al forastero.

Catin siempre recordaría esa jornada como una de las más fascinantes de su vida: Inglaterra era verdaderamente preciosa. Pero cuando decía preciosa, quería decir espectacular. Jamás había pasado por su cabeza encontrar un lugar con tanta vida, gentes, colores... y lluvia. Pero, a decir verdad, desde su perspectiva, las gotas heladas no le eran de incomodidad. Para Jossey y Closh, tampoco.

Cerrar los ojos y disfrutar del aroma dulzón de los campos era aún más maravilloso que soñarlo. Catin disfrutaba con ese placer más a medida que se

adentraban hacia las tierras del sur.

Se mostró servicial a sus dos nuevos amigos, y prometió pagarles el favor en un futuro.

Pronto sus caminos se vieron forzados a separarse, y la historia que le fue contada a Catin poco antes, siempre permanecería en su memoria y en la de sus descendientes hasta que alguno olvidara contarla y muriera con el pasado:

—¿Ves cómo la luz se torna más dorada por aquella colina suave?

El problema del idioma estaba ya casi resuelto, pues Catin se había obligado a trabajar en él con ardor hasta sentirse seguro. Asintió a Jossey y a sus precavidos ojos verdes.

—La veo.

—Pues bien, aléjate todo lo que esté en tu mano, Catin, ¡cosas horribles se cuentan de ese inhóspito paraje!

—Jossey tiende a llenar de elocuencia mundos relatos, amigo, no la creas con ferviente devoción —advirtió Cosh con la sombra de una sonrisa en sus labios. Su esposa se giró hacia él con intención de reprocharle, pero lo pensó dos veces y dejó que terminara la tarea de alimentar a los caballos para seguir la jornada hasta su destino cuanto antes.

—Espeluznantes relatos nos cuentan desde críos para mantenernos alejados de esas tierras.

—¿No son buenas, acaso, para dar vida a alimentos?

—¡Claro que son buenas! —bramó Cosh, palmeando el lomo del más fuerte animal, que bufó y se revolvió como consecuencia—. Lo que yo creo es que un terrateniente demasiado orgulloso difamó historias encantadas sobre sus propios terrenos para mantener a la gente alejada. La querrá por entero para su uso y disfrute. La vista es demasiado hermosa desde aquí, ¡imagina ver el paisaje desde el mismísimo lago que aguarda en el interior de la linde!

Los ojos de Catin se desorbitaron con sólo imaginárselo. ¿Un lago? Se vería precioso con toda aquella vida rodeándolo. Cientos de árboles poblaban un espeso bosque que baldaba uno de los límites de la zona; el otro no era más que tierra y campo sembrado de bellas y elegantes flores de tonos suaves y tallos finos.

Jossey le dedicó una mirada alarmada y se precipitó a sujetarlo por los hombros.

—¡Ni se te ocurra! ¡Puedo ver el deseo en tus ojos! —se alarmó.

—¿Qué se cuenta sobre el paraje? ¿Qué suceso tan horrible ha espantado a la gente de ese bello paraíso? —La curiosidad de Catin quería ser satisfecha.

Jossey se reincorporó contra la pared más cercana del carro y miró al muchacho sin hogar al que Clossh y ella habían acogido hacía ya cuatro días. En la expresión encendida de su rostro pudo encontrar una chispa de esperanza que no supo ubicar.

—No sabemos el tiempo exacto que la leyenda lleva en circulación —Bajó la voz —, pero todos los que moran cerca de aquí la conocen, y se ven obligados a relatarla a sus hijos, para prevenirlos. —Catin asintió a la quietud repentina, atento a las palabras que, de un momento a otro escaparían de los labios de la muchacha —: No fue uno solo el hombre que desapareció tras la fortaleza de los árboles, mi querido amigo, se tuvo constancia de muchos más.

Catin tragó saliva, expectante.

»Tan sólo un único muchacho consiguió salvarse de la desdicha, pero sus familiares y amigos más allegados lloraron su lamentable estado. Jamás, aseguraron, recuperó la cordura. Con diecisiete años jugó con la muerte, ¡que a punto estuvo de llevárselo!

—¿La muerte? —Catin respiró con fuerza.

—Anunciar a la muerte sería usar palabras mayores, Jossey. —Clossh se apoyó en el borde del carro con los antebrazos y les sonrió con cinismo a ambos —. Lo que el joven vio fue a una dama.

—¿Una dama? —Catin se sintió un tanto estúpido al no parar de preguntar lo mismo que le era narrado.

—Una dama de agua —susurró Jossey, tratando de infundir tenebrosidad a sus palabras. Clossh estalló en carcajadas ante tal acto, ridículo a sus ojos. Aun así, se vio obligado a impulsarse con los brazos para besar a la joven en la frente y que el cabreo se disipase en ella.

—Perdona, querida, pero ya sabes lo que pienso de la historia: no es más que una leyenda. Algo sin fundamento que entretiene a los mayores y les sirve como advertencia a sus hijos para que no se alejen de sus hogares ni se pierdan en los bosques. ¿Qué mejor como infundir miedo para mantener el control?

Catin reflexionó profundamente ante aquel pensamiento compartido del agricultor. Asintió agradeciéndole en secreto su participación en aquella charla.

—Perdió la cabeza, Catin. —Jossey regresó al relato —. Nunca volvió a ser el mismo y desde que lo encontraron, siempre tuvo dificultad para respirar y cada noche las pesadillas quemaban en sus sueños. ¡Cada noche! El pobre chiquillo lamentó toda su vida la suerte que corrió cerca de ese lago. Y,

aunque el dolor mantuviera su mente ocupada, él gritaba que la amaba.

—Claro —asintió Cosh, visiblemente molesto de tanta historia fantástica —, como es obvio, no podía faltar el arduo y pasional amor. ¡No sería entonces una historia que se preciase! Un chico de diecisiete años que se enamora de la muchacha más bonita que jamás, en su casi inexistente vida, ha visto.

—¡No te rías, Cosh! Esto es serio.

—Amor, nada de lo que se cuenta es serio. No es más que una leyenda, ya te lo he dicho. No me río de ti, que conste.

Jossey apretó los labios y respiró profundamente para tranquilizarse.

—Contadme más de la mujer de agua —pidió un atraído Catin, asombrado por la historia que le había sido relatada. A medida que el relato crecía y crecía, la idea de visitar aquellas tierras encantadas cobraba más fuerza en su mente, e interiormente, el deseo de ver a la misteriosa dama de agua emerger de la superficie del lago.

Antes de que Jossey diera por culminado el relato, Catin ya imaginaba cómo sonaría la voz de la hermosa criatura resonando entre la mansión vegetal que rodeaba el lago. Se sintió alarmado, por supuesto, de albergar un deseo que para Jossey sería suicida. Mas no pudo negarse a lo que su interior le gritaba. Tenía que ver con sus propios ojos la plenitud y majestuosidad del bosque, las tierras y el lago. Anhelaba, en un recóndito lugar bajo su pecho, encontrarse con la mirada acuosa de la joven del relato, que ya imaginaba como impactante y turbadora. Lo que haría después de encontrarla no se lo planteaba.

Catin se despidió de la pareja y marchó seguro hacia un sendero cercano para repasar su plan mental antes de tomar la iniciativa de adentrarse en tierras complicadas. Antes de llegar, Jossey le gritó a lo lejos:

—¿Seguirás más hacia el sur?

—¡Voy a buscar a la dama de agua! —gritó como respuesta, dejando a la muchacha petrificada en lo alto del carro. Cosh lanzó un grito de júbilo ensalzando el brazo en el aire y aulló a las tímidas nubes que lentamente se unían a otras para dotar de un permanente gris al cielo.

—¡No! —gritó Jossey desde la lejanía, trajinando con las faldas de su vestido en un intento de bajar del carro. Cosh se lo impidió.

—¡Volveremos a vernos, amigos míos! Prometo no morir.

A Catin le preocupó la mirada aterrada que Jossey le dedicó antes de que el carro se pusiera en movimiento, lo último que quería era dejarle una

preocupación que no se merecía.

Cabizbajo, se atrevió a dar el primer paso. La hierba pareció estremecerse bajo sus botas y una suave ráfaga de aire le acarició la cara, haciéndolo estremecer. Se atrevió a descalzarse y se maravilló: las verdes briznas eran larguísimas y aún se encontraban húmedas por la lluvia de hacía unas horas; la tierra mojada llenó la piel de Catin por partes y el muchacho rio al verse enfangado y dificultado para andar. Fue cerca de una frondosidad más espesa, arrolladora por su exótica belleza, cuando Catin recordó que un lago se escondía en aquellas tierras, y en él, una mítica criatura de cuento.

Tragó saliva, sintiendo el corazón en un puño al ver el reflejo del agua en las cortezas de los árboles; se asemejaban a luces inquietas que bailaban entre las vetas, los nudos y las rugosidades. A Catin le pareció divino.

Y divinos fueron los ojos que lo escudriñaron, sobresaliendo no más de un palmo de la superficie del agua...

El corazón de Catin sufrió uno de los mayores sobresaltos de su vida, dejándolo sin respiración durante los incontables segundos que permaneció aturdido, perdido en la mirada perlada que lo examinaba.

En un parpadeo, todo rastro de la criatura había desaparecido.

¿Lo habría soñado, acaso?

Catin arrojó sus cosas al cobijo de un pequeño y joven roble y sin perder tiempo hundió los pies en la orilla. El agua helada le arrancó varios gritos de sorpresa. Chapoteó, sin encontrar nada. Aquellos ojos, sin duda, habían sido inventados por su alocada imaginación, por su necesidad de encontrar compañía.

Suspiró.

Pasaron los días en aquel claro en el que Catin había decidido cobijarse sin noticia alguna sobre seres que seducen a jóvenes humanos. Había entrado en las aguas por su propio pie, ninguna bella dama le había obligado a lavarse.

Rio distraído su propio pensamiento.

Disfrutó de su baño dejándose a merced de las aguas, totalmente ajeno a las miradas inquietas de los animalillos que se acercaban con cautela para saber de él. Un tembloroso rayo de sol logró colarse entre las frondosas copas de los árboles y se fragmentó en las aguas hasta alcanzar el hombro izquierdo del muchacho.

Sin duda, un paraíso que los necios creyentes en cuentos de hadas habían dejado abandonado.

El problema era el alimento. Eso era lo que preocupaba a Catin. Sus

fuerzas habían decaído con alarma, pues la comida de su fardo era ya escasa y la racionalizaba estrictamente. No se atrevía, tampoco, a alimentarse de otra forma. Las bayas y frutos que había encontrado no le inspiraron confianza.

Con estos pensamientos preocupantes, Catin se había alejado del paraíso que él mantenía realizado en su cabeza soñadora. No era más que un ilusionado creador de sueños. Y de los sueños no se comía.

Alimento para la mente, quizá sí; para el alma, para la vida...

Cerró los ojos, notando la humedad adormecerle los sentidos con calma. Cuando abrió los ojos, el paisaje se había vestido de insólitos fulgores procedentes del reflejo de una magnífica luna sobre las aguas.

Catin se acercó a la orilla del lago gateando, ensimismado en la danza de luces cambiantes. Hundió la mano con firmeza y fascinación para atrapar una y...

Los ojos grises; brillantes, misteriosos.

La respiración de Catin murió con el latir de su corazón.

Ante su mirada atónita el rostro más bello que jamás había imaginado tomó forma. La mujer alargó unas manos de suaves dedos acariciados por el agua y se atrevió a tomar el rostro del viajero con ellas. Sus labios, voluminosos y curvos se apretaron. Pensaba. Pensaba qué hacer con él.

Catin notó la sangre tomar velocidad al recorrer todo su sistema, escuchaba la alerta en los sonidos del lago, en los ojos grises que trataban de saber de él...

—Débil. —Los labios casi azulados dejaron escapar esa sola palabra. Las manos de la dama soltaron a Catin, que se agarró a los pedruscos de la orilla para no caer.

La mujer elevó la barbilla al cielo de hojas y una atrayente melodía nació de ella, cautivando al joven que ya se ladeaba sin control sobre su cuerpo. Una mano se resbaló sin poder él remediarlo, y al darse cuenta, las aguas lo habían aprisionado.

Agua.

Descendiendo por su garganta si intentaba respirar.

Agua entrando por su nariz.

Un roce sobre sus brazos.

Aire.

Exhaló entre forzosas toses mientras la tierra y las hojas se abrazaban a él y a la humedad de sus ropas. Catin se calmó y, desesperado, echó una mirada al lago. La muchacha, porque eso era lo que parecía, lo miraba asustada,

cubriendo su torso con las manos. El agua mecía sus largos cabellos castaños y vestía su piel perlada.

Lo había salvado.

—Gracias —dijo. Ella negó, sus ojos ardieron de incertidumbre.

—Débil... Morirás. —Fue la respuesta que el joven obtuvo.

Perturbado pasó los días y las noches restantes, sumido en la angustia. Su mente había caído por un agujero negro de desconocimiento.

¿Era esa la chica de los cuentos, de las leyendas?

¿Había intentado matarlo, como se contaba?

Si esa había sido el caso, ¿se había arrepentido?

Dos días pasó llamando a la criatura, paseándose por el borde del lago por si la asustaba. Solo se mostró en una ocasión, y Catin trató de controlarse, pero algo profundo le nacía del pecho al oírla cantar, algo que pesaba y quería arrastrarlo.

Aquella noche en la que había podido observarla, oculto entre un manto de ramas bajas y pobladas de hojas, Catin sufrió la peor pesadilla que jamás había cobrado vida en sus sueños. Se despertó sobresaltado; los sudores le empapaban la pechera y el cuello de la camisa y la cabeza le dolía. Inhaló con fuerza, sus pulmones se resistieron.

Estaba cayendo enfermo.

Y el esfuerzo le nublabla la mente la mayoría del tiempo.

Desde su escondite, la misteriosa mujer de agua lo escrutaba con la mirada curiosa. Ajena en sus propias cavilaciones no vio cómo el muchacho se acercaba a ella con sigilo dentro de sus temblorosos movimientos.

—Tu nombre... —pidió con la voz encogida por el cansancio. No estaba asustado, pues su determinación no demostraba miedo alguno. Respetó la distancia que entre los dos había, y esperó hasta que ella estuviera lista.

—Záfira —susurró la mujer con seguridad, elevando la mirada para encontrarse con los ojos ámbar del joven. La paciencia de este y el aguante ante el influjo que sobre él tenía, le provocaron admiración. El muchacho realmente quería ganarse su atención.

—Catin —respondió él, midiendo el tiempo entre una respiración y otra. Sin darse cuenta, se aproximó un poco. Záfira apartó el manto de hojas que la cubría y dejó que un poco de luz de luna se reflejara en su radiante piel. Aquello fue demasiado para los sentidos de Catin, que sintió la llamada del agua a su alrededor.

Cerró los ojos con fuerza, pero aun sin verla, quería arrojarse a sus brazos.

Alarmado por tales pensamientos, retrocedió. Las manos de Záfira tiraron entonces del bajo de su camisa.

—No —imploró. Fue una llamada auténtica, un ruego forzado, pero un grito de ayuda evidente.

Catin cubrió las manos de la muchacha con las suyas.

—Está bien. —Respiró hondo—. Pero no quiero dejarme ir.

Záfira asintió, no muy convencida, y lo arrastró despacio entre un intrincado camino por encima de las aguas menos profundas hasta lo que parecía una caverna lo suficientemente grande para ellos dos. El filtro de la luna cubría las paredes de salientes rocosos y adornaba los rincones con el resplandor plateado. Záfira, con un movimiento de cabeza, le indicó que permaneciera allí. Catin obedeció.

Esperó.

Y esperó.

Perdió el sentido.

Despertó entre viandas de frutas. Buscó con la mirada a su alrededor, pero no dio con la muchacha que hasta allí lo había llevado. El sol hacía ya rato que se había puesto y una suave brisa soplaba por doquier. Imaginó que un par de ojos grises curiosos lo estarían observando todo desde un escondite, rodeados de vegetación.

La primera grosella que se llevó a la boca le supo a manjar prohibido. El dulzor resbaló por sus labios y bebió el jugo de las frutas con ansia. Las moras, aún más gustosas, estaban frescas y la explosión de sabores llenó al viajero de energía.

Záfira no apareció hasta la noche, y Catin la vio tan distinta y exótica, que tuvo que volver a luchar contra el instinto irracional que en él se despertaba.

—Eres un suicida —le dijo nada más verlo aparecer. El cabello le cubría la piel allí donde Catin trataba de no fijarse. Para acrecentar su mal, la mujer de agua decidió ponerse a su altura.

Catin se quedó sin aliento.

Záfira le regaló una sonrisa burlona y encantadora, sabiéndose una dura tortura para él.

—¿Por qué siento que puedes tenerme a tu merced?

—Porque estás a mi merced. —La dureza en el tono de voz alarmaron al muchacho, sin embargo, no retrocedió.

—No. —Dio un paso al frente. Záfira se sintió intimidada, pero permaneció firme. Sus rostros cerca.

—Puedo hacer que este sea el último aliento que tomes en tu mundana vida, viajero. Regresa a tu querida tierra, aquí no encontrarás lo que buscas.

Los sentimientos de Catin se vieron heridos ante tales palabras. ¿Se había colado la mujer en sus pensamientos? ¿Cómo sabía eso de él?

—Mi hogar ya no está allí —sentenció con agravio.

—Aquí nunca lo estará, aquí está el mío.

Catin supo apreciar la frustración que arrojaba la voz de Záfira y la expresión de su cara cambió a una más compasiva. Acarició el rostro de la dama que miraba a la luna, como pidiéndole perdón por dejar que el extraño le acariciara. Una lágrima furtiva escapó de sus entristecidos ojos.

—Aquí está el mío... —repitió sintiendo la congoja crecer en ella. Las manos le temblaron y quiso gritar, y clavar los dedos sobre la piel de Catin para hundirlo en el agua. Él se dejaría. Ella estaría a salvo.

Y sola de nuevo.

Catin no le dio tiempo a seguir urdiendo tramas para deshacerse de él. Se aproximó a ella, atento a su reacción, y cuando leyó el permiso en la mirada indecisa de la joven, se arrojó.

Se dejó caer.

Había regalado besos antes, pero nunca un beso le había hecho saborear la tranquilidad de aquella manera; la seguridad, la propia existencia. Záfira lo rodeó con los brazos, incapaz de soltarlo. No quería que la distancia volviera a hacerlos pasar un minuto más separados. Pensar en la luna sobre ellos, espiando su traición, la inquietó incluso más que estar entregando sus labios a un humano desconocido.

Se detuvo para constatar que había perdido el norte. Se alarmó, pero no pudo retroceder.

La luna estaba enfurecida, hasta Catin pudo saberlo aquella noche. Luchó el astro contra el amanecer para perdurar en el cielo como aviso a la ondina que la había traicionado, en señal de advertencia.

—Mi hogar siempre estará aquí, Catin. —Las lágrimas se volvían joyas sobre su rostro, y Catin no podía más que admirarlas, maravillado. Tan bella incluso llena de miedo y dolor —. La luna nunca dejará que me marche, es mi misión velar por este lugar.

Catin la llevó de nuevo a su regazo, besándole la sien más cercana. Záfira se dejó calmar, y resolvió que el llanto nunca serviría para darle una solución a su frustración. No merecía la pena llorar, no salvaba penas.

Los meses se llevaron por delante las hojas de los árboles y el frío del aire,

el calor hizo salir a los animales y crecer a las flores. Todo se llenó de vida, de sonidos que antes no existían, y Catin sintió que tenía un hogar, por primera vez en su vida.

—Elska —dijo distraído, sonriéndole al bebé que Záfira había traído al mundo. La mujer pidió que no le tradujera la palabra, que no quería volver a sentir las lágrimas bañarle los ojos. Lo odiaba. La vulnerabilidad la envenenaba —. Amor —contestó Catin de todas formas.

Záfira no lloró, al menos, no delante de él.

El pequeño Elska adoraba el agua, pero más aún los brazos de su padre, donde pasaba las horas, durmiendo sin interrupción, mimado por la naturaleza y el cobijo de las ninfas.

Záfira sabía que tenía que ser fuerte y dejar de mirarlo, pero le resultaba tan difícil que le pedía a la luna ayuda, no podía soportarlo. Esta escuchó sus súplicas, y el deseo más anhelado de la ondina que había sido madre, se vio satisfecho. Záfira pudo abrazar a una hermana, Delphica, regalo de la luna ante su fortuito amor frustrado, y en ella volcó su tiempo. Aun así, Záfira se sabía distinta. Algo dentro de ella había evolucionado, no supo el qué; tampoco describirlo. Pidió ayuda a Catin, a lo que este le respondió:

—Le dicen alma.

Záfira sufrió un estremecimiento arrollador al escucharlo. Elska le sonrió en sueños y, ella lloró. Dejó salir la carga que soportaba desde que el viajero se aventuró en sus dominios y le cambió la vida. Chilló, pegándose al niño al pecho, maldiciendo querer tanto a un ser como aquel.

Un bebé...

Las ondinas no tenían bebés...

Y Elska era tan bonito que hasta la luna le perdonó el desliz trayéndole una hermana con la que convivir.

—Quítamela —pidió, negando seriamente —. ¡Quítamela, Catin! ¡No la quiero!

El joven, asustado por la reacción, reclamó a su hijo de nuevo. Záfira observó sus brazos vacíos y lo comprendió: la vida le había dado un alma, el alma de Catin y de su propio hijo. Se había unido a ellos, y por mucho que se resistiera, su corazón siempre sería de esos dos humanos, intrusos en su mundo. Sus brazos vacíos representaban la ausencia de plenitud, con Elska en ellos, un alma.

Záfira sería la primera ondina a la que la luna vería llorar, pero no la última.

Besó a Elska sintiendo el fuego en su garganta, presionándole las cuerdas vocales para que fuera incapaz de decir nada. Después buscó a Catin, que le dio cobijo a su lado durante una noche infinita. La cadena que los unía a los tres relució por última vez.

Tuvo que alejarse de ellos. Pero era inevitable regresar tras las ramas de sauce llorón para cantarle a Elska cada tarde bajo el cobijo de las hojas, y para comprobar que Catin cumplía con su función de padre y criaba correctamente a su hijo. Tanto le dolía tener alma, que incluso se vio rebajada a pedir ayuda a las ninfas de los árboles, quienes se entregaron jubilosas a la tarea de velar por padre e hijo. Sin prejuicios.

Catin no había aceptado la situación, por lo que llevaba a Elska a jugar cada día a la orilla del lago, y acudían a dormir, cada noche, al mismo lugar que Záfira y él compartieron durante meses.

Así, el niño creció feliz bajo la atenta supervisión de su padre, los juegos de las invisibles ninfas y la atención escondida de su madre, que lo abrazaba mientras dormía.

Y con sus risas risueñas y sus gorjeos que llenaban de alegría la vida del viajero del norte del mundo, las tierras encantadas fueron, con los años, albergando más vida en sus alrededores. Catin aprendió a cultivar, y los comerciantes más atrevidos comenzaron a visitarlo.

—¡Catin! ¡Closh, mira, nuestro desvariado amigo! —gritó Jossey, saltando del carro sin esperar a que este se detuviera. Corrió hasta Catin y se detuvo antes de estrecharlo entre sus brazos—. Querido Catin... —dijo en una rápida respiración compungida. Miró el bebé que este sostenía pegado al pecho, y del crío recibió una alegre carcajada de bienvenida.

La muchacha rio y los estrechó a ambos, Closh se reunió con ellos al poco.

Catin escribió cada tarde, a la sombra de su roble favorito; el árbol que cada día le daba cobijo, el escondite que lo protegió en sus primeros días y acunó a su hijo. Remarcó las partes en las que hablaba de sus amigos, a los que volvió a ver un año después de que Elska llegara a su vida. Jossey y Closh habían decidido establecer su hogar junto a él, y multitud de jornaleros. Las tierras dejaron de ser una prohibición para las gentes y cada vez que a Catin le preguntaban el porqué del nombre, él respondía con una sonrisa misteriosa en los labios.

—¿Por qué Vant Konur?

—Porque he encontrado mi hogar donde habita una mujer de agua.

## VEINTE

**L**os días se fueron sucediendo, deslizándose bajo los suspiros silenciosos y bien retenidos de un joven heredero que, de repente, veía el futuro de su familia tambalearse por su culpa. Odiaba la idea de menospreciar el apellido Montybell por sus deseos de chiquillo afligido por un temprano amor.

Cavilando mientras se paseaba por los jardines bien colmados de hortensias hermosísimas, por las cuales la señora Montybell suspiraba, William decidió emprender un tranquilo paseo hasta el mismo centro de Vant Konur, pues necesitaba la calidez de un buen amigo.

Evitó, a toda costa, el sendero principal, pues la morada de Jane era inevitable si lo tomaba. Marchó decidido y con la cabeza un tanto gacha por un camino secundario, plagado de polvo de tierra y oscos hierbajos. El tiempo invertido en llegar al pueblo era tres veces mayor si se iba a pie, pero incapaz de verse de nuevo en una calesa, William caminó y caminó para desproveerse de sus más afligidos pensamientos.

Estaba abatido, eso nadie podía negarlo.

Hadrien, mucho menos.

La señorita Katherine lucía una envidiable sonrisa. Hadrien y ella compartían, por lo que podía apreciarse, una agradable charla. Los rostros de ambos relucían de complicidad. William los envidió con todo el corazón. Y les deseó lo mejor.

—¡William! —Nada más verlo, el rostro de su amiga cambió a ceniciento. William arrugó el entrecejo —. Una alegría verlo.

—Katherine. —Se inclinó para besarle la mano con educación. Saludó a Hadrien, quien le correspondió con un abrazo.

El enamoramiento de su amigo era apreciable a leguas de camino.

—Encontré a Jane caminando con su padre hace apenas unos minutos, creía que irían a reunirse contigo.

William no supo qué responder. Tragó saliva y se encogió de hombros.

—Jane —terminó suspirando—. ¡Jane!

—¿Te encuentras bien?

Katherine, apretando los labios e irisando los ojos, se decidió a hablar. Agarró al joven del brazo y lo arrastró unos metros para dotar sus palabras de algo de intimidad.

—Rosalind y yo estamos muy preocupadas por Jane. ¡Y por ti! Vuestra relación no es sana.

—¡Dímelo a mí, Kath!

Se sonrieron ante la complicidad que una vez, años atrás, compartieron.

—Sé que has leído la carta que Rosalind está escribiendo... Te vi hacerlo anoche, antes de que la inseguridad de Jane se desatara de nuevo. Pero escucha, ¡te ama! ¡Te ama tantísimo, Will! ¡Oh, me duele solo de pensar todo lo que sufre por ello! No sabemos lo que le ocurre y tú pareces ser el protagonista de sus más intensas pesadillas. Anoche fue a peor, y Ayrton ya no sabe lo que hacer, a quién acudir.

La piel de William fue perdiendo vida conforme Katherine le relataba. Sus manos temblaron.

—Hace una hora que abandonaron la casa del señor Clint, Jane quería ver de nuevo al bebé y a su madre, y Ayrton... ha decidido tomar medidas.

—¿Qué medidas?

—Va a medicarla cuanto pueda, al menos un tiempo. —Al decirlo, sus ojos, cargados de ternura, se anegaron, desbordándose—. Jane no lo sabe pero van a darle a beber un brebaje para tranquilizarla. Poco a poco sus efectos irán a más, y verá sus fuerzas consumidas. ¡He escuchado al doctor susurrar que los efectos no están cien por cien probados, William! ¿Y si no le hace bien a nuestra querida Jane? No me parece, en absoluto, buena idea el de dormirla.

»»Rosalind y yo partiremos en unos días hacia Canterbury, desde donde nos desviaremos hacia Londres. Créeme que me angustia dejarla aquí sabiendo lo que harán contra su voluntad.

—¿Cuánto tiempo piensan darle a beber eso?

—Ayrton está decidido a dejarla postrada en una cama si con eso consigue que pueda dormir por las noches y... que no se comporte de la manera en que lo hace. ¡En ocasiones ha parecido una demente! Pero William, eso no basta para arrebatarse la vida. Sé que ama a su hija por encima de todo, pero

considero esa medida, ¡desmedida!

—Coincido en ello, Katherine. ¡Me espanta!

Sin poder continuar con la conversación, William se vio arrastrado por una multitud, de pronto, creciente de señoritas.

—¿Es verdad que le pidió matrimonio a Jane en un prado de margaritas? — Pudo reconocer la emoción en los ojos de Joyce.

—¿Es verdad, señor William, que se arrodilló y le besó la mano y ella rompió a llorar de la emoción? —preguntó Jacquelyne Dale, dando saltitos.

—¡Oh, yo lo habría hecho! —exclamó su hermana menor, de tan sólo ocho años, alzando por encima de su cabeza su cesta de cerillas que vendía con aires trovadorescos.

—¡Señor Montybell, es usted un romántico, y Jane la mujer con más suerte de todo Kent!

—¿Cuándo se darán el sí quiero, estaremos invitadas? ¡Oh, imagino la ceremonia, todo un acontecimiento!

—¡Por allí va Jane! ¡Mirad que bella! No me extraña que lllore, ¡se la ve tan emocionada! —Los gritos de Joyce resonaron por encima de los demás. La multitud de niñas, y no tan niñas, corrió tras la afortunada dama que, sujeta al brazo firme de su padre, trataba de llegar a su calesa. No pudo, pues la multitud requería que contestara a sus preguntas.

—Jane, ¿ha venido a elegir las telas de su vestido de novia?

—¿Pero qué dices, Shira? —recriminó Jacqueline a su hermana, mirándola profundamente incomoda —. ¡El vestido de Jane se encargará en la capital! No puede vestir de una modesta sastrería, y no es por menospreciar la habilidad del señor Hearnshawn para con la aguja.

Jane trató de sonreír, de hecho lo hizo, y William quedó sobrecogido por el placer que recorría aquel gesto en los labios de su amada tortura.

—Supongo que padre y mis amigas se encargarán de arrastrarme al corazón de Londres para eso. De hecho, mi querida Rosalind ya está ajetreada con los planes de su propio enlace, y no para de recomendarme lugares —respondió con una sonrisa dulce, para mayor ilusión de las niñas.

—¡Ya lo dije! —exclamó una triunfante Jacqueline, enseñando sus dientes —. Jane, lucirá tan bella...

Ayrton trató de alejar a las niñas, como siempre, sacando a relucir su paciencia, pero las chiquillas y sus chillidos terminaron espantándole. Se alejó con prudencia para entablar conversación con unos conocidos, sin quitarle la vista de encima a su abrumada hija. Esta, se recostó en la calesa

disimulando que una inquietud repentina se había apropiado de ella. Se sintió cansada, y cerró los ojos para seguir respondiendo.

—¿Fue precioso?

—Lo fue.

—¿Está feliz?

—¡Mucho!

—¿Cuándo...?

—Fawn, aún no hemos tenido tiempo para officiar nada... —Un temblor sospechoso se tomó la libertad de adueñarse de un brazo de Jane, quien se resbaló, viendo inútil el apoyo del carro. Las niñas corrieron a ayudarla.

—¡Chicas, queridas, creo que la estáis abrumando con vuestro entusiasmo! —Katherine acudió al rescate de su amiga, y con la ayuda de Hadrien y William, consiguió alentar a las niñas para que volvieran a sus tareas o a sus paseos. Estas protestaron, aunque obedecieron.

Jane no subió la mirada. William supo por qué. No hizo esfuerzo alguno.

Marchó por el camino sin poder soportarlo.

—¡Muchacho, suba a la calesa, vamos de camino!

William le agradeció la propuesta a Ayrton, que denotaba unas ganas atroces de aclarar lo ocurrido la noche anterior. Estaba nervioso, muy alterado.

—Se lo agradezco, señor, pero no quiero importunar a nadie. Pasear me sienta bien.

Jane montó en el carro junto a su amiga, y William decidió aligerar el paso y llegar a casa cuanto antes.

Ivy Montybell tarareaba ensimismada en sus pensamientos, agarrada del brazo del señor Montybell cuando su hijo irrumpió el afable paseo que disfrutaba con su marido.

Gaylord palmeó el brazo de su mujer para tranquilizarla. Ambos observaron a su primogénito con indescriptible ternura. Los ojos de William batallaban entre la dureza y la gelidez abismal, y la pena. Con orgullo, sin embargo, se paseaba, bien erguido.

—Mi apuesto niño. —Ivy le echó los brazos al cuello para acariciarle el cabello seguidamente. Pasó sus delicadas y cuidadas manos sobre los hombros de la ya desastrosa chaqueta del joven y suspiró —. ¿Una mala noche?

—Madre... —La voz de su hijo se quebró al igual que el corazón de la

mujer.

Gaylord, que rehuía las más visibles muestras de afecto en público, sacudió la cabeza con desaprobación.

—No necesita muestras de afecto, Ivy.

—¡Pero Gaylord! ¿Cómo dices tal cosa? ¡Mírale! Está abatido.

—Caminemos, William, necesitamos charlar.

Súbitamente compungido, Will accedió a seguir los pasos de su padre. Rodearon la casa sumidos en el más incómodo de los silencios. Cuando atisbaron la fuente de piedra que caracterizaba una de las partes más bellas del jardín, hogar de los alegres y saltarines petirrojos, el corazón de William se volvió tan tórrido y plomizo que hasta el señor de la finca pudo notarlo.

—No pienses que me es indiferente tu estado, hijo.

La mirada del chico se alzó para reencontrarse con la de su padre. Un estallido de dolor recorrió al hombre.

—No lo he pensado, padre. Sé que los negocios le absorben y son necesarios para administrar la finca, las tierras y el negocio; que la jornada no tiene horas suficientes...

Gaylord abrazó a su hijo con fuerza, cargado de emoción. Dejó a un lado sus principios y se entregó a sus sentimientos.

—Te quiero, William. Más de lo que nunca podría expresar. Y me destroza saberte tan perdido y abatido. Me destroza.

El joven obedeció a su instinto y, pese a avergonzarse, dos lágrimas frustradas recorrieron sus mejillas. Correspondió a su padre antes de que ambos se separaran.

—Si Jane no te merece, no sigas a sus pies, no caigas.

—Padre... no es sólo Jane, es todo. ¡Todo se complica!

—¿No puedes hacerme tu confidente?

—Nunca lo entenderías.

—Tu padre lleva más años de experiencia que tú, eso tenlo siempre presente. Mi seguridad...

—La seguridad, padre, es muy relativa.

—¿No te sientes seguro, dices? ¿Sobre el amor hacia Jane profesado?

—No, padre, eso es seguro. Mi estado es total, e incluso febril.

—Febril... —El suspiro de desaliento de Gaylord pareció agitar las azucenas blancas a las que se habían acercado. Se arrodilló y acarició el parterre de margaritas rojo sangre, casi con reverencia. Se puso en pie, olisqueando su delicada fragancia —. Son tan inusuales —comentó

maravillado.

—Y tú las has arrancado.

—En efecto, hijo. Acabo de acabar con su vida en la tierra, las he privado de su sustento.

—Es una pena.

Los ojos marrones de Gaylord se recubrieron de una chispa de audacia. Prestos, regresaron a los pétalos suaves, y los acarició, pensativo.

—He visto enloquecer a un buen hombre por un amor de este tipo. — Levantó el puño de manera que la luz del lugar se reflejara aún más en el tesoro que escondía entre sus dedos —. Un amor tan poco habitual... como real. —Agitó las flores en su puño, aprisionándolas en un abrazo estrangulado. William sintió el aire enfurecido a su alrededor pero no pensó en ninfas, sólo en el enigma inexplicable que Gaylord procesaba —. Tiró su juventud y su aliento. Extenuó su alma con tal de alimentar un corazón que se resquebrajó de igual forma —suspiró —. Tú eres mi hijo, no puedes enloquecer.

«Pero ya he caído, padre.»

—No lo haré, tengo cabeza.

—Lo sé. —Le puso la mano en el hombro —. Pero la experiencia no ha roído tus huesos. La amas, la veneras, tanto que permites y toleras sus impulsos, ¡permities que te hiera! Has caído en sus redes. ¿Cómo saldrás? O ¿cómo evitarás que los cimientos de tu vida no se desplomen si las circunstancias no se ajustan a tu ideal de amor? Quiero que quedes protegido.

—Padre...

—¡Ya has visto a Gaylord! —Las margaritas se redujeron a brotes marchitos, retorcidos y rotos. Se resquebrajaron con un crujido tierno y algunos de los pétalos aterciopelados danzaron en el aire —. La locura... Esa chica lo dejó en la miseria más honda de los sentimientos, William. Él se abrió por completo a ella... Ha perdido su voluntad y todo aquello que lo hacía ser un hombre. ¡No! ¡Un ser humano! Ayrton ya no es humano, su mente no halla paz desde esa mañana. No podrás recordarlo, no eras más que un bebé de pocos meses. La pequeña esperanza de los Dankworth había nacido dos días antes, y la providencia, con tal belleza, parecía haberles sonreído. ¡Por fin un poco de descanso para el pobre Ayrton y la buena de Ywen! Pero no fue así, no fue así...

—La mataron.

—Lo abandonó. Lo destrozó.

—No lo abandonó por no quererlo. La asesinaron, padre. —Hizo una pausa

—Ywen fue la clase de madre que sacrifica su vida por la de su hijo desaparecido.

Después de deshacerse del matojo marchito de margaritas, Gaylord meneó la cabeza negativamente.

—Ese niño, Terrance se llamaba, se dio por perdido al poco tiempo. Se barrió Vant Konur sin tregua ni descanso y viajaron voluntarios a los pueblos y capitales cercanas. Se abordó a las gentes en los caminos, se registraron carros y carruajes, mercancías... Se evaporó. Hicimos lo que estuvo en nuestra mano, Ywen debería de haberlo comprendido.

—Sé que madre la entendería.

—Tu madre tiene el dulce defecto de dejarse dominar por el gusto de los sentimientos y el corazón.

—Es decir: habría hecho lo mismo que la esposa de Ayrton.

—Yo se lo habría impedido.

—Le niegas un derecho, entonces. Viviría a tu lado, pero triste y sin vida. Sería una sombra gris, el reflejo de lo que amaste un día.

—William, para. Encuentro demasiado parecido entre tus pensamientos y los de tu madre.

—¿Piensas encerrarme, pues?

—Si me das motivos... Mira lo que Ayrton le ha hecho a su hija.

—¿Harás tú lo mismo?

Acarició la frente de su hijo y esbozó una sonrisa amarga de pena. Los ojos le brillaron y cerró con fuerza los párpados temblorosos.

—No.

William disfrutó de las palabras.

—No puedo suprimirte, eres ya un hombre. Pero el temor como padre está siempre bajo mi pecho, aunque no lo parezca... Por eso mismo puedo entender la angustia de Ayrton: ya perdió un hijo, a la mujer de su vida. Jane es todo lo que le queda. Te tiendo mi mano. No sé lo que pasa, todo esto es muy extraño, déjame decirlo. No me fio de esta unión porque un pensamiento de pérdida me roza la conciencia. Constantemente. No se trata de un simple hecho de amor juvenil. Es una sensación difícil de explicar.

William asintió: su padre no era un ingenuo y su capacidad de observación era digna de un ávido lector y buscador de conocimiento constante.

—No actúes con negligencia, William. Pide consejo, se te dará suficiente. Medita tus pasos y toma bien tus decisiones. No sientas la presión de tu herencia, ésta tierra, sobre tus hombros. Eres mi único heredero, sí, pero —

Suspiró de nuevo y lo miró a los ojos— también mi único hijo, y el cariño y amor que me llena va por encima de los asuntos políticos.

William sonrió a su padre agachando la cabeza, abrumado. Sintió algo cálido abrazarle la conciencia y el pecho. La primera, por el dolor que, sabía, le infringiría a sus padres si seguía a su corazón y se abandonaba a Jane. Ambos arrasaría la vida de los gentrys de Vant Konur. Gaylord y Ayrton se tornarían en polvo, y Ivy... No quería ni pensarlo. Su madre, era cierto que se dejaba dominar por la pasión y vivía siempre encadenada a la exaltación.

«Pobre madre. Padre sabrá consolarla.»

Su pecho, sin embargo, quemaba de ternura y cariño. Abrazó a su padre y se sintió ruin y cruel, pues sabía que el suyo era un gesto hipócrita: su decisión, posiblemente, matara lo que dejaría en la tierra. Él no podía más que dejarse llevar por el agua, si eso era lo que deparaba a Eve Jane, su dama de agua.

—Necesitas con urgencia un aseo: tu cabello no brilla, parece muerto; tus mejillas apenas lucen el color que se merecen, y tu piel necesita del calor del agua. Ve con Royal y después podrás pensar con más juicio y claridad.

—Sí, padre —aceptó.

Royal disfrutó achuchándolo de nuevo. Incluso respetó sus deseos de tomar un baño a solas. Sin embargo, lo peinó con mimo y William no pudo negarse a la embriagadora esencia que la mujer roció por sus ropas nuevas y limpias.

—Le aseguro, señor, que el azul cielo se hizo para usted, pero este verde, ¡oh, mi corazón, le aseguro, está sufriendo con severidad en este momento mientras le observo! ¡Demasiado apuesto! Es su rostro la mezcla perfecta de los gestos dulces de su madre y los rasgos gráciles y divinos de su padre. Sin duda, mi niño es el joven más guapo de todo Kent, como dicen las habladurías. ¡Totalmente cierto!

William se forzó a reír, y rehusó atender a su reflejo del espejo. Él no entendía de belleza salvo en la que a Eve Jane refería.

—Royal —La mujer le acarició la barbilla con dulzura ante su llamada —, ¿cuál cree que es el amor verdadero? ¿Cómo tiene que sentirse?

Royal sonrió, infinitamente agradecida por saberse su ayuda suplicada.

—Lo que usted siente, sin duda, es amor real. El más verdadero que puede existir.

—¿Duele tanto? ¿Tiene que herir de esta manera?

—Es la única forma que tiene de dejar huella, querido. Una profunda y bien sentida huella.

—Nunca pensé que conllevara dolor. Es una auténtica agonía.

—Es una agonía. —Royal terminó de estirar su frac verde oscuro, abotonó la camisa y recolocó el chaleco beige con detalles dorados, y por último, brillantó un único botón dorado, olvidándose de los demás —. Pero tiene la suerte de ser correspondido. Esa señorita Dankworth tiene fe ciega en usted, aunque ella se esfuerce en ocultarlo. Créame, las mujeres podemos entendernos con discretas miradas. —Bajó la voz para añadir —: Y la suerte es que las nodrizas solemos ser terriblemente chismosas entre nosotras.

—¡Cuénteme! —suplicó un ya radiante muchacho.

—¿Y romper la magia, William? ¡Cómo puede creerme tan poco correcta! No pienso, sepa usted, romper la trascendencia de los hechos.

—¡Pero Jane me confunde!

—Tal vez solo esté esperando el momento.

—Muchos momentos especiales ha desperdiciado. Ella puede actuar con dureza e indiferencia y yo, sin embargo, me pierdo en el recuerdo del roce de sus suaves labios con los míos... —Eso último no quiso decirlo en voz alta. Inmediatamente, la congoja dominó su rostro y su boca abierta expresó su azoramiento, y sus mejillas, su mortal vergüenza.

—¡Se han besado! —exclamó una radiante Royal, llena de júbilo.

William sostuvo las manos de la nodriza entre las suyas y le suplicó tanto con sus ojos comidos por la indecencia de lo que, sin querer, había compartido, como con palabras.

—Royal, por lo que más quiera, sé que no fue correcto, ni decente... Cuando me di cuenta me perdí en el mar del pecado... ¡Nadie puede saberlo!

—¿Pecado es amar con tanto fervor como el suyo? No, William, besar con ese sentimiento que demuestra, no se juzga.

—Pero...

—Seguro que la señorita Jane será incapaz de olvidar ese beso.

El bermellón descendió hasta teñir el cuello de Will, que sintió su corazón retozar e hincharse.

—Desearía que así fuese porque yo no puedo quitármelo de la cabeza, y... no sé qué paso dar ahora. ¡Me angustia cuando su estado de indiferencia la posee!

—Vaya con su padre e intente dejar la mente a la merced de una buena novela. Tengo constancia del placer que le infunde la lectura, así que tómese un merecido descanso y deje de pensar en el amor. Créame cuando le digo que no hay nada escrito y que todo lo malo puede empeorar.

Bajo el inquietante dicho de Royal, William marchó hacia la biblioteca de la casa. Ivy y Gaylord compartían un austero beso, que pese al dolor que asomaba en el rostro del muchacho, dibujó una sonrisa sincera con los labios.

Los señores Montybell se apartaron mostrando decoro y se sonrieron pacíficamente, levemente azorados. Antes de marchar, Ivy suspiró de alivio al ver que su hijo recurría de nuevo a las aventuras seguras de los libros, que no a las que se llevaban fuera de los muros vegetales de la finca Montybell.

Gaylord observó la reacción de su hijo al improvisado regalo que, su siempre atenta mujer, había querido hacerle. William parpadeó muy seguido, incapaz de ubicar la sorpresa. Su *No me olvides* había sido dispuesta sobre una superficie de seda azul, muy suave, en el interior de una pequeña y reluciente vitrina, justo en el centro de la mesa de té. Miró entonces, estupefacto, a su padre, quien dado a fingir indiferencia trataba de seguir con su lectura.

Se sentó pues, William, con un ejemplar de poesía en el regazo y continuó durante incontables minutos soñando a merced del tierno regalo que, no cabía duda, su madre le había hecho.

Ivy sabía lo mucho que a su hijo le conmovían los detalles como aquel.

—Le haría muy feliz que se lo agradecieras —dijo el señor de la casa, sin levantar la vista de su libro.

Al cabo de media hora, William había aborrecido la historia que en El rizo robado, Alexander Pope contaba. Detestó a los personajes y, sobre todo, la aparición de ninfas. ¿Por qué todo tenía que enlazarlo a sus quebraderos de cabeza?

Decidido a no alargar el martirio, y con el rostro floral de Margret en la sesera, con sigilo se acercó al escritorio de su padre. Gaylord le dedicó una mirada cauta.

—¿Sí? —inquirió enarcando una ceja.

—¿Qué lee, padre? Parece reflexivo, ¿me deja ver?

El señor Montybel alargó el brazo en pos de su hijo y le entregó su propio cuaderno, en el que escribía sin cesar cada mañana y cada tarde. William parpadeó, abrumado por tal concesión. La mano le tembló cuando, al fin, pudo sentir el tacto rugoso de las espesas hojas.

—¿Está seguro de que puedo?

—William, te lo he entregado, lee.

Asintió, algo intimidado. Procedió a inspirar hondo mientras se sumía en las dos únicas líneas escritas con la tinta de una pluma algo astillada. La

caligrafía le daba un aire romántico que William no pudo evitar captar cuando, guiando sus pasos ensimismado hasta la salida del despacho, pronunció:

«La rosa es más bella bañada por el rocío de la mañana,  
y el amor es más hermoso humedecido por las lágrimas.»

Eve Jane se detuvo a dos metros de él, con la mirada húmeda y las mejillas pálidas, como ya era habitual en su rostro. La pena la mantenía en guardia, atenta a la reacción del chico que no podía apartar la mirada de ella.

—Estoy tratando de averiguar quién lo ha escrito, pues recientemente he tenido la oportunidad de escucharlo. En mi último viaje a Kent me reuní con un buen arsenal de literatura y alguien lo citó entre tertulia y tertulia —anunció Gaylord, elevando el tono de voz para que su hijo le escuchara—. Pero vale realmente la pena, ¿no crees? Tu madre me ha rebatido, pero amor sin lágrimas no es tan bello, a mi parecer. —Salió del despacho y quedó tan o más mudo que su primogénito, que aún con el cuaderno abierto, esperaba a la reacción de la muchacha vestida de lágrimas.

Eve Jane rompió a llorar entonces con una angustiada estridencia. Los brazos de William se abrieron ante la llamada de protección y sintieron la calidez de la muchacha, y sus sobresaltos al sollozar. Gritó y se agarró al cuerpo de William, arrugando su nuevo frac, haciendo que se le descolocara el chaleco. Gaylord no dijo nada. Pestañeó con expresión grave y profunda y continuó como espectador. El cuaderno se perdió.

El corazón de Jane era el que realmente lloraba, roto por completo, no había podido sobrevivir a la última pesadilla que le había asediado sin consideración. Al respirar, por fin Jane podía experimentar el dolor que afligía a William. ¡Por fin podía darse cuenta de lo que sentía!

—William, las pesadillas, ¡las pesadillas!

Él la abrazó con más fuerza.

—Jane, querida, cálmate —trató de consolarla Gaylord, pero ella se negaba a soltar a aquel que había prometido salvarla—. ¡Royal, traiga algo para bajar la fiebre! Jane, estás ardiendo...

—Katherine me ha contado algo horrible, William. ¡Padre ha perdido el juicio! ¡No puedes dejar que me imposibilite, sabes que a ellas les dará igual! ¡A la luna le dará igual!

—¡Royal! ¿Me escucha? —Gaylord echó a correr escaleras abajo, en busca de agua y mantas para contener los delirios de la hija de su mejor amigo.

—No permitiré que te dé nada que te imposibilite —aseguró Will, perdiéndose en el brillo dorado del cabello de Jane. Esta negó con fuerza, apretando los labios hasta hacerse daño —. Mi propio padre me ha engañado asegurándome que mi único relajante era un sobrio bote de agua de menta. ¿Ya no puedo confiar ni en él, William?

—Puedes confiar en mí.

—Por eso he venido. Vienen de camino hacia aquí. No dejes que me retengan.

La alarma se encendió en el rostro, de nuevo pálido, de William.

—¿Cómo dices? —Le despejó la cara con ambas manos y la miró abiertamente.

—Me... Me he escapado de casa. Creo haber cometido mi última locura.

William la sostuvo por los hombros y volvió a pegarla a su pecho, alterado por una precipitada respiración. Tan sólo unos segundos más tarde, el temor de ambos les inundó los oídos, y escucharon un fuerte altercado abajo, en el recibidor de la casa. Jane gimió al borde de la histeria, sus ojos cansados de derramar frustración, su mente cansada de dejarse dominar por el pánico.

—Hablaré con él. Tu padre me escuchará, soy tu prometido —habló, tratando de convencerse primero a él mismo. No lo consiguió.

—Y yo su única hija, Will. Ahora mismo no atiende a razones, tiene tanto miedo de perderme como perdió a Terrance que el mal juicio va a obrar. ¡Y no quiere escucharme! ¡Lo he visto todo, William! ¡Todo! ¡A ellas!

La agarró de la muñeca y corrió en dirección a su alcoba. Jane se sumió en el silencio, atendiendo a los gritos sofocados de la planta baja y a los repiqueteos de varios zapatos de señora contra el suelo de mármol y piedra.

—¡Claro que está enferma, Gaylord, por eso intento ayudarla! —vociferó un alterado Ayrton, guiando sus pasos por las escaleras. Los pasos sonaron amplificados entre la esplendorosa sala de grandes dimensiones. Ivy, que no entendía nada, pedía explicaciones a su marido, que corría para alcanzar a su preocupado amigo.

Jane tragó saliva, aferrada con fuerza a los brazos de William, su amigo. Lo miró, después cerró los ojos y respiró con mucha fuerza.

—Gracias por no haber dado por perdida tu batalla. —Trató de acompasar su respiración mientras él inventaba rápidas excusas para enfrentarse al estado de Ayrton —. Gracias por esto, William, como padre ha asegurado, no hay muchacho que se haya ganado más mi aprecio y... mi amor.

La pesada puerta entornada de roble se abrió con sencilla facilidad,

impidiendo que un impresionado William, pudiera interponerse entre el mar de brazos que aprisionó a Eve Jane. Como enredaderas encantadas la enlazaron para arrastrarla fuera de allí, lejos de él.

Para llevársela.

—Esto ya no te inmiscuye, muchacho —le dijo Ayrton. Su mirada cargada de pena y convicción—. No hay tiempo para que vuestros corazones traten de vivir una bonita y tierna historia de amor. Si el amor no puede obrarse para salvar a mi niña, su padre inventará un muro para que nadie pueda llevársela.

El séquito de brazos pretendió huir con el tesoro entre sus garras de piel, pero William logró alcanzar los dedos de Jane mientras despachaba codazos. Leyó la indiferencia en el rostro de Rolland Lambie, el arrendado menor de su padre. También en el padre de Sammie Dent; menos en el joven hijo, que visiblemente preocupado por la situación, y sin entender nada, se veía forzado a separar a una chiquilla de los brazos del que parecía ser su más fiel enamorado.

—¡Ayrton, estas no son maneras! —protestó.

—A estas alturas me importan bien poco las maneras, niño.

—Pero... ¡Jane! —Se soltó de los brazos del agricultor y continuó a la carrera. Jane negó con firmeza a través de la coraza de brazos que los separaba. Las lágrimas habían abandonado su rostro, pues por fin había comprendido y se sentía algo más libre.

—¡El amor, señor Montybell, es una pérdida de tiempo, al fin y al cabo!

Ivy gritó que no se abandonaran los buenos modales en su hogar, y pidió incontables veces mientras se acercaban a la salida, que trataran con el respeto consecuente a una señorita como Jane. Sammie parecía a punto de desmayarse, afligido por el mal que leía en el rostro de William y de Jane.

—Padre, le va a hacer daño a la señorita... —balbució tratando de que el hombre no se mostrara tan rudo en la tarea que se le había encomendado por unas pocas libras.

—¡No es asunto mío, Sammie! ¡Camina y calla!

Así lo hizo.

—¡Padre, no le deje ir! —gritó William, presa del más puro pánico. Había leído en la mirada serena y segura de Jane, la fatalidad; y su mente, conectada con la de la chica, había sabido que tenía razón. Esa misma noche sucedería: ellas se la llevarían.

Todo terminaría.

Su corazón, incapaz de sobrellevar tal condena, estallaría.

Bajó los escalones del exterior casi de tres en tres, peleándose por que le dejaran alcanzarla. Suplicó de nuevo, hastiado, al borde de la derrota, y fue entonces, cuando el tiempo se paró para él. El mundo entero tembló, y los cimientos seguros del suelo sobre el que se asentaba, se desplomaron.

No quiso seguir en pie.

—¡Prométeme que no acudirás, William! ¡La luna ya tiene suficiente con una víctima, no le demos otra más! ¡Nadie te merece, William Janick! Mucho menos yo...

Cayó de rodillas, perdido en el rostro enrojecido de la persona que se llevaba su vida, en la solitaria lágrima que caía por la piel perfecta de Eve Jane.

Ninguna rosa podría, jamás, igualar la belleza de aquella hija de la luna por más agua de rocío que le regalaran los amaneceres.

—Padre, si el amor humedecido por las lágrimas es el más hermoso, mire las mías y dígame si mi amor por esa mujer lo es.

## VEINTIUNO

**E**l líquido verdoso brillaba como si las mismas hadas lo hubieran ideado con sus polvos y mágicas plantas. Jane se dejó arrastrar sin oponer resistencia alguna.

Una vez sobre su cama, pidió la mano de Abby.

—No dejes que vaya —le suplicó mientras el doctor Clint agitaba el frasco con la sustancia que le nublaría la mente—. Por favor, Abby, retenedlo como sea. —La mujer asintió tragándose el dolor. No entendía nada.

La cuchara estaba fría y el sabor del líquido, aunque fresco, era horrible. Jane se dejó tumbar y tapar con las mantas.

Lloró por William. Por hacerle más daño, por comprender que lo amaba.

Sus ojos se fueron cerrando muy despacio, su pecho subía y bajaba cada vez más despacio. Todo se había ralentizado. Despacio y más despacio.

Sólo le quedaba esperar a que el agua le diera un digno adiós.

## VEINTIDÓS

**L**e dejaron verla, aun así, William se prometió no perdonar nunca al señor Dankworth. Su mirada de rencor y profundo odio se lo demostró al hombre. Pese a la amenaza visual, guió al hijo de su mejor amigo hasta la habitación silenciosa y en calma de su hija.

William sufrió un estremecimiento al verla sobre las mantas. A decir verdad, pensaba encontrársela en un estado peor. Los labios de Jane permanecían estirados en una suave sonrisa de paz, ligeramente coloreados como las flores. Las mejillas de la chica lucían más color del usual, y parecía descansar. Su rostro agradable le encogió el corazón como ya estaba acostumbrado.

—Jane —susurró en un corto suspiro. Le costó coger su mano y acariciarla entre sus dedos. Jane no se movió, siguió respirando, sumida en una profunda y extraña calma. Sus cabellos parecían fluctuar sobre las sábanas de algodón blanco.

—¿Qué pasa si no es bueno? Katherine escuchó que era experimental. — William se refirió al medicamento que descansaba cerca de la cama, sobre una mesita.

—Ya ves que el remedio es lo único que le ha permitido descansar en semanas. No me juzgues, William, pero la salud de mi hija roza límites preocupantes, esta ha sido la única medida que he visto útil.

—Señor Dankworth, así está desprotegida.

—¡Claro que no! No entrará ni saldrá nadie de esta casa. Ninguna criatura se llevará a mi hija.

—Se llevaron a Terrence, ¿qué les impide volver a hacer lo mismo? ¡En este estado, Jane no puede defenderse!

—¡William, deja de decirme cómo tengo que comportarme! No te atrevas a hablarme así en mi propia casa, no lo toleraré.

—No tendrá que volver a hacerlo, señor. —En pie, William le dedicó una profunda mirada a la ondina más bella que, sin duda, jamás vería. No quería rendirse. No podía hacerlo.

No podía dejarla.

Tampoco aceptar su súplica.

Si tenía que soportar de nuevo el clamor del agua en sus pulmones y la furia de la luna sobre él, lo haría.

La salvaría.

Lo había prometido.

Con amor o sin él, William Janick la salvaría.

## VEINTITRÉS

**L**a despedida con Rosalind y Katherine había sido muy amarga. Hadrien, a su lado, parecía un témpano helado y frío.

Era evidente el cariño creciente que entre Katherine y el muchacho se daba, y la promesa de una visita a Canterbury era muy lejana: la separación era demasiado dura, por muchos días que en el futuro los juntara. William palmeó la espalda de su amigo haciéndole sentir la calidez de su apoyo, su amistad. Hadriend lo abrazó.

—Lo siento, William.

William no se dejó alterar. No movió ni un músculo. Esperó. Respiró. Esperó.

—Yo también lo siento.

En la sastrería, Hadriend ya no se sentía cómodo. Sabía que pasaría un largo tiempo hasta que pudiera volver a sentirse a gusto entre telas, hilos, botones, satenes y agujas. Y mujeres.

Estaba desmoralizado. Apenado. Entristecido.

Como William.

—¡La carta de padre es inflexible! Nos requieren en casa antes de una semana, lo siento William. Hazme el favor de cuidar bien de ella, e infórmanos cuanto antes.

William se recordaba asintiendo ante la petición de Rosalind.

Las respiraciones se escuchaban agudizando el oído tras la endeble puerta. Ezra respiró hondo antes de posar la mano en el gastado picaporte, y con su hombro hizo presión para abrirla sin hacer ruido.

Shreya dormía con más calma que hacía unos días, algo pálida y temblorosa, pero viva. Ezra bien recordaba las palabras del señor Clint que no le daban esperanza a la mujer.

Se acercó a ella con cautela, evitando que sus pasos resonaran en el suelo y le delataran antes de tiempo. Shreya abrió los ojos cuando escuchó un breve gemido, suave y momentáneo, pero que bien se había obligado a recordar.

—¿Ezra, qué haces con Harry?

Ezra se petrificó en el umbral, un escalofrío le recorrió la columna.

—Shreya —maldijo —, se supone que no me verías.

—¿Se... se supone? —El esfuerzo de hablar era demasiado para ella.

Ezra volvió en sus pasos y le acarició la sudorosa frente con la mano libre, Harry apretó los puños.

—¿Recuerdas lo que te dije? Te pedí que no te acercaras al agua, que te alejaras del río. —La muchacha tembló con más fuerza —. Ahora no puedo hacer nada por él.

El murmullo del agua sonaba diabólico. Le repiqueteaba en los oídos, entrometiéndose en sus pensamientos.

No le dejaba pensar.

Y Ezra necesitaba pensar.

Pero... Ezra ni siquiera era su verdadero nombre. ¿Cuál era? Vay no se lo había dicho, le dolía demasiado recordarlo.

¿Quién era?

Conteniendo un grito furioso, con los puños apretados, se alejó del odioso murmullo.

La finca Dankworth estaba custodiada por carros estropeados y calesas más señoriales; aunque eso no era problema para el chico de nombre equivocado, al fin y al cabo, pertenecía a su familia. A su auténtica familia.

Si su padre lo hubiera querido. Si lo hubiera protegido... ellas no se lo habrían llevado. Ayrtón Dankworth había dado la espalda a un hijo secuestrado, perdido.... Y su hijo se había criado tan cerca de su verdadero

hogar...

Ezra apaciguó la rabia y aplacó su dolor concentrándose en el camino que seguían sus pasos. Varios hombre le saludaron, Abby le sonrió con dulzura, corroída por la pena. Le contó algo sobre “su niña”.

«Yo también podría haber sido tu niño, Abby. Soy un niño perdido, sin embargo.»

Claudeen se sonrojó, su piel ardiendo como brasas. Ezra besó la mano libre de la muchacha, que encontró en el camino a las escaleras.

«Pobre niña, tan joven, dulce y bonita. Encerrada en esta vida de servidumbre. Quizá hubiésemos sido amigos. Quizá me hubiese enamorado de ti. Tu sonrisa es ciertamente encantadora, tus ojos vivaces, tu inteligencia un misterio abocado a las penumbras. No te dejan ser libre, Claudeen. No te dejan ser lista. No les merece la pena ni que seas tan bonita. Sí, te habría querido. Nos habríamos amado.»

Ascendió los escalones con seguridad, temple y firmeza. La austeridad y las sombras que se cernían por la decoración del nivel superior le sobrecogieron tan solo un ápice. Las ventanas habían sido cubiertas con cortinas.

¿Para que no llegara la luna?, rio.

La luna siempre consigue lo que quiere.

Sus hijas siempre acuden a su llamada.

Jane acudiría aunque tuviera que ver su marcha algo forzada.

Ezra se precipitó con cautela en la habitación de la muchacha sin mucha dificultad, podía sentir las vibraciones flotar por el aire, buscándolo, señalándole el camino.

Jane yacía envuelta en sábanas pulcras del color más puro. El cabello ondeaba sobre las almohadas como si bajo el agua se extendiera. A Ezra le pareció curiosa la calma que la envolvía.

—Jane, observándote con otra perspectiva veo nuestros increíbles parecidos —susurró sobrecogido, más para él mismo—. Nuestra madre tuvo que ser realmente bella.

—¿Qué demonios...?

Ayrton Dankworth se posicionó a varios metros del muchacho que, junto a la cama de su hija, la miraba fascinado.

—¿Quién le ha dejado entrar?

—Sh, puede despertarla —anunció Ezra, con una sonrisa lasciva muriendo en la esquina de sus labios.

—Muchacho, le he hecho una pregunta —insistió el hombre, reclamando una respuesta que nunca llegaría. Ezra alargó la mano hasta los cabellos de la que era su hermana de sangre, aunque no de vida. Al mismo tiempo, acarició su propio cabello, perplejo.

Dejó escapar un suspiro acongojado, escondiendo una risa histérica.

—¿No es increíble el brillo de nuestros cabellos? Fíjese bien, señor Dankworth. Aún no puedo creer que yazca usted tan cegado. ¿Habrá sido una maldición de las ondinas lo que le impide reconocer lo que ante sus ojos se refleja?

—¿Cómo...? —Ayrton dio un paso hacia él, comenzando a sentir las palabras del muchacho en el temblor incontrolable de sus brazos —. Nombras a los seres del lago con conocimiento, por lo que veo.

—Al parecer, mi madre fue uno de esos seres.

El dueño de la finca cambió su expresión a la más lívida jamás lucida. Un escalofrío seco lo encajó al suelo, petrificando sus piernas y con ello, su respiración. Ayrton Dankworth observó el porte serio de Ezra, y veintiún años se le sumaron a su vejez. Veintiún años que arrugaron sus carnes, hicieron presión sobre sus articulaciones y huesos, que cayeron sobre su espalda con una brutalidad atroz.

Ayrton Dankworth abrió la boca con la mirada helada.

—Diga algo, padre. No importa que sea un intento de justificación, pero me gustaría escucharle dirigiéndose a mí por vez primera como lo que fui al nacer, si es que acaso me recuerda.

—Terrance.

Lo que Eve Jane vio al abrir los ojos no fue más que una maraña de brazos agitándola mientras le robaban el aliento. Después fue un desfile de verde y marrón cálido. Poco después, un cabello rubio.

Su corazón se repuso con un bombeo enloquecido.

—¡William!

Pero el rostro de William no fue el que le sonrió.

—Querida Jane, disculpe a William, no estaba disponible por su estúpido estado. Dicen por Vant Konur entero que yace profundamente enamorado, ¿sabe?

—Usted... ¿Qué hace? ¡Suélteme!

Ezra aceleró el paso, corriendo entre los árboles con Jane en sus brazos. La joven, aún aplacada por el brebaje que le habían obligado a ingerir, trataba, en vano, de luchar contra sus efectos calmantes. Se revolvía sin sentir su fuerza, sin controlar plenamente el dominio de sus músculos.

—¿Qué pretende?

—Acabar con todo, señorita Dankworth.

—¿Cómo?

—Ellas me pidieron algo, ahora soy yo el que necesita ayuda.

—¡Ezra, por favor! ¡No sabe lo que pueden hacer!

—Me crie con ellas, querida, lo sé.

Jane se petrificó entre sus brazos, su aliento se congeló en su pecho y apretó los labios ante tal confesión. Los engranajes de sus pensamientos corrieron en funcionamiento frenético, endiablado. Sus ojos se desmesuraron cuando la lucidez plena le regaló una descabellada conclusión.

Miró a Ezra, llena de sentimientos inexplicables. Sus labios exhibiendo su plena sorpresa y lástima. Quería aferrarlo en un abrazo y abofetearlo a partes iguales.

Quería salir corriendo, en ninguna dirección en concreto.

Chillar el nombre de William al cielo, para que la escuchara.

—Efectivamente, Jane, me temo que compartimos sangre y maldición. Y estamos... ¿perdidos? Eso es lo que me dijeron.

## VEINTICUATRO

**L**a garganta de William se resintió en sueños, y él se vio obligado a abrir los ojos. Rendido había caído sobre el sillón del estudio de su padre.

Se reincorporó recorriendo la estancia con una discreta mirada para tranquilizarse. A su lado sobre la mesita, descansaba un té frío. Lo bebió para quitarse la sequedad que le impedía hablar.

El líquido amargo lo calmó bastante.

Tras ayudar a Royal a dispensar las pastas para el tentempié de la señora Montybell y unas cuantas señoritas que habían acudido a hacerle compañía, William se excusó para tomar el aire. Cuando marchó, todas le comentaron a Ivy la suerte que había tenido con un hijo como aquel. Ella se sonrojó cual joven enamorada.

En el exterior, William recibió a la brisa para que le acariciara el rostro, y dejó que sus pulmones renovaran el oxígeno de su cuerpo. El comienzo del otoño se sentía en el descenso de las temperaturas y en el color cambiante de las hojas de los árboles. Acariciando los parterres bien perfilados llegó hasta la fuente de sus lamentos. Se armó de valor y acarició la parte de piedra donde la espalda de Jane se había apoyado, antes de compartir su primer beso.

De habérselo pedido, él se habría arrodillado.

Caminado una y mil veces por un camino espinoso.

Apretó los puños, sintiéndose débil. Odiaba, detestaba sentir esa pesada necesidad de sentirse a su lado, bajo su mirada azul, tan petrificante y hechizante.

Y debía reconocer que era enfermizo sentirse así. Rozaba la esclavitud.

¿Pero qué hacer para remediarlo?

No podía evitarlo.

La amaba.

El sendero en el que Jane se había atrevido a enredar sus dedos en los botones de la camisa de William, estaba acunado por el silbido del viento. Tan agradable caminar por su hierba corta y trozos de tierra sin flores que Will se dejó ir, sin pensar en nada ni en nadie. Necesitaba sentirse él, y no necesitado de Jane.

Olvidar el rostro asustado que le atormentaba el alma, aquella petición para ponerlo a salvo...

¡Era tan necia! ¿Acaso Jane no sabía lo que William dependía de ella?

Claro que se arrojaría a las aguas para unirse a ella.

Claro que lo haría.

No pensaría.

Un brioso llanto resonó entre las paredes imponentes de los vigilantes del bosque. William giró en derredor para orientarlo en una distancia cercana a su sitio.

Las voces se mezclaban en sueños, amplificándose y reduciéndose en una extraña maraña de sensaciones.

—Niña, ¡niña! ¡Despierta, despierta!

—¿Es que no lo oyes? ¡Hija de la luna, abre los ojos!

Eso es lo que Jane hizo. Fue una orden que su cuerpo tomó de inmediato. Todo su alrededor se envolvió de calma y sólo alcanzó a oír las caricias del viento entre la vegetación. Trató de volver en sí, pero un débil eco aún resonaba en su cabeza. Se sorprendió de notar un descenso caliente descender por su brazo izquierdo. Gimió al contemplar el corte limpio que le ocupaba gran parte.

—Es malo —siseó el viento. Jane quedó petrificada, atenta al susurro.

—No, ¡no lo es! ¿Acaso no sabes su historia? ¡De un olmo tenías que venir, ninfa estúpida!

—¿Ninfa estúpida? ¡Fue a hablar la reina de las hayas! Ese muchacho tiene un alma muy oscura.

—¡Lo criaron esas recelosas criaturas! ¡Un bebé tiene que crecer rodeado de cálido amor, no de forzada y fría atención! Él no tiene la culpa.

Jane giró sobre sí misma, incapaz de encontrar unas figuras a las que atribuir la alterada conversación de la que se había vuelto partícipe.

—¡La estáis asustando! —bramó Margret, y Jane suspiró de alivio al comprender: eran nifas, no estaba tan loca.

—Asumo mi locura, señoras, pero les agradecería poder verlas —rogó, terminando el examen a su apariencia. ¿Qué le había pasado para acabar así?

—Querida, intentamos que Ezra entrara en razón, pero me temo que se ha dejado llevar por una rabia que le hará más mal que el que ya soportan sus hombros.

Entonces, Jane recordó haber ido sobre los brazos de Ezra antes de perder el sentido. Sollozó.

—¿Qué ha hecho? ¡Oh, Dios mío, padre! ¿Qué le ha hecho a padre?

—¡No es tu padre el que peor suerte corre, niña!

—¡William! ¡Margret, ayúdeme!

—¡No podemos! —intervino la primera voz que había participado en la bulla. Una forma incorpórea de translúcidas hortensias se agitó delante de la muchacha, que tembló con violencia —. Es lo que tratamos de advertirte.

El revoltijo de flores rodeó a la hija de la luna y la empujó senda a dentro. Jane corrió en la dirección que éstas, elevadas en el aire, le indicaban.

No le dio tiempo a preguntar.

—¿Jane?

Oculto entre la maleza y apartando a manotazos las hojas y las flores que el viento levantaba, William dio un paso al frente al ver que la chica que debía estar sumida en un profundo sueño forzado, acababa de irrumpir en las tierras del lago.

El pánico acudió a él reflejado en intensas oleadas de furia. Apretó los puños instintivamente.

—¡Ezra! ¿Qué has hecho? —gritó la joven. Una dureza no usual colmó el rostro cubierto por el polvo y la tierra del campo. Restos de ramitas y hierba se enredaban en su cabello, libre de destellos; pues a la sombra de los grandes robles se apagaba.

Sus ojos, sin embargo, llameaban.

William sintió un mareo frugal que asoció a aquella visión. Si Jane había despertado, el brebaje del doctor Clint no había vencido al fuerte influjo de la naturaleza que quería hacerse con ella.

El ahijado de las ondinas sonrió, desde la orilla opuesta, muy cerca de él y

alejado de Jane. En sus brazos, el bebé de Shreya dormía, ajeno a lo que su presencia originaba.

—¡Eres un monstruo!

—¡No puedo evitarlo!

—¡Claro que puedes, eres humano! —recalcó Jane. Su cabello cayó a sendos lados de su agitado rostro, sus manos se crisparon en un rictus de frustración.

—¡No! ¡No lo soy, y tú tampoco! Deja de rogar por tu vida. ¡No te pertenece! ¡No tienes alma, Jane, y jamás podrás tener una!

—¿Qué le has hecho a... padre?

—¿A nuestro padre?

Un seco escalofrío recorrió la musculatura del muchacho que yacía oculto. Sintió un relampagueo seco y duro impactando sobre él. Los dedos de las manos se entrelazaron en las hojas del arbusto más cercano a su cuerpo, y las estrujaron sin consideración.

Aquel era Terrance, el hijo robado de los Dankworth. La razón por la que Ywen había dado a luz a Eve Jane y había dado la vida. Los dos hermanos se sostenían idénticas miradas manteniendo una chispeante tensión. Jane vaciló, pero se rindió a poner un pie en las aguas. Ezra rio, desafiándola.

—Sabes que te atraparé. —Dedicó una intensa mirada a la mansa corriente que lamía la tierra y la piel de sus pies, internos en ella. Calmadamente, regresó a los ojos de la joven, que temblaba como una débil hoja acuciada por la dureza del invierno.

—Lo sé.

—Pero... —Ezra ladeó la cabeza, regodeándose en el incómodo silencio que reinaba a su alrededor. Podía escuchar la respiración de Jane casi ahogándola, el gemido de pavor que no se atrevía a lanzar. Le dedicó una sonrisa sardónica al pequeño que acababa de despertarse en sus brazos.

—No lo hago por mí —la escuchó entonces.

—Lo haces por ese chiquillo enamorado. William Janick, el heredero de los Montybell. Un buen partido, hermana. He oído que es el hombrecito más reclamado para desposar a jóvenes hijas. Poseerá un buen pellizco de este lugar. —Levantó la vista del bebé y dejó escapar una carcajada. Harry agitó los brazos como reacción a la fuerza de aquella voz.

Y lloró.

—Una pena que no le merezca —adujo Jane, con la voz cargada de sabia pena, y matices irónicos.

—Una pena que la luna te reclame más que él.

—No lo entiendes... Ellas nos quieren a los dos, no te dejarán... Todo esto viene de más atrás... Quieren venganza, y los dos tenemos su sangre: la sangre de la ondina que las traicionó. Soy tan culpable de haber nacido como tú.

—¿Culpable yo, dices? ¿He sido yo el que se ha criado entre carruajes y caras telas? ¿Entre ocio, diversiones y caprichos? —Jane notó cómo la voz de su hermano se quebraba mientras hablaba. Ezra se dio cuenta, pero sacudió la cabeza con pesadez.

—Cariño.

Clavó en ella una mirada de odio tan intensa, que Jane se amedrentó. Los dedos de Ezra treparon por la manta de Harry para aferrarlo con más fuerza. Jane jadeó, extendiendo una mano hacia ellos, aun sabiendo que su acto sería en vano.

—¡Repítelo!

William observó cómo los ojos de Jane se cerraban con angustia. Estaba llorando. Hilillos que brillaban al resplandor de una blanquecina luz resbalaban por su pura piel, trazando rutas imaginarias en un mapa virgen. Alzó la cabeza cuando reconoció la tonalidad de la luz que iluminaba a la chica: la luna estaba despertando de su sueño.

—¡Reclamas un cariño que te fue vedado! —gritó Jane, apretando los puños con desesperación. La amargura de su voz encogió la garganta de William, que trataba de resistir... —. ¡Padre nunca tuvo la culpa de que te llevaran! ¿Crees que no le duele? ¿Crees que no te ha llorado?

—¡Nunca me llevó a su lado!

—¡Ellas te secuestraron! Te han hecho sentir así... Las ondinas han sido las que te han mantenido engañado y separado de tu familia durante toda tu vida... No lo pagues con los que te quieren.

La risa de Ezra volvió a inquietar al niño de sus brazos, que había conseguido calmarse. Apretó los puños que agitaba en el aire con furia, cansado de la estridencia que no le dejaba dormir.

Jane se limpió las mejillas con brusquedad, como si su cara no fuera parte de ella, como si todo su cuerpo le estorbara.

—Tú no eres mi familia, y mucho menos... puedes quererme, Jane.

El niño abrió los ojos de nuevo, movido por la sacudida de su pequeño cuerpo al descender de una manera, para él, brusca. Cuando el agua se hizo con él y sus ropas la absorbieron, trató de llorar, sorprendido, molesto. Pero aquello le paró la respiración.

—¡¡No!!

Jane sabía que aquel acto no era más que el detonante para que ella saltara al agua, para que la luz de la luna que fluía reflejada en ella, se colara con más eficacia por entre sus poros dilatados por el miedo. Chilló, pegando manotazos sobre la superficie mientras se resbalaba. Ezra la detuvo de un solo manotazo y cayó de espaldas, notando cómo sus pulmones se vaciaban de un soplo. Boqueó, agonizante. Tan asustada como desprevenida.

Con una patada logró desestabilizar al chico que mantenía al pequeño bajo las aguas, y este, apretando los dientes conteniendo la furia, se volvió hacia ella y...

Cayó hacia un lado soltando al niño. Cuando Jane volvió a escuchar el angustiado llanto, semiahogado por un dolor latente que seguramente estaría soportando Harry, volvió a permitirse respirar.

William había arrojado la vieja y reseca rama que había utilizado, a los pies del jadeante muchacho. Agarró al bebé con firmeza e imploró a Jane con la mirada perdida, incapaz de procesar la información. Jane le devolvió la mirada, horrorizada. De su garganta emergió un chillido desgarrador, y el joven Montybell se supuso lo peor.

—¡No, no, no! ¡William, vete! ¡Vete!

La risa histérica de Ezra les congeló los corazones, y los inmovilizó.

—Es tan tarde, querida. ¡Tan tarde!

Jane lo empujó para que William retrocediera hacia el borde del lago.

—¡Corre! ¿Es que no me oyes? ¡Maldita sea, muévete!

—Pero tú... Deberías... Tu sueño...

—William, te dije que... No puedes hacerme esto.

El amargo llanto de la muchacha despertó al descanso de la paz que reinaba en el ambiente. Diminutas olillas sucedieron a la inmovilidad, para en segundos, cambiarse por otras más elevadas y ruidosas. William bebió de esa desesperación que se debía, por entero, a su presencia en aquel lugar.

—Pero yo...

—¡Estúpido! ¡Estúpido!

William paró en seco, la miró a los ojos, y le dijo:

—No, Jane. Te quiero. No temo a la luna. Ni a ellas.

La conmoción que sacudió a Jane se hizo palpable en el temblor de su cuerpo, en la forma en la que se llevaba las manos a la boca para acallar sus estridentes sollozos. Miró a su prometido a los ojos con el corazón retorcido en un puño y entonces... su mirada se llenó de más alarma. El miedo la inundó

por completo y dejó que el pánico cundiera.

—Tu boca, William... Estás... sangrando.

William se llevó la mano libre a los labios y corroboró el hecho de que por su barbilla descendía todo un río de sangre roja, cálida e intensa. Jane se precipitó a sujetarlo por los brazos. Lo empujó con brusquedad hacia atrás, y él reaccionó. Lo sacó del agua y lo sentó, aún con el niño en su regazo, se agachó junto a él para examinarlo. La sangre comenzó a descender a mayor velocidad, tiñendo sus ropas y la manta de Harry.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto, William? —Desesperada, le sostuvo la cara entre sus manos, pretendiendo buscar una explicación a lo que sus ojos veían —. ¿¿Qué le has hecho!?! —Gimió, revolviendo el pelo de Will, parpadeando para apartar el miedo y las lágrimas de su visión. William se mareó, atónito. Su mente no ubicaba aquello. Se dejó caer, sintiendo las manos de Jane tirando de él, gritándole, llenando hasta el más alejado rincón de su conciencia. No soltó, sin embargo, al bebé.

—Veneno, hermana.

Ezra se puso en pie, no sin dificultad. La sangre también manaba de su cabeza, en el lugar donde un valiente William le había golpeado. El agua comenzó a teñirse de oscuridad.

—He vivido rodeado de hermosísimas plantas letales, de algo tendría que valerme saber reconocerlas.

Dejando escapar un gruñido de rabia, Jane imprimió toda su fuerza en impactar sobre Ezra. Ambos cuerpos chocaron con violencia, el impacto dejó un sonido seco extenderse por el aire. A William aquello lo estremeció de pies a cabeza.

Ezra y Jane se hundieron hasta la parte que más cubría del inicio del lago. William trató de dejar escapar su espanto en forma de aullido, pero la sangre que se acumulaba en su garganta y al borde de su boca, se lo impidió. Se encorvó hacia el lado en que su cuerpo se ladeaba, y tosió la espesa sustancia hasta que pudo sentir el fluir del aire de nuevo por su garganta.

—¡Demasiado tarde, demasiado tarde! —gimió una vocecilla distorsionada por el viento, de repente, huracanado.

—¡No te muevas, muchacho, respira hondo!

William así lo hizo, y la presión que acuciaba sus oídos embotados pareció rebajarse. Reconoció las flores que de manera inusual revoloteaban en torno a él.

—Margret —logró balbucir —, ayúdala.

Si la ninfa hubiera poseído un corazón corpóreo, se habría estremecido. Lo hizo sin embargo su alma de criatura inmortal. La cólera poseyó hasta la última fibra de su ser.

—Esto tiene que hacerlo sola, querido niño. Ahora trata de mantenerte cuerdo. No te mereces esto. Tu corazón es puro, tus actos nobles y tu amor... demasiado real. Mis hermanas y yo no podemos hacer nada por vosotros, la luna os ha marcado a ambos, quiere ponerlos a prueba.

El terror se clavó como punzadas en torno a él. William volvió a sentir la sangre brotando de su interior, y con vomitarla no bastó para volver a sentir el aire en sus pulmones. Se estaba ahogando, y no era el agua el que le impedía respirar: era su propia sangre.

Margret lo abrazó para que se recostara y no hiciera esfuerzos, y evitó que Harry impactara contra la tierra.

—Levántame —pidió William —, así no... no... no pue... do... ayu... ayu... dar... la.

Impotentes, las ninfas fueron espectadoras de como el niño robado que se había convertido en un adulto, sujetaba a la hija de la luna por el cuello para hundirla en las aguas, presionando con toda la fuerza que fue capaz de reunir.

## VEINTICINCO

**L**as burbujas estallaron en la superficie enturbiada y Ezra, impresionado por la resistencia que la muchacha ponía, volcó más peso para pararla. Las uñas de Jane se clavaban en su piel, arañando desesperadas. Las sentía como ardientes punzadas. Alarmada, Jane pataleaba con toda su fuerza, clavando las rodillas en los costados de su agresor, debilitándolo. Pero la presión en su cuello era demasiado intensa como para soportarla durante más tiempo. Su conciencia se iba apagando como el ocaso de un día. La agonía se alargaba a cada patada o manotazo.

Resistir cansaba demasiado.

—¿Qué reclamarás después de apagar su vida? Al igual que tú, ella no ha tenido la culpa de esto.

Ezra clavó las rodillas de inmediato en la blanda tierra que había sido revuelta bajo las aguas. Algunas piedras afiladas le rasgaron la tela que recubría sus rodillas. Se detuvo, y soltó a su víctima. Vay se colocó tras ella, arrodillada, y le sostuvo la cabeza para que respirara.

—Tranquila, pequeña, respira —le instó. Jane escupió el agua que había mantenido su garganta aprisionada.

Ezra apretó los puños. Su respiración agitada no le dejaba aclarar la mente.

—Es mi problema, Vay. Déjame.

—Tú no quieres hacer esto. Tú no eres así. —Vay alargó una mano hacia él, entregándole una sonrisa débil—. Mírala, mira sus ojos. Es tu hermana, Terrance. No quieres hacerle daño, lo sé.

Jane abrió los ojos en el momento en que Terrance se agachó hacia ella. Regueros densos de lágrimas envolvían su piel, dotándola de destellos plateados. La miró a los ojos y... todo se confirmó.

—Terrance... —gimió, luchando contra la calma repentina que había dominado a su cuerpo extasiado. Agradeció la ayuda de la mujer que le levantaba la cabeza para respirar.

Terrance giró la suya y la agachó, humillado, confuso, y sintiendo aún los latigazos de la rabia y la impotencia golpeándolo por dentro. Lentamente, sintiendo la vida regresar, pinchándole la piel, Jane cerró los ojos. Un pausado bullir de sangre fue evolucionando a frenético a cada respiración que se obligaba a dar. Gimió llevándose las manos a la garganta abrasada. Todo en su rostro era dolor, agua y lágrimas.

—Llévatela, Vay —anunció Terrance, sin poder mirarla a la cara —. Yo me encargo del chico.

—¡No lo toques! —La mirada de la hija de la luna había obtenido una dureza de la que jamás se desharía. Apretó los dientes y trató de lanzarse hacia su hermano. Los brazos desnudos de la mujer la asieron, manteniéndola fuera del campo del chico.

—Basta, Jane, todo ha acabado. Estáis a salvo —trató de calmarla.

—No. —Se giraron hacia el convaleciente William, que tosía sangre arrodillado al borde del agua. Hundió las manos manchadas de rojo, limpiándolas —. No —repitió. La angustia tiró de él —, están por todas partes.

Se puso en pie sin dejar de contemplar a Jane, sendas miradas se mantuvieron conectadas, elevándolos a una profunda conexión de la que no querían salir. Ninguno de los dos volvió a dejarse llevar por la desesperación.

La luna resplandeció en el cielo y un fulgor blanquecino tornó las pieles de aspecto delicado de las mortíferas y bellas criaturas que se habían alzado en silencio, cómplices de su amado astro.

—Debí haberme imaginado que serías precisamente tú la siguiente en causarnos problemas. —Delphica se abrió paso entre la multitud de cuerpos esbeltos que emitían destellos plateados según la luz de la luna se reflejara en ellos. Los labios fruncidos en una sonrisa sarcástica erizaron el vello de la nuca de Jane. Trató de infundirse valor, pero se había esfumado de ella cualquier pequeña oportunidad para eludir el poder de las ondinas. Reconocía ese rostro, ese en concreto: aquella mujer de agua había reído más que ninguna al lanzar a Norene a las aguas, hacía ya días. Los cabellos negros de la ninfa de agua se apegaban a su espalda como carbón brillante, y descendían por sus pechos hasta por debajo de la cintura de avispa.

William sintió el fervor del veneno quemarle las entrañas, el dolor era tan

intenso que ni siquiera podía gritar. Dedicó un vistazo a Harry, acurrucado a su espalda, que palmeaba el aire, inquieto por todo lo que había vivido. Lloraba, ajeno a lo que a su alrededor sucedía. Sus diminutos puños se retorcían a cada nuevo berrido de incompreensión.

Vay dio un paso al frente, empujando a Jane tras ella. El niño robado la sujetó por un brazo e inspiró con fuerza, mirando al frente. La muchacha de cabellos dorados se sintió conmovida por el gesto. Notó un dolor profundo que latía en él. Podía comprenderlo, no era ningún monstruo: era su hermano. Sin pensarlo si quiera, se abalanzó sobre él. La sorpresa volvió torpe la recepción del joven, que finalmente le devolvió el gesto.

—¿Por qué os lo llevásteis?

A una vez, las heladoras miradas de colores suaves e irreales la miraron con desdén.

—Su madre consiguió un alma —empezó una, pero Vay la cortó con un bramido encolerizado.

—¡No está prohibido! La misma Záfira obtuvo un alma.

Las expresiones se congelaron, mezcladas con la furia. Las había ofendido a todas.

Vay no se amilanó, elevó la barbilla hacia sus hermanas, paciente y segura.

—Es un error, y una muestra de respeto ingente hacia nuestra comunidad. Creo que las consecuencias de un alma te fueron explicadas con mucha claridad, ¿verdad, hermana?

—Yo no puedo ser tu hermana. —La tristeza hundió aún más los pómulos de Vay en su rostro dulce y angelical —. De ninguna que se oponga, en realidad.

Las exclamaciones de asombro se extendieron como suaves hojas chocando en el aire.

—¿Es ese un desafío, Vay? —preguntó Delphica, sus ojos llenos de fulgores de rabia.

—Al parecer, sí.

El grito encolerizado de Delphica tronó con fuerza. Las aguas se elevaron al escucharla y olas finas, como capas irrompibles de un extraño cristal, se precipitaron con fuerza contra ellos. Jane y Terrance se separaron, cayendo en lados opuestos, muy alejados. William, sin embargo, fue arrastrado hacia el interior. El agua le dio vueltas, volviéndolo en todas direcciones. El grito de Jane le hizo resistirse, patalear con más insistencia.

—¡Oh! —La mano de Delphica lo atrapó antes de continuar arrastrado por

la repentina corriente. William sintió cómo la ondina tiraba de su pelo y el dolor, enviado por ondas explosivas, se apoderó de él —. ¿El pequeño Montybell? Debo confesar que siempre me inquieté por tu padre. Hace unos años era tan parecido a ti...

—Déjalo.

—¡Cariño, Jane! Ven, ven y podrás salvarlo —La retó.

Terrance hizo amago de protestar, pero antes de que pudiera, Jane le indicó que fuera a por el niño de Darien y Shreya. Él obedeció.

—¿Terrance? ¿Cómo que Terrance? ¿Quién te crees que te permite llamarlo así?

—Yo. —Terrance se llevó el niño al pecho, pidiéndole perdón por lo que le había hecho. Este pareció comprender, pues dejó de llorar.

El ceño de Delphica se arrugó y el agua se amansó, súbitamente.

—Pero tú eres mi Ezra... —susurró, incrédula.

—No soy Ezra, Delphica, soy Terrance.

—¡No!

—¡Mataste a mi madre! ¡Me separaste de mi familia!

—¡¡No te maté!!

—¿Y se supone que debo darte las gracias? ¿Eso es lo que insinúas?

—Debes darme las gracias por acogerte. —Extendió las manos envolviendo la expansión del claro donde se encontraban, como abarcándolo todo con ellas —. Nos lo debes.

—Me ocultaste de mi familia...

—Ella estaba muerta —contestó, restándole importancia. En un arrebato arrojó a William hacia sus hermanas más cercanas. El grito de la hija de la luna encogió el corazón de Terrance, que con la vista fija en la imponente ondina, se arrepentía de haberla retado —. Podéis ahogarlo —les dijo. El brillo de la suficiencia brillaba en sus ojos místicos.

—¿No se lo queda una?

—Megaira, he dicho que podéis, en plural —explicó con un deje de irritación —. No seáis tan maleducadas. ¿Qué pensará el crío de nosotras? ¡Sabemos compartir! Se merece un poco de cada una —le sonrió al joven moribundo con una escalofriante sonrisa.

Las sibilinas risas se expandieron vibrantes por el claro. Algunas damas de agua dieron rodeos, sopesando el camino que llenaría de más agonía al joven muchacho; otras, simplemente, se agazaparon como panteras blancas, preparándose para atacar.

—¿Y si se le para el corazón del pavor? —quiso saber una de largos cabellos trenzados y mirada hipnotizadora.

—Auguro que será mejor para él —zanjó Delphica, aproximándose hacia Terrance. Una vez frente a él, reclamó al crío con una mano alzada.

—¡No! ¡¡No!! —Jane caía por la fuerza del agua, que se enredaba en sus ropas. A cada paso le era más difícil lograr acortar distancia hasta William. Gritaba impotente, mientras el agua la manejaba a su merced —. ¡Por favor! La luna, ¡la luna me quiere a mí!

William, por su parte, no podía preocuparse por las letales damas que lo observaban con el mismo interés que los Cukor estudiaban los movimientos de un joven ternero que aprendía a andar. Un ardor insoportable se expandía por su cuerpo hasta llegarle a las puntas de los dedos. Bajo la atención minuciosa de los seres sobrenaturales que lo acechaban como a una jugosa presa, logró arrodillarse. El agua le llegaba a la altura del pecho, y un fino hilillo carmesí resbalaba por su barbilla, manchándole la piel y tiñendo el agua. Una de las ondinas se agachó más cerca de él; curiosa, contempló la creciente mancha en su elemento.

—Lo han envenenado —les dijo a las demás —. Creo que la hija de Ywen tiene razón: la luna la quiere a ella. El chico no durará mucho. Ni siquiera tiene fuerzas para hablar.

—¡Parece un pececillo fuera del agua! —aplaudió la ondina de cabellos turquesas, una de las más exóticas.

—Pues verlo mientras parece será igual de divertido —rio Delphica. Como siempre, la sonrisa no llegó a sus ojos. Terrance atisbó en ellos agónicas sombras de tristeza. Una potente y antigua tristeza. Nuevamente, la mujer le exigió el niño que protegía entre sus brazos. Él se negó, y retrocedió un paso —. No juegues conmigo, cielo —advirtió con impaciencia.

—¿Me quisiste alguna vez? —preguntó. El dolor le pinchó el corazón, y ahogó un jadeo. Ni siquiera sabía por qué había hecho la dichosa pregunta. Cerró los ojos con fuerza, y al abrirlos, un destello relució durante un instante en la pequeña muñeca de Harry. Delphica parpadeó, insegura. Se sintió desprotegida por primera vez en su vida, desarmada.

—Adelante, Delphica, admite lo que te ha torturado desde la muerte de Ywen. ¡Hazlo! ¡Condénate a ti misma! —El reto de Vay resonó con fuerza —. Admitir que amas sería tirar por tierra tus estrictos principios.

Por unos segundos eternos sólo se escuchó la fluctuación del agua contra los cuerpos y los susurros agitados de Jane hacia William, que trataba de

respirar, cada vez con menor resultado. Tras la intensa quietud que Vay había aprovechado para alcanzar al pálido amante, Delphica apretó los puños con extrema dureza. La delgada barbilla, que parecía esculpida en mármol blanco, tembló. Asqueada comprendió que Ezra estaba fuera de su alcance, se lo aseguró con la vista clavada en la pulsera de plata que lo unía al frágil niño que no les había servido. Su ahijado había encontrado un enlace a la tierra que lo había alejado de ella.

El acto de proteger le había otorgado un alma.

—Os borraré a todos —aseguró con un tono gutural y terrorífico—. ¡Lo haremos!

Jane sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo desde la nuca y dejó el bajo roto de su camisón, del que trataba de deshacerse rompiendo la tela, para agilizar sus movimientos. Paralizada por el terror, escuchó el bramido de las olas. Un poderoso torrente de constitución casi maciza impactó contra ella, arrancándole un grito de dolor que paralizó la poca respiración de su prometido, a treinta metros de ella.

—¡Me iré con vosotras! Lo haré.

Perdió de vista a Terrance, su hermano reencontrado y del que apenas sabía. Pensó en su madre, en lo valiente que debía de haber sido para haberse enfrentado a unos seres como aquellos. No podía imaginar que la joven y delicada Ywen, la mujer de la que su padre le había hablado en breves charlas, perteneciera a esa raza llena de odio y resentimiento. Se alegraba de ser su hija. Y de haberse enamorado de un humano. Se alegraba de pertenecer a su amigo de la infancia, su adorado William Janick Montybell.

Cuando la luna le iluminó el rostro no sintió miedo, sólo paz. Sus pensamientos, sin embargo, le rogaron a la belleza máxima de la noche, aquel punto de luz que la acariciaba con su luz blanquecina y plateada. Pidió una oportunidad para salvar a William. No podía verlo, no lograba hacerlo. Su vista estaba fija en el brillante astro.

—Dios mío, Eve Jane... —La mano de William cayó. Era incapaz de mantener los ojos abiertos. Parpadeaba, agotado, rozando el límite. Vay seguía aferrándolo, pese a que se había golpeado contra una roca. La sangre contrastaba de forma llamativa contra la palidez de su piel, pero hacía juego con su pelo.

—¡Vay! —gimoteó una voz conocida. William hizo el esfuerzo de atender. Vislumbró una silueta encorvada y frágil. La lucidez le mandó una ráfaga de aliento.

—Harold —logró balbucir de un tirón.

El hombre lo soltó de los brazos posesivos de la ninfa de agua, y tras dejarlo arrodillado con cuidado en la orilla, se llevó a la mujer al pecho, temblando. Los cabellos rizados de Vay se enredaron en sus brazos.

—¿Se pon... drá bien?

Harold asintió, con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, muchacho. Ya te lo advertí.

William se concentró en dejar de toser y levantó la vista. Sintió ganas de llorar y la impotencia le sacudió los hombros. Iban a llevársela. Iban a separarlo de Jane.

Y él moriría mucho antes de que eso sucediera. Lo sentía en su interior, se desmoronaba.

Vay despertó. Estaba tan aturdida que ahogó un grito al verse elevada del suelo y fuera del agua. Cuando sus ojos dieron con los de Harold Hoggat, su corazón inmortal dio un salvaje vuelco y se echó a llorar. Le rodeó el cuello con los brazos y le pidió perdón. William quedó conmovido por la escena.

Vay, su preservadora, era la mujer prohibida de la que Harold se había enamorado. La mujer por la que el hombre se había visto rebajado a vivir humillaciones y sometimientos por parte de las criaturas del lago. Y aquella dama de agua, con un fugaz destello en sus cansados ojos, se liberó; y liberó al hombre que amaba.

William comprendió el hecho y se precipitó a arrastrarse por el fango. Tenía que llegar hasta Jane antes de que el veneno le parara el corazón. Para lograr alcanzarla antes de perecer, tendría que ser más veloz que las ondinas y más puro que la luna.

## VEINTISÉIS

«Debajo de tu piel, vive la luna.»

—Pablo Neruda

**L**as manos lo alcanzaron y se dejó el aliento en soportar los inhumanos desgarros en la piel de todo su cuerpo. Tembló de agonía al sentir la explosión de escozor, tan violenta que su mente viró, aturdiéndolo más de lo que estaba. Las uñas afiladas de las bellas mujeres se hundían en él, llevándose piel y ropa. Arrastrándolo.

Llegó un momento en el que el dolor se hizo sordo y los rasguños no importaron. La angustia de su alma era más importante que todo el malestar que su cuerpo y su mente soportaban. A sólo unos metros de él, la figura de Jane se desdibujaba. La luna le había hecho un traje de luz precioso, a juego con su piel perlada y el brillo de su cabello largo, que descendía en una húmeda cascada hasta su cadera.

Alguien gritó de rabia al hundirlo en el agua, que ya le cubría hasta los hombros. El agua se coló por su nariz y le atoró la garganta. La sangre que aún vomitaba se mezcló con los jadeos ahogados por la marabunta de violencia. Tragó lo que identificó como piedras del tamaño de botones medianos y sintió frío repentino en el cuero cabelludo. Lo achacó a la velocidad con la que se había puesto en pie. Deslizó un pie para impulsarse hacia adelante. Cuando la muñeca izquierda de Jane estaba a solo un centímetro de ser aferrada por su mano, gritó su nombre. Ella salió del trance en el que se encontraba, y al dedicarle una fugaz mirada, sus dedos se entrelazaron sin ninguna orden.

Habían anhelado el reencuentro.

Se estremecieron.

Y los aullidos de protesta de las ondinas se alzaron contra la luna: la hija de Ywen ya no les pertenecía; había dejado de formar parte del agua.

William pestañeó, abrumado por los ojos azules que lo llamaban con un sentimiento que no era común en ellos. Jane le sonrió débilmente y buscó el calor en el contacto con el cuerpo de William. Él la rodeó con los brazos, llevándosela al regazo. El abrazo del agua les cubría hasta por debajo de los hombros, pero William la alzó, con una sonrisa radiante petrificada en sus labios.

Se sintió revitalizado, ¿había sido la luna? ¿Lo había salvado?

Puso nombre a aquel milagro en cuanto bajó la vista, acompañado por Jane. Ambos dejaron escapar un jadeo de asombro. Sus corazones conectaron los latidos. Se llamaron, bombeando de júbilo.

Se sonrieron.

—Un alma... —El alivio y la alegría se mezclaron en el azul infinito. Los dedos de Jane presionaron con más fuerza, y acercó el rostro al de William.

Antes de sellar la que sería una unión irrompible con un ansiado beso, los jóvenes, le dedicaron una última y enternecedora mirada a la cadena que relucía envolviendo sus muñecas como una caricia plateada, adornada con destellos que la luna le regalaba.